

JUAN BOSCH

**MIRADAS SOBRE NUESTRA
AMÉRICA**

Estudio introductorio de Jorge Núñez Sánchez

Quito, Ecuador

2013



Rafael Correa Delgado
Presidente Constitucional de la República del Ecuador

Erika Sylva Charvet
Ministra de Cultura

Marco Tulio Restrepo Guzmán
Viceministro de Cultura (e)

Daniela Fuentes Moncada
Subsecretaria de Emprendimientos Culturales

Verónica Polit Chiriboga
Directora de Relaciones Internacionales y Cooperación Cultural



Ab. Tatiana Sánchez Ramón

Directora de Emprendimientos e Industria Editorial

Selección de textos: Dr. Jorge Núñez Sánchez

Corrección de textos: Edwin Andino Álvarez

Diseño y diagramación:

Dirección de Emprendimientos e Industria del Diseño y Artes Aplicadas

Foto Portada: Archivo Matías Bosch

© 2013, Ministerio de Cultura del Ecuador

Teléfono: 381 4550

Quito, Ecuador

Los criterios, vertidos en esta obra son de responsabilidad exclusiva de sus autores, y no necesariamente reflejan la opinión ni la visión del Ministerio de Cultura sobre los distintos temas abordados.

Esta publicación no puede ser reproducida parcial o totalmente, mediante ningún medio o procedimiento, sin el permiso escrito del autor y del Ministerio de Cultura del Ecuador.

www.cultura.gob.ec

ÍNDICE

JUAN BOSCH OTEANDO A NUESTRA AMÉRICA	1
Por Jorge Núñez Sánchez	
La Verdad Sobre Chile	17
El discurso de Caracas*.....	23
La República Dominicana renuncia a un derecho	33
El caso de los refugiados en embajada del Perú	37
La manipulación de noticias sobre la Revolución Cubana	43
Lo que se ve lo que no se ve en un discurso de Fidel Castro	47
Las semejanzas profundas entre Bolivia y nosotros	59
¿Puede desarrollarse la socialdemocracia en los países de América Latina?.....	63
Capitalismo tardío y clases sociales en América Latina.....	67
Sobre el Salvador y la política antisoviética de los E.E.U.U.....	71
No todas las revoluciones han tenido programa.....	73
Una lección de la historia: la unidad de los pueblos centroamericanos ...	77
Mis recuerdos del Che Guevara.....	81
La invasión de Playa Girón*.....	87
Simón Bolívar, el de las luchas portentosas.....	107
Los sucesos de Granada ofrecen un cúmulo de lecciones políticas.....	117
La legión del Caribe, un fantasma de la historia.....	131
Nicaragua y Estados Unidos: elecciones comparadas.....	141
La doctrina Truman y la política exterior norteamericana.....	147
Un mensaje para Reagan.....	157
Nicaragua amenazada.....	165
Haití a través de su historia.....	173

Capitalismo y democracia en América Latina	179
Salvador Allende en las memorias de Kissinger.....	185
Vidas paralelas en América Latina	191
El feudalismo en Europa; en América, la esclavitud africana.....	197
Panamá: nacimiento de una república	203
Problemas de la democracia en nuestra América.....	211
Análisis de las sociedades de la América Latina.....	237
Panorama político en 1961.....	243

JUAN BOSCH OTEANDO A NUESTRA AMÉRICA

Por Jorge Núñez Sánchez

Hay hombres que resumen en su vida las luchas y esperanzas de todo un pueblo. Uno de ellos fue el profesor Juan Bosch, notable intelectual y político dominicano, que nació en La Vega, en 1909, y falleció en Santo Domingo, en 2001, después de una larga vida de combates por la democracia y contra las diferentes fuerzas opresivas que afectaban a nuestra América.

Para las gentes de mi generación, su nombre fue todo un símbolo de la dignidad nacional dominicana y latinoamericana, puesto que había liderado la lucha contra los males que azotaban a los pueblos del Caribe: las dictaduras, la marginalidad social y las intervenciones extranjeras.

Nacido en una época marcada por la presencia omnipotente de tiranos y dictadores, su vida pública se inició precisamente denunciando a esas tiranías y luchando contra ellas. En su país se había instalado la tiranía de Rafael Leonidas Trujillo a raíz de la ocupación militar norteamericana de 1916 a 1924 y como parte del nuevo sistema de dominación continental, en el que ocupaban lugar protagónico ciertos oficiales de las guardias nacionales formadas por los EE. UU. en cada país ocupado: era el caso de Trujillo, en su país, pero también el de Anastasio Somoza, en Nicaragua.

Juan Bosch, como otros muchos dominicanos, se empeñó en la lucha contra esa dictadura "sangrienta y fecal", para usar el calificativo creado para el género por el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón. Ello lo llevó a la cárcel y después a un largo exilio de casi un cuarto de siglo, que marcó definitivamente su vida y le puso en el camino de la reflexión sobre la realidad pasada y presente de su pueblo y de los demás pueblos de América Latina. En esa circunstancia escribió en Chile, en 1955, su estremecedor libro *Póker de espanto en el Caribe*,

en el que desnudaba a las brutales dictaduras de Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista, impuestas conjuntamente por el poder norteamericano y las oligarquías locales, dentro de un plan continental de mantenimiento del statu quo y el inmovilismo social.

Para nuestro personaje, su principal interés estribó siempre en el análisis denunciador de la tiranía que asolaba a su patria, como lo reflejan sus varios libros y múltiples artículos sobre Trujillo y el trujillismo escritos en esos años de ostracismo. Así nació, entre otras producciones, aquella obra titulada *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*, publicada en Caracas en 1959, mientras gobernaba Venezuela el doctor Rómulo Betancourt, principal abanderado de la oposición continental contra el trujillismo y a quien el tirano caribeño intentó asesinar mediante un audaz atentado, el 24 de junio de 1960.

Eso provocó, al fin, la reacción indignada de los gobiernos democráticos del continente, a la que se sumaron los Estados Unidos luego de la llegada de Kennedy al poder, en enero de 1961, por considerar que la continuación política de Trujillo podía dar lugar al surgimiento de "otra Cuba". En ese marco, un grupo de militares y civiles dominicanos vinculados a los EE. UU. ejecutó al "Generalísimo" el 30 de mayo de 1961, en busca de dar paso a una democratización formal del país y evitar un estallido revolucionario a la cubana. Con una mezcla de pragmatismo y cinismo, el presidente Kennedy había definido poco antes las posibles salidas a la situación dominicana, diciendo: *"Hay tres posibilidades que son, en orden de preferencia: un régimen democrático honrado, una continuación del régimen de Trujillo y un régimen castrista. Debemos apuntar a la primera posibilidad, pero realmente no podemos renunciar a la segunda, hasta que estemos seguros de que podemos evitar la tercera"*.

En realidad, los EE. UU. buscaron desde el comienzo un "trujillismo sin Trujillo". De ahí que toleraran de mala gana esas elecciones de diciembre de 1962, en las que triunfó Juan Bosch con un 60% de los votos, y que luego apoyaran a la torpe dictadura que puso fin, en septiembre de 1963, a ese ensayo democrático. Y, en fin, la descarada y brutal invasión militar que ejecutaron en 1965, cuando el pueblo reaccionó contra esa dictadura con la revolución popular del 24 de abril.

Cabe señalar que Juan Bosch fue el abanderado de una democracia de nuevo tipo, que buscaba asentarse en las reformas sociales y el fervor popular antes que en el viciado sistema político de los viejos partidos. Por lo mismo, puede considerársele un adelantado de las nuevas formas de democracia que hoy se ensayan en América Latina.

Para luchar contra la tiranía trujillista, Bosch había fundado en 1939, junto con algunos compañeros de ideas, el Partido de la Revolución Dominicana (PRD). Más tarde, tras el ajusticiamiento del tirano, Bosch fue candidato de ese partido a la Presidencia de su país y resultó electo abrumadoramente como el nuevo gobernante de su patria. En tal condición, le tocó la dura tarea de iniciar la democratización y moralización de un país que durante tres décadas había vivido bajo una oprobiosa tiranía.

Durante los siete meses que duró su gobierno, promulgó una nueva Constitución Política, en la que se fijaron los derechos laborales, la libertad sindical, de cultos y de acción política. También se esforzó en cobrar impuestos para financiar un vasto programa de obras públicas y suspendió contratos lesivos al interés nacional, como uno suscrito con la petrolera norteamericana *Esso Standard Oil* para la construcción de una refinería.

Esas medidas golpearon a los rezagos del viejo régimen y en especial a la corrupta jerarquía militar trujillista, que, siguiendo un plan intervencionista gestado por los poderes imperiales, derrocó a Bosch en septiembre de 1963 e impuso un Triunvirato Civil, que terminó teniendo solo dos miembros. El gobernante derrocado marchó al exilio en Puerto Rico, donde entonces actuaba como Gobernador su amigo Luis Muñoz Marín, un político de tibio corte socialdemócrata. Ahí escribió Bosch, en 1964, un formidable libro de denuncia titulado *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, publicado en México ese mismo año y cuya traducción francesa fue publicada al año siguiente por la editorial parisina Cujas. En esta obra analizaba la resistencia de la estructura de poder oligárquico-imperialista a toda apertura democrática, como lo probaba su derrocamiento y lo confirmaría la posterior intervención militar de los Estados Unidos.

Entre tanto, a comienzos de 1965 se alzó contra el gobierno dictatorial la oficialidad no contaminada del ejército dominicano, en busca de restaurar a Bosch en el poder. De inmediato, el pueblo tomó las armas en apoyo de los militares constitucionalistas, estallando la “Guerra de abril”, en que las fuerzas democráticas derrocaron al gobierno usurpador y arrinconaron a los sectores militares que opusieron resistencia al proyecto de restaurar a Bosch en la Presidencia de la República. Entonces, cuando todo anunciaba el triunfo de los rebeldes, el gobierno de los EE. UU., presidido por Lyndon Johnson, envió 45 mil soldados para ocupar la República Dominicana y evitar, según dijeron, el surgimiento de “otra Cuba”.

Bosch inició un nuevo exilio, esta vez en España y Francia, que se extendería de fines de 1966 hasta el inicio de la década de los setentas, y donde se dedicaría a investigar y escribir con su conocido impulso intelectual y político. En ese periodo reflexionaría profundamente sobre la realidad de su país y de nuestra América. Es también el periodo en que Bosch visita varios países y se entrevista personalmente con gobernantes como Tito, de Yugoslavia, y Norodom Sihanouk, de Camboya. Como consecuencia de todo ello, inició un giro político hacia la izquierda, reflejado en sus nuevos libros.

El maestro estuvo siempre muy claro respecto de las fuerzas a las que combatía y que lo combatían y eso le ayudó a profundizar, durante este periodo de residencia en Europa, en el análisis de la dimensión internacional de la política, la evolución histórica del capitalismo y la división del mundo capitalista en un espacio central y otro periférico, dominante el uno y dependiente el otro. Estudió también el fenómeno del capitalismo hiperdesarrollado en los Estados Unidos, que había dado lugar a la formación de esa estructura de poder que Eisenhower llamara “el complejo militar-industrial”, la que, según apreció Bosch, se expresaba políticamente en el “pentagonismo”. También estudió la evolución histórica de la composición social dominicana y concibió la tesis de un nuevo régimen político para los países dependientes o de capitalismo subdesarrollado: la tesis de la *dictadura con respaldo popular o de la hegemonía política del pueblo*.

Precisamente de esa época es su importante ensayo *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, terminado en 1967, en plena época de la guerra

de Vietnam, y presentado como ponencia a la Tercera Conferencia Interamericana de Ciencias Políticas y Sociales, que tuvo lugar en Santo Domingo. En él, Bosch se lanzó a la inédita tarea de actualizar la teoría del imperialismo, analizando la acción creciente del "complejo militar industrial" y estudiando las nuevas tendencias políticas que surgían en el mundo como consecuencia del fenómeno que Bosch identificó como "capitalismo sobredesarrollado". La agudeza y profundidad de su ensayo, unidos a su oportunidad, convirtieron a este trabajo en un hito del pensamiento político latinoamericano, que conoció sucesivas ediciones a partir de ese año.

Para cuando redactó el prefacio de este libro, en enero de 1968, Juan Bosch, radicado entonces en Benidorm, España, andaba ya a caballo entre dos de los mayores proyectos intelectuales de su vida.

De una parte, escribía el prólogo y preparaba la publicación de su notable obra *Composición social dominicana*, que fuera el primer gran ensayo de interpretación sociológica general de la historia de su país, enfocado a partir del análisis de las formas productivas, la estructura social, la acción y contradicción de las clases y grupos sociales. Por su nivel científico y su lenguaje preciso y diáfano, este libro se convertiría prontamente en un clásico de los estudios histórico-sociales, al punto de que hasta la fecha se ha conocido más de veinte ediciones.

De otra parte, andaba empeñado en el estudio de la historia del Caribe, región que por sus especiales características de Mediterráneo americano había fungido, durante casi cinco siglos, como frontera exterior de las diversas potencias europeas en sus disputas coloniales. Surgió así su magistral libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, el Caribe, frontera imperial, gran libro y libro grande a la vez, en cuyas 740 páginas quedó revelada para siempre esa agitada y tremenda historia del Mar Caribe, poblada de empresarios azucareros, esclavos, piratas, bucaneros, corsarios, agentes coloniales, contrabandistas, dictadores y revolucionarios. Cosa curiosa: la aparición de esta obra, en 1970, bajo el sello de la editorial española Alfaguara, coincidió con la de otro libro, de similar título e intención, escrito en inglés por el notable intelectual y político trinitario Eric Williams (*From Columbus to Castro: the history of the Caribbean*, publicado por Harper and Row, de Nueva

York). Además, ese mismo año vio la luz su libro *Composición social dominicana*, antes mencionado, bajo el sello editorial de la Impresora Arte y Cine, de Santo Domingo.

Salvando tiempo y circunstancia, este libro de Bosch sobre el Caribe me parece el equivalente intelectual americano de ese brillante estudio de Fernand Braudel titulado *El Mediterráneo y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II*. No solo que ambos libros tienen un largo título, que más bien parece una breve descripción del tema que enfocan, sino que también se asemejan en su afán totalizador de análisis sobre unos grandes horizontes geográficos que son, a su vez, grandes espacios civilizatorios y grandes escenarios históricos. Además, ambos enfocan los diversos planos en que se desarrollaría la historia regional, de modo paralelo o entrecruzado, planos que en el libro del dominicano son tres, como él mismo se ha encargado de precisar: uno, la lucha de los imperios coloniales por despojar de sus tierras y riquezas a los pueblos del Caribe; dos, la lucha entre esos imperios por prevalecer e imponerse a sus similares en esas tareas de rapiña; y, tres, la lucha de resistencia o liberación de los pueblos caribeños contra esas fuerzas colonialistas o neocolonialistas que los acosaban.

En las décadas posteriores, Bosch volvería a la lucha electoral, esta vez para enfrentar a Joaquín Balaguer, el heredero político de Trujillo, y para buscar una elevación de la conciencia política nacional. Para ello, rompió con el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), formación que él mismo fundara, pero que había perdido su rumbo en medio de las aguas agitadas de la política contingente, y fundó el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), al que concebía como un instrumento indispensable para la toma del poder y la transformación social de su país. Sobre ese mar de fondo, Bosch triunfó en las elecciones de 1990, pero Balaguer, con respaldo de los Estados Unidos, la gran burguesía dominicana y hasta la Iglesia Católica, manipuló el conteo de votos y alteró los resultados, autoproclamándose finalmente vencedor en la contienda.

Aunque no volvió a ejercer el poder, don Juan formó a una generación de nuevos líderes políticos, de la que saldrían los futuros

gobernantes de su país. Por otra parte, se empeñó en utilizar las nuevas técnicas de comunicación, como la radio y la televisión, para educar políticamente al pueblo, hablándole de sus deberes y derechos e instruyéndole en los mecanismos y recursos de la acción política en democracia.

A la vez que enfrentaba políticamente al pseudo-democrático y corrupto régimen balaguerista, heredero directo del trujillismo, Bosch, en plena madurez vital, volvería a investigar y escribir sobre sus temas fundamentales: aparecieron de este modo sus libros *La fortuna de Trujillo* (Santo Domingo, 1985), *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana* (Santo Domingo, 1985), *El capitalismo tardío en la República Dominicana* (Santo Domingo, 1986) y *Las dictaduras dominicanas* (Santo Domingo, 1988).

Pero, más allá de la lucha vital e intelectual contra los dominadores de su país, Bosch también elaboraría profundos estudios sobre la historia de las ideas en República Dominicana y en nuestra América. Ahí están sus obras sobre Eugenio María de Hostos, el precursor de la liberación intelectual y educativa dominicana, y sus libros sobre el Libertador Simón Bolívar (uno de ellos para jóvenes), que revelan la admiración de este luchador y pensador de hoy por los luchadores y pensadores de ayer.

En fin, todas estas nuevas obras de ciencia social vendrían a sumarse a sus varias y ya afamadas obras literarias. Porque hay que precisar que Juan Bosch fue, además de un gran luchador por la democracia, un notable literato y en especial un maestro del cuento.

Su carrera literaria se inició en 1933 con el libro de cuentos *Camino Real*, recreación de sus experiencias vitales en su pueblo natal. Poco después dio a luz su novela breve *La Mañosa* (1936), que tiene por personaje central a una mula. De aquellos primeros tiempos son también sus cuentos *La mujer*, recogido en innumerables antologías, *Dos pesos de agua* y *El abuelo*.

Al regresar a su país, luego de un largo ostracismo, recogió sus escritos en dos volúmenes titulados: *Cuentos escritos en el exilio* y *Más*

cuentos escritos en el exilio, publicados ambos en 1964. Para entonces, su obra literaria ya era conocida y publicada en otros países de América Latina, como Cuba y Chile, donde se habían publicado sus biografías *Hostos, el sembrador* (Cuba, 1939) y *Judas Iscariote, el calumniado* (Chile, 1955).

Bosch escribió algunos cuentos perfectos, como *La nochebuena de Encarnación Mendoza*, y otros de gran fuerza social y carga filosófica, como *Los amos*, *La muchacha de la Güaira*, *Dos pesos de agua* y *La mujer*. Empero, dejó de cultivar el cuento en los años sesentas, aunque su aporte a este género literario era ya significativo, tanto por sus creaciones cuanto por las lecciones literarias, expuestas en la obra *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, que fuera elogiada por Gabriel García Márquez, quien se ha declarado discípulo literario de Bosch.

Nuestro autor cerró su ciclo narrativo con la novela *El oro y la paz*, publicada en 1975. Esta obra ganó en República Dominicana el Premio Novela Nacional de Literatura, ese mismo año, y ha sido calificada por la crítica como “una obra maestra de la literatura dominicana”.

* * *

Quiero referirme de modo particular a la visión histórico-social de Juan Bosch, expresada en muchos libros y en una formidable colección de ensayos y estudios históricos, pero también en otras cosas que estimamos fundamentales en un historiador: una forma particular de ver la realidad, y un método propio para estudiarla y comprenderla. Hablemos, pues, de esa su particular forma de ver la realidad, que lo distinguiera de la mayoría de científicos sociales de su mundo y su tiempo.

Ante todo, salta a la vista su visión amplia y totalizadora de los fenómenos históricos, construida en una época y en un espacio del conocimiento en que reinaban -y por desgracia todavía reinan- las

visiones particularistas, localistas y reduccionistas. Y es que el campo de la historiografía, como ningún otro de las ciencias sociales, está minado en la teoría y en la práctica por el particularismo. De una parte, estudia hechos particulares, eventos diferentes entre sí, cada uno de los cuales tiene su propia historicidad. De otra, hay una antigua pero sostenida tendencia positivista a mirar a la historia como una ciencia de los hechos únicos e irrepetibles, tan particulares que se estima que ni siquiera pueden ser reducidos a categorías generales de análisis. Y, por fin, podríamos agregar que hay en los historiadores latinoamericanos una suerte de pasión nacionalista, que actúa como una fuerza distorsionadora del enfoque científico y lleva a la mayoría de ellos a empeñarse exclusivamente en el estudio de la historia de su país y a renunciar voluntariamente al estudio de fenómenos de espectro más amplio, como los regionales o universales. Pues bien, a contrapelo de todas esas tendencias, creencias y realidades particularistas, Juan Bosch se empeñó en ver y comprender la realidad histórica más allá del siempre estrecho horizonte de lo nacional, observándola en los amplios escenarios de lo continental y lo mundial. Esa tendencia se mantiene inclusive en sus obras de análisis de la particular realidad dominicana, la que es estudiada siempre con referencia a otros fenómenos mayores que la enmarcan, como la acción colonialista y neocolonialista en el Caribe, la presencia del imperialismo o los flujos y reflujos del capitalismo internacional.

De este modo, don Juan nos enseñó a mirar la historia latinoamericana con una visión amplia y totalizadora, por encima de los deslindes aldeanos impuestos por una tradición colonial y un nacionalismo estrecho, y nos orientó a establecer los grandes fenómenos de nuestra historia común, encuadrados, a su vez, en los grandes fenómenos de la historia universal. El gran ejemplo de ese modo de estudiar la historia fue su libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, verdadero monumento a la ciencia social, en el que los pequeños fenómenos locales se engarzan en una visión totalizadora del conjunto, marcada por la expansión capitalista occidental, las disputas y conflictos entre los imperios y las luchas de los pueblos contra el colonialismo y el neocolonialismo.

Hablemos ahora del método de análisis utilizado por Bosch para sus estudios historiográficos. Hombre de variados talentos intelectuales y dueño de una amplia cultura, fue sin embargo un investigador nato, un buscador permanente, un hermeneuta clásico, que no se conformaba con lo ya sabido, que no extrapolaba conclusiones, que no pontificaba sobre lo desconocido, como lamentablemente se acostumbra hacer en este oficio por parte de gentes que tienen bastante menor erudición que este maestro dominicano. Así, su ruta científica fue siempre de la factología a la teoría, de lo concreto a lo abstracto, de lo nacional a lo internacional. De ahí que sus conceptos, sus categorías de análisis, sus conclusiones, su teoría historiográfica, en suma, no fueran ejercicios de esfuerzo mental para acomodar la realidad a una teoría predeterminada -como solían hacer por entonces muchos marxistas criollos- sino resultados científicos surgidos de la aprehensión cognoscitiva de la realidad y encaminados a orientar a otros investigadores en la ruta de aproximación al conocimiento.

A este rigor científico, a este ejercicio de constante hermenéutica, se debe el hecho de que Bosch haya contradicho con firmeza y seguridad ciertos paradigmas y "paradogmas" que entonces se imponían en las ciencias sociales latinoamericanas, como aquel de la contradicción fundamental entre clase burguesa y clase proletaria. Él demostró con sus investigaciones y conceptos que el capitalismo no era, en América Latina, una planta nativa sino exótica, cuyo cultivo nos había sido impuesto desde fuera y que, por lo mismo, había crecido escuálida y deformada. También demostró que ese desarrollo capitalista atípico no había generado una estructura capitalista plena, ni las clases propias del capitalismo clásico, y así nos fue explicando finalmente el por qué carecíamos de burguesías nacionales capaces de cumplir con las tareas históricas que son propias de tales grupos sociales, como la creación y defensa de un mercado interno, la promoción de un desarrollo autónomo o el fortalecimiento de una identidad nacional.

De este modo nació precisamente su famosa contradicción entre los conceptos de "clase dirigente" y "clase dominante". Según ella, cualquier país que no tuviera una burguesía nacional, con intereses propios e independientes, sino una burguesía larvaria y dependiente

del capital extranjero, carecía en realidad de una *clase dirigente*, capaz de promover el interés nacional, y a lo sumo podía tener una *clase dominante*, empeñada en mantener el sistema de dominación y en promover los intereses del capitalismo extranjero.

Hay más: creo que necesitamos profundizar en el análisis de su concepto de *clase dirigente*, que tiene unos ribetes politológicos y antropológicos que la aproximan al concepto de elite sustentado por Magnus Morner, otro gran estudioso de la realidad latinoamericana. En efecto, *la clase dirigente* de Bosch, capaz de asumir la representatividad histórica de la nación y promover las tareas del progreso nacional, se parece mucho a la *elite* de Morner, que concentra poder económico, prestancia social y acervo cultural.

Adicionalmente, Juan Bosch nos aproximó en el plano teórico a un fenómeno muy importante de nuestra historia latinoamericana, cual es el mecanismo preferente de acumulación capitalista de nuestras burguesías. Los estudios del maestro demuestran que en nuestros países, ante la falta de condiciones para el desarrollo de un mercado interno, y por ende de un modelo de capitalismo industrial, nuestras clases dominantes han encontrado su mejor y mayor mecanismo de acumulación de capital en el manejo del Estado. Y esa acumulación la han efectuado por medios lícitos o ilícitos, sutiles o brutales, según cual haya sido su gusto y el nivel de resistencia de sus pueblos. A veces, se ha tratado del simple y llano robo de fondos públicos, pero en otras ocasiones las burguesías han efectuado acciones expropiatorias más sutiles, como p. e. las tristemente célebres devaluaciones monetarias, a través de las cuales los grupos agroexportadores expropiaban a sus pueblos y se enriquecían fabulosamente. En fin, en otros casos se ha tratado de saqueos sistemáticos y duraderos, que ciertos grupos dominantes han ejecutado contra sus pueblos y países mediante la imposición de brutales tiranías, como esas del Caribe que Juan Bosch estudiara con tanto afán. Y no sé si don Juan fue el primero en analizar este fenómeno, pero estoy seguro de que fue quien con mayor ahínco y lucidez investigó el desarrollo de esas lumpen-burguesías, florecidas bajo la oscura sombra de los sátrapas, el mayor de los cuales, Trujillo, llegó incluso a sustituir en su papel económico a la misma clase dominante, concentrando en su propias manos la economía nacional.

En resumen, hay que destacar el hecho de que la obra de Bosch no fue el fruto de un esfuerzo intelectual aislado, efectuado en una alta torre de marfil. Al contrario, se trató de una obra de investigación-acción, en la que el ejercicio intelectual iba de la mano con la lucha política y se alimentaba mutuamente con ésta. Por eso que toda la obra de este gran historiador se orientó hacia una verdadera pedagogía de masas y sus libros fueron escritos para el pueblo letrado y especialmente para los estudiantes, en busca de crear una conciencia social acerca de esas realidades estudiadas y formar una conciencia ciudadana para el ejercicio de una empresa de liberación nacional, entendida como ruptura de las ataduras de la dependencia, pero también como construcción de un país nuevo, de un hombre nuevo y de una historia limpia de las escorias del pasado.

Mas el análisis de la obra boschiana no estaría completo si no hablásemos de su método expositivo, que también significó un reto para las costumbres intelectuales de nuestro tiempo. Convencido de que la mayoría de lectores se aburrían de la ciencia social precisamente por las formas elitistas y recargadas que tenía la exposición, preñada de términos altisonantes, conceptos abstrusos e interminable número de citas, el maestro propuso un método expositivo claro, directo y abreviado, elaborado con un lenguaje elegante pero de fácil comprensión, en el que el hilo del discurso no fuera cortado por citas ni sobrepesos formales.

En síntesis, hallo en la obra historiográfica de don Juan Bosch la hermosa conjunción de una labor investigativa ejemplar, de una labor teórica significativa y de una labor pedagógica envidiable. Y si a todo esto unimos su talento literario y su grato estilo, creo que podemos explicarnos el sostenido éxito de sus libros sobre la historia dominicana, latinoamericana y universal.

Conocí al profesor Bosch a fines de los años setentas, cuando era un insigne exiliado político, cuyos libros concitaban la creciente atención de los científicos sociales, pero tuve la oportunidad de tratarlo más cercanamente en los años siguientes, en el marco de actividades del Comité de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Sabio, lúcido y experimentado, era uno de esos políticos raros y ejemplares, que se guían por una ética de principios y no por intereses coyunturales o vulgares apetitos de poder.

Él compartía la idea bolivariana de que “*un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción*”. Y precisamente por eso, uno de sus empeños estaba en la educación política del pueblo, con miras a sacarlo de su tradicional papel de comparsa de los partidos, para convertirlo en la vanguardia consciente de una renovada democracia republicana. Otro empeño suyo era la defensa de la soberanía de los pueblos de América Latina y el Caribe, a la que veía siempre amenazada por poderes imperiales que buscaban avasallarla, para mejor someterla a su dominio y explotación.

Junto con la defensa de la soberanía de nuestra América, Bosch se empeñaba en profundizar y fortalecer la identidad de nuestros pueblos, que él la hallaba asentada en una comunidad cultural hecha de palabras, experiencias y sueños compartidos.

Notable oteador de nuestra historia y nuestra cultura, hallaba que el sentimiento unitario de los latinoamericanos era una veta profunda que corría por el fondo de nuestro espíritu. “*Una música, un cantar, una danza identifican a latinoamericanos nacidos en países muy alejados entre sí; los identifican y los unen sin que en ese movimiento de sus almas hacia la unidad juegue un papel la posición política; pero si, además de su identificación latinoamericanista, se produce también la de carácter político, entonces el vínculo que los une pasa a ser múltiple y, por tanto, más poderoso que el que es de origen puramente político.*”¹

1 Juan Bosch, “Una lección de historia: la unidad de los pueblos centroamericanos”, en “Juan Bosch. Temas Internacionales”, Miguel Collado compilador y editor, Fundación Juan Bosch, Sto. Domingo, 2006, págs. 213–215.

Siguiendo con ese análisis de nuestra identidad espiritual, Juan Bosch apreciaba que *“nos identifican todas las experiencias culturales que forman el conjunto de la latinoamericanidad, empezando por la lengua. Esos valores culturales pueden parecer subjetivos, pero son objetivos; tanto lo son que en la caso de la danza podemos verla y en el de la música podemos oírla. Subjetivos son, sin embargo, los hechos históricos... a pesar de que fueron objetivos en el momento en que eran ejecutados; y ocurre que ... los hechos históricos que llevaron a cabo los pueblos y sus líderes, forman uno de los componentes más fuertes de los vínculos que unen a los latinoamericanos de habla española. Se nombra a Martí o a Bolívar y todos sentimos que se está hablando de dos fundadores de la Patria Mayor.”*²

Esa vocación latinoamericana del profesor Bosch tuvo expresiones teóricas, pero también otras de carácter político, que lo vincularon a las luchas por la democracia y la dignidad de nuestros pueblos. En los años ochentas, tuvimos la fortuna de compartir algunas de ellas junto con otros ecuatorianos, entre los cuales, los recordados maestros Oswaldo Guayasamín, Nela Martínez, Pedro Jorge Vera y Carlos Oquendo. Me refiero a las acciones del Comité Permanente de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, fundado en 1982, cuyas acciones se enfocaron especialmente a combatir la presencia de las dictaduras supervivientes en el continente y a enfrentar los desafueros del gobierno estadounidense de Ronald Reagan, quien había declarado una atroz guerra secreta contra la Nicaragua sandinista y proclamado nuevos designios imperiales sobre América Latina, bajo la teoría de que Centroamérica constituía la “cuarta frontera” de los Estados Unidos. En ese notable Comité, la presencia y palabra del profesor Bosch contribuyeron significativamente al enriquecimiento de sus tareas y a la comprensión de los fenómenos que se hallaban en proceso.

En concordancia con ello, en 1983 se constituyó en nuestro país el Comité Ecuatoriano de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, que tuvo como Presidente a Oswaldo Guayasamín, como Vicepresidente a Pedro Jorge Vera, como

2 Id.

Vicepresidente Alterno a Eduardo Zurita Gil, como Secretario al autor de estas líneas y como miembros a Carlos Oquendo, Nela Martínez, Monseñor Leonidas Proaño, Manuel Medina Castro, Edmundo Durán Díaz, Lenin Oña Viteri, Eugenia Viteri, Raúl Pérez Torres, Juan Isaac Lovato, Juan Cueva Jaramillo, Leonardo Vicuña Izquierdo, Fernando Cazón Vera, Alfonso Jara Moral y César Verduga, entre otros.

Al año siguiente, en febrero de 1984, se reunió en Quito el *Tribunal Antiimperialista* de Nuestra América, a iniciativa del Comité Ecuatoriano de Intelectuales por la Soberanía de los *Pueblos de Nuestra América*, con el fin de juzgar a Ronald Reagan por sus numerosos crímenes de guerra. La sesión única del juicio se desarrolló el 11 de febrero, en el Teatro de la Universidad Central del Ecuador, precisamente bajo la Presidencia del profesor Juan Bosch, cuyo viaje al Ecuador fue ocasión propicia para que el maestro Oswaldo Guayasamín pintase su retrato.

* * *

Como parte de sus empeños de luchador democrático y científico social, Bosch desarrolló a lo largo de su vida un riquísimo ejercicio analítico sobre la sociedad y la historia latinoamericanas. Naturalmente, ese ejercicio fue más profundo y detallado respecto de su mundo más próximo, esto es, de la República Dominicana y del área del Caribe, y más general respecto del resto de países y regiones de América Latina, pero en ambos casos tuvo el mérito de ahondar en aspectos cruciales de nuestra historia y vida política, analizándolos con su consabida maestría de científico social.

La presente recopilación revela ese permanente interés que el profesor Bosch tuvo por los asuntos latinoamericanos de su tiempo, que lo motivaron a escribir ensayos, dar conferencias o montar programas radiales acerca de ellos.

Cada uno de los trabajos recogidos en este libro es una pequeña obra maestra, pues analiza un tema o evoca un recuerdo de modo preciso y lo redondea en pocas páginas. Así, el artículo *Análisis de las sociedades de la América Latina*, escrito en 1990, enfoca el asunto de la estructura oligárquica y la emergencia de las burguesías latinoamericanas, plantea las contradicciones entre viejas y nuevas fuerzas de poder local, agrega la irrupción de los intereses imperialistas y muestra en breves trazos los vínculos entre poder local y poder imperial en cada coyuntura histórica, ¡todo ello en apenas dos páginas!

Similar cosa podría decirse de su ensayo *Problemas de la democracia en nuestra América*, el trabajo más amplio incluido en este libro, que en apenas 16 páginas analiza el origen histórico del sistema democrático, su gestación y distorsiones en América Latina, los alcances y limitaciones de nuestra independencia, la estructura étnico-cultural del continente, el gravoso efecto social de las guerras, el sistema de explotación colonial y neocolonial, la revolución haitiana y sus efectos en Santo Domingo, los orígenes y alcances del trujillismo, etc. En síntesis, un trabajo “preciso, conciso y macizo” como exigían los clásicos de la literatura política.

Dejamos, pues, en las manos del lector, esta selecta colección de artículos y ensayos del profesor Juan Bosch, que sin duda contribuirán a una mejor comprensión de la historia y la vida social de nuestra América.

Jorge Núñez Sánchez

Quito, 13 de abril de 2012.

Día del Maestro Ecuatoriano.

La verdad sobre Chile

Había prometido que en este número de Vanguardia del Pueblo íbamos a seguir tratando el tema del que nos ocupamos en el número anterior, pero en el camino se nos atravesó una fecha demasiado importante, el 11 de septiembre, cuarto aniversario del asesinato de Salvador Allende, el Mártir de América, y de las libertades de su hermoso país, y ese día tuvimos que hablar en el acto que organizó, como lo ha hecho todos los años, el Comité Dominicano de Solidaridad con la Democracia Chilena, y de lo que dijimos en tal ocasión debe quedar constancia en Vanguardia del Pueblo para conocimiento de los que leen este periódico porque para desarrollar entre los peledéistas y sus simpatizantes una conciencia política fuerte, tal como necesita este país que sea la de los luchadores de la liberación nacional, es indispensable que se tenga una información correcta en lo que se refiere a la situación de todos los pueblos del mundo, y muy especialmente de los que comparten con nosotros el destino de las Américas.

Desde luego, no podemos dar aquí una versión fiel de lo que dijimos en el cine Capotillo el 11 de este mes, pero haremos un esfuerzo para resumir nuestras palabras sin disminuir la sustancia de lo dicho.

Empezaremos por recordar que dos días antes de que llegaran a Washington los gobernantes latinoamericanos invitados por Jimmy Carter al acto de la firma del acuerdo sobre el Canal de Panamá, enviamos al presidente de los Estados Unidos un cable en el que le decíamos que su invitación a dictadores como Augusto Pinochet destruía en América Latina la imagen que él (Carter) estaba creando de un Estados Unidos defensor de los derechos humanos; y enviamos ese cable en tal momento no por el gusto de hacerle oposición al que se halla encabezando el gobierno norteamericano, sea quien sea; lo hicimos porque nos sentimos comprometidos con la suerte de Chile hasta el tuétano de los huesos. A Chile y a su pueblo podrán fallarles hombres y mujeres de cualquier lugar del mundo, pero nosotros no. Lo que se perdió en Chile no fueron solo la vida de Allende y las

libertades del pueblo; fue también una gran batalla por la liberación de un pueblo latinoamericano, y esa batalla perdida mantiene enlutadas, desde su nacimiento, las banderas del PLD.

El primero

Fotografías tomadas en Panamá y en Washington presentan a Augusto Pinochet con un semblante muy diferente del que se le había visto hasta su viaje a la capital de los Estados Unidos. Antes de ese viaje la expresión del jefe del sangriento golpe de Estado de 1973 era la de una fiera en acecho, pero en Panamá y en Washington derramaba miel por la comisura de los labios; derramaba la miel de la satisfacción porque la invitación del presidente Carter fue el espaldarazo mundial que lo convirtió en un gobernante legítimo, en un jefe de Estado que tiene tanta autoridad legal como la que tiene el propio Jimmy Carter. Carter le confirió a Pinochet legalidad internacional y lo emparejó no solo con los hombres que gobiernan hoy en todos los países sino también con los que gobernaron ayer y en otros siglos; lo emparejó con De Gaulle y también con Napoleón, y si no pudo emparejarlo con Fidel Castro es porque el presidente de Cuba no se somete a respirar el mismo aire que respiran hombres como Augusto Pinochet.

Pero debemos explicar que el espaldarazo que le dio el presidente Carter a Pinochet resultó nuevo debido a su carácter de respaldo público, con lo cual queremos decir que lo único que tuvo de nuevo fue su publicidad. A pesar de todo lo que se haya dicho acerca de la política de relaciones normales basadas en el respeto a los derechos humanos, la verdad es que todavía no se conoce de ninguna medida que haya limitado la ayuda económica, militar y política que los Estados Unidos le dan a la dictadura chilena, a la argentina, la uruguaya, la brasileña o la de cualquier otro país de la América Latina. En un artículo publicado hace justamente un mes en el diario *The New York Times*, Michael T. Klare, bien conocido por el hecho de que es autor de un libro que tuvo mucha difusión titulado *La Guerra Sin Fin*, coloca a Chile entre los diez gobiernos que más se destacan en el mundo por su atropello a los derechos humanos.

Dice Klare que aunque no es fácil establecer el rango de los peores violadores de los derechos humanos, en su caso él ha examinado datos relativos al número de prisioneros políticos que hay en cada país, a los informes de torturas y asesinatos, a la discriminación de mujeres y de ciertas minorías, y entre los diez gobiernos que se distinguen como responsables de esos crímenes hay nada menos que cuatro latinoamericanos, que en orden alfabético son el de Argentina, el de Brasil, el de Chile y el de Uruguay, pero en orden de ferocidad, el primero, decimos nosotros, es el de Augusto Pinochet.

DINA y CNI

Klare decía que hay pruebas de que firmas industriales y comerciales de los Estados Unidos y departamentos del gobierno de ese país están “profundamente complicados” en el traspaso de tecnología represiva a muchos de esos gobiernos, y refiere que el organismo chileno que hasta hace pocas semanas se llamaba DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) había adquirido en Norteamérica equipos y armas destinados a la represión, y entre esos equipos había de todo, hasta macanas electrónicas.

La DINA fue disuelta por Pinochet poco antes de que llegara a Chile, el mes pasado, el subsecretario de Estado para la América Latina, señor Terence A. Todman, hombre de tanta confianza del presidente Carter como lo es el embajador Andrew Young; pero la disolución de la DINA es una simple maniobra para despistar. No lo decimos nosotros; lo dijo la semana pasada en Los Ángeles, California, el doctor Eugenio Velasco, que fue abogado de la Confederación de Dueños de Camiones de Chile, esa misma organización de camioneros que tuvo una actuación decisiva en los acontecimientos que les costaron la vida a Salvador Allende y la libertad al pueblo de Bernardo O’Higgins y Pablo Neruda; lo dijo, pues, un enemigo a muerte de la Unidad Popular.

Dijo el doctor Velasco, que ahora es un exiliado del gobierno que ayudó a establecer en su patria, que la DINA, acusada hace tres

días por el periódico *Washington Post* de haber organizado el asesinato de Orlando Letelier ocurrido hace un año en la capital de los Estados Unidos, fue establecida en junio de 1974 por Decreto-Ley No. 521, en el cual se leían estas palabras:

“Que será una organización militar de naturaleza técnica y profesional, directamente dependiente de la Junta de Gobierno, cuya misión será la de recoger toda la información a nivel nacional que proceda de diferentes campos de actividad, con el propósito de producir la inteligencia que se requiera para la formulación de políticas y planes y para la adopción de medidas que se dicten para proteger la seguridad nacional y el desarrollo del país”.

Y al quedar disuelta la DINA, por Decreto-Ley número 1876, del 13 de agosto pasado (hace menos de un mes), se creó el Centro Nacional de Información, que fue definido en ese Decreto-Ley como:

“una organización militarmente organizada, de naturaleza técnica y profesional, cuya misión será recoger toda información a nivel nacional que preceda de diferentes campos de actividad que sea requerida por el Supremo Gobierno para la formación de políticas, planes, programas; la adopción de medidas necesarias para la protección de la seguridad nacional y el desarrollo normal de las actividades nacionales y el mantenimiento de la institucionalidad establecida”.

Como ustedes pueden ver, la única diferencia entre la DINA disuelta y el CNI, creado inmediatamente después de la disolución de la DINA, está en que el Decreto-Ley que le da vida al CNI hay siete palabras que no aparecían en el que le dio vida a la DINA; esas palabras son “y el mantenimiento de la institucionalidad establecida”.

Los dueños del destino

El doctor Eugenio Velasco cuenta que el Decreto-Ley por el cual quedó organizado el DINA dejó confundidos a los abogados chilenos por un detalle que por sí mismo resultaba increíble e ilegal; y ese detalle era éste: Los artículos 9, 10 y 11 del Decreto-Ley no se hicieron públicos

en la gaceta oficial debido a su naturaleza “reservada”, esto es, secreta. Y agrega Velasco: “Todo indicaba que en esos artículos secretos estaban los poderes necesarios para que la organización militar de naturaleza profesional y técnica pudiera cometer las criminales violaciones de los derechos humanos que hicieron a la DINA trágicamente famosa”. Y explica a seguidas que el Decreto-Ley creador del CNI aplica la misma fórmula que aplicó en el caso de la DINA, con una ligera diferencia, que en vez de los tres artículos secretos del Decreto-Ley que le dio vida a la DINA declara que la Regulación Orgánica del CNI deberá ser de “naturaleza reservada”, es decir, secreta. Así, pues, dice Velasco, el Centro Nacional de Información hereda de la Dirección de Inteligencia Nacional no solo sus métodos de trabajo y sus 20 mil hombres, sino su autoridad y su capacidad para actuar en secreto, y nosotros agregamos que hereda también su sombría fama de brazo ejecutor, en las sombras del misterio, de los crímenes que han hecho desaparecer en Chile a 2 mil 500 presos políticos.

Mientras tanto, las poderosas firmas mineras y bancarias y comerciales norteamericanas que estaban sacándole el jugo de su riqueza a la tierra chilena y fueron nacionalizadas en todo o en parte por el gobierno de Salvador Allende, y los terratenientes cuyas tierras fueron dedicadas a la reforma agraria, han vuelto a ser los dueños del destino de Chile, porque los que son dueños de las tierras, las minas, las aguas, las fábricas y el dinero, son los dueños de los hombres, y con la propiedad de los hombres se convierten en propietarios de su destino.

[Vanguardia del Pueblo, 14 de septiembre de 1977]

El discurso de Caracas *

1

Debo explicar, antes que nada, que esta mañana pedí que se me concediera la libertad de hablar de la política exterior de las democracias latinoamericanas, tema que no figura en la agenda de este Coloquio, porque me temo que estamos acostumbrándonos a la idea de que los Estados Unidos ha dejado de ser un país interventor. Me lo temo debido a que no hay duda de que al frente del gobierno de los Estados Unidos hay, en este momento, un hombre que tiene condiciones morales, que es una persona decente, y mientras él esté a la cabeza del poder ejecutivo de su país es casi probable que hará esfuerzos, aunque no creo que pueda hacerlos con éxito, para evitar que se repitan las intervenciones del pasado; pero yo quería recomendar a los señores expresidentes que recordaran el hecho de que en todo este siglo, hasta que llegó al poder Franklin Delano Roosevelt, los Estados Unidos fueron un país interventor, y no estoy hablando de la intervención económica ni de la intervención cultural sino de la intervención militar, que es la más burda, la más grosera y la que más fácilmente ven los ojos de los pueblos del mundo.

Cuando Roosevelt llegó al poder y puso en ejecución su política del Buen Vecino, terminó una etapa de la era de las intervenciones militares de Norteamérica en la América Latina, pero poco después de la muerte de Roosevelt se resucitó el método de la intervención militar o de algún otro tipo de intervención tan peligroso como la militar porque se basa en el poder militar y en el poder económico de los Estados Unidos.

Estoy hablando en Venezuela, país que dio entre sus grandes hijos a un escritor extraordinario, que fue Rómulo Gallegos.

* Pronunciado, el 7 de marzo de 1979, en el “Coloquio de Caracas”, reunión de expresidentes latinoamericanos convocada por el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar para discutir el tema “La democracia en América Latina: Frustraciones y Perspectivas” (M.C.).

Precisamente en este año va a cumplirse o tal vez estén cumpliéndose ahora cincuenta años de la publicación de esa novela impercedera, de ese Don Quijote de las letras americanas titulada Doña Bárbara, que hizo famoso a Gallegos en todos los países de habla española. Rómulo Gallegos fue llevado a la presidencia de Venezuela mediante las primeras elecciones que celebraba el pueblo venezolano en muchos años; sin embargo, el gobierno de Gallegos fue derrocado por un golpe militar. Hablaba de la figura ilustre de escritor que fue Gallegos, pero debo decir que era también un repúblico, una personalidad destacada en la vida política de América Latina y un hombre de seriedad ejemplar; y Gallegos contó que en la noche del golpe que lo derrocó, el jefe de la misión militar norteamericana se hizo presente en la Casa Militar, que se hallaba en un cuartel que había en esa época –no sé si todavía está allí– al lado del Palacio de Miraflores. Esa acusación de Gallegos no se aclaró nunca y ha quedado como una nube que va siendo alejada por el paso del tiempo, pero está ahí, en la historia.

Nunca se puso en claro si hubo o no hubo intervención militar norteamericana en ese golpe, pero lo que podemos decir es que si la hubo, tuvo lugar poco más de tres años después de la muerte de Franklin Delano Roosevelt, y todos sabemos que pocos años después, en el gobierno del general Eisenhower, se produjo la intervención de un poderoso departamento secreto del gobierno de los Estados Unidos para derrocar a otro presidente constitucional de la América Latina, que fue Jacobo Arbenz.

En el 1963, otro gobierno constitucional latinoamericano, que había sido elegido hacía menos de un año, y me refiero al de la República Dominicana, fue derrocado por órdenes de la misión militar norteamericana debido a que el presidente de ese gobierno descubrió, sin darse cuenta de lo que había en el trasfondo de esos hechos, que en el territorio dominicano había campamentos guerrilleros haitianos que recibían hombres y armas desde una base militar que tienen los Estados Unidos en Puerto Rico. Esos campamentos habían sido organizados y se mantenían sin conocimientos del presidente de la República Dominicana y desde ellos entraban columnas de guerrilleros en Haití para combatir la dictadura de Duvalier. Cuando el

presidente dominicano tuvo sospechas bien fundadas de la existencia de esos campamentos de extranjeros armados en territorio de su país, le pidió al ministro de Relaciones Exteriores que se dirigiera a la Organización de Estados Americanos para solicitarle el envío de una comisión que fuera a investigar lo que estaba sucediendo, y lo hizo sin que se imaginara, siquiera, que el presidente de los Estados Unidos había ordenado, a espaldas suya, que su país quedara convertido en una base de guerrillas haitianas. Esa fue la causa inmediata del golpe de Estado de 1963 en la República Dominicana, y eso lo han silenciado los medios de comunicación, las estructuras de la informática de que hablaba hace poco aquí el expresidente Frei Montalva, porque hay que conservar limpia y brillante la imagen de gran líder democrático del presidente Kennedy.

Apenas un año después era derrocado en Brasil otro presidente constitucional, Joao Goulart, y todo el mundo sabe que en ese derrocamiento jugó un papel importante el gobierno de Lyndon B. Johnson, y un año después ese mismo presidente Johnson envió miles de soldados de la infantería de Marina de su país a la República Dominicana para impedir que se restituyera allí la Constitución democrática de 1963 que había sido escrita por constituyentes debidamente elegidos por el pueblo. En el año 1973 fue muerto el presidente Salvador Allende en el Palacio de la Moneda, el lugar desde el cual encabezaba el gobierno de su país cumpliendo estrictamente la Constitución chilena, y todo el mundo sabe qué clase de participación tuvo el presidente Richard Nixon en los sucesos que le costaron la vida al doctor Allende.

Podemos hacer una lista de los presidentes de los Estados Unidos que siguieron a Franklin Delano Roosevelt y encontraremos que de los cinco que ocuparon la Casa Blanca a partir de la muerte de Roosevelt, todos, y si no todos, cuatro de ellos —y hago la aclaración de que todavía está en duda la intervención de Truman en el derrocamiento de Rómulo Gallegos— Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon participaron en intervenciones de tipo militar o político-militar en la América Latina; y yo quería recordarles a los señores expresidentes, y a los periodistas y al público que me oye, que entre los factores que deben ser tomados en cuenta al analizar el desarrollo de

la democracia en la América Latina está el poderío militar, económico y cultural de los Estados Unidos y también la frecuencia con que los Estados Unidos han violado los acuerdos internacionales en esta parte del mundo. Por ejemplo, la Carta de Bogotá, esto es, la Carta de la OEA, fue violada de manera grosera con la intervención militar de 1965 en la República Dominicana, y no quiero hablar aquí de otras intervenciones armadas que se han producido en América sino solo de las que se han hecho en perjuicio de gobiernos que habían sido elegidos por sus pueblos.

Me parece que entre los expresidentes que se encuentran en este Coloquio —que nos ofrece una oportunidad de hacer un análisis de la situación de la América Latina y hacerlo con toda libertad, como decía el expresidente Frei Montalva—, debe haber consenso en el reconocimiento de que el mundo ha conocido varias edades geológicas; que hubo una edad en que había animales extraordinarios, como los dinosaurios y que esos animales desaparecieron cuando desapareció la atmósfera en que vivían. Pues bien, los sistemas políticos son hechos históricos, que se producen en el tiempo igual que las edades geológicas, y hay que ver esos sistemas con una visión histórica, porque nacen, se desarrollan y mueren exactamente como les ha pasado a los animales de diferentes edades geológicas y como seguirá pasando mientras haya vida en la Tierra. La democracia representativa es una proyección política, o una manifestación, en el terreno político, de un sistema económico y social llamado capitalismo, que está llamado a desaparecer, y con él desaparecerá también su proyección política.

2

La democracia de estos tiempos no tiene nada que ver con la democracia griega, además de que tampoco hubo una democracia griega. La democracia de que habló Aristóteles era la de Atenas, no de Grecia. En Grecia, además de Atenas, estaba Esparta, y a nadie se le ocurre pensar que Esparta fue un Estado democrático; pero aún esa democracia de Atenas no era un régimen político sino la política de un partido. Al hablar de la democracia ateniense, Aristóteles explicó

con mucha claridad que en Atenas había dos partidos, el de los ricos u oligarcas y el de los pobres o popular; y explicó que cuando en Atenas gobernaban los ricos, había un gobierno oligárquico, y cuando gobernaban los pobres había un gobierno democrático.

Repito que la democracia que nosotros conocemos es la proyección política del sistema capitalista, y en Atenas no podía funcionar ese tipo de democracia porque los atenienses no conocían el capitalismo. Atenas era una ciudad-Estado que tenía 500 mil habitantes, de los cuales 410 mil eran esclavos y metecos, y los metecos no tenían derecho a votar porque eran extranjeros. De los que no eran ni esclavos ni metecos, quedaban 90 mil, pero de esos 90 mil no votaban ni las mujeres ni los niños, de manera que en el mejor de los casos los atenienses que podían votar serían de 45 a 50 mil. ¿Qué democracia es la de una sociedad en la que solo tienen derecho a votar el 10 por ciento de los habitantes? Los que votaban en Atenas, como en Roma; es decir, los que votaban en las ciudades del mundo antiguo o en los Estados esclavistas como el romano, que no era sino una proyección más amplia del Estado esclavista ateniense, eran los propietarios de tierras y de esclavos nada más, de manera que lo que se conoce en algunos círculos con la denominación de la democracia griega no era tal democracia si pretendemos hacerla pasar como democracia representativa.

La democracia representativa, tal como la conocemos o deseamos que sea en la América Latina, empieza a aparecer cuando el capitalismo se convierte en un poder social dominante y pasa a proyectarse en el campo político, de manera que la democracia es la cara política del capitalismo y éste es su base económica y social; y por eso creo que si la democracia ha fracasado en estos países latinoamericanos se ha debido al hecho de que en ellos ha fracasado el capitalismo, que no se ha desarrollado en esta parte del mundo de manera natural, siguiendo el mandato de sus propias leyes, porque nosotros fuimos conquistados y colonizados por un imperio que no era económicamente desarrollado y más bien era económicamente retardado, y porque otros imperios, singularmente el norteamericano, nos han sometido a un estado de explotación que ha impedido la formación de sociedades capitalistas independientes en estos países.

3

Si el capitalismo no ha llegado a ser en la América Latina lo que llegó a ser en Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Suecia, no podemos esperar que su cara política, la democracia representativa, sea igual a la de Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Suecia, y ese mismo argumento sirve para explicar por qué razones no podemos tener en nuestros países ese tipo particular de democracia que llamamos social-democracia.

La social-democracia es el producto sociopolítico del capitalismo altamente desarrollado. Podemos encontrar social-democracia en Alemania, en Bélgica, en Holanda, porque en esos países la inversión en bienes de capital ha sido tan alta y se ha llevado a cabo a lo largo de tanto tiempo que sus capitalistas han podido acumular grandes beneficios a pesar de que dedican una parte de ellos a pagar buenos salarios e impuestos elevados. Recuerdo haber visitado en Estocolmo una fábrica de teléfonos en la que encontré que en un enorme salón había, no recuerdo qué número, pero tal vez más de 80 ó 90 tornos que hacían piezas muy delicadas para los sistemas de comunicaciones de la firma dueña de la fábrica, y, sin embargo, en ese salón había nada más un obrero, que, por cierto, era español, de manera que me fue fácil hablar con él; y de lo que él me dijo saqué claro que su salario era el equivalente a 33 dólares con 33 centavos diarios; así pues, si en estos tornos la compañía propietaria de la fábrica hubiera puesto a trabajar un obrero en cada uno, suponiendo que los hubiera pagado a razón de 20 dólares por día, porque en Suecia los jornales son altos, el gasto de la compañía en asalariados habría sido, por lo menos, de 1,200 dólares diarios, pero ese gasto quedaba reducido a 33 dólares con 33 centavos para pagar un obrero que atendía a una computadora, y esa computadora era la que dirigía el trabajo de todos aquellos tornos. Mientras el obrero español me daba explicaciones acerca del funcionamiento del sistema que hacía posible poner a trabajar tantas máquinas bajo la dirección de otra máquina, que era la computadora, yo pensaba que Suecia compraba naranjas españolas, precisamente españolas, y que para producir una tonelada de naranjas en España se requería

el trabajo de varias personas, y que con media docena o una docena de teléfonos fabricados con ese tipo de maquinarias tan altamente desarrolladas podía pagar una tonelada de naranjas españolas. Ahí, en ese salón lleno de tornos estaba la demostración palpable de que en el comercio mundial de los países capitalistas, los términos del intercambio favorecen a los que son altamente desarrollados, y eso impide el desarrollo del capitalismo, y, por tanto, de su manifestación política, la democracia representativa, en los países de la América Latina y de otras regiones del mundo. En esa ocasión recordé que en un viaje anterior, el primer ministro de Suecia me llevó a ver una exposición de la industria de su país que se celebraba en Estocolmo y allí vi una rueda de madera que estaba recubierta por una pieza de hierro con dientes de engranaje. Esa catalina había sido construida en el siglo XIV, años de 1300 y tantos, lo que da una idea de que la técnica de la producción de hierro aplicada a usos industriales en una época en que faltaban tres siglos para que se iniciara la revolución industrial, estaba bastante desarrollada en Suecia cuando ni en España ni en las sociedades indígenas de América se soñaba con algo parecido.

Del Surplus que reciben los capitalistas de países como Suecia o Alemania, gracias a su alta tasa de inversión en bienes de capital, los gobiernos social-demócratas pueden quedarse con un elevado tanto por ciento —un 60, un 70, un 75 por ciento—, después que esos capitalistas han pagado buenos salarios, de los mejores de los países capitalistas, y con base en tales impuestos esos gobiernos pueden hacer una política social que no puede llevar a cabo, ni remotamente, ninguno de los países de la América Latina. Los capitalistas suecos o alemanes del Oeste no se oponen a que les quiten el 75 por ciento de sus beneficios porque saben que con ese dinero compran su seguridad y la de sus negocios, que todos ellos aspiran a perpetuar en manos de sus descendientes; la compran debido a que el bienestar de los trabajadores los convierte en socios ideológicos de los capitalistas.

En América Latina no hay medios materiales a disposición de los gobiernos para mantener una social-democracia como las que se ven en Europa, tal vez con la excepción del caso de Venezuela ahora, en estos momentos. Debido a sus riquezas petroleras, a Venezuela le sobran miles de millones de dólares, y es probable que algo parecido

suceda en México, pero, por el momento, en México no puede sostenerse un gobierno social-demócrata. Conocemos la situación de ese país y podemos darnos cuenta de cómo sufriría el presidente Luis Echeverría durante los años de su presidencia al darse cuenta de que no podía hacer lo que hubiera querido hacer para solucionar los problemas de las grandes masas mejicanas. ¿Por qué no podía hacerlo? Porque el capitalismo no está lo suficientemente desarrollado en México como para disponer de plazas de trabajo para todos los hombres y todas las mujeres, para ofrecerles seguro social a todos los que trabajan, para ofrecerles hospitales buenos o buenas medicinas a todos los que se enferman, para ofrecerles buenas escuelas, con buenos profesores, a todos los niños y a todos los adultos que quieran aprender algo.

4

Por otra parte, creo que la cultura no transforma a la sociedad, sino que la sociedad transforma la cultura. El cambio de la sociedad no es producto de la cultura; es el producto de los grandes movimientos históricos que, a su vez, son productos del trabajo humano.

En este Coloquio se hablaba de la revolución tecnológica como elemento de apoyo a la democracia representativa; y efectivamente, ese régimen político se fortaleció en los países capitalistas con la revolución industrial, pero conviene tener presente que esta fue el resultado de la acumulación, en Inglaterra, de las riquezas que el imperio inglés sacaba de América, de la India, de Asia y de África. Esas riquezas hicieron de Inglaterra el centro de la economía y la cabeza del capitalismo mundial y, por tanto, también el país líder de la democracia representativa durante muchos años. Pero la revolución tecnológica nos lleva en estos momentos mucho más allá; nos lleva a una revolución social profunda. Mientras tanto, volvamos los ojos a América Latina y preguntemos qué se hizo de la democracia representativa de Uruguay, qué se hizo de la de Chile y preguntemos también por qué desaparecieron.

Aquí se ha hablado varias veces de la lucha entre la democracia y la dictadura como si en el caso de estos países nuestros la democracia fuera un régimen político estable, duradero. No creo que la lucha en América Latina será entre democracia y dictadura. Creo que la lucha se plantea entre el sistema capitalista y el sistema socialista, y yo dejé de creer en la democracia, pero quiero afirmarles que no soy un inconsciente; que no abandoné el campo de la democracia porque me sintiera frustrado, sino porque el conocimiento de la realidad de mi país me sacó de ese terreno y me llevó al del socialismo, donde estoy luchando con toda el alma por la libertad de mi pueblo. En esa lucha, ustedes y todas las fuerzas democráticas de América Latina pueden contar conmigo, porque mientras llega el día en que podamos establecer el socialismo en todos esos países, entre el mal de las dictaduras militares y el mal de la democracia representativa, económica y políticamente débil, los que estamos en los frentes de lucha debemos ponernos del lado de la última para combatir al primero. Era cuanto quería decirles, y muchas gracias por haberlo oído.

[Vanguardia del Pueblo, 9 y 16 de mayo de 1979]

La República Dominicana renuncia a un derecho

Veintidós días después de haberse producido el asalto de la Embajada dominicana de Bogotá, el presidente Antonio Guzmán declaró, en un lugar del municipio Padre Las Casas llamado Villarpando, que es al gobierno de Colombia a quien le toca resolver “los asuntos que ocurren en el territorio colombiano”, y agregó que “nosotros entendemos que el gobierno colombiano está movido por los sentimientos más humanos” y que seguirá “tomando en cuenta realmente esos sentimientos para una solución definitiva a este gran problema que está consternando al mundo”.

Con esas palabras el presidente de la República Dominicana se refería a la situación creada por la presencia en la embajada de nuestro país en la capital de Colombia de varios embajadores –entre ellos el de la Santa Sede, el de los Estados Unidos, el de México, el de Venezuela– que están, desde hace más de tres semanas, en condición de rehenes del M-19, la guerrilla urbana autora del mencionado asalto.

Lo que dijo el presidente Guzmán es importante, no porque haya puesto su confianza en los “sentimientos más humanos” del gobierno de Colombia “para una solución definitiva” del sonado episodio de Bogotá, sino porque, al afirmar que es a ese gobierno al que le toca resolver “los asuntos que ocurren en el territorio colombiano”, está haciendo a nombre de la República Dominicana una renuncia explícita, formal y pública, de un derecho que hasta ahora había sido considerado por todos los jefes de Estado y por todos los tratadistas de Derecho Internacional como inherente a la existencia de cualquier Estado, y nos referimos al derecho de la extraterritorialidad.

¿Cómo y por qué razón el presidente Guzmán ha adoptado esa posición? ¿Qué lo ha llevado a proclamar esa renuncia y a hacerlo en un lugar apartado del país? ¿Es que se quiso destacar ese pronunciamiento al hacerlo público en un sitio donde no había representantes de países extranjeros que pudieran manifestar objeciones a una declaración

de política internacional tan importante? ¿O es que al hablar como lo hizo el jefe del Estado dominicano ignoraba la trascendencia de sus palabras porque la Cancillería no se tomó el trabajo de explicar qué cosa es el derecho de extraterritorialidad y por qué no debe renunciarse a él?

La existencia de todo Estado tiene su base en el ejercicio de la soberanía —que es la suprema potestad sobre un territorio y las personas que viven en él—, pero, a su vez, la soberanía implica el reconocimiento del Estado que la ejerce de parte de otros Estados. Sin ese reconocimiento no hay seguridad de que la vida del Estado sea duradera. Esas condiciones nos llevan de la mano a la conclusión de que aquellos que representan un Estado en el territorio de otro Estado disfrutan de un derecho sin el cual no podrían cumplir sus funciones, y ése es el derecho de la extraterritorialidad.

La extraterritorialidad es una ficción jurídica aceptada por las partes interesadas, que son todos los Estados, lo mismo los capitalistas o burgueses que los socialistas o proletarios, que ha sido reconocida en acuerdos internacionales como los que figuran en el protocolo de la Convención sobre Relaciones Diplomáticas de Viena, celebrada en esa ciudad en el año 1961.

En virtud del derecho de extraterritorialidad el local de una misión diplomática —eso que comúnmente llamamos embajada— es territorio del Estado que lo ocupa y, por tanto, está sujeto a la soberanía de ese Estado, no a la del Estado donde se encuentra; y en tal virtud, las personas que se hallan retenidas a la fuerza en la embajada dominicana de Bogotá están sometidas a la autoridad del Estado dominicano, no del de Colombia; y en consecuencia, es el gobierno de la República Dominicana el que tiene que resolver el problema de los embajadores que están en esa embajada en condición de rehenes del movimiento guerrillero M-19. Ahora bien, las circunstancias especiales del caso aconsejan que el gobierno dominicano no actúe solo; que lo haga en acuerdo con el de Colombia, cuyas fuerzas militares tienen rodeada la embajada de nuestro país, pero que lo haga por decisión suya, no debido a presiones ajenas, y mucho menos que abandone un derecho que tiene en virtud de su condición de Estado soberano, no porque

se lo hayan dado graciosamente otros Estados, y mucho menos el de Colombia.

Por otra parte, ¿tiene acaso el presidente Guzmán una idea, siquiera aproximada, de los resultados que puede esperar el país de su renuncia al ejercicio del derecho de la extraterritorialidad si se presenta un caso en el que se hiciera indispensable reivindicarlo?

[Política: Teoría y Acción, Año 1, No. 3, marzo de 1980]

El caso de los refugiados en Embajada del Perú

En estos días se ha presentado un gran revuelo con la noticia, que entran y traen los periódicos y las estaciones de radio y televisión, de que en la embajada de Perú en La Habana se han refugiado 10 mil personas que quieren salir de Cuba. Para la gran mayoría del pueblo dominicano esa noticia no tiene ningún valor porque de cada cien, por lo menos noventa no saben qué quiere decir la palabra embajada y sesenta no tienen idea de qué cosa es Perú; y para que puedan aprender algo hay que empezar explicándoles que la embajada es la casa donde vive y trabaja el embajador de un país, y el embajador es la persona que representa al gobierno, muy especialmente al jefe del gobierno de un país en otro país. Aquí, por ejemplo, hay embajada de España, donde vive el embajador español, que representa ante el gobierno dominicano al rey de España y al jefe del gobierno español; hay embajada en Venezuela, donde vive el embajador venezolano que representa ante el presidente Guzmán al presidente de Venezuela, hay embajadas de Alemania, de Argentina, de Colombia, Estados Unidos, Inglaterra donde viven los embajadores de esos países, que tienen la misión de representar sus gobiernos ante el gobierno de la República Dominicana.

Aquí hay muchos embajadores, uno de cada país con el cual tenemos relaciones de las llamadas diplomáticas, y en cada uno de esos países hay un embajador dominicano, que representa, a su vez, al gobierno dominicano ante los gobiernos de los lugares donde ellos están. Así, en Cuba hay una embajada de un país llamado Perú, y en cambio en el Perú hay una embajada de Cuba.

Gobierno cubano sostiene las libertades

Nosotros sabemos dónde está la embajada que el Perú tiene en Cuba porque durante algunos años estuvimos viviendo cerca de ese lugar, y podemos asegurarles a los que nos oyen* que es muy difícil

que entre la casa, el patio y los jardines de esa embajada ocupen 5 tareas, y la única manera de que en 5 tareas quepan 10 mil personas es moliéndolas y metiéndolas en cajitas de cartón. Sin embargo, no vamos a discutir si es verdad o no lo es que en la embajada que tiene el Perú en La Habana, que es como se llama la capital de Cuba, hay 10 mil ó 15 mil ó 3 mil refugiados. De lo que queremos hablar es de otras cosas relacionadas con esos refugiados, sean el número que sean. Por de pronto diremos que en las embajadas de los países latinoamericanos puede asilarse o refugiarse cualquiera persona que tenga razones para creer que su vida corre peligro, pero si ese peligro se debe a causas políticas, y según han dicho los cubanos que se refugiaron en la embajada de Perú en La Habana, ellos han ido a ese lugar a buscar asilo o protección o refugio, no porque estén perseguidos sino porque quieren salir de Cuba, y, además, han explicado que la mayoría tiene familiares viviendo en los Estados Unidos y desean reunirse con ellos. Esto último lo han dicho en una carta que le enviaron al presidente Carter, que como ustedes saben es el jefe del gobierno norteamericano. El gobierno cubano ha dicho que si Perú los recibe, pueden irse todos los que han buscado la protección de la embajada de Perú, y a los que deseen o necesiten ir a sus casas les ha dado salvoconductos para que puedan volver a la embajada; les sirve comida a todos y les ha puesto letrinas portátiles metidas en casas de campaña que han sido armadas frente a la embajada; y eso no lo decimos nosotros sino periodistas extranjeros que están despachando desde La Habana noticias a todas partes del mundo, y muchos de ellos seguramente quisieran decir en esas noticias lo peor que pudiera decirse de la Revolución Cubana.

Para los enemigos de esa Revolución no hay nada bueno en lo que hemos dicho hasta aquí; al contrario, al tener que reconocer que el gobierno de Fidel Castro no persigue a los refugiados, no los cerca, no les niega autorización para irse de Cuba, esos enemigos no pueden sacar ventaja del revuelo que se ha hecho con la noticia de que miles de cubanos se han metido en la embajada del Perú para que el gobierno peruano los saque de Cuba. Lo que hacen es decir que si de Cuba quiere salir tanta gente, es porque en Cuba hay una situación muy mala; es porque la gente está pasando hambre o es porque allí hay una tiranía espantosa.

De RD se irían 1 millón de personas

Y si es así, ¿por qué se dice que en la República Dominicana hay una situación muy buena, que aquí todo marcha viento en popa y que la gente disfruta de libertades como nunca se conocieron en el país? Eso es lo que se dice en el extranjero cuando se habla de la República Dominicana, y nadie se entera de que de esta tierra de Duarte, Sánchez y Mella han salido en pocos años medio millón de hombres y mujeres hacia los Estados Unidos; hacia Venezuela, hacia Puerto Rico; y yendo a Puerto Rico en botes han muerto muchos en las aguas del canal de La Mona; y tratando de conseguir visas para Venezuela, muchos han caído en manos de ladrones que les han vendido pasaportes falsos y se los han llevado a Colombia para de ahí meterlos en Venezuela como si fueran venezolanos, y miles han sido estafados aquí porque les dieron su dinero a personas que se hacían pasar por empleados del Consulado norteamericano que podían conseguirles visas. Estamos seguros de que si ahora mismo, esta misma noche, el presidente Guzmán le dijera al pueblo que el que quiera salir de la República Dominicana puede ir a la embajada que más cerca le quede a pedir que le den asilo o refugio hasta que pueda coger un avión o un barco que lo saque de aquí, en mucho menos tiempo de lo que necesita un gato para rascarse, en las embajadas que hay en la República Dominicana se metería, por lo menos, un millón de dominicanos, no 10 mil, como dicen algunos periodistas que se han metido en la del Perú en Cuba, o 7 mil como dicen otros o 3 mil como dicen también otros. Así, pues, si la situación de un país se mide por la cantidad de gente que quisiera salir de él, habría que decir que la República Dominicana es un infierno y que México, de donde han salido en poco tiempo unos cuantos millones de mexicanos, es como cien infiernos juntos.

El gobierno de Cuba tiene enemigos poderosos, los más poderosos del mundo, y para evitar que esos enemigos les creen situaciones difíciles el gobierno cubano se ve obligado a tomar muchas precauciones; una de ellas es la de ofrecerles protección armada a todos los embajadores que hay en el país, y por esa razón cada embajada de las muchas que hay en La Habana tiene una guardia;

y a pesar de eso hace pocos días 27 personas, que viajaban en una guagua, se metieron en la embajada de Perú.

¿Cómo pudieron hacerlo? Pues tirando la guagua contra la cerca, que quedó rota, y, además, atacando a los guardianes, uno de los cuales murió de un tiro.

Ese acto tenía toda la apariencia de un ataque a la embajada peruana, y en realidad era una agresión al gobierno de Cuba. Los que lo llevaron a cabo no tenían derecho de asilo porque no eran perseguidos políticos, pero el gobierno de Perú les dio ese derecho, a lo que el de Cuba respondió anunciando que le quitaba a la embajada peruana la protección armada que había tenido, y como es costumbre en Cuba, inmediatamente se le informó al pueblo cubano de esa decisión, y al darse la noticia empezó el desfile de personas que se dirigían hacia la embajada de Perú y se declaraban asilados. Si los que hicieron eso fueron 3 mil, 7 mil ó 10 mil, lo importante no es la cantidad; lo importante es que muchos cubanos salieron de sus casas, de sus estudios, de sus trabajos, y se dirigieron hacia la Quinta Avenida de Miramar, donde hay varias otras embajadas y, por tanto, hay guardias armados, además de que hay policías de tráfico, y nadie detuvo a los que iban llegando a la embajada peruana; nadie se alarmó por la aglomeración de gente ni los que llegaban al lugar iban con miedo.

¿Cómo se explica eso? Se explica porque el cubano no se siente perseguido porque no es cierto que en Cuba haya una tiranía criminal ni cosa parecida.

Un episodio conmovedor

Oigan lo que sucedió hace dos días: un matrimonio llegó a la embajada peruana con un hijo de 17 años y al entrar en los jardines el hijo vio un espectáculo penoso; vio tantos hombres y mujeres discutiendo a gritos, maldiciendo como si hubieran perdido la razón, que se negó a seguir con sus padres y se fue de allí. En la noche,

ese jovenzuelo estaba explicando a través de Radio Habana lo que le había sucedido, y dijo estas palabras:

“Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo que es la Revolución Cubana y de todo lo que había hecho por mí y por el pueblo de Cuba; y al darme cuenta decidí salir de la embajada. Mis padres pueden irse, pero yo me quedo aquí”.

Por la boca de ese muchacho habló Cuba; habló el futuro de ese pueblo, y dijo la verdad, que no es igual a lo que dicen las noticias que nos mandan unos cuantos señores que tienen el oficio de confundir a la gente, convirtiendo las verdades en mentiras.

[Vanguardia del Pueblo, 16 de abril de 1980]

La manipulación de noticias sobre la Revolución Cubana

Ciertas agencias de noticias como la *Associated Press* (AP) y la *United Press Internacional* (UPI) se dedican a confundir a los lectores de periódicos y oyentes de radio y televisión en todo lo que se relacione con la Revolución Cubana. Por ejemplo, de manera metódica estuvieron despachando desde La Habana cable tras cable en los que se referían a los cubanos que salían hacia los Estados Unidos por el puerto de Mariel con la calificación de “los que huyen hacia la libertad”.

El puerto Mariel está a menos de 50 kilómetros al oeste de La Habana, lo que da una idea clara de que si por él se embarcaron en menos de un mes cerca de 60 mil personas, no podrían haberlo hecho si el gobierno de Cuba se hubiera opuesto o si no hubiera colaborado en la tarea de llevar hasta Mariel a toda esa gente, que procedía de varios puntos de Cuba, y a organizar su salida facilitándoles la manera de conseguir sus documentos personales y hasta organizando la estancia y el tráfico dentro de la bahía de Mariel para las cerca de 2 mil embarcaciones de bandera norteamericana en que esos cubanos se iban.

Una parte pequeña de esos barcos eran de cubanos nacionalizados que viven en Miami o en Key-West (el islote llamado en lengua española Cayo Hueso), pero la gran mayoría era de norteamericanos que hacían el viaje a Mariel para ganar dinero llevando cubanos a los Estados Unidos. Al principio, el transporte desde Cuba hasta la Florida o en sentido contrario costaba 500 dólares, pero no tardó en subir a mil y luego a 2 mil. ¿No es digno de ser tomado en cuenta el hecho de que ninguno de los periodistas norteamericanos que le dedicaron tanto espacio al tráfico entre Mariel, Cayo Hueso y Miami se ocupara de explicar el negocio que hicieron los dueños o patronos de los barcos usados en la comentada operación Mariel-Florida?

Además del aspecto comercial de esos viajes, cualquier periodista podía pensar que en una emigración de cerca de 60 mil

personas llevada a cabo en barcos pequeños tenían que producirse muchos episodios de interés, como el que apareció en el diario cubano Granma correspondiente al 26 de abril, tercera edición, en el que se lee la aventura de Marta Castro Hernández, que seis años antes se había casado en Cuba con un preso político cubano. Su marido fue indultado y en agosto de 1979 había viajado con Marta hacia los Estados Unidos, donde está viviendo. Marta Castro Hernández le pagó al capitán de un barco camaronero 500 dólares para que la llevara de Cayo Hueso a Mariel, según dijo, con la idea de recoger a su madre y volver con ella a Miami, pero lo que se proponía era llegar a Cuba y quedarse allí, como en efecto lo hizo, porque se negaba a seguir viviendo en los Estados Unidos.

Ninguno de los periodistas de la AP y la UPI que estuvieron informando desde territorio cubano sobre los acontecimientos de abril y de mayo han dicho que en Granma se publicaba todos los días un cuadro titulado “Noticias de Mariel”, en el que se daba cuenta de lo que estaba pasando en ese puerto. En el cuadro publicado el 28 de abril, tercera edición, se lee lo siguiente:

“Ayer, por condiciones del tiempo, no salió ninguna embarcación de Mariel hacia Estados Unidos. Al cierre de esta edición había allí 1.552 embarcaciones procedentes de la Florida. A pesar del tiempo adverso siguieron llegando. La colosal e inusitada ventolera de ayer al mediodía amenazó a la flota de Mariel. Pero los efectos se redujeron a varios heridos leves y algunos daños menores... Show, demagogia, dramatismo y guerra psicológica fueron las armas usadas ayer por los imperialistas hablando de supuestas embarcaciones perdidas con personal a bordo para sembrar el desaliento entre los residentes cubanos en Estados Unidos y obstruccionar el ordenado y pacífico puente establecido entre Mariel y la Florida... Hasta ahora no hay ningún caso comprobado de accidente. La cadena de embarcaciones cubanas de auxilio entre Mariel y Florida se mantiene... Para aumentar las condiciones de seguridad, las embarcaciones partirán en flotillas con el fin de auxiliarse y apoyarse mutuamente y, además, con una embarcación auxiliar cubana detrás hasta las proximidades de la Florida. No habrá transporte más seguro en el mundo que el de la ruta Mariel-Florida”.

Eso se publicaba en Cuba para que lo leyera los cubanos, entre ellos los que quisieran irse del país hacia los Estados Unidos. ¿Por qué tal publicación no fue comentada en los periódicos norteamericanos? Porque si se difundía no podía mantenerse día tras día en esos periódicos la calificación, tan repetida, de “los que huyen hacia la libertad”, que era el eje sobre el cual giraba la manipulación de las noticias enviadas desde La Habana a los medios de comunicación de los Estados Unidos y de la América Latina.

[Vanguardia del Pueblo, miércoles 21 de mayo de 1980]

Lo que se ve y lo que no se ve en un discurso de Fidel Castro

La política, que en otros tiempos era un arte, sigue siendo un arte pero ahora es también una ciencia que puede aprenderse a través del estudio y de la práctica, y entre los textos que deben estudiarse para conocer su aspecto científico se hallan los discursos de los grandes líderes, muy especialmente aquellos que tienen como tema acontecimientos de mucha importancia en la vida de los pueblos dirigidos por sus autores.

Un discurso puede jugar, en un momento dado, el papel de un ejército que es lanzado en medio de una batalla para disidir su curso; sin embargo, no todo el mundo se da cuenta de eso debido a que a menudo con las palabras se persiguen varios objetivos; pero, además, no es fácil percibir la intención de un discurso político importante por varias razones. En ciertos casos un discurso es de doble afecto dado que a la vez que tiene una misión ante el enemigo tiene otra para el pueblo de su autor y podría tener una tercera para sus aliados, si es que los hay; y esas funciones múltiples y simultáneas deben ser llevadas a cabo a través de un agente de manejo nada fácil, que es la palabra, pues la palabra puede ser, y a menudo es malinterpretada, de manera que el líder que la usa tiene que conocer a fondo las posibilidades de ese instrumento de su acción.

Hay discursos que pueden decirse sin el menor riesgo, pero los hay que podrían causar males muy costosos, y generalmente estos últimos son los que se relacionan con la política exterior de un país. Ese fue el tema del que pronunció Fidel Castro el Primero de Mayo de este año en la Plaza de la Revolución de La Habana. Fidel Castro ha dicho, a lo largo de su vida pública, muchos discursos importantes, pero nos parece que ninguno se presta más que el del Primero de Mayo a una exégesis o apreciación explicativa de lo que es un gran discurso político porque en él abundan los ejemplos de la palabra usada como elemento táctico, a veces para decir lo que le interesaba al autor, a veces para ocultarlo, y en todos los casos las palabras ocupaban el lugar que le correspondía a cada una en la gran

batalla que Cuba estaba dando en ese momento contra el poderío del gigante norteamericano que había desatado desde fines del año anterior (1979) una ofensiva destinada a arrinconar, golpeándola frenéticamente, a la Revolución Cubana, y para eso se usaban todos los recursos que se ponen en juego, incluyendo el de la amenaza militar, antes de que entren en acción ejércitos.

Un Mensaje para Carter

Ese Primero de Mayo se había reunido en la Plaza de la Revolución más de un millón de personas, y Fidel Castro comenzó su discurso explicando por qué se daba un acto de esa naturaleza. “En estos días”, dijo, “se ha estado librando una batalla de masas como jamás se había estado librando en la historia de la Revolución”; y era cierto, porque ni siquiera en los días de Playa Girón se había visto en Cuba nada semejante a la gigantesca concentración del Primero de Mayo de 1980. En dos párrafos, que sumaron 167 palabras interrumpidas ocho veces por los aplausos del público, Castro explicó que ese acto era necesario porque había “que demostrarle al enemigo que a un pueblo no se le puede ofender impunemente”... que la Revolución no “se había debilitado”; que el que se veía allí “es nuestro pueblo”... “el pueblo de los gloriosos combatientes de Angola y de Etiopía”; el pueblo que contaba con “más de cien mil soldados y reservistas de sus Fuerzas Armadas (que) han cumplido... misiones internacionalistas”; “el pueblo que cuando (se) piden maestros para Nicaragua ofrece 29 mil 500”.

El gobierno de Jimmy Carter había estado movilizandofuerzas en el Caribe desde hacía meses; había desembarcado infantes de marina en Guantánamo, pero también enviaba misiones de generales y almirantes a otros países del Caribe, algunos de ellos tan cercanos a Cuba en términos geográficos como Haití y la República Dominicana, y pocos días antes del Primero de Mayo de mayo anunció maniobras militares de agua, tierra y aire en Guantánamo. El acto en que estaba hablando Fidel Castro era una protesta masiva del pueblo cubano contra esa política de amenaza norteamericana, y al comenzar a

hablar, el jefe de la Revolución, que es, a la vez, el jefe de Estado y del gobierno de Cuba, ponía de relieve el apoyo que el pueblo le daba a la Revolución, al Estado y al gobierno revolucionario, pero también les recordaba a Jimmy Carter y a sus consejeros que en Cuba había cien mil veteranos de las guerras de Angola y de Etiopía, hombres con experiencia de la guerra moderna que se hace fundamentalmente con tanques, aviones, cohetes, mediante el uso de comunicaciones de base tecnológica muy compleja; o lo que es lo mismo, les recordaba que esos cien mil veteranos no son soldados analfabetos como los de la generalidad de los países subdesarrollados. En esos conceptos centrales hallamos planteadas, en las palabras iniciales del discurso del Primero de Mayo, las grandes líneas de lo que Fidel Castro se proponía decir. Era como si lo hubiera comenzado diciendo:

“Aquí tiene usted, presidente Carter, a un pueblo movilizado para defender su Revolución, pero le advierto que ese pueblo se apoya en cien mil veteranos que han participado en dos guerras recientes, en las cuales se emplearon armamentos modernos que no pueden manejar soldados ignorantes; y le advierto también que esos cien mil veteranos fueron a pelear a África porque contaban con el apoyo de ese pueblo cuyos representantes, en número de más de un millón, están aplaudiendo lo que digo”.

El Caso de la Embajada de Perú

Los lectores saben, porque de ello se hizo en escándalo propagado a todo el mundo capitalista, pero especialmente hacia los países de la América Latina, que en el mes de abril unos cuantos cubanos enemigos de la Revolución forzaron su entrada en la embajada de Perú en Cuba valiéndose de un vehículo con el cual derribaron la verja de esa misión diplomática; y todos saben también que esa acción costó la vida de un soldado cubano. Antes de que se diera ese episodio de violencia unas cuantas personas se habían asilado en la embajada de Venezuela. Aunque es cierto que quien está autorizado a calificar el acto del asilo es el gobierno del país que lo concede, también lo es que ese derecho no favorece a los que se

asilan porque desean salir de su país, pues en ese caso las embajadas se convertirían en agencias de viajes privilegiadas, y como las autoridades cubanas saben que en Cuba abunda la gente que quiere salir de allí, mantienen protección militar alrededor de las misiones diplomáticas latinoamericanas, única manera de evitar que en ellas se metan grupos de personas que podrían resultar una carga pesada para los funcionarios de esas embajadas. Los que buscaron refugio en la embajada de Perú habían sido precedidos por otros que lo habían hecho algún tiempo antes en la de Venezuela, y el Ministerio de Relaciones Exteriores venezolano admitió que uno, por lo menos, de los funcionarios de su embajada en La Habana había recibido dinero a cambio de autorizar la entrada de cubanos en su país. Con el conocimiento de ese y de otros antecedentes el gobierno de Cuba decidió ponerle alto a lo que parecía ser una carrera asilamientos de gente que no estaba siendo perseguida por razones políticas y que, por tanto, no tenían derecho a ser recibidas en ninguna embajada en condición de asiladas.

En declaraciones hechas cuando comenzaba el escándalo de los refugiados en la embajada de Perú, el autor de este artículo le dijo a un noticiario de radio de Santo Domingo que la primera condición que debe tener un jefe guerrillero para alcanzar la victoria es su capacidad especial de crear tácticas que el enemigo no pueda ni siquiera sospechar que le van a ser aplicadas, y que los enemigos políticos de Fidel Castro cometían el error de no recordar que él había llegado al poder debido a que fue un jefe guerrillero victorioso. Cuando la embajada peruana en Cuba aceptó como asilados políticos a los que la habían asaltado, el jefe de la Revolución Cubana inventó una táctica sorprendente: la de retirar la custodia militar que tenían la embajada de Perú y darle al pueblo la noticia de esa decisión. En el acto comenzó el desfile de hombres y mujeres que querían salir de Cuba, y de los más distantes barrios de La Habana, al principio, y después de otros lugares de la isla, miles de personas salieron hacia el sitio donde se hallaba esa misión diplomática; y así fue como en pocos días se metieron 10 mil personas en un lugar donde no había espacio para más de 300.

Los hombres que Cuba no quiere

Con una sola maniobra fulminante Fidel Castro había resuelto, de una vez y para siempre, el problema de los llamados asilos políticos, puesto que después de lo que sucedió en la embajada peruana ninguna otra representación diplomática de países latinoamericanos en Cuba va a declarar asilados a los que se metan en una de ellas, pues eso equivaldría a repetir el caso de la peruana; pero para el jefe guerrillero de la Sierra Maestra el retiro de la protección militar a la embajada de Perú no era suficiente porque como iba a demostrar la incapacidad del gobierno de Lima para llevar a su país y alojar allí a los 10 mil –y algo más– que se habían refugiado en su embajada de La Habana, ningún país de la América Latina tiene el poder que hace falta para llevar a la Revolución Cubana a una situación de apuros. Ese poder lo tienen solo los Estados Unidos y, hasta cierto punto, puesto que pueden usarlo únicamente en algunos terrenos, como el de la propaganda y el económico; y como en realidad, donde los cubanos enemigos de la Revolución Cubana hallan estímulo constante para luchar en busca de una salida de Cuba es en los Estados Unidos, la maniobra que tan buenos resultados le había dado a Fidel Castro en el caso de la embajada de Perú debía ser desplazada hacia los Estados Unidos.

Eso fue en el discurso del Primero de Mayo con estas palabras: “Nosotros sabíamos que cuando se retirara la custodia (militar)... se llenaba la embajada (de Perú)... Y así ocurrió exactamente... Paralelamente a esto, los yanquis venían haciendo exactamente lo mismo que ocurría en las embajadas de Venezuela y Perú... En los últimos meses se venía produciendo un incremento de las salidas ilegales (de cubanos hacia los Estados Unidos). Los individuos secuestraban embarcaciones, se llevaban (a) los tripulantes como rehenes... (y) eran recibidos en la Florida como héroes, como disidentes, como patriotas, etcétera. Y se lo advertimos (al gobierno norteamericano), se lo advertimos reiteradas veces por los canales diplomáticos”.

Al llegar ahí el orador recordó que el día Ocho de Marzo, mientras clausuraba un acto con que se conmemoró el día

Internacional de la Mujer, dijo que: “la idea esencial nuestra. . . es que la obra de una revolución como la construcción del socialismo es tarea de hombres y mujeres absolutamente libres y absolutamente voluntarios. (A) quien no tenga sangre revolucionaria, (a) quien no tenga una mente que se adapte a la idea de una revolución, (a) quien no tenga un corazón que se adapte al esfuerzo y al heroísmo de una revolución no lo necesitamos en nuestro país”.

De la embajada peruana a Mariel

Fidel Castro sabía que en Cuba podría haber 100 mil, y quizás más, personas que deseaban irse, sobre todo a los Estados Unidos, pero sabía también que la mayoría de los cubanos no aprobaba esa desertión, y lo dijo cuando hablándole el Primero de Mayo a la enorme multitud que lo oía bebiéndose sus palabras recordó que: “A pesar de que todavía nos quedan elementos desclasados... elementos antisociales, somos los que menos elementos antisociales y lumpen tenemos en todo el hemisferio, el país de América donde hay menos índice de robo —a pesar de que hay ladrones—, de menos índice de crimen, índices ínfimos de droga, no hay prostitución y no se tolera y está totalmente prohibido el juego... no hay una sociedad con un ambiente moral más sano que el de nuestra sociedad en todo este hemisferio; no hay una sociedad con más valores morales que los que ha alcanzado esta sociedad nuestra al cabo de 21 años de revolución con un sentido de la justicia, con un sentido del honor, con un sentido de dignidad, con un aprecio y una admiración por el mérito, por el trabajo, por el sacrificio”.

Para terminar ese párrafo, el orador mencionó ejemplos como el de cientos de miles de cubanos que se ofrecieron voluntariamente para ir a las guerras de Angola y Etiopía, o como “el hecho de que tenemos 50 mil compatriotas nuestros, entre militares y civiles, en el extranjero; lo demuestra el hecho de que técnicos cubanos trabajan en 35 países”.

Después de eso se produjo la mención de Mariel, que en las palabras de Fidel Castro fue dicha así: “... parejamente con esto (los casos de los refugiados en las embajadas de Venezuela y Perú),

Estados Unidos estaba estimulando las salidas ilegales del país, y eso es lo que en el fondo ha originado la apertura del puerto de Mariel... ¡Mariell, que ya ha superado ampliamente a Camarioca; Camarioca es una bobería al lado de Mariel”.

En ese momento alguien gritó: “Mariel, Florida, le abrimos una herida”; y Fidel Castro pasó a explicar que: “lo curioso es que esta vez no fuimos nosotros los que tomamos la iniciativa de abrir Mariel, no; la iniciativa la tomaron de allá.

Al calor de la situación y de la campaña creada por los Estados Unidos sobre los sucesos de la embajada de Perú, de la Florida surgió espontánea la idea de enviar embarcaciones a recoger a este lumpen, y entonces nosotros simplemente nos limitaremos a decir que no los recibiríamos a cañonazos porque no venían en son de guerra y que serían atendidos con toda cortesía, y se abrió eso que no sé si es una auto herida, un harakiri o algo de eso”.

Camarioca y Mariel

Camarioca es un lugar que se halla al oeste de la conocida playa de Varadero, desde el cual salieron, en los primeros tiempos de la Revolución, varios miles de cubanos que se dirigían a los Estados Unidos autorizados por el gobierno cubano y por el de Norteamérica; pero lo que lo podríamos llamar el limitado éxodo de Camarioca no se compara ni numérica ni políticamente con el que el diario Granma llamó “el ordenado y pacífico puente establecido entre Mariel y la Florida”. En el orden cuantitativo los que salieron por Camarioca no llegaron a más de la mitad de los asilados en la embajada de Perú, y los 10 mil y algo más de esa embajada se convirtieron en más de 70 mil emigrados que se fueron de Cuba usando el puente Mariel-la Florida; ahora bien, esa salida masiva de cubanos antirrevolucionarios, que algunos propagandistas y mucha gente sin criterio político presentan como una derrota colosal del socialismo cubano y, sobre todo, de Fidel Castro, ha sido un triunfo para éste más importante que el que tuvo cuando bajó de la Sierra Maestra como jefe de un movimiento armado

victorioso, pues derrotar a Batista era más fácil que imponérsele al poderío norteamericano obligándolo, por primera vez en la historia de esa gran potencia llamada Estados Unidos, a dejar de aplicarles sus leyes a más de 70 mil extranjeros que entraron en su territorio sin pasaportes visados, sin previo análisis de sus posiciones políticas y hasta sin certificados de salud aprobados por sus funcionarios de sanidad.

Nadie pensó nunca que algo como eso podría hacerse a un Estado tan orgulloso de su poder y de la apariencia de legalidad que se le había venido dando a ese poder desde que en el 1788 se puso en vigor la Constitución Federal. Parece increíble que el gobierno de un país tan pequeño como Cuba, y precisamente el que encabeza y representa Fidel Castro, se apropiara del derecho de ser él, y no el de los Estados Unidos, quien determinara qué cubano podía entrar en el país de Washington y Jimmy Carter y con cuáles documentos oficiales de la República de Cuba debía presentarse ante las autoridades norteamericanas.

En su discurso del Primero de Mayo, Fidel Castro pudo vanagloriarse de lo que estaba haciendo su gobierno, y eso habría desatado un frenesí de entusiasmo en la enorme multitud que llenaba la Plaza de la Revolución de La Habana. Pero un líder de la categoría de Fidel Castro sabe que un discurso es una fuerza tan útil como un ejército, y que solo un loco manda tropas a hacer desfiles militares propios de paradas en el lugar donde está desarrollándose una batalla, y había sido él quien había explicado en ese discurso que el acto del 1 de mayo era parte de una batalla, “una batalla de masas como jamás se había estado librando en la historia de la Revolución”. Un político menos consciente del valor de las palabras se habría jactado de que el que daba visas de entrada de cubanos en los Estados Unidos no era el Departamento de Estado yanqui sino el gobierno socialista de Cuba, pero Fidel Castro sabía que él no debía ser arrogante en ese momento; que no debía humillar al gobierno norteamericano porque en última instancia de ese gobierno dependía ponerle un alto al flujo de cubanos que salían de Mariel hacia Florida, y una medida así habría tenido malas consecuencias para Cuba, pues por algo diría Fidel Castro poco después: “... nosotros estamos cumpliendo

estrictamente, rigurosamente, nuestra consigna: que todo el que desee marcharse para cualquier país donde lo reciban, que se marche; y que la construcción del socialismo, la obra revolucionaria, es tarea de hombres y mujeres libres”.

El plan de Fidel Castro

Efectivamente, todo el que quiso irse de Cuba a los Estados Unidos tenía abierta la puerta de salida (que era el puerto de Mariel), y fue Fidel Castro quien la abrió para dirigir a conveniencia de la Revolución Cubana la corriente iniciada en la embajada de Perú. Lo que hay que preguntarse es cómo pudo abrirla, a lo que se responde diciendo que aplicando el principio fundamental del judo, según el cual el mejor luchador es el que pone a su servicio la fuerza del adversario. En este caso, los adversarios eran los cubanos-norteamericanos de Miami, que viven alimentando la esperanza de que un día el pueblo cubano se levantará contra la más espantosa tiranía que ha conocido América y Fidel Castro saldrá huyendo hacia Moscú, y al oír la noticia de lo que pasaba en la embajada de Perú en La Habana, creyeron que había llegado la ocasión que habían esperado durante largos años: la de ser actores en lo que a su juicio será el más sonado e importante episodio en la historia moderna, la aniquilación mediante un levantamiento popular, de la odiada dictadura del proletariado, y con ella la liberación de Cuba, esa desdichada esclava del imperialismo soviético.

Los cubanos-norteamericanos de Miami son una fuerza económica y política por sí mismos; lo son dentro de las maquinarias partidistas republicana y demócrata de Florida puesto que sus votos pueden ser decisivos lo mismo en elecciones estatales y municipales que en una elección presidencial (no debemos olvidar que Nixon perdió la elección de 1960 ante John F. Kennedy por poco más de 100 mil votos). Pero dada la pasión con que se mantienen apegados a su ilusión de convertir a Cuba en lo que ese pueblo era veinte y cinco años atrás, los cubanos-norteamericanos de la Florida son también una fuerza política cubana que no puede ser ignorada por el gobierno de Cuba.

Esa fuerza tuvo un estallido de expansión cuando se dijo que millares de cubanos corrían de varias partes hacia la embajada de Perú en La Habana y la tomaban como si fuera por asalto. Si un hecho así estaba desarrollándose en la capital de Cuba, sin que el gobierno de Fidel Castro pudiera evitarlo, era porque ese gobierno no tenía ya poder, y una conclusión semejante debía lanzar a los cubanos de la Florida a la acción. ¿Cuál acción? El gobierno cubano la delineó de manera nítida cuando anunció que si los cubanos que se hallaban en los Estados Unidos querían ir a Cuba a buscar a sus familiares y amigos, no serían recibidos a cañonazos porque no irían en son de guerra; que antes bien, serían recibidos con toda cortesía. Esas pocas palabras desataron la fuerza económica y política de la población floridana de origen cubano, que impulsada por sus ilusiones se organizó de manera espontánea en un río de embarcaciones de todo tipo que corría día y noche desde las playas de Florida hacia Mariel y volvía a la Florida cargada de cubanos a los cuales el gobierno de Jimmy Carter se veía forzado a recibir sin poner la menor objeción, “con los brazos abiertos”, como dijo el presidente Carter; y así fue como la corriente de desertores que se dirigía a la embajada de Perú en La Habana quedó desviada, y a la vez multiplicada, por la de los que salían de Cuba para ir a Cayo Hueso y a otros puntos de la península de Florida y así fue también como para conseguir lo que se había propuesto, Fidel Castro usó en beneficio suyo la fuerza del adversario, hazaña política de la que se dan muy pocos ejemplos en la historia, y ninguno cuando se lleva a cabo desde un país pequeño y débil contra uno grande y poderoso.

A simple vista parece que una migración de 70 mil almas es muy grande, pero cualquiera guerra cuesta muchas más vidas, de manera que si Fidel Castro consigue, al costo de 70 mil cubanos que desertan del proceso revolucionario, lo que de acuerdo con las conclusiones de su discurso del Primero de Mayo está buscando, a Cuba le saldrá barato alcanzar la victoria en lo que el propio Fidel calificó como “una batalla de masas como jamás se había estado librando en la historia de la Revolución”.

¿Qué es lo que busca él? Sentar a Jimmy Carter ante una mesa de negociaciones en las que a cambio de que Cuba detenga el flujo de personas que está enviando a los Estados Unidos, el gobierno

norteamericano se comprometa a ponerle fin a la presencia de tropas, buques y aviones militares en la base de Guantánamo; a que se levante el bloqueo de la isla, medida que solo puede aceptarse cuando se le aplica a un enemigo con el cual se lleva a cabo una guerra, y que cesen los vuelos de aviones espías norteamericanos sobre el territorio cubano.

Si para conseguir esos fines hay que sacrificar la ciudadanía de 70 mil cubanos, o de 100 mil, o de 150 mil, la operación sería poco costosa porque esas personas seguirían viviendo y al perderlos a ellos Cuba ganaría mucho. Los Estados Unidos perdieron 50 mil vidas en Viet Nam a cambio de nada que les dejara beneficio material, histórico o político. Y en el caso de que no se consigan esos tres fines, o siquiera uno de ellos, Cuba habrá salido ganando por el solo hecho de que ha salido de 70 mil enemigos de la Revolución.

[Política, Teoría y Acción, Año 1, No. 5, mayo 1980]

Las semejanzas profundas entre Bolivia y nosotros

Bolivia es un país que trepa por los Andes y baja a las selvas de la gran hoya amazónica, y la República Dominicana ocupa una porción de una isla en la región del Caribe; los bolivianos son blancos e indios y los dominicanos somos negros, unos pocos blancos y una mayoría de mestizos de las dos razas. Visto desde afuera, o sea, normalmente, parecemos pueblos que no tienen nada en común, salvo en la base de la lengua cuando se trata de bolivianos que hablan el español —y lo hablan como si fueran castellanos—, porque para los más de ellos sus idiomas son el quechua y el aymará y del español conocen solo las palabras que necesitan para comunicarse con la minoría blanca y mestiza que tiene dominio económico y político del país.

Las historias de Bolivia y de la República Dominicana parecen muy diferentes y, sin embargo, dentro de ellas se mueven corrientes ocultas que las igualan en muchos aspectos. Esas corrientes proceden de un hecho común: los dos países entraron tarde, demasiado tarde, en la etapa del capitalismo; si bien Bolivia lo hizo impulsada por un tipo de economía que iba a dar nacimiento a una clase obrera de rasgos muy definidos porque se trataba, y se trata, de que su columna vertebral está formada por mineros, hombres que tienen que pasar cada día de ocho a diez y hasta doce horas metidos en las entrañas de la tierra picando roca de la cual saldrá el estaño, y antes salía la plata; llevando a cabo uno de los trabajos más duros que se conocen en el mundo, recibiendo en los bronquios y los pulmones el polvillo que suelta la roca golpeada y que acabará matándolos antes de que lleguen a los sesenta años y expuestos a los derrumbes que los destrozan como si fueran reses partidas en pedazos por carniceros locos.

Los dominicanos estuvieron oyendo durante algunos años las palabras nacionalista revolucionario que aparecían a diario en discursos y declaraciones de un líder político muy conocido, y esas palabras fueron las que le dieron nombre, allá por el 1940, al partido más poderoso, hablando en términos de cantidad, que había conocido la historia de Bolivia: el MNR, siglas de Movimiento Nacionalista

Revolucionario, tal como PRD, son en la República Dominicana las de Partido Revolucionario Dominicano.

El MNR había sido fundado por Víctor Paz Estensoro, Hernán Siles Suazo, Juan Lechín y otros líderes en los años iniciales de la Segunda Guerra Mundial –la de 1939-1945– y fue el brazo político del gobierno que encabezó Gualberto Villarroel, mayor del Ejército a quien una multitud enfurecida sacó a rastras del Palacio Quemado, sede de la presidencia de la República, y le quitó la vida colgándolo de uno de los faroles que adornan la pequeña plaza Murillo, que está frente al Palacio en el centro de la capital del país. Eso sucedió en el año 1946, y en 1951, Víctor Paz Estensoro, que había sido ministro de Economía del gobierno de Villarroel, ganó unas elecciones cuyos resultados no aceptaron los mandos militares. En lugar de Paz Estensoro, elegido por los votos, quien tomó el poder fue el general Ballivián Rojas, y lo ejerció hasta el 9 de abril de 1952, cuando lo sacó del Palacio Quemado un movimiento revolucionario que en tres días de lucha en las calles de La Paz destruyó materialmente al Ejército boliviano y puso el gobierno en manos de Paz Estensoro.

Durante los cuatro años de la presidencia de Paz Estensoro –1952-1956–, el vicepresidente de la República fue Hernán Siles Suazo, líder civil de la revolución de abril y sucesor, como presidente, de Paz Estensoro durante los cuatro años que cursaron de 1956 a 1960. Tras el gobierno de Siles Suazo volvió a ser elegido presidente Víctor Paz Estensoro, que fue derrocado por un golpe militar encabezado por el general René Barrientos cuando quiso reelegirse en el año 1964. De paso diremos que el vicepresidente de Barrientos fue un hermano paterno de Siles Suazo, Luis A. Siles Salinas, que ocupó el poder a la muerte de Barrientos, y los dos son hijos de Hernando Siles, presidente que había sido de 1926 a 1930.

Hernán Siles Suazo ganó las elecciones de este año, en la cual terció Víctor Paz Estensoro, hecho que ha venido a ser una repetición de lo que había sucedido el año pasado, cuando Siles Suazo ganó unas elecciones en las que también había tomado parte Paz Estensoro. Pero la repetición recordaba los sucesos de 1951, esto es, la elección de Paz Estensoro que los militares de esa época –casi treinta años atrás– no

quisieron aceptar; solo que la negativa militar a aceptar el resultado electoral de 1951 provocó el levantamiento de 1952 y la de 1979 no tuvo esos efectos; y ahora, en el momento en que se escribe este artículo –16 de julio– algunos de los jefes militares se niegan a que se le entregue a Siles Suazo la presidencia de la República alegando que su victoria de este año no ha sido por más de la mitad de los votos.

En el 1952, cuando encabezó la revolución del 9 de abril, y en 1956-1960, cuando fue presidente de su país, Hernán Siles Suazo era nacionalista revolucionario y hoy es social-demócrata, evolución muy parecida a la que han sufrido en la República Dominicana los líderes nacionalistas revolucionarios del PRD. Sin embargo, debemos aclarar que Siles Suazo no saltó de nacionalista revolucionario a social-demócrata apoyándose en la derecha como han hecho los líderes dominicanos. En Bolivia, el que se echó en brazos de la derecha extrema fue Víctor Paz Estensoro; y lo que Siles Suazo no hizo y Paz Estensoro hizo e hicieron los líderes del PRD, nos indica que la etiqueta de nacionalista revolucionario es solo eso, una etiqueta que cualquiera puede ponerse y quitarse cuando le venga bien, o para cambiarla por la de social-demócrata o para lanzarse de cabeza a las aguas de la derecha.

En eso tienen cierto parecido algunos políticos de nuestro país y algunos de Bolivia; pero las semejanzas que vale la pena analizar son las de las corrientes profundas de la historia que se mueven en aquel lejano país de la América del Sur y en éste del Caribe. Esas semejanzas se aprecian en conjunto y en detalle leyendo el artículo de René Zavaleta Mercado que aparece en este número de Política: Teoría y Acción bajo el título de “Un Análisis de la Revolución Boliviana de 1952”. Zavaleta Mercado hace una radiografía del MNR tan precisa y clara que un lector dominicano puede ver en ella los huesos y las entrañas del PRD, y lo mismo hace con la clase obrera de su país, de la cual dice que en 1952 conquistó el poder, pero que acabó dejando su administración en manos de la pequeña burguesía que formaba el MNR; y he aquí un párrafo que merece ser copiado: “La clase obrera estaba en el MNR en la misma medida en que no lograba desprenderse de una visión pequeño burguesa de la historia y eso tenía su causa en el hecho de que su impulso espontáneo no se

había fusionado con el socialismo científico. Es un ejemplo típico de cómo la posición obrera, aun siendo ya activa en la política, puede ser ajena a la ideología obrera”.

Y este otro: “La burguesía tenía su propio poder impalpable y extenso. No tenía un ejército pero su hegemonía ideológica estaba intacta a través de la influencia del partido pequeño burgués”.

Ese artículo de Zavaleta Mercado debe leerse aplicando a la realidad social y política dominicana cada una de sus conclusiones.

¿Puede desarrollarse la socialdemocracia en los países de América Latina?

Desde hace unos cuatro años la Internacional Socialista está llevando a cabo una ofensiva para penetrar en la América Latina, a cuyos pueblos pretende convencer de que la solución para sus males se halla en una fórmula mágica: la aplicación de la socialdemocracia, en su modalidad sueca o alemana, a la organización estatal de nuestros países, cosa que, según los agentes propagadores de la buena nueva, puede hacerse convirtiendo en socialdemócratas a partidos políticos que hasta hace poco tiempo se reconocían a sí mismo, como colectividades populistas.

¿Cómo puede hacerse ese milagro? Prácticamente sin esfuerzos: diciéndole a las masas latinoamericanas que donde ha fracasado la democracia representativa triunfará la socialdemocracia; que la primera se preocupa solo del desarrollo político de estas sociedades, pero a la segunda le preocupa el desarrollo social, y con él, el económico, de las capas explotadas de la población de cada país, y para convencer a los incrédulos, si los hay, se les ponen por delante los ejemplos de cómo viven en Suecia y Alemania los trabajadores y los campesinos.

Hablando de este tema, dije hace poco tiempo, que el maridaje de las palabras social y democracia no puede transformar una realidad social, política, económica y, por tanto, histórica; que las palabras no pueden crear la materia viva de la política, que es la sociedad; que no son las palabras las que le dan vida a los hechos sino que, al contrario, los hechos son los que les dan vida a las palabras; y que una realidad social como la de Bolivia o Guatemala no puede quedar convertida, gracias al poder de las palabras, en la realidad social de Cuba o Suecia.

El socialismo democrático, o su producto patentado con el nombre de social democracia, se da solo en los países de capitalismo altamente desarrollado cuando los obreros y los campesinos medios y pequeños pasan a ser integrados en un frente de clases gobernantes; y para que pueda darse ese paso se requiere que los sectores capitalistas

más poderosos del país donde vaya a establecerse ese frente tengan posibilidades de sustituir con los excedentes que saquen de territorios coloniales o neocoloniales los beneficios que deban traspasar a manos de los obreros y los campesinos de su país a quienes deberán tratar, una vez que estén formando parte del frente de clases gobernantes, como socios con derecho reconocido a participar, aunque de manera limitada, en una nueva distribución de la plusvalía que, hasta ese momento, percibían solo los diferentes sectores capitalistas de su país. Cuando se trata de países que no tienen territorios coloniales o neocoloniales como es el caso de Suecia y Alemania o actualmente el Japón, su alto desarrollo tecnológico se traduce en un comercio exterior que les permite a sus sectores capitalistas más poderosos acumular excedentes cuantiosos extraídos lo mismo de países muy ricos que de los más pobres.

(Generalmente el control del comercio exterior está en manos de los sectores capitalistas más poderosos —los monopolistas, los bancos, las transnacionales—, aunque otros sectores, los que tienen negocios medianos y pequeños, se benefician de los altos o relativamente altos salarios que perciben los trabajadores de industrias y campesinos en donde se ha establecido la socialdemocracia).

Para apreciar en detalle el tipo de organización capitalista llamado socialdemócrata conviene ver su desenvolvimiento con perspectivas históricas, pero no abundan las descripciones de ese proceso. En el caso de los Estados Unidos hay datos de conjunto en lo que atañe a la integración en el frente de las clases gobernantes de los obreros organizados en sindicatos —lo que allí se denominan uniones— porque la socialdemocracia norteamericana se estableció bajo el gobierno de Franklin Delano Roosevelt y quedó constancia en leyes y disposiciones gubernamentales de lo que se hizo con ese fin. Por ejemplo, en 1933, primer año del gobierno de Roosevelt, se había subido el salario de los trabajadores industriales de 43.8 centavos la hora a 52.15; en mayo de 1935 se creó la Works Progress Administration como dependencia estatal que dio empleos, en promedio anual, a más de 2 millones 100 obreros durante varios años, y en agosto del mismo año se creó el Social Security Board que proporcionaba seguro contra el desempleo.

Sabemos que los medianos y pequeños campesinos norteamericanos fueron incorporados, también, al frente de las clases gobernantes de los Estados Unidos por el gobierno de Roosevelt, pero no tenemos a mano los informes en qué apoyar esta afirmación; apenas podemos recordar que por la misma fecha en que se establecían la NPA y el SSB se les señalaban a los productos agrícolas precios fijos y subsidios a sus productores.

Los obreros norteamericanos organizados en sindicatos – porque no lo fueron todos, al menos en sus inicios– pasaron entre finales de 1933 y agosto de 1935 a formar parte del frente de clases gobernantes que hasta entonces había estado integrado solo por sectores y capas capitalistas (terratenientes, comerciantes, industriales, banqueros, profesionales, políticos), y las porciones que se les dieron de los beneficios que desde hacía por lo menos tres siglos recibían esos sectores y capas fueron las representadas en los aumentos salariales que hemos mencionados, en la creación del seguro contra el desempleo, en el retiro para los que llegaban a edad avanzada o para sus viudas y las personas de corta o de larga edad que dependían de ellos si morían antes de llegar a los 65 años.

Al llegar a integrar el frente de las clases gobernantes de los Estados Unidos, los obreros norteamericanos lo hicieron con todas las de la ley como lo demuestra el hecho de que aseguraron nada menos que tres reelecciones de Roosevelt, el único hombre en la historia de su país que fue presidente de la República cuatro veces consecutivas, aunque murió cuando estaba empezando su cuarto período presidencial; pero también le prolongaron a la burguesía de su país, por tiempo indefinido, el dominio del poder político, que a partir de 1945, año final de la segunda Guerra Mundial, no iba a ser ejercido solo en los Estados Unidos y en las regiones del Hemisferio Occidental donde tenía un virtual control económico y militar, como era el caso del Caribe, sino en todos los países capitalistas de los cuales los Estados Unidos pasaron a ser líderes indiscutidos.

Eso último, ¿qué quiere decir? Que la socialdemocracia establecida dentro de un país no liquida el imperialismo que ese país aplica en perjuicio de otros países, pero que como podemos ver

en el ejemplo norteamericano, además de que no lo liquida puede fortalecerlo; y la mejor demostración de lo que se acaba de afirmar fue el apoyo que la American Federation of Labor-Committee for Industrial Organization (AFL-CIO) le dio a la política de crímenes masivos que el gobierno de Johnson llevó a cabo en Viet Nam.

[Vanguardia del Pueblo, miércoles 13 de agosto de 1980]

Capitalismo tardío y clases sociales en América Latina

En el conocido capítulo XXIV de *El Capital* (“La llamada acumulación originaria”) decía Marx que “la estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al disolverse ésta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquélla”.

—¿Y en los países de la América Latina, donde no se conoció el feudalismo, de dónde salió el capitalismo?

En la América Latina, como en África y otras tierras del mundo, el capitalismo no brotó de las estructuras económicas de una sociedad que existió antes de la llegada de los conquistadores españoles, portugueses, ingleses, franceses u holandeses. El capitalismo les fue impuesto a los países latinoamericanos desde Europa y los Estados Unidos como parte del proceso de explotación de las riquezas mundiales, y con ellas de la mano de obra que producía la humanidad de nuestros países, como sucedía, y sigue sucediendo, con los pueblos indígenas, o que era traída a estas tierras mediante la violencia más espantosa, como era el caso de los esclavos africanos. En cuanto a los Estados Unidos, donde fueron explotados, en igual forma, los pueblos indios y los esclavos llevados de África, la incorporación al sistema capitalista de lo que hoy son sus territorios y, con ellos, de sus pobladores originales fue obra de emigrantes ingleses y después de toda Europa que salieron hacia América del Norte, porque, debido a que eran ideológicamente capitalistas y no podían desarrollarse como tales en Inglaterra, se asfixiaban en sus países de origen y salieron hacia el llamado mundo nuevo —tierras vírgenes— a fundar allí la Ciudad del Futuro, esto es, la sociedad capitalista que no tuviera gérmenes de contaminación feudal.

En el caso de los Estados Unidos, allí se dio un trasplante de población europea mal llevada con los restos feudales que impedían el desarrollo capitalista de los países donde esos emigrantes habían nacido; en el caso de la América Latina, la emigración europea no

española comenzó después de haber sido alcanzada la independencia, y no precisamente tan pronto salieron las autoridades y los ejércitos españoles y portugueses sino muchos años después, cuando ya se habían formado las estructuras económicas necesarias para que nuestros países produjeran las mercancías que reclamaban los mercados de Europa y los Estados Unidos y sobre esas estructuras habían comenzado a desarrollarse los núcleos de organización social que respondían a los requerimientos de la producción de tales mercancías.

El capitalismo, pues, no brotó de una raíz social latinoamericana sino que nos fue impuesto desde afuera, y se nos impuso tarde, después que ya estaba instalado, en Europa por lo menos, en el orden económico, y en gran medida, en el económico y el político en los Estados Unidos, de manera que la América Latina fue escenario de la acción de un capitalismo tardío que reprodujo aquí la formación social del capitalismo europeo, sino que produjo una caricatura de la sociedad capitalista francesa o inglesa de los siglos XVIII y XIX. Muchos oligarcas esclavistas cubanos de esos tiempos tenían títulos de marqueses y de condes, pero esos títulos no se alimentaban en la propiedad de señoríos poblados por siervos feudales a los que había que reconocerles ciertos derechos consagrados, por muchos siglos de ejercicio, de lo que los nobles azucareros de Cuba eran dueños de esclavos africanos a los que habían comprado como si fueran animales, y si de un siervo feudal salía a menudo un hombre libre, de un esclavo podía salir, a lo sumo, un liberto, que casi nunca era admitido en la sociedad esclavista de la América Latina o de los estados sureños de Norteamérica con igual categoría que un blanco, aunque se tratara de un blanco muy pobre.

La burguesía latinoamericana es una clase social políticamente débil a causa de su dependencia del capitalismo exterior, que, en gran medida, ha venido a concentrarse en los Estados Unidos. Esa condición de dependiente la moldea a tal extremo que su debilidad se refleja en los gobiernos de su clase, pero también en la clase obrera, que no ha podido desarrollarse al punto que lo ha hecho en Europa porque en situaciones normales en ninguna parte del mundo la clase obrera puede ir más allá de a donde ha llegado el capitalismo. Esos

límites pueden ser rebasados en países como los nuestros solo en situaciones coyunturales muy concretas, cuando sectores avanzados de la pequeña burguesía se ponen al frente de la clase obrera y de las capas más bajas de la pequeña burguesía para hacer lo que se hizo en Cuba en los últimos años de la década de 1951-1960 y en Nicaragua en los últimos de la década de 1971-1980.

[Política: Teoría y Acción, Año 1, No. 9, septiembre de 1980]

Sobre El Salvador y la política antisoviética de los EE.UU.

El 13 de este mes, aparecía en *The New York Times*, una información fechada el día 12 en Washington en la que se afirmaba que el gobierno de Reagan apoya al de El Salvador en su oposición a negociar un acuerdo de paz con las fuerzas revolucionarias de aquel país; y el día 15 se publicaba en periódicos dominicanos la noticia de que el general Vernon Walters, enviado por el presidente Reagan “en un viaje de consulta con los gobiernos de Centroamérica”, declaró en Guatemala que los Estados Unidos no aceptarán que se establezcan en el Nuevo Mundo gobiernos comunistas. “No repetiremos los errores del pasado”, dijo Vernon Walters, que fue subdirector de la CIA, y aclaró: “Ni Guatemala, ni El Salvador, ni otro país americano aliado (de los Estados Unidos) caerá en poder de los comunistas”.

Esa manera de hablar del enviado del presidente Reagan indica que la política de Alexander Haig va tomando cada vez formas más concretas y que responde a un plan en el cual ocupa un sitio importante la América Latina, donde, con la excepción de Cuba de manera total y de México de forma parcial, todos los países son aliados de los Estados Unidos.

En el orden mundial, ese plan está en desarrollo como lo dice el titular “Se gesta en Estados Unidos una fuerza multinacional para defender el Golfo Pérsico”, de una noticia enviada desde Londres y publicada en *El Nuevo Diario*, de Santo Domingo, el mismo día 15 de mayo. En el texto se leía que “no solo la OTAN sino también Francia y Japón habían mostrado interés en garantizar la protección del área del Golfo (Pérsico)... Debido a que existe gran interés de parte de muchos países en proteger el acceso a los campos petroleros”.

Esto último se dice para despistar porque los supuestos peligros de ataques a los territorios petroleros de la península de Arabia se presentaron después del derrocamiento del Sha de Irán, y bastante tiempo antes de que se produjera la llamada revolución iraní, los Estados Unidos habían comenzado a fortificar la isla de

Diego García, que ocupa un lugar de alto valor estratégico en el océano Índico, porque los planeadores del Pentágono pensaban, no sin razón, que desde Diego García puede desplazarse una fuerza naval y aérea capaz de hacer una resistencia inicial importante a un avance soviético que se dirige hacia el sur del mar Caspio.

Pero Diego García no jugaría el papel descrito, puesto que en la concepción de una política militar norteamericana de nivel mundial puede ser un punto de apoyo de mucho valor para reforzar los planes que se les atribuyen a los países del Anzus en una guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

¿Qué quiere decir la palabra Anzus? Es el equivalente de la OTAN en la región de los océanos Índico y Pacífico. La OTAN es el conjunto de países ligados por el Tratado del Atlántico del Norte, que son la mayoría de los europeos no socialistas y los Estados Unidos; y Anzus es el nombre del tratado mediante el cual se aliaron Estados Unidos, Australia y Nueva Zelandia para los mismos fines que se aliaron los de la OTAN: contener a la Unión Soviética a fin de evitar que el comunismo se propague más allá de los límites que tiene hoy.

El general Vernon Welters se ha adelantado, de manera consciente o no, a iluminar las intenciones del gobierno de los Estados Unidos en relación con la América Latina, y ahora, gracias a lo que dijo en Guatemala, podemos ver por qué razón el general Haiga le ha dado a El Salvador un lugar tan prominente en la política norteamericana: es que en ese pequeño país de América Central, tan pequeño que la poetisa Gabriela Mistral lo bautizó con el nombre de Pulgarcito de América, el gobierno de Ronald Reagan, en representación del gran capital norteamericano, se propone darle la batalla decisiva a la Unión Soviética. Ahí, en los 21 mil 500 kilómetros cuadrados de El Salvador, piensan Reagan, Allen y Haiga, quedará derrotado ese centro del territorio mundial y de amenaza para los Estados Unidos que es la Unión Soviética, y han ido a proclamar esa decisión, por boca del general Vernon Welters, nada menos que en Guatemala, un país fronterizo de El Salvador donde los crímenes políticos son tan numerosos y tan espantosos como los que se llevan a cabo en El Salvador.

No todas las revoluciones han tenido programa

No hay en la Historia dos revoluciones iguales en sus orígenes y sus desarrollos, y solo en mentes absolutamente burocratizadas puede darse la concepción de que todas las revoluciones deben seguir un esquema invariable de desenvolvimiento. Lo que sí es sumamente parecido en las revoluciones que responden a un mismo fin histórico y social es su concepción del Estado revolucionario y, por tanto, son también muy parecidos los procedimientos de esos Estados a partir del momento en que las revoluciones toman el poder.

Veamos el ejemplo de la revolución de Haití o haitiana, que fue, sin duda alguna, la más compleja y, al mismo tiempo, la más profunda de la América Latina en el siglo XIX, lo que salta a la vista cuando, al analizarla de manera detallada, encontramos que fue, al mismo tiempo, una guerra social, de esclavos contra amos, una guerra racial, de negros contra blancos; una guerra de liberación nacional o de independencia de la colonia francesa de Saint-Domingue contra su metrópoli; una guerra internacional, de colonos de Francia y militares franceses contra ingleses y españoles y también una guerra civil entre los haitianos negros del Norte y los haitianos mulatos del Sur.

Aunque la de Haití se clasifica entre las revoluciones de América Latina del siglo XIX, en realidad empezó en el XVIII, la noche del 14 de agosto de 1791, con un levantamiento de esclavos encabezados por un capataz de cuadrillas de esclavos que era él mismo esclavo, conocido con el nombre de Bouckman, sin otro apelativo. Lo de situarla en el siglo XIX se debe a que terminó al comenzar el año 1804 con la derrota de las fuerzas francesas y la fundación de la República de Haití, la primera de la América Latina, la primera república negra del mundo y la segunda en la historia, puesto que la primera había sido la de los Estados Unidos y la Revolución Francesa no había culminado en la formación de un Estado republicano. Pero no fue original solo en esos aspectos; lo fue también, y, sobre todo, en un hecho insólito, nunca antes visto en los anales humanos: que los esclavos pasaron de un salto a jefes militares, a generales, y después a

presidentes y ministros de la República y hasta a emperadores y reyes, como fueron los casos de Cristóbal, Dessalines y Soulouque.

Pero nada de eso es lo más notable de esa revolución. Lo más notable consiste en un aspecto que seguramente no aceptaría un marxista-leninista de los que no pueden comprender la historia si trata de acontecimientos que no siguen a la letra lo que está dicho en libros de consulta, y nos referimos a la condición de clase de los hombres que hicieron, y también de los que dirigieron esa revolución haitiana, puesto que siendo todos ellos esclavos, y, por tanto, ninguno de ellos era capitalista, su revolución culminó en el establecimiento de un Estado capitalista; de un capitalismo atrasado, propio de los países que hoy llamamos del Tercer Mundo o de capitalismo tardío, pero, en fin de cuentas, capitalista, puesto que no fue ni feudal ni socialista, cosa, por otra parte, que de ninguna manera podía suceder dado que no podía dar un salto en la historia hacia atrás ni podía darlo hacia adelante.

Otro detalle que llama la atención en la revolución haitiana es que ni Bouckman ni los esclavos que se lanzaron con él a la lucha en esa histórica noche del 14 de agosto de 1791 eran letrados, lo que equivale a decir que no tomaron el camino revolucionario por motivos ideológicos sembrados en sus cerebros a través de libros o siquiera de panfletos. Lo que los llamó a la guerra revolucionaria fue el agotamiento total del modo de producción esclavista capitalista que los explotaba de manera inhumana, y ese agotamiento no se debía ni a ellos ni a sus amos sino a la tremenda expansión en que se hallaba el modo de producción capitalista, de cuya existencia los esclavos de Haití no tenían ni siquiera una idea.

La revolución sin programa

La profunda, la implacable revolución haitiana se inició en el ingenio azucarero Limbé, del aristócrata francés Sebastian-Francois-Ange Le Normand de Mézy, amo de Bouckman y de los esclavos que trabajaban allí, y al amanecer de ese día estaban sublevados los

esclavos de toda la zona donde se hallaba el Limbé, que era la de Acul y Peti-Anse, Dondon y la Marmelade, Plaina dur Nord y la Grand Riviere. En todos esos lugares había ingenios y, por tanto, había esclavos, puesto que el azúcar haitiano se elaboraba a fuerza de trabajo esclavo.

La violencia del estallido revolucionario se mide por sus efectos, que fueron asombrosos, ya que a las pocas horas de iniciado en la zona mencionada ardían los ingenios, los cafetales, las mansiones de los amos y también las barracas de los esclavos, pero además los amos, sus mujeres, sus hijos, sus auxiliares franceses habían muerto y sus cadáveres habían sido entregados a las llamas en que ardían los edificios, y a la semana de haber comenzado la rebelión la guerra revolucionaria, se había extendido de tal manera que la ciudad de Cap-Francais, hoy Cabo Haitiano, que era la mayor del país, estaba rodeada por millares de esclavos armados que destruían todo lo que hallaban a su paso.

A los cuatro meses de iniciada la sublevación, los campos de caña y los cafetales de la región de Cap-Francais estaban demolidos. Allí se encontraban hasta mediados de agosto los mejores establecimientos azucareros y de café de la colonia, y a mediados de diciembre (1791) toda la región era un conjunto impresionante de ruinas. 200 ingenios de azúcar —la cuarta parte de los que había en todo el territorio de Saint-Domingue— habían sido sometidos al fuego y de ellos quedaban solo cenizas; miles de cafetales desaparecieron consumidos por los incendios; más de mil blancos y más de 10 mil esclavos habían muerto en la lucha. Bouckman estuvo entre los muertos; había caído prisionero y los amos de ingenios no podían perdonarlo, de manera que apenas le tuvieron a su alcance lo fusilaron, pero la revolución no se detuvo ante el cadáver de su iniciador.

Esa revolución que no había comenzado a organizarse sobre la base de un programa sino con reuniones secretas para coordinar el levantamiento, iba a seguir aunque hubiera caído su jefe, porque en pocos meses en su seno se habían formado varios jefes nuevos, entre ellos dos que no tenían nombres completos, pues ése era un lujo propio de los amos. Los dos a que aludimos se llamaban, uno

Jean Francois y el otro Biassou, y entre los oficiales de Biassou había uno que era conocido por Pierre y también por Françoise Dominique Toussaint, a quien la historia iba a honrar con el nombre de Toussaint Louverture, una de las grandes figuras de América. La vida no le dio a Toussaint Louverture la oportunidad de leer libros revolucionarios, pero se convirtió en el gran líder de su pueblo, al cual dirigió durante la mayor parte de los años que duró su lucha por la liberación.

Naturalmente, que si una revolución tiene un programa debe ser mejor llevada que si no lo tiene, pero a lo que responden las masas cuando se lanzan a una revolución no es a un programa sino a su necesidad de poner fin a la explotación de que son víctimas, haya o no haya programa conocido de ellas. La ley primera de la naturaleza social es la misma de la naturaleza física: El deber de todo lo que existe es seguir existiendo en sí mismo o en su especie, y en la historia de los hombres llega el momento en que, para seguir existiendo, es necesario luchar a muerte, y eso lo saben por instinto los pueblos aunque no sepan qué cosa es un programa revolucionario.

[Política: Teoría y Acción, Año 2, No. 18, junio de 1981]

Una lección de la Historia: la unidad de los pueblos centroamericanos

No hay manera de medir la intensidad y la extensión de los vínculos que unen a los pueblos de América Latina, y sin tomar en cuenta esa fuerza unitaria es muy difícil, sino imposible, dar con la fórmula capaz de hacer respetable y eficaz cualquier plan político que se elabore con la intención de aplicarlo en un país latinoamericano. Por ejemplo, la idea de que un peruano se desentienda de lo que sucede en Uruguay o en Nicaragua porque esos países no tienen comercio con Perú, carece de validez a la hora de formar un criterio político debido a que un peruano de posición izquierdista se sentirá unido a un nicaragüense o a un uruguayo que compartan esa posición, así como a un peruano de derechas le ocurrirá lo mismo con nicaragüenses y uruguayos que compartan la suya.

Algo similar sucede en todos los casos de afinidad política. Un boliviano, un angolano, un mexicano de izquierdas se sentían partidarios de los vietnamitas que luchaban en su país contra norteamericanos, coreanos del sur, australianos, neozelandeses y sudvietnamitas en los años de 1960 y tantos; y, en cambio, un boliviano, un angolano, un mexicano de derechas apoyaban con toda su alma a los sudvietnamitas y a los aliados que Estados Unidos había llevado a combatir contra los defensores de la independencia de Viet Nam.

Ahora bien, en el caso de los latinoamericanos el sentimiento unitario no requiere, para manifestarse en alguna forma, del estímulo de una guerra y, por tanto, no se limita al terreno político aunque cuando se da en ese campo se define políticamente y entonces pasa a ser dominante en ese sentido. Una música, un cantar, una danza identifican a dos latinoamericanos nacidos en países muy alejados entre sí; los identifican y los unen sin que en ese movimiento de sus almas hacia la unidad juegue un papel la posición política; pero si, además de su identificación latinoamericanista, se produce también la de carácter político, entonces el vínculo que los une pasa a ser múltiple y, por tanto, más poderoso que el que es de origen puramente político.

Una doble identidad

Hasta dónde es verdad lo que acaba de decirse lo prueba una experiencia que a personas no latinoamericanas podría parecerles inexplicable o fantasiosa.

A principios de 1974, el autor de estas líneas se hallaba en el edificio de Correos de Barcelona, la capital de Cataluña, cuando se le acercó un anciano y le preguntó dónde podría él tomar un tranvía que lo llevara a Montjuit. Al oírnos hablar, el anciano captó en la respuesta una entonación no hispánica y de inmediato interrogó: “Usted, ¿de dónde es? ¿Es de América?” “De la República Dominicana”, dijimos. Al interlocutor se le iluminaron los ojos y se acercó a nosotros con aire de persona deslumbrada a la vez que exclamaba casi a gritos: “¡Yo soy de Barranquilla! ¡Somos del mismo mar; somos del mismo mar!”

Si nos sentimos identificados porque las tierras en que hemos nacido son mojadas por un mismo mar, mucho más nos identifican todas las experiencias culturales que forman el conjunto de la latinoamericanidad, empezando por la lengua. Esos valores culturales pueden parecer subjetivos, pero son objetivos; tanto lo son que en el caso de la danza podemos verla y en el de la música podemos oírla. Subjetivos son, sin embargo, los hechos históricos a pesar de que sabemos que sucedieron y, por tanto, fueron objetivos en el momento en que eran ejecutados; y ocurre que esos valores subjetivos, y de manera muy concreta los hechos históricos que llevaron a cabo los pueblos y sus líderes, forman uno de los componentes más fuertes de los vínculos que unen a los latinoamericanos de habla española. Se nombra a Martí o a Bolívar y todos sentimos que se está hablando de dos fundadores de la Patria Mayor.

Pero si lo que hemos dicho es verdad para los hijos de los países de la América Hispánica, sean blancos, indios, negros o mestizos, en el caso de los costarricenses, los nicaragüenses, los salvadoreños, los hondureños, los guatemaltecos, es verdad por partida doble porque, además de latinoamericanos, ellos son centroamericanos, que es una segunda identidad sin menoscabo de la primera.

¿Cómo se explica lo que acabamos de decir? Se explica porque los cinco países que formaban hasta hace poco la zona del Caribe llamada Centroamérica o América Central –ahora, con Belice, son seis– fueron durante tres siglos uno solo, la Capitanía General de Guatemala. (También era parte de esa Capitanía General la intendencia de Chiapas, que se unió a México poco antes de que las autoridades guatemaltecas tomaran la decisión de separarse de España). Esa pertenencia tricentenaria al Reino de Guatemala dejó un rastro bien marcado en el hecho de que la propia Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica celebran el día de su independencia el 15 de septiembre, que fue la fecha del año 1821 en que Guatemala declaró su separación de España; y Guatemala era, en ese momento, la suma de los cinco países.

Unidos en la historia

Curiosamente, la lucha de Guatemala por su independencia no comenzó en la ciudad de ese nombre, que era la cabeza de la Capitanía General; empezó en la provincia de El Salvador en los primeros días de noviembre de 1811; se reprodujo en la provincia de Nicaragua el 22 de diciembre y en la de Honduras al comenzar el año 1812, y en los tres casos el movimiento fue aplastado por fuerzas enviadas desde Guatemala.

El 5 de enero de 1822, Guatemala se adhirió al Plan de Iguala que había proclamado en México el general Agustín de Iturbide cuyos puntos básicos eran los siguientes: Méjico sería una monarquía constitucional y la corona se le ofrecería a Fernando VII, rey de España, pero el país sería independiente de España, y la religión del Estado sería la católica. Al conocer la adhesión guatemalteca a su plan, Iturbide despachó hacia Guatemala un ejército que debió seguir hacia El Salvador porque en esa provincia no fue aceptada la incorporación de la antigua Capitanía General a México. Al cabo de un año de luchas en El Salvador el ejército mejicano tuvo que retirarse y el 24 de junio de 1823, se reunió en la ciudad de Guatemala un congreso

que el día 1 de julio proclamó la creación de las Provincias Unidas de Centroamérica “libres e independientes de la antigua España, de México y de cualquiera otra potencia”.

El 15 de abril de 1825 fue jurada la Constitución de la República Federal Centroamericana formada por cinco Estados que eligieron gobiernos, cada uno encabezado por un presidente, y en 1838, con la declaración de independencia de Nicaragua, comenzó la disolución de la República Federal que quedó desintegrada al abandonarla El Salvador en el 1841. Pero esa disolución no significó la desaparición de la unidad de los pueblos, como quedó demostrado cuando el aventurero norteamericano William Walker se adueñó de Nicaragua y se declaró presidente de ese país. En esa hora de consternación para los nicaragüenses acudieron en su defensa los gobiernos de Costa Rica, El Salvador y Guatemala, todos los cuales mandaron hombres y armas a combatir a los filibusteros de Walker, y lo hicieron con tanto coraje que los echaron de Nicaragua.

La victoria centroamericana se había ganado al finalizar el mes de abril de 1857, y en ella no habían tomado parte los hondureños; pero tres años y medio después William Walker murió en una horca que le levantaron los hondureños en la ciudad de Trujillo.

Solo a los que ignoran el peso de esos hechos en el alma de los pueblos de Centroamérica se les puede ocurrir la peregrina idea de que un nicaragüense comete un delito si les da ayuda a revolucionarios de El Salvador o de Guatemala.

Mis recuerdos de Che Guevara

Che Guevara visitó algunas veces mi casa de Costa Rica. Esto sucedía en los primeros meses de 1954, cuando nadie sospechaba que el joven médico trotamundos iba a tener celebridad internacional. Mi hijo León, que empezaba entonces a pintar retratos y que vivía conmigo en el pequeño y dulce país centroamericano, había hecho amistad con algunos exiliados argentinos antiperonistas y a través de esa amistad llegaban a verme, a tomar taza de café y a cambiar opiniones sobre los problemas de una América que en esos años era un muestrario de dictadores. Fue uno de esos exiliados —el doctor Rojo, sino recuerdo mal— quien llegó un día acompañado de un joven silencioso, serio, que de vez en cuando sacaba del bolsillo de la camisa un inhalador y se lo aplicaba en la nariz mientras apretaba la diminuta vejiga del instrumento. Ese joven era el doctor Ernesto Guevara. Ya para entonces sus amigos le llamaban Che, apelativo nacional de los argentinos.

Ernesto Che Guevara era asmático —y de ahí el uso del inhalador—, pero su cuerpo estaba constituido como si no lo fuera. No tenía el pecho hundido ni era bajito ni delgado. No llegaba a ser alto; no era grueso; no era musculoso. Sin embargo, producía sensaciones de firmeza física. Tenía unos rasgos que lo hacían inconfundible: la frente, los arcos superficiales, las cejas, los ojos, la nariz y la boca. Esos rasgos hacían evocar inmediatamente a Beethoven, y recuerdo haberle dicho a mi hijo León estas palabras: “Ese muchacho tiene rostro beethoviano”. Su mirada era a la vez fija e intensa, pero con más fijeza que intensidad, y muy clara, casi iluminada. Oía cuidadosamente y solo de tarde en tarde hacía alguna pregunta, pero siempre era una pregunta que iba directamente al fondo del problema que estaba siendo tratado.

Según me dijo él mismo, Guevara había llevado a Costa Rica desde Panamá; era médico especializado en alergias y recorría América con la ilusión de conocerla toda. De Costa Rica pensaba ir a Guatemala y me pidió algunos datos sobre el país. En la Argentina se había opuesto a Perón y no quería volver a su tierra mientras gobernara el general.

En el año 1958, cuando ya el nombre de Ernesto Guevara era conocido en todo el mundo y yo me hallaba en Venezuela, Rómulo Betancourt me preguntó, por lo menos en tres ocasiones distintas, quién era el Che. Algunos de los venezolanos que habían estado en el exilio con Betancourt en Costa Rica le habían dicho que Guevara había estado también por esos días en Costa Rica, pero Betancourt no lo recordaba. Betancourt iba a visitarme a menudo —como yo a él— y en algunas de esas visitas él y el Che coincidieron; es más, en varias oportunidades Guevara se dirigió a él, siempre con un respeto visible y siempre con esas preguntas a la vez simples y agudas, muy directas, que eran tan características del joven médico argentino. Yo le explicaba a Betancourt quién era y cómo era ese renombrado Che Guevara; se lo describía físicamente, le recordaba que en cierta ocasión Guevara; le había preguntado esto y lo otro. “Era aquel joven que iba con un inhalador y que fumaba tabacos, no cigarrillos ni pipa; uno que se sentaba siempre en el mismo sitio, entre el comedor y la sala”, le decía. Pero no había manera de que Betancourt recordara a Ernesto Guevara.

Yo notaba —y no se necesitaba ser un buen observador para darse cuenta de ello— el respeto que Guevara tenía por Betancourt y por mí, la atención con que oía cualquiera cosa que decíamos; y notaba también que el joven argentino trataba de buscar algo, tal vez una orientación. Debía haber alguna cosa que era para él más importante, y entendía que lo que deseaba era dedicarse a actividades científicas. Muy parcamente, me lo dejó entrever cuando le pregunté a qué pensaba dedicarse cuando terminara de recorrer las tierras apasionantes de América. La impresión que tenía yo entonces era que el Che Guevara a sus veinticinco o veintiséis años —pues no parecía tener más— buscaba su destino y no sabía dónde estaba ese destino.

Francamente, no esperé verlo actuando en política, y menos aún en Cuba, y mucho menos todavía en acciones guerrilleras. Me pareció que estaba temperamentalmente dotado para la investigación científica; era controlado, aunque sin duda nada frío, y llegaba rápidamente al fondo de los problemas que le llamaban la atención. Nunca supuse que podría convertirse alguna vez en un líder comunista. Unos años más tarde, en Caracas, me visitó un joven norteamericano

que quería saber de mi boca si el Che era comunista cuando estaba en Costa Rica. “No”, le dije. “En esos tiempos no sentía la menor inclinación al comunismo no creo que tuviera idea de qué era eso”. Y yo no andaba equivocado. Pocos días después Guevara declaró en La Habana que él —dijo propiamente, “nosotros”— había conocido al marxismo en la Sierra Maestra. Y yo soy muy tonto o Guevara era hombre que decía la verdad en todas las circunstancias.

Che Guevara se hizo comunista —por lo menos, marxista— en la montañas cubanas y se abrazó a esa doctrina con una fe tan dura que murió por ella. Pero quien observe cuidadosamente la trayectoria del legendario personaje que ha caído en las selvas bolivianas, tiene que distinguir un matiz peculiar en el comunismo del Che Guevara: era comunista porque era intensamente antiyanqui. Ahora bien, ¿por qué se había convertido en antiyanqui hasta la raíz de su alma, él, que cuando andaba por América buscaba una orientación de otro tipo?

La respuesta a esa pregunta hay que buscarla en Guatemala. En alguna parte —creo que en una revista francesa— leí que le médico guerrillero había sido consejero de Arbenz, pero eso es una simpleza insigne. Al llegar a Guatemala, Guevara no tenía ningún bagaje político o de otra índole que pudiera llevarlo a la categoría de consejero del entonces presidente Jacobo Arbenz. Pero los informes que tengo de personas que estuvieron en Guatemala en esos días indican que los sucesos que tuvieron lugar en aquel país a raíz de la llegada del joven médico argentino —a mediados de 1954— produjeron una impresión profunda y perturbadora a su ánimo.

Yo no podría ahora precisar en qué mes salió Guevara de Costa Rica hacia Guatemala, pero debe haber sido entre marzo y mayo de 1954. Ya para esos meses se esperaba el zarpazo de Washington sobre el gobierno de Arbenz. Día por día se veía crecer la propaganda que presentaba a Arbenz como un agente comunista. Hasta Dorothy Thompson, una columnista norteamericana que pasaba por liberal hasta límites de radicalismo —esposa divorciada o viuda del celebrado autor de *Babitt* y *Calle Mayor*— se lanzó, con todo peso, a acusar al gobernante guatemalteco de ser un tenebroso agente ruso. Recuerdo que entre las noticias que corrían por Centro América había una

concedida para abusar de la ignorancia de la gente: que Arbenz había recibido de Rusia un cargamento de bombas atómicas del tamaño de pelotas de tenis –todavía hoy no pueden fabricarse de ese tamaño– que iban a ser usadas dentro de los Estados Unidos. El submarino ruso y las granadas chinas “halladas” por los yanquis en Santo Domingo a principios de mayo de 1965, eran mentiras menos escandalosas que las de aquellas mini-bombas “A” del coronel Arbenz.

Guevara llegó a Guatemala y a poco fue derrocado el gobierno de Arbenz. Guevara, y todo el mundo en las dos Américas, sabían que había sido derrocado “por orden superior”. Esa intervención – que no fue abierta, como la de Santo Domingo– dejó en el alma del médico argentino una huella que era como una herida siempre viva. Desde que Che Guevara salió del anonimato tuve la impresión –y la sigo teniendo– de que su lucha estuvo dedicada más que nada a combatir a los Estados Unidos, y que la raíz de esa actitud está en los hechos de Guatemala.

Hay algo que los norteamericanos no han aprendido en siglo y medio de relaciones con nuestros países, y desde luego no lo aprenderán jamás, porque si este mundo ha visto un pueblo duro para adquirir conocimientos humanos –no científicos–, ese pueblo es el de los Estados Unidos. Allí pululan los técnicos en relaciones públicas, pero no hay entre ellos, dos que se hayan dado cuenta de que la América Latina es, un término de sensibilidad, una unidad viva. Un tirano de Venezuela ofende, con su sola existencia, a los jóvenes de Chile y El Salvador tanto como a las juventudes venezolanas; una intervención norteamericana en Guatemala le duele tanto a un joven médico argentino como puede dolerle al guatemalteco más orgulloso.

Guevara salió hacia Guatemala y a poco yo salí para Bolivia, precisamente para esa tierra de altas pampas y de selvas nutridas donde él iba a caer trece o catorce años después de haber estado visitando mi casa de exiliado en Costa Rica. No volví a verlo más, pero tan pronto oí su nombre a principios de 1957, cuando ya él estaba en la Sierra Maestra, recordé a aquel joven médico argentino. Lo recordaba con toda nitidez. Recordaba no solo su presencia física si no hasta su voz. ¿Por qué? No podría decirlo. Tal vez me había

impresionado aquel tono de fijeza, y de cierta ansiedad que veía en sus ojos, en su tipo peculiar de mirada; una ansiedad como de quien necesita ser y no halla la manera de realizarse; la de alguien que está seguro de que tiene un destino y no sabe como cumplirlo.

La televisión española transmitió unas escenas relativas a la muerte de Guevara. Se veía un villorrio en la selva boliviana, un villorrio que era la estampa de la soledad, la miseria y la ignorancia; se veía un general cubierto de oropeles, cintajos y medallas, y se veía el cadáver del Che Guevara tirado en una mesa. Ahí estaba resumido el drama de América: La miseria, la opresión, no preso, no herido, sino aniquilado a tiros. Yo evoqué unas palabras de Gregorio Luperón que dicen más o menos así:

“El que pretende acabar con la revolución matando a los revolucionarios es como el que piensa que puede apagar la luz del sol sacándose los ojos”.

[Vanguardia del Pueblo, 6 de febrero de 1982. Publicado antes en la revista ¡Ahora! (Santo Domingo), No. 237, 27 de mayo de 1968]

La invasión de Playa Girón *

Al comenzar el año de 1960, el gobierno de los Estados Unidos había resuelto que el gobierno de Fidel Castro debía ser derrocado siguiendo el mismo método que sirvió para derrocar al de Arbenz en Guatemala. Para el mes de marzo la CIA, que estaba dirigida todavía por Allen Dulles, había elaborado un plan de acción, que el presidente Eisenhower aprobó el día 17 de ese mes. El plan consistía en adiestrar en guerra de guerrillas a unos 400 cubanos que serían llevados a Cuba con equipos militares y de comunicaciones modernas con el propósito de que formaran un núcleo central al cual debían unirse las pequeñas guerrillas antifidelistas que estaban operando en esos días en la zona montañosa del Escambray, situada hacia el sur de la provincia de Las Villas, en el centro de la isla.

Los 400 cubanos se reclutaron rápidamente entre los que habían huido de Cuba y comenzaron a ser adiestrados en tiro, uso de explosivos y manejo de comunicaciones; las prácticas se hacían en varios lugares de los Estados Unidos, a veces hasta en habitaciones de hoteles de Miami. Pero al comenzar el mes de abril se vio que era necesario aleccionar a esos hombres en operaciones militares, para lo cual hacía falta un territorio amplio y seguro. Fue entonces cuando la CIA se movilizó para encontrar ese territorio fuera de los Estados Unidos.

La CIA organizó la conspiración

El lugar ideal resultó ser Guatemala. El embajador guatemalteco en Washington era hermano de Roberto Alejos, rico propietario de fincas de café y de caña que estaban lo bastante aisladas para que pudiera establecerse en una de ellas un campamento de exiliados cubanos sin despertar sospechas; además, Roberto Alejos era el amigo más influyente de Manuel Ydígoras Fuentes, que había llegado a ser Presidente de la República entre varias razones, gracias a la colaboración que le dio a Castillo Armas en junio de 1954.

Agentes de la CIA visitaron la finca Helvetia, una de las de Alejos, situada en las vecindades de Retalhuleu, al sudoeste del lago

Atilán, precisamente en la misma zona donde Alvarado había ganado en 1523 la batalla de Salamá contra los indios maya-quichés que mandaba Tecún Umán. El lugar les pareció apropiado para lo que ellos buscaban, de manera que Robert Kendall Davis, secretario de la embajada norteamericana en Guatemala, habló con Alejos, le propuso que facilitara la Helvetia para campamento de cubanos antifidelistas; Alejos aceptó y él y Davis se entrevistaron con Ydígoras Fuentes, que aprobó el plan. Inmediatamente después, la CIA comenzó a poner la finca Helvetia en condiciones de recibir a los cubanos y éstos empezaron a llegar en el mes de mayo.

Al mismo tiempo que trabajaba en Guatemala, la CIA organizaba en los Estados Unidos las estructuras políticas que debían darle al plan la apariencia de que el ataque a Cuba era un problema estrictamente cubano. La organización fue montada a base de los grupos de exiliados que vivían en los Estados Unidos, principalmente en Miami. Cinco de esos grupos fueron unidos en un llamado “frente” y en él figuraban como líderes un exministro de relaciones exteriores y un expresidente de un banco del Estado cubano, que habían desempeñado esas funciones antes de 1952, el jefe del pequeño movimiento demócrata cristiano cubano y un excompañero de Fidel Castro. Todos los gastos de reclutamiento y movilización de los hombres que estaban siendo enviados a Guatemala eran pagados por ese frente con dinero que facilitaba la CIA; de ese dinero se pagaba, además, la suma mensual que recibía cada familia cubana que tenía miembros en el campamento de Helvetia. Poco tiempo después, el llamado frente quedó convertido en el Consejo Revolucionario Cubano, presidido por el doctor José Miró Cardona, que fue primer ministro del régimen de Fidel Castro en los meses de enero y febrero de 1959.

A medida que avanzaba el tiempo, las pequeñas guerrillas cubanas que operaban en el Escambray iban perdiendo terreno, a pesar de los esfuerzos que hacía la CIA para abastecerlas de armas, municiones, equipos de comunicación y medicinas, de manera que fue necesario cambiar los planes para adaptarlos a una expedición más grande, lo que requería aumentar el número de hombres que debían ser adiestrados en Guatemala. Parte de la ampliación de los

planes fue el envío de un grupo a la base de Vieques, en Puerto Rico, a fin de prepararlo como hombres-ranas; además, se construyeron más instalaciones de todo tipo en Retalhuleu y se establecieron dos campamentos más, uno al sur de Retalhuleu, en la costa del Pacífico, y otro al este, en San José, donde Alejos tenía una finca de caña. En el campamento de la costa del Pacífico se hacían prácticas de desembarco y en Retalhuleu se construyeron varios caminos y un aeropuerto a un costo superior a 1.200.000 dólares; y, por último, se construyeron también un pequeño aeropuerto y varios barracones en Sayaxché, en pleno centro de la provincia de Petén, antigua tierra de los mayas-quichés, a donde eran llevados, y se mantenían incomunicados, los cubanos que se indisciplinaaban en Helvetia y San José. De los hombres aislados en Sayaxché, a ninguno se le permitió salir de allí sino después que el plan terminó con el desastre de Playa Girón. Todos los cubanos que iban a Guatemala salían de Florida por la vía aérea, y aunque se usaron varios aeropuertos para ese fin, el más usado fue el de Opa-locka, en Miami.

Fidel Castro tenía una información completa y al día de todos esos movimientos, y cuando estuvo en las Naciones Unidas, en el mes de septiembre de 1960, pronunció ante la Asamblea General de la organización mundial un largo discurso en el cual menudeaban las advertencias a Norteamérica para que no llevara adelante sus planes. Es incomprensible cómo los analistas de la CIA, del departamento de Estado y del Pentágono no alcanzaron a comprender el significado de muchos párrafos del discurso de Fidel Castro. Pero Raúl Roa, el ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, iba a ser más explícito aún, cuando hablando ante la ONU, unos días después —el 7 de octubre— dijo que a Guatemala estaban llegando constantemente “aventureros y mercenarios de toda laya contratados por agentes contra-revolucionarios cubanos y norteamericanos”; que en “la finca Helvetia, ubicada en el municipio de El Palmar, colindante con los departamentos de Retalhuleu y Quetzaltenango... están recibiendo entrenamiento especial numerosos exiliados y aventureros”, que el “aeródromo de... Retalbuleu ha sido acondicionado precipitadamente por ingenieros norteamericanos para facilitar el aterrizaje y despegue de aviones pesados y de propulsión a chorro”. En la denuncia de Roa había más detalles, todos veraces, a pesar de lo cual la CIA, con la

aprobación del presidente Eisenhower, siguió sus trabajos sin hacer el menor esfuerzo por encubrirlos mejor, y, hasta donde se sepa, sin que tratara de descubrir la fuente de las informaciones que tenía en su poder el gobierno de Cuba.

Durante lo que restaba del mes de octubre, Roa siguió denunciando el plan militar norteamericano y también las medidas políticas que debían complementarlo. Así, además de informar ante la ONU que los Estados Unidos estaban enviando aviones a lanzar equipos, medicinas y alimentos a las guerrillas del Escambray, anunció que la solicitud de que la Organización de los Estados Americanos expulsara de su seno al gobierno cubano y la intención del presidente Eisenhower de romper relaciones con Cuba eran medidas que debían “preceder al inicio de las operaciones militares” contra Cuba. Y, efectivamente, era así. El día 18 de noviembre, John F. Kennedy, que había sido elegido poco antes Presidente de los Estados Unidos, fue informado por el presidente Eisenhower de todo el plan. El 31 de diciembre, Roa envió al Presidente del Consejo de Seguridad de la ONU una carta en la que afirmaba que la agresión a Cuba era inminente. Fidel Castro, que estaba esperando su agresión, pidió al Gobierno norteamericano que redujera su personal diplomático en Cuba al mismo número que el que Cuba tenía en los Estados Unidos. Esa era una medida defensiva, pues la lección de Guatemala estaba viva aún, y Fidel Castro no podía ignorarla; una misión diplomática norteamericana numerosa podía hacer en la isla el mismo papel que había hecho la que se hallaba en Guatemala en 1954. La respuesta de Eisenhower fue romper las relaciones con Cuba.

Kennedy, la CIA y el Departamento de Estado

Todo parecía listo, pues, para que sobre Cuba cayera el ataque organizado desde Washington. Pero al comenzar el mes de enero, el gobierno cubano, que esperaba el golpe en cualquier momento, jugó una carta que desconcertó a los Estados Unidos: en una ofensiva relampagueante aniquiló los restos de guerrillas del Escambray y al finalizar el mes toda la región estaba libre de guerrilleros, con

lo que el plan norteamericano quedó automáticamente convertido en anticuado y tenía que ser cambiado totalmente; pero ya John F. Kennedy había tomado posesión de la presidencia del país y los nuevos planes necesitaban su aprobación. Lo que decidieron Kennedy, la CIA, el Departamento de Estado y los jefes militares fue aumentar el número de los cubanos que debían participar en la acción y convertir ésta en una expedición tan poderosa como fuera posible, que tuviera capacidad para tomar y retener una parte del territorio cubano a donde sería enviado el Consejo Revolucionario; éste sería reconocido por el gobierno de Norteamérica tan pronto llegara a Cuba y comenzaría a ser abastecido inmediatamente con toda la ayuda militar, económica y política que hiciera falta.

Los nuevos planes significaban cambios importantes en la estrategia y en la táctica. Así, se invitó a colaborar en el plan al gobierno de Nicaragua, encabezado por Luis Somoza, hijo del hombre que había dado muerte a Sandino. Somoza se comprometió a dar la base aérea y marítima para la salida de la expedición y para los bombardeos que se harían sobre algunos puntos de Cuba. Kennedy consultó al Estado Mayor Conjunto acerca de los cambios en los planes y pidió que se señalara cuál era el lugar apropiado para que la expedición desembarcara en Cuba. El Estado Mayor Conjunto decidió que el sitio para el ataque debía ser Trinidad, una ciudad de las más antiguas de la isla, situada en la costa del sur, en el centro de la provincia de Las Villas. Sobre la base del ataque por Trinidad se pasó a trabajar febrilmente para enviar a Guatemala a todos los cubanos que se ofrecieron a luchar, y los puntos de reclutamiento en Miami pasaron a ser públicos; se organizó una flota aérea de 24 bombarderos B-26 y 12 transportes, 6 de ellos C-54 y 6 C-46 y se obtuvieron 6 barcos de una compañía cubana que operaba entre La Habana y algunos puertos norteamericanos de la costa del Este y del golfo de México.

Punto de partida

Para mediados de marzo, y a un costo de cerca de 200 millones de dólares, la CIA disponía de seis batallones de infantería una compañía de paracaidistas, un grupo numeroso de aviadores y otro

de hombres ranas, todos cubanos, magníficamente adiestrados por norteamericanos, y contaba con una base naval y un aeropuerto en Puerto Cabezas, Nicaragua. La invasión de Cuba se hallaba lista, pues, pero antes de lanzarla se necesitaba la aprobación del presidente Kennedy. Kennedy hizo un cambio; en vez de Trinidad, el lugar de desembarco de la expedición sería Bahía de Cochinos, porque ahí no habría población civil que peligrara en caso de que hubiera que combatir, lo que indica que Kennedy no tenía la menor idea de que en Cuba estaba desarrollándose una revolución social profunda, por la cual iban a combatir miles y miles de hombres y mujeres, y, según enseña la Historia, las revoluciones sociales no se detienen a tiros; al contrario, los ataques las hacen más radicales. Por su parte, la CIA había propuesto Bahía de Cochinos como el punto de desembarque de la expedición porque la única vía de comunicación de ese lugar con el interior de la isla podía ser bloqueada fácilmente con paracaidistas, lo que aseguraba que los expedicionarios serían puestos en tierra sin dificultades, dado que en los planes estaba prevista la destrucción de la fuerza aérea cubana antes de que se iniciara el ataque.

Cuando se tenía terminado el aspecto militar del plan, se procedió a terminar también los aspectos políticos. El día 22 de marzo (1961), el Consejo Revolucionario fue presentado a la prensa de New York. De esa tarea se encargó Lem Jones, agente de publicidad que había sido contratado por la CIA desde agosto de 1960 para manejar la propaganda de la operación. El día 3 de abril, el Departamento de Estado dio a la publicidad un Libro Blanco lleno de acusaciones contra el Gobierno cubano. Militar, diplomática y políticamente, pues, los poderosos Estados Unidos, violando los pactos interamericanos y sus propias leyes de neutralidad, estaban preparados para atacar el territorio cubano.

El día 4 (abril), Kennedy tuvo una reunión con sus consejeros, los altos funcionarios del departamento de Estado y el senador Fullbright, presidente del comité de Relaciones Exteriores del Senado. En esa reunión se aprobó el ataque a Cuba con la única opinión contraria de Fullbright. El día 8, desde su sede en New York, el Consejo Revolucionario hizo un llamamiento a los habitantes de la isla para que se levantaran contra el régimen de Fidel Castro. En

ese momento los 1.300 cubanos que estaban en Guatemala eran trasladados por aire a Puerto Cabezas, cuyo nombre en el código pasó a ser Valle Feliz, pero en inglés –Happy Valley–. Así, el presidente Kennedy, que hablaba a menudo con tanta energía contra los tiranos de América, se aliaba a los Somoza, una dinastía que asentaba su poder sobre la sangre de Sandino y de miles de nicaragüenses.

El día 11, el almirante Arleigh Burke, jefe de operaciones navales de la marina norteamericana, ordenó que buques de la flota del Atlántico salieran en dirección al extremo occidental de Cuba, donde debían estacionarse, aunque sin entrar en sus aguas. Con esas unidades iba un batallón de infantería de marina sacado de Vieques, Puerto Rico. Dos destructores saldrían desde Puerto Cabezas para escoltar los barcos de la expedición, que salió ese día 11 hacia Bahía de Cochinos. El día 12, el presidente Kennedy hizo su conocida declaración: En una conferencia de prensa, un periodista adiestrado para el caso lo interrogó de tal manera que él pudo responder:

“Antes que nada, quiero decir que no habrá, bajo ninguna condición, una intervención en Cuba hecha por las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Este Gobierno hará lo que pueda, y pienso que él pueda cumplir sus obligaciones, para asegurar que no haya norteamericanos envueltos en ninguna acción dentro de Cuba”.

Como se advierte, las palabras estaban cuidadosamente escogidas, pues era cierto que no había norteamericanos “envueltos en ninguna acción dentro de Cuba”, pero los había, y numerosos, fuera de Cuba; por otra parte, pronto iba a haberlos también dentro de la isla.

El caso del aviador Carlos Zúñiga

Al amanecer del día 15, el piloto Mario Zúñiga salía de Puerto Cabezas en un B-26 que llevaba en la nariz el número 933 y en la cola las siglas FAR, pues como todos los aviones de guerra y de transporte de la expedición, había sido pintado para que pareciera un avión

cubano. Antes de levantar vuelo en Puerto Cabezas, al FAR 933 se le hicieron unos cuantos disparos de ametralladora. ¿Para qué? Para que el piloto Mario Zúñiga pudiera hacer una historia detallada de sus aventuras cuando llegara a Miami. Pues ese avión no iba a atacar ningún punto cubano; iba a Miami, en cuyo aeropuerto aterrizó a las 8:21 de la mañana. Llevado a las oficinas de Inmigración, Zúñiga salió de allí cuatro horas después. El jefe de los inspectores de Inmigración declaró a los periodistas que se les permitiría tomar fotografías del avión y, desde luego, de los agujeros que se veían en su fuselaje, pero que no podrían hablar con el piloto, cuyo nombre no se daría a la publicidad para evitar que el gobierno de Fidel Castro tomara represalias contra su familia, que se hallaba en Cuba. La familia Zúñiga—su mujer, Georgina, y sus hijos, Eduardo, Enrique, Beatriz y María Cristina—vivían a muy corta distancia del aeropuerto, en South West 20th Avenue, Miami, y él había salido de esa dirección para unirse a los cubanos que se adiestraban en Guatemala, y el jefe de los inspectores de Inmigración sabía todo eso, y sabía que Zúñiga no había declarado nada durante las cuatro horas que estuvo aparentemente sometido a interrogatorios. Por lo demás, desde el aeropuerto de Miami el piloto cubano fue llevado ese mismo día a otro aeropuerto de Florida desde el cual voló a Puerto Cabezas, a donde llegó el día 16 para sumarse el 17 a los aviones que iban a bombardear el territorio cubano en Bahía de Cochinos.

Ahora bien, el día 16, mientras él volaba hacia Puerto Cabezas, aparecieron en la prensa norteamericana las supuestas declaraciones que Zúñiga había hecho a los inspectores de Inmigración de Miami. Según esas declaraciones, él y otros pilotos de la fuerza aérea cubana habían planeado huir de Cuba, pero tuvieron sospechas de que uno de ellos había denunciado el plan, razón por la cual él—Zúñiga—, que había levantado vuelo en la base de San Antonio de los Baños para cumplir su misión regular, había resuelto ametrallar el avión del compañero traidor mientras éste se hallaba en tierra y al mismo tiempo ametralló otros aviones estacionados en la base. Para que la historia pareciera más verídica, en las supuestas declaraciones de Zúñiga aparecían el nombre del piloto traidor y el número de su avión, y aparecía también esa noticia sensacional: otros compañeros suyos habían atacado a la misma hora el aeropuerto de Santiago de Cuba

y el del campamento Libertad –antiguo Columbia– en La Habana. En cuanto a los agujeros de ametralladoras que tenía su avión, éstos le habían sido hechos cuando ametrallaba la base de San Antonio de los Baños en vuelo rasante. Fue a causa de esos impactos, dijo, y de que estaba quedándose sin gasolina, que él, Mario Zúñiga, piloto de la fuerza aérea cubana, había decidido llegar a Miami.

Efectivamente, La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba habían sido atacados desde el aire, pero no por tres aviones del Gobierno cubano, sino por tres escuadrillas de B-26 que habían salido de Puerto Cabezas. De la escuadrilla que atacó La Habana, un avión fue derribado y otro tuvo que aterrizar en Key West –Cayo Hueso–, Florida; de la que atacó San Antonio de los Baños, uno aterrizó en Cayo Caimán, posesión inglesa situada al sur de Cuba. El día 16, los pilotos del B-26 que aterrizó en Key West fueron despachados, junto con Mario Zúñiga, hacia Puerto Cabezas.

Esos ataques a las bases aéreas de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba tenían la finalidad de destruir en tierra el mayor número de aviones cubanos para que los barcos de la expedición, que habían salido de Puerto Cabezas cuatro días antes, no hallaran oposición aérea en Bahía de Cochinos. Los altos jefes de la CIA y del Estado Mayor Conjunto creían que si la expedición podía desembarcar sin obstáculos podría tomar y dominar rápidamente un territorio lo suficientemente grande para poder establecer una cabeza de puente por la cual recibiría toda la ayuda que podían proporcionar los Estados Unidos. La operación estaba calculada en términos de fuerzas militares, no de fuerzas políticas, y se olvidó que la revolución de Cuba era un fenómeno político que tenía sus raíces en los cuatrocientos setenta años de historia del Caribe y en los noventa y tantos que llevaba el pueblo cubano luchando por su independencia. Los líderes cubanos, en cambio, tenían bien presente el aspecto político del problema, y tan pronto como se produjeron los bombardeos del día 15, Fidel y Raúl Castro y el Che Guevara se dirigieron por radio al país denunciando la agresión y acusando a los Estados Unidos de haberla organizado y dirigido, cosa que sabían a fondo porque tenían información correcta de cada paso que daba la CIA; pero, al mismo tiempo, pusieron en acción los comités de vigilancia de toda la isla,

que estaban preparados para actuar a la primera orden, y al cerrar el día no había en Cuba un hombre o una mujer sospechoso de hallarse a disgusto con el régimen que no estuviera detenido. Cualquiera que fuese el poder de la fuerza atacante, ni una persona se pondría de su lado, y sin ayuda popular no hay movimiento que tenga posibilidades de triunfar. Políticamente, pues, el plan norteamericano se hallaba sin sustento desde el mismo día 15 de abril.

Raúl Roa denuncia agresión de EE. UU.

Ese día el ministro Roa decía ante la asamblea general de las Naciones Unidas: “Acabo de recibir instrucciones del Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós, y del primer ministro del gobierno revolucionario, doctor Fidel Castro, de denunciar a la asamblea general de las Naciones Unidas que esta mañana, a las 6:30, la ciudad de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba han sido simultáneamente bombardeadas por aviones B-26 de fabricación norteamericana y procedentes de bases enclavadas en territorio norteamericano y en países centroamericanos, satélites del gobierno de los Estados Unidos”.

El día 16, en respuesta a las declaraciones de Adlai Stevenson, embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, que alegaba que los bombardeos del territorio cubano habían sido hechos por pilotos que se habían rebelado contra el gobierno revolucionario –y presentaba como prueba la fotografía del B-26 de Mario Zúñiga y las supuestas declaraciones del aviador cubano–, Fidel Castro respondía desde Cuba, al pronunciar un discurso en el entierro de las víctimas del bombardeo a La Habana: “¿Quiere el señor Presidente de los Estados Unidos que nadie tenga derecho a llamarlo mentiroso? ¡Presente ante las Naciones Unidas los pilotos y los aviones que dice!.., al gobierno imperialista de los Estados Unidos no le quedará más remedio que confesar que los aviones eran suyos, que las bombas eran suyas, que las balas eran suyas, que los mercenarios fueron organizados, entrenados y pagados por él, que las bases estaban en Guatemala y que de allí partieron a atacar nuestro territorio, y que los

que no fueron derribados fueron allí a salvarse en las costas de los Estados Unidos, donde han recibido albergue”.

Todas y cada una de las palabras de Raúl Roa y de Fidel Castro eran verdad; en cambio, todas y cada una de las palabras que decían los funcionarios norteamericanos, desde Adlai Stevenson hacia abajo, eran mentira, lo que demuestra que el gobierno de los Estados Unidos actuaba a conciencia de que estaba violando principios y leyes. A partir de entonces, el presidente Kennedy se referiría a Stevenson en privado llamándole “mi mentiroso oficial”.

En el aspecto político de la lucha que habían desatado los Estados Unidos la situación iba a hacer crisis ese mismo día. Atacado por el poder más grande de la tierra, Fidel Castro no podía olvidar que su país era pequeño, que en esa hora trágica Cuba necesitaba situarse en un campo, de los dos en que se hallaba dividido el mundo, y que no podía escoger el campo de los que le atacaban. Así, en el discurso en que pedía que el gobierno de los Estados Unidos presentara ante las Naciones Unidas a los pilotos que habían bombardeado el territorio cubano, para probar de manera categórica que eran aviadores cubanos rebelados contra su gobierno, dijo estas palabras, que iban a iniciar una época nueva en la historia del Caribe y de las dos Américas: “Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estamos ahí, en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos! ¡Y que esa revolución socialista la defendemos con esos fusiles! ¡Y que esa revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros aéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores!... Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”.

Y para terminar, en la lista de los “¡Viva la clase obrera!” y “¡Vivan los campesinos!” apareció un “¡Viva la revolución socialista!”.

La bien planeada agresión del gobierno de los Estados Unidos, ordenada por los presidentes Eisenhower y Kennedy, había lanzado a Cuba al campo socialista. El ataque aéreo a La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba había tenido el mismo efecto que el

de ingleses y españoles a Haití en 1793. El 16 de abril de 1961, Fidel Castro había actuado como lo había hecho Sonthonax el 29 de agosto de aquel año, cuando decretó la libertad de los esclavos haitianos. La historia del Caribe tenía una coherencia; seguía una ley que se hallaba inscrita en lo más profundo de sus raíces. Región del mundo americano modelada por la violencia que la había convertido en una frontera imperial, su única manera de avanzar hacia un destino mejor era respondiendo a la escalada de la agresión con la escalada de la revolución; y para librarse de la opresión norteamericana, el camino de la revolución cubana era el del socialismo. Fidel Castro no tenía opción; o escogía el socialismo o escogía la destrucción de su obra y con ella el deshonor. Violencia tras violencia, Cuba había sido llevada a ese punto, y con Cuba iría más temprano o más tarde el Caribe.

La CIA dictaba los comunicados

Al llegar a New York la noticia de que La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba habían sido bombardeados desde el aire —si bien a New York llegó solo la versión atribuida a Zúñiga, o lo que es decir, la de la CIA—, Miró Cardona, el presidente del Consejo Revolucionario, hizo declaraciones a la prensa en las que afirmaba que “El Consejo había estado en contacto y había estimulado a esos bravos pilotos” de la fuerza aérea de Cuba para iniciar la rebelión contra el gobierno de Fidel Castro. Esa salida de Miró Cardona al ruedo de la opinión pública no fue consultada a la CIA, cuyos jefes temieron que los miembros del Consejo Revolucionario pudieran irseles de las manos en cualquier momento. Rápidamente, la CIA tomó sus medidas, y el día 16, todos los componentes del Consejo fueron llevados a Filadelfia, de donde se les trasladó por avión a Opa-locka, en Florida; al llegar a Opa-locka fueron conducidos a una barraca en la que estuvieron varios días sin más comunicación con el exterior que un aparato de radio a través del cual oían las noticias norteamericanas sobre lo que estaba sucediendo en Cuba y los comunicados que a nombre de ellos hacía en New York el agente de publicidad Lem Jones. Por su parte, los comunicados que Lem Jones entregaba a la prensa le eran dictados por teléfono desde el

cuartel general de la CIA. El primero, denominado Boletín número 1, comenzaba diciendo: “La siguiente declaración nos ha sido hecha esta mañana por el doctor José Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario Cubano. Antes del amanecer, patriotas cubanos en las ciudades y en las montañas comenzaron la batalla por la libertad de nuestra patria”. Estaba fechado el 17 de abril, es decir, un día después de haber sido sacado de New York el doctor Miró Cardona.

Efectivamente, al amanecer de ese día había comenzado en Cuba la lucha organizada por el gobierno de los Estados Unidos; y el propio Fidel Castro había dado a través de la radio el primer comunicado de los varios que iba a dar su gobierno; en él decía: “Tropas de desembarco, por mar y por aire, están atacando varios puntos del territorio nacional al sur de la provincia de Las Villas”. Fidel Castro, y con él su gobierno, estaban siguiendo el método de decirle al pueblo la verdad, pues era verdad que había habido desembarcos por mar, desde los buques expedicionarios, y por aire, desde los aviones de transporte que lanzaron unos 200 paracaidistas, cuyo papel era tomar las vías de acceso a Bahía de Cochinos.

El método de la mentira

Pero el gobierno de los Estados Unidos seguía también el método que había adoptado desde que en marzo de 1960, el presidente Eisenhower había ordenado la organización del ataque a Cuba; era el método de la mentira. Al mismo tiempo que Fidel Castro daba en Cuba su primer comunicado de guerra, se le enviaba a la prensa de New York el boletín que supuestamente había elaborado el doctor Miró Cardona. Radio Swan, una estación que tenía la CIA en las islas Swan, situada en un islote que se halla en el Caribe, exactamente al sur del extremo occidental de Cuba, afirmaba que en la isla se había producido “un levantamiento general en larga escala” y que las milicias “en las cuales había puesto Castro su confianza parecían estar en estado de pánico”; la Associated Press enviaba a todos los periódicos del mundo que le compraban servicios los siguientes cables: “José Miró Cardona y Antonio de Verona están

en ruta a Cuba y desembarcarán allí tan pronto como las tropas rebeldes establezcan una cabecera de puente”; “La isla de Pinos fue tomada por los rebeldes y 10.000 prisioneros políticos fueron puestos en libertad y se plegaron a la rebelión”; “Una fuerza invasora desembarcó en Baracoa, en la costa oriental de Cuba”; “Fuerzas invasoras han llegado a la carretera principal de Cuba, con el objeto de cortar la isla en dos”; “Mil soldados del expresidente Carlos Prío desembarcaron en la provincia de Oriente”. Por su parte, la United Press International enviaba a sus clientes otras informaciones: “Se tienen informes de que se lucha en las calles de La Habana”; “Las fuerzas invasoras han ocupado la ciudad de Pinar del Río”; “Fuerzas rebeldes que operan en el interior de Cuba dieron muerte a la escolta militar del primer ministro Fidel Castro, que salió ileso del atentado”.

La verdad era la que había dicho Fidel Castro, aunque el primer ministro cubano la había exagerado al afirmar que el país había sido atacado “en varios puntos del territorio nacional al sur de la provincia de Las Villas”, pues el ataque estaba produciéndose en un solo punto, que era Bahía de Cochinos. Esa bahía es como una abra amplia, de forma cónica, con el cono situado hacia el norte. En el lado occidental de la bahía está Playa Larga, comunicada a través de veredas con la Ciénaga en Zapata y a través de una corta carretera con Playa Girón que ocupa la parte central de la bahía. En Playa Girón había un pequeño aeropuerto y desde allí salía un camino carretero que unía el lugar al centro de la provincia de Matanzas a través de la zona azucarera de Jagüey Grande y Pedro Betancourt.

La batalla de Cuba

Hasta la hora de escribir este libro no se ha dado una descripción de la batalla de Cuba que permita al lector conocer cómo se desarrolló, a pesar de que el propio Fidel Castro ha explicado muchas veces su proceso, pero en conversaciones que no se han hecho públicas en detalle. Sin embargo, es posible dar una idea del curso de la lucha, que duró tres días.

La acción comenzó a las dos de la mañana del día 17, cuando los barcos expedicionarios llegaron frente a Playa Girón y comenzaron a desembarcar hombres. A las seis de la mañana los aviones de transporte de los atacantes empezaron a lanzar paracaidistas detrás de Playa Girón a fin de tomar control de San Blas, situada en el camino que unía la playa con el centro de la provincia de Matanzas; a esa misma hora los B-26 iniciaban la acción aérea con cohetes, bombas y fuego de ametralladoras en las cercanías de Playa Girón, lo que quiere decir que la operación estaba llevándose a cabo con una apropiada cobertura aérea y prácticamente sin ninguna dificultad. Al salir el sol sobre Bahía de Cochinos ese día 17 de abril, las previsiones norteamericanas iban cumpliéndose cabalmente. Faltaba saber cuáles eran las previsiones de Fidel Castro.

Fidel Castro, cuyas fuerzas en toda la isla se hallaban en estado de alerta desde hace tres días, comenzó a mover sus milicias hacia el lugar del desembarco tan pronto estuvo seguro de que el ataque se llevaba a cabo solo en la costa sur de Las Villas; y mientras tanto su aviación, situada en San Antonio de los Baños, a poco más de doscientos kilómetros de Bahía de Cochinos, empezó a operar con tanta efectividad que a las nueve de la mañana había logrado hundir el barco Houston, en el que los atacantes tenían concentrados sus repuestos de municiones y de armas. A esa hora, las milicias cubanas avanzaban desde varios puntos para reconcentrarse en Jagüey Grande y en sus alrededores. El contraataque cubano iba a comenzar rápidamente.

Ese día los cables de la *Associated Press* llevaban a todo el mundo estas informaciones:

“Fuerzas anticastristas invadieron hoy Cuba por tres puntos y la principal ciudad en el extremo oriental de Cuba, Santiago, puede estar ya en manos de los invasores. Los milicianos de Castro ya han desertado y la batalla decisiva se realizará dentro de unas horas”; “Los desembarcos de Oriente parecen haber encontrado poca resistencia. En la región de Matanzas se realiza ahora un intento de juntar las varias ramas (sic) del asalto en un solo y potente grupo que pueda cortar la carretera que corre de oeste al este, para luego lanzar una

ofensiva final hacia La Habana”; “Los invasores desembarcaron en cuatro de las seis provincias de Cuba, no haciéndolo únicamente en la provincia de La Habana ni en la de Camagüey”; “Se tienen informaciones de que se lucha en las calles de La Habana”.

Por su parte, la *United Press International* era más entusiasta y cablegrafiaba: “El primer ministro Fidel Castro se ha dado a la fuga y su hermano Raúl fue capturado. El general Lázaro Cárdenas gestiona el asilo político de Fidel”.

En Cuba la situación estaba bajo control desde ese mismo día y la batalla de Playa Girón –que es el nombre que se le da en Cuba– iba desenvolviéndose de manera más normal que lo que seguramente habían esperado Fidel Castro y sus compañeros del gobierno revolucionario. En un sentido estrictamente militar, era la batalla más importante que se había dado en el Caribe desde el punto de vista de las armas que se usaban en ella, todas modernas, y en ese terreno el gobierno cubano se hallaba en condiciones de inferioridad, puesto que su fuerza aérea era más pequeña que la que tenían los atacantes; pero en el sentido político Playa Girón fue tan importante como la segunda batalla de Carabobo. Con ella se cerraba una época y comenzaba otra.

Al terminar el día 17, se hallaban bloqueadas las vías de acceso hacia el interior de Cuba; el día 18 los atacantes estaban cayendo en cercos, por grupos aislados, y cualquier observador podía darse cuenta de que tenían la batalla perdida. Sin embargo, la *United Press International* enviaba ese día a sus clientes los siguientes despachos:

“El lujoso hotel Habana Libre, en la capital cubana, quedó totalmente destrozado después de un ataque aéreo a La Habana”; “Fuerzas invasoras aislaron hoy el puerto de Bayamo en la costa sur de la provincia de Oriente”.

Bayamo está a más de cincuenta kilómetros de la costa del Caribe, pero los redactores del cable no se tomaron el trabajo de ver un mapa de Cuba antes de escribirlo. Por su parte, la *Associated Press* informaba:

“Agricultores, obreros y milicias se unen a los invasores y acuden a la zona ya liberada que se expande rápidamente”; “La fuerza invasora en la costa sur de Las Villas ha avanzado hasta la región de Colón, una ciudad de la provincia de Matanzas”.

Al anoecer de ese día los invasores de Playa Girón eran impotentes para romper el cerco de las milicias cubanas. Esa misma noche el presidente Kennedy abandonó por algún tiempo una fiesta que daba en la Casa Blanca y se reunió con los altos jefes de la CIA, los de la aviación y la marina y el del Estado Mayor Conjunto. La situación en Playa Girón era desesperada y esos altos jefes habían resuelto pedirle al presidente medidas que pudieran transformarla. De las proposiciones que se le hicieron, Kennedy adoptó una: que 6 aviones a chorro de la Marina norteamericana protegieran a los bombarderos B-26 que debían volar de Puerto Cabezas para estar sobre Playa Girón a las seis de la mañana del día 19. Lo que había asegurado siete días antes –“Este gobierno hará todo lo que pueda... para que no haya norteamericanos envueltos en ninguna acción dentro de Cuba”– quedaba, pues, sin efecto, dado que al proteger a los B-26 que atacarían territorio cubano, esos aviones a chorro de la marina de guerra de los Estados Unidos tendrían que actuar necesariamente dentro de Cuba. Se ha dicho a menudo –y los partidarios norteamericanos de la intervención en Cuba se lo han achacado como si fuera un delito– que Kennedy se opuso a que se usara fuerza militar norteamericana en esa ocasión. Pero se trata de una verdad a medias, puesto que los jets de la marina eran parte de la fuerza militar del país. Es cierto que las instrucciones de Kennedy fueron que los pilotos de esos jets hicieran fuego a los aviones cubanos solo en caso de que éstos los atacaran, pero nadie puede poner en duda que si un avión norteamericano hubiera sido derribado ese día, los Estados Unidos habrían lanzado sobre la isla todo su poderío armado.

Lo que evitó que eso sucediera no fue una decisión del presidente Kennedy; fue un error, de ésos inexplicables que se dan en las horas críticas de la Historia. La orden de que los jets de la marina volaran sobre Playa Girón para proteger a los B-26 que llegarían a ese punto a las seis de la mañana del día 19 fue transmitida desde el

Pentágono por el almirante Burke en persona al portaviones Essex, que se hallaba a corta distancia de las costas de Cuba. Esas órdenes limitaban el vuelo de los jets de las seis a las siete de la mañana. Ahora bien, ni el almirante Burke, ni los mandos de operaciones del Essex tomaron en cuenta que entre Nicaragua y Cuba había una hora de diferencia, y que, por tanto, a las seis de la mañana en Bahía de Cochinos serían las cinco de la mañana en Puerto Cabezas. Ese olvido se tradujo en el fracaso del esfuerzo final, pues cuando llegaron a la altura de Playa Girón, los aviadores de los B-26, todos norteamericanos debido a que los pilotos cubanos estaban exhaustos tras varios días de vuelos, ya eran allí un poco más de las siete de la mañana y los jets de la marina de guerra de los Estados Unidos estaban recogándose en las pistas del Essex.

Nueva etapa histórica para el Caribe

Ese día caían en manos de las fuerzas cubanas los últimos grupos de expedicionarios. La batalla de Cuba había terminado, y con su final comenzaba en el Caribe una nueva época histórica. La vieja frontera imperial, que había quedado rota para los imperios europeos en el siglo XIX y había sido reconstruida por los Estados Unidos en el siglo XX, quedaba deshecha definitivamente en Cuba el 19 de abril de 1961.

Con la nueva época se iniciaba una etapa de luchas más duras, más desenfundadas. Pero la Historia enseñaba que todo lo que había sucedido en un país del Caribe tendería a suceder más tarde o más temprano en los demás, y que cada acontecimiento importante estaba encadenado a uno anterior. Pues aunque en esa hermosa, rica y apasionante región del mundo hubiera pueblos que hablaban español, inglés, francés, holandés; aunque en unos predominaran los negros y los mestizos de blancos y negros y en otros los blancos y los mestizos de blancos y de indios, lo cierto y verdadero era, —y seguirá siendo por largo tiempo— que el Caribe es una unidad histórica desde que llegó a sus aguas Cristóbal Colón hasta que Fidel Castro dijo, el día 19 de abril de 1961, en su cuarto comunicado de guerra:

“Fuerzas del ejército rebelde y de las milicias nacionales revolucionarias tomaron por asalto las últimas posiciones que las fuerzas... invasoras habían ocupado en el territorio nacional. Playa Girón, que fue el último punto de los mercenarios, cayó a las 5:30 de la tarde”.

[Política: Teoría y Acción, Año 4, No. 37, abril de 1983]

Simón Bolívar, el de las luchas portentosas

El 24 de julio de 1783, nació en Caracas Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios. El nombre y los apellidos del niño dan idea por sí solos de que el que llegaba ese día al mundo era el hijo de un hogar importante, y así era. Los esclavos de su padre podían formar todo un villorrio, puesto que llegaban al número de mil, y decimos de su padre porque en aquellos tiempos el padre era dueño y señor absoluto de todo cuanto significaba propiedad o bien para uso de la familia. Así sucedía en países donde había ya cierto desarrollo capitalista, pero con mucha mayor razón sucedía en una sociedad oligárquica como era la de la Capitanía General de Venezuela, donde un hombre rico y de prestigio como don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, el padre del niño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, podía comprar seres humanos en la misma forma en que podía comprar caballos y vacas, y esos seres humanos adquiridos igual que si fueran animales eran los esclavos africanos, que debían trabajar durante toda su vida cuanto les mandaran sus amos y para el beneficio de éstos.

El pequeño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad tenía seis años cuando comenzó la Revolución Francesa, que iba a conmover la vida de los pueblos españoles de América porque conmovería a España y a todo el mundo occidental tal como ciento veintiocho años después lo haría la Revolución Rusa; ésta, porque fue la de los trabajadores contra el capitalismo y aquella porque fue la más completa de las que llevaron a cabo los capitalistas contra el feudalismo. Los efectos de la Revolución Francesa se verían patentes en Venezuela, y sobre todo en Caracas, cuando se creó el 19 de abril de 1810, la Junta Gubernativa de Caracas. Tres meses después iba a cumplir veintisiete años el que de niño había sido llamado de manera pomposa Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, y con el nombre de Simón Bolívar iba a dedicar los veinte años de vida que le quedaban a las luchas militares y políticas más portentosas que se conocen en la historia de los países de nuestra lengua.

Para tener una idea de lo que acabamos de decir, bastaría recordar que entre las muchas batallas que dio Bolívar, dos fueron llevadas a cabo en el mismo lugar con siete años de diferencia; se trata de la primera de Carabobo, celebrada el 28 de mayo de 1814, y la segunda del mismo nombre, que fue dada el 24 de junio de 1821. Pero antes de la primera batalla de Carabobo, Bolívar había dirigido la toma de varios puntos y ciudades en Nueva Granada, hoy Colombia, como Tenerife, Mompo, Ocaña, Cúcuta; el 23 de mayo de 1813 había tomado Mérida, ya en territorio venezolano, y el 15 de junio declaraba en Trujillo la Guerra a Muerte, decisión que hizo pública con una proclama redactada y firmada por él, con lo que se atribuía una autoridad suprema, igual a la de un Estado Independiente. En esa proclama, el joven jefe militar y político, que iba a cumplir treinta años cuarenta días después de haberla lanzado, disponía que todo español que no luchara a favor de la independencia de Venezuela sería pasado por las armas y que todo español que quisiera unirse a los venezolanos en esa guerra por la independencia sería tratado como hermano.

De Trujillo a Caracas, Bolívar marchó a paso de vencedor gracias a que concibió un plan de campaña de gran capitán, el de enviar fuerzas que avanzaran por los que serían sus flancos, pero yendo por delante de él. A él le tocó dar el 31 de julio la batalla de Taguanes, que ganó y le abrió las puertas de Valencia, ciudad en la que entró el 2 de agosto; de Valencia pasó inmediatamente a La Victoria y el 7 de ese mes entraba en Caracas, donde el 14 de octubre sería declarado Libertador, título con el cual se le distingue entre todos los próceres de nuestros países.

En las portentosas luchas militares y políticas que llenaron la vida de Simón Bolívar hubo muchas victorias y también muchas derrotas. La primera de éstas fue la pérdida del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, establecimiento militar del cual él era jefe en nombre de la República de Venezuela, que había sido proclamada el 5 de julio de 1811, pero que no se había organizado en Estado, y sucedió que estando Bolívar fuera del castillo, los prisioneros militares y políticos, con la ayuda de un oficial venezolano de la guarnición, se sublevaron y se apoderaron de las armas que había en el castillo,

y esas armas eran tantas que su pérdida determinó la pérdida de la primera etapa de la guerra de independencia del país; la segunda etapa de la guerra era la que estaba desarrollándose en el año 1813, y en ella Bolívar perdió la acción de Barquisimeto, pero pocos días después, el 5 de diciembre, ganaba la sangrienta batalla de Araure, en la que el Libertador peleó en primera fila durante más de seis horas.

Pero esa victoria de Araure era un grano de sal en un mar de agua dulce porque por Venezuela se extendía ya la guerra social, iniciada desde antes de la proclama de Trujillo por oficiales españoles que tenían mando en lugares remotos del país, y al comenzar el año 1814 hordas de lanceros de a caballo, compuestas por antiguos esclavos y mestizos de negros e indios y blancos pobres atacaban ciudades y poblados. Esas hordas habían encontrado un jefe en José Tomás Boves, que a principios de febrero derrotó en la primera batalla de La Puerta a un ejército republicano y días después atacaba San Mateo, la hacienda de la familia Bolívar. Bolívar derrotó a Boves en San Mateo, y para el mes de mayo, el día 14, ganaba la primera batalla de Carabobo, pero al comenzar el mes de junio Boves, con miles de lanceros y fuerzas de infantería, avanzaba de Los Llanos hacia el centro del país, y el día 15 de junio derrotó a Bolívar y Mariño en La Puerta. Allí quedaron tendidos más de mil hombres y prácticamente destruido el poder militar de la República. A partir de esa batalla comenzaría el llamado Año Terrible de Venezuela, una etapa de la vida del Libertador desmoralizadora para cualquier hombre que no tuviera, como las tenía él, cualidades que muy pocas veces se reúnen en un ser humano, como eran la absoluta incapacidad para sentirse derrotado, la abnegación sin fronteras y la tenacidad.

Boves le había puesto sitio a Valencia a partir del 19 de junio, y Bolívar, que había retornado a Caracas, previó que Valencia caería en manos de Boves y el día 7 de julio comenzó el abandono de Caracas con una marcha que iba a ser conocida en la historia de Venezuela con el nombre de Emigración a Oriente. En esa marcha los enfermos morían por el camino, los ancianos y los débiles no podían caminar; todos los que formaban la columna de emigrantes sufrían de sed, de hambre y de miedo. La mayoría iba a pie, cada quien cargado con algún mueble, con ropa, con ajuares de cocina; todos dormían en la

tierra, bajo los árboles; día y noche se oían los llantos de los niños o las quejas de las mujeres que no podían continuar aquella doliente marcha, y por momentos salían de los bosques partidas de enemigos que mataban a los rezagados.

A los veintitrés días la sufrida columna llegó a Aragua de Barcelona, que fue atacada y tomada por hombres de Boves. Bolívar y Mariño se habían retirado a Cumaná, donde se les acusó de ser los responsables de las muertes y los sufrimientos de todos los evacuados de Caracas, se les juzgó y se les despojó de sus cargos militares. De Cumaná, los dos fueron a dar a Carúpano, y allí un sobrino político de Bolívar los acusó de desertores y de haber dispuesto indebidamente de fondos públicos. El vencedor de Carabobo y Araure, el hombre que a los treinta años había sido proclamado por los representantes del pueblo de Caracas nada menos que Libertador, caía de esas alturas a los lodazales de una acusación repugnante, y su situación llegó a tal punto de peligrosidad para él y para su honra, que para salir de Carúpano, cosa que hizo acompañado de Mariño, tuvo que hacerlo abriéndose paso con una pistola en la mano hacia la embarcación que los llevaría a Cartagena, en Nueva Granada, a donde llegó el 19 de septiembre de 1814.

Para ese momento Nueva Granada era ya independiente, aunque dividida. En Tunja estaba el gobierno de la llamada Unión y en Bogotá estaba el de Cundinamarca. De Cartagena Bolívar pasó a Tunja, donde se le reconoció su grado de general y se le encomendó la misión de someter Bogotá al gobierno de la Unión, llamado también de la Confederación. Bolívar cumplió esa misión; tras un sitio de tres días y un combate de algunas horas tomó Bogotá, puso en sus cargos nuevas autoridades y retornó a Cartagena. Allí estaba cuando llegó a aguas venezolanas, bajo el mando del general Pablo Morillo, la expedición militar más grande que jamás había enviado España a tierras de América. Bolívar embarcó hacia Jamaica; Morillo pasó a Nueva Granada, tomó Bogotá, donde fusiló cientos de patriotas, y le puso sitio por tierra y por mar a Cartagena.

En Jamaica escribió Bolívar su conocida y justamente célebre Carta de Jamaica, en que predijo sucesos que iban a darse en América

en los cien años siguientes. Con esa Carta..., que no ha sido estudiada todavía en todos sus aspectos, comienza una etapa en la historia del pensamiento político de los pueblos americanos de lengua española, y es en verdad asombroso que la produjera un hombre que era todo acción y, por tanto, disponía de poco tiempo para dedicarles atención a los acontecimientos políticos, al menos desde el punto de vista intelectual. De la lectura de ese documento llamado Carta de Jamaica se deduce que Bolívar no era solo un hombre de acción sino también de pensamiento, y al comprender la existencia de esa dualidad, tan escasa en el género humano, se llega a la conclusión de que aquel que tiene la condición de ser, a la vez, un hombre de acción y de pensamiento, es una naturaleza tan integrada en esas dos esferas de la personalidad que ningún acontecimiento adverso puede doblegarlo ni puede envanecerlo ninguna victoria personal en cualquiera de los dos campos.

En Jamaica, Bolívar salvó la vida de un atentado para darle muerte, porque quien ocupaba su hamaca era un amigo suyo que debía salir al día siguiente hacia Haití a cumplir una misión suya. En diciembre de 1815, cuando se dirigía a Cartagena, de donde se le llamaba para que fuera a dirigir la defensa de la ciudad, que seguía sitiada por Morillo, el barco en que viajaba se encontró con otro que iba hacia Haití cargado de cartageneros que huían de Cartagena que había sido, al fin, tomada por Morillo, y decidió ir con ellos a Haití, donde en esos años había dos gobiernos, el del rey Henri Primero en el norte y el del presidente Alejandro Petión en el sur, y el 2 de enero de 1816, Petión y Bolívar se reunían en Puerto Príncipe, la capital de la República de Haití, para hablar de Venezuela y de lo que podía hacerse para liberarla del poder español.

A fines de marzo de 1816, salía de Los Cayos una flota de siete goletas que llevaban hacia la isla venezolana de Margarita a trescientos hombres, de ellos varios jefes conocidos como Mariño, Soublette y Piar y armas en abundancia así como municiones y pólvora. En el trayecto los expedicionarios abordaron y tomaron un buque de guerra y una goleta, ambos españoles, y el 3 de mayo la flota, ahora de nueve barcos, entraba en el puerto margariteño de Juan Griego. Para entonces, había varios puntos de Venezuela donde estaban operando

guerrillas antiespañolas, y Bolívar, que había despachado a Mariño y a Piar hacia Guiria y Maturín, se dirigió hacia el centro de la costa, entre La Guaira y Puerto Cabello, porque creyó que podía tomar Caracas con un desembarco audaz; pero los capitanes de los barcos huyeron con la flota hacia Bonaire, y persiguiéndolos, Bolívar fue a dar a la isleta de Vieques, adyacente de Puerto Rico, y de ahí volvió a Guiria, donde fue recibido por Mariño y Bermúdez en tal forma que tuvo que abrirse paso por entre sus adversarios con la espada desenvainada, hecho que se produjo el 22 de abril de 1816.

De Guiria, Bolívar retornó a Haití, donde recibió una nueva ayuda de Petión con la cual salió de Haití el 21 de diciembre y el 1 de enero de 1817 ponía pie en Barcelona; de Barcelona salió en dirección a Caracas, pero el 9 de enero fue interceptado por fuerzas realistas y derrotado en Clarines, de donde retornó a Barcelona, amuralló un recinto de varias cuadras y reunió en él hombres, armas y víveres suficientes para resistir los ataques enemigos hechos por tierra y por mar, que fueron, por cierto, de larga duración. El 25 de marzo salió de Barcelona hacia La Guayana para iniciar una nueva era en su vida. De ahí en adelante el pueblo venezolano, que había seguido a jefes realistas, iba a defender la causa de la independencia, y apoyado en su pueblo, Simón Bolívar iría de victoria en victoria hasta las altas tierras de los Andes del Sur.

En el año 1817, Bolívar iba a actuar en un escenario que no conocía, la región oriental de Venezuela. Allí fuerzas patriotas tomaron la ciudad de Angostura, situada a la orilla del río Orinoco, que lleva hoy el nombre de Ciudad Bolívar, y él mismo tomó Guayana la Vieja el 2 de agosto de ese año. Guayana la Vieja fue declarada provincia autónoma y Angostura capital provisional de Venezuela; en esa capital dejó establecida una Alta Corte de justicia, tribunales de primera instancia y de comercio y un Consejo Provisional de Estado que debía funcionar como parlamento provisional. Esas creaciones eran un proyecto de Estado basado en un territorio libre dominado por un ejército y éste contaba con medios suficientes para mantener la guerra contra España, porque en Guayana la Vieja se habían capturado catorce barcos mayores y varios pequeños, enorme cantidad de oro y plata, cañones, fusiles y pólvora.

Bolívar dispuso llevar la guerra hasta el centro del país para avanzar luego hacia el norte en dirección de Caracas, y empezó a poner en práctica ese plan con un ejército de cinco mil hombres que llevó a San Mateo, Maracay y La Victoria, pero debió retirarse a Calabozo para impedir un cerco y fue derrotado a la salida de La Puerta. Sus fuerzas quedaron muy reducidas en el ataque a Ortiz, que dio el 24 de marzo de 1818; tan reducidas que patrullas enemigas pudieron penetrar una noche en su campamento de Rincón de los Toros y llegaron hasta el lugar donde él dormía. En esa ocasión Bolívar salvó la vida porque montó en el anca del caballo de uno de sus oficiales que lo sacó en medio de las sombras de la noche del lugar mientras se oían las voces de los soldados que gritaban “¡El Libertador está muerto!”. A fines de abril, el incansable guerrero llegaba a San Fernando de Apure y al comenzar el mes de junio estaba de nuevo en Angostura, y llevaba en la cabeza un plan político, la celebración del Congreso de Angostura, que tendría a su cargo redactar la Constitución de Venezuela, lo que equivale a decir la fundación del Estado venezolano.

El Congreso de Angostura inició sus trabajos el 15 de febrero de 1819, con un discurso de Bolívar que fue el segundo documento político de gran envergadura producido por él, y a ese discurso sumó un proyecto de Constitución, muchas de cuyas ideas fueron aprobadas por los diputados. En la Constitución se estableció que Venezuela sería una república centralista con un gobierno encabezado por un presidente. Bolívar fue elegido para ese cargo con carácter provisional y se le concedieron poderes especiales para que pudiera hacer frente a los problemas que originaba la guerra de independencia. Para informar a los que en esos tiempos se interesaban en los asuntos públicos, el Libertador fundó el “Correo del Orinoco”, un periódico en que él mismo publicaba artículos y notas sin firmarlos.

Mientras el Congreso despachaba sus tareas, Bolívar se dirigió al oeste en busca de un paso de los Andes que le permitiera ir a combatir a los ejércitos españoles que se hallaban en Nueva Granada, y al comenzar el mes de julio empezó a subir la imponente cordillera. El 25 de ese mes, el enemigo presentó batalla en el Pantano de Vargas y dejó allí más de quinientos muertos. El 5 de agosto Bolívar y sus hombres entraban en Tunja; dos días después se daba la batalla de

Boyacá, en la que el ejército realista perdió más de quinientos hombres y dejó más de mil quinientos heridos. Al recibir la noticia de la derrota, el virrey español huyó a Cartagena y Bolívar hizo su entrada triunfal en Bogotá, la capital del virreinato de Nueva Granada.

Antes de terminar el año 1819, el 11 de diciembre, llegaba Bolívar a Angostura y el mismo día le pedía al Congreso declarar la unión de Nueva Granada y Venezuela y darle el nombre de Colombia; el Congreso aceptó la propuesta, lo acordó el día 17 y el día 25 quedó proclamada en ciudades, villas, pueblos, aldeas y cuarteles la formación del nuevo Estado. Casi un año después, el 26 de noviembre de 1820, Bolívar y Morillo firmaban un tratado de armisticio que debía durar hasta el 26 de abril de 1821, pero el 28 de enero, las fuerzas realistas que mantenían el control de Maracaibo se declararon partidarias de Colombia, acción que el jefe español general La Torre consideró como una violación del armisticio y se dispuso a continuar la guerra. Esa continuación empezó y terminó en la segunda batalla de Carabobo que se llevó a cabo el 24 de junio con el resultado de mil muertos y heridos de las fuerzas realistas, mil setecientos prisioneros y el resto dado a la fuga. Con esa batalla quedó destruido para siempre el poder español en la parte norte de la América del Sur.

A partir de la segunda batalla de Carabobo, la vida de Bolívar entró en una etapa en la que iban a mezclarse episodios penosos, como las luchas en Pasto, que fueron guerras civiles llevadas a cabo con ropaje de levantamientos realistas, y alguno que otro de verdadera importancia militar o política, como la batalla de Junín y la entrevista de Guayaquil en la que tuvo la satisfacción de conocer en persona a José de San Martín.

El 9 de diciembre de 1824, el mariscal Antonio José de Sucre dio la batalla que cerró el ciclo de las luchas de los pueblos latinoamericanos de idioma español; fue la de Ayacucho, palabra que en la lengua quechua de los indios peruanos quiere decir “el rincón de los muertos”, y en esa batalla los muertos y heridos de los dos ejércitos, el de los realistas y el de la independencia del Perú llegaron a tres mil quinientos. Por esos días Bolívar estaba convocando el Congreso de Panamá, otro de sus portentosos planes políticos, y

poco más de un año después redactaría la Constitución de Bolivia, el país que pasó a llamarse así en homenaje a él.

Los viajes a lo largo de los Andes para ir de Perú a Bolivia, retornar al Perú, volver a Ecuador, a Colombia y Venezuela le consumían mucho tiempo porque la mayor parte de las veces se hacían a lomo de mulo o de caballo. En febrero de 1826, había llegado a Lima yendo desde Potosí, el 3 de septiembre de ese año y el 24 de junio de 1828 fue de Lima a Guayaquil, de ahí a Quito, a Pasto, Popayán, Bogotá, Trujillo, Maracaibo, Puerto Cabello, Valencia, La Victoria, Caracas, y tardó casi dos años en esos viajes.

Los viajes por Colombia (Nueva Granada y Venezuela unidas) tenían una finalidad: evitar la desmembración del Estado colombiano que había empezado a producirse desde el año 1826. El 9 de abril de 1828, se instaló la Convención de Ocaña ante la cual presentó la renuncia de su cargo de Presidente de la República. La convención se convirtió en un nido de intrigas antibolivarianas y Bolívar respondió asumiendo la dictadura. Eso ocurrió el 24 de junio de 1828 y el 25 de septiembre, en horas de la noche, un grupo de militares y estudiantes asaltaron su hogar, mataron a dos ayudantes y dos perros e hirieron a los centinelas. Bolívar preservó la vida porque saltó por una ventana cuando ya los atacantes estaban a punto de tumbar la puerta de la alcoba en que se hallaba. Con la única compañía de un criado, el Libertador huyó por las calles de Bogotá, que estaban a oscuras; al fin logró ocultarse bajo un pequeño puente y esperó allí, espada en mano, que fueran a darle muerte.

Colombia atravesaba por una situación económica gravísima. El gobierno carecía de recursos para cubrir las necesidades del Estado y el descontento se extendía por todas partes. En octubre se levantó en armas el general Obando y otros jefes militares hacían lo mismo en el extremo oriental de Venezuela. El gobierno de Perú tomó Guayaquil al comenzar el año 1829, y en agosto Bolívar caía en cama. El 31 de agosto convocó a un Congreso que bautizaría con el nombre de Admirable y que se reuniría el 20 de enero de 1830 bajo la presidencia de Sucre. Ante ese Congreso renunció Bolívar a su cargo de jefe del Estado, pero se le respondió que no debía abandonar el cargo mientras no terminaran los trabajos del Congreso.

Venezuela estaba rompiendo ya los lazos que la unían a Colombia. El 28 de abril Bolívar insistía en su renuncia “porque estoy persuadido de que es imposible que un hombre solo sea capaz de contener la inmensa anarquía que devora al Nuevo Mundo”, decía en carta que envió a un amigo ese mismo día, y a la vez que persistía en renunciar, vendía su vajilla de plata y cuanto tuviera algún valor porque no tenía con qué mantenerse.

El 8 de mayo, el Libertador salió de Bogotá camino de Cartagena y Europa, y el primero de julio, estando en Cartagena, supo que Sucre había sido asesinado el 4 de junio mientras pasaba por la montaña de Berruecos. Espantado del crimen, pasó el día recorriendo el patio de la casa donde se hospedaba sin decir una palabra. En noviembre fue llevado a Barranquilla y a fines del mismo mes lo trasladaron en barco a Santa Marta. Allí, alojado en una finca llamada San Pedro Alejandrino, que era propiedad de un realista español, se entretenía mirando a través de las ventanas la vegetación tropical, tan parecida a la de su Caracas.

El 17 de diciembre, minutos antes de la una, su médico, el doctor Reverend, francés, le oyó decir: “¡Vámonos, vámonos! ¡Esta gente no nos quiere en esta tierra! ¡Lleven mi equipaje a bordo de la fragata!”

Fueron las últimas palabras que dijo ese titán que en cuarenta y siete años y cinco meses de vida había llevado a cabo las luchas militares y políticas más portentosas que se conocen en la historia de los países de nuestra lengua. Nadie en esos países había creado un Estado como el de Colombia; a nadie se le dio el nombre de otro Estado. Pero tampoco nadie descendió a las catacumbas de sufrimientos, de soledad y de pobreza a las que bajó El Libertador.

Los sucesos de Granada ofrecen un cúmulo de lecciones políticas

Primera

De la intervención militar norteamericana en Granada, brota un cúmulo de lecciones políticas que todos los miembros y los circunistas del Partido de la Liberación Dominicana deben estudiar, y hacer ese estudio siguiendo el método que hemos recomendado varias veces; esto es, el de observar de manera meticulosa el acontecimiento en su conjunto y a partir de esa observación descomponerlo en todas sus partes para proceder a analizar cada una de ellas en cada uno de sus aspectos.

Visto en su conjunto, el asalto a Granada nos hace conscientes de que se trata del abuso de poder más grande que conoce la historia humana, puesto que territorialmente la isla de Granada es 27 mil 200 veces más pequeña que Estados Unidos y en términos de población Estados Unidos tiene 1 mil 916 veces más habitantes que los 120 mil de Granada; y si eso no fuera suficiente para comprender la magnitud del abuso de poder que ha cometido Estados Unidos con la toma de un territorio que si tiene 60 kilómetros de largo no llega a 6 kilómetros de ancho, comparemos las fuerzas militares norteamericanas con las de Granada y veremos que aquéllas cuentan con cohetes nucleares, portaviones, submarinos, muchos de ellos atómicos; aviones de todos los tipos armados de cañones y cohetes, satélites para vigilar los movimientos militares de los enemigos y sistemas de comunicación que conectan de manera constante y en minutos a la jefatura de Estado Mayor con sus soldados donde quiera que éstos se hallen, equipados de transporte y tanques; y Granada no tenía nada de eso. Por último, el ejército de Estados Unidos es de millones y millones de hombres, debidamente entrenados y dirigidos por muchos miles de oficiales de todos los grados que se han formado en academias militares mundialmente conocidas, y el de Granada no pasaba, si era que llegaba a esa cantidad, de mil hombres sin la menor experiencia en actos de guerra y armados a la buena de Dios.

De la enorme desproporción en poder militar que había entre Estados Unidos y Granada se deduce una conclusión política: la de que también el enorme abuso de poder ejercido por las fuerzas norteamericanas contra Granada tiene de manera inevitable una contraparte negativa para Estados Unidos; la de que millones y millones de hombres y mujeres conscientes de todo el mundo, que han sido educados en alguna forma para que puedan juzgar los actos de personas y gobiernos, están opinando en contra del gobierno y de las fuerzas armadas de Norteamérica, y una gran parte de ellos acabará trasladando esa opinión al terreno político; es decir, acabará pensando, y sintiendo y actuando en términos antinorteamericanos.

Así, pues, la imagen del país todopoderoso, el más poderoso de la historia, que quiere recuperar para Estados Unidos el equipo que gobierna en Washington bajo la presidencia de Ronald Reagan, no saldrá bien parada del asalto a Granada, y de manera especial si tomamos en cuenta que a la fecha en que se escriben estas líneas, cinco días después de haberse iniciado el ataque a la pequeña isla antillana, las tropas invasoras no habían podido dominar la resistencia que hallaron de parte de los menos de mil soldados que formaban el ejército granadino.

¿Quién hiló los planes? Visto y analizado en su aspecto político el conjunto del acontecimiento de que nos ocupa, pasemos ahora a separarlo en sus partes esenciales para estudiar cada una de ellas.

Si empezáramos preguntándonos por qué atacó Estados Unidos a la diminuta Granada, tendríamos que referirnos a los antecedentes del hecho y eso nos llevaría lejos del propósito que perseguimos y, además, sería innecesario porque lo mismo, los lectores de este artículo que su autor, sabemos cuáles fueron las razones políticas que convirtieron a Estados Unidos en enemigo mortal de Granada, y lo que nos toca determinar ahora es qué hecho o suceso desató el ataque militar del poderoso enemigo de Granada al minúsculo Estado granadino.

Lo que lo desató fue la muerte del primer ministro Maurice Bishop, que como saben todos los lectores de Vanguardia del

Pueblo fue fusilado por soldados granadinos cuando al frente o en el medio de una multitud llegó a las puertas de un edificio donde se alojaba el grueso del ejército de Granada reclamando la libertad de partidarios suyos que se hallaban en ese cuartel. El propio Reagan dijo que el asalto a Granada fue la respuesta de Estados Unidos a lo que él calificó de brutal asesinato cometido por asesinos izquierdistas radicales; y como los que seguimos los sucesos políticos en detalles sabemos que el presidente Reagan no tenía el menor afecto ni sentimiento parecido por Bishop, a quien se negó a recibir cuando el jefe del gobierno granadino visitó Nueva York para tomar parte de una reunión de las Naciones Unidas, debemos pensar que Granada ha sido un país afortunado, pues si ha tenido que sufrir un asalto militar a causa de la muerte de Bishop, dispuesto por el gobierno cuyo jefe despreciaba a Bishop, en caso de que ese jefe de gobierno —esto es, Reagan— hubiera sido amigo íntimo del primer ministro granadino habría pulverizado la isla entera lanzando sobre ella toda la cohertería militar norteamericana y hoy lo que habría quedado en Granada, estaría cubierto por las aguas combinadas del mar Caribe y del Océano Atlántico.

Analicemos ahora en todas sus partes el fusilamiento o el asesinato de Bishop.

¿Cómo se produjo, quién lo planeó? Será muy difícil que esas preguntas sean respondidas, como será muy difícil saber por qué Maurice Bishop llegó, a la cabeza o en el centro de una multitud de cuatro o cinco mil personas hasta el cuartel militar de Granada. Esa multitud había llegado allí rodeando a Bishop desde que sacó al líder del partido Nueva Joya de la Casa de Gobierno, donde se hallaba en arresto domiciliario, ¿pero quién o quiénes formaron esa ola humana y la dirigieron a la Casa de Gobierno para poner en libertad a Bishop? ¿Fueron partidarios de Bishop, militantes de su partido, o fueron agentes de la CIA?

En Granada había unos mil norteamericanos, la gran mayoría de ellos estudiantes de Medicina que hacían sus estudios en una de esas universidades que Estados Unidos exporta hacia países del Caribe como lo sabemos en República Dominicana, donde ha caído una

avalancha de ellas; y entre esos mil o mil y tantos estadounidenses muy bien podía haber varios, y no uno solo, agentes de la CIA escogidos entre negros y mestizos de Harlem o de Chicago o Miami para que pasaran en Granada, país de lengua inglesa, como granadinos de los que viven en Estados Unidos.

Segunda

En el Senado de Estados Unidos se sabía que la CIA había jugado un papel importante en los acontecimientos de Granada porque la invasión se llevó a cabo el martes 25 de octubre y dos días después, el jueves 27, el director de la CIA, William J. Casey, fue llamado a ese alto cuerpo legislativo para que explicara cuáles habían sido las actividades que había cumplido la organización que él encabeza en los sucesos de Granada, y a la fecha en que se escriben estas líneas —4 de noviembre— no se ha dicho ni jota de la información que les dio Casey a los señores senadores; pero uno de esos senadores declaró que a él se le había dado la noticia de que los aviones que sacaron de Granada a los estudiantes norteamericanos a los que nos referimos en el artículo anterior viajaron también agentes de la CIA, y con ellos, personal del Departamento de Estado y del Departamento de la Defensa. Esos datos figuran nada menos que en *The New York Times*, edición del viernes 28 de octubre, y hasta el momento no han sido desmentidos por nadie.

¿Qué hacían en Granada, y en esos momentos, miembros de la CIA y funcionarios de dos departamentos tan importantes como el de Estado y el de la Defensa? ¿Desde qué fechas se hallaban en la pequeña y desdichada isla?

Bishop había sido asesinado el miércoles día 19 de octubre poco después de haber sido liberado de la prisión domiciliaria a que lo había condenado el Comité Central de su partido, la Nueva Joya. La condena empezó a ser cumplida el 12, y entre el 12 y el 19, en horas de la mañana transcurrieron seis días con sus noches, en los cuales no sucedió nada importante en Granada, si se exceptúa una

pequeña manifestación celebrada a unos cuantos kilómetros de Saint George, la capital de la isla, en la que se pedía la libertad de Bishop y de buenas a primera, en la mañana del miércoles 19, se reunió una multitud de 3 ó 4 mil personas que se dirigieron a la casa del gobierno donde estaba Bishop en condición de detenido, violentaron varias puertas y sacaron a Bishop a las calles.

¿Quién o quiénes planearon y dirigieron esa marcha el día 19? ¿Fueron en verdad partidarios de Maurice Bishop o fueron agentes extranjeros que formaban parte de una acción concebida de manera cuidadosa muy lejos de Granada? ¿Fueron granadinos y fueron norteamericanos?

Hay que hacer ésas y otras preguntas porque sabemos que la invasión de Granada había sido ensayada con bastante anticipación. Se ensayó en Vieques, la pequeña isla adyacente de Puerto Rico, y a fin de que el lector se haga cargo de la importancia que ese ensayo tuvo para el Pentágono, diremos que en realidad Granada no es nada más que una isla porque parte de su territorio son las dos primeras islitas de la cadena de las Granadinas; esas dos islitas se llaman Carricou, que mide 34 kilómetros cuadrados, y Petit Martinique, que mide 2 kilómetros cuadrados. Pues bien, en el ensayo de Vieques, Carricou y Petit Martinique fueron simuladas a base de elementos flotantes a fin de que soldados marinos y aviadores de todos los grados se hicieran una idea precisa de los lugares que iba a ser atacados cuando se decidiera que había llegado la hora de tomar Granada. Por cierto, en Carricou dijeron los jefes de los invasores que habían descubierto un depósito de armas.

Tercera

El día 25 de octubre, el mes trágico de Granada, a gran distancia donde había sido asesinado Maurcie Bishop –nada menos que en Londres, la capital de Inglaterra–, los canales 1, 2 y 3 de televisión informaron a sus televidentes que la operación de toma de Granada había sido preparada con anticipación por parte del Pentágono y la CIA.

El Canal 1 (la conocida BBC) afirmó que los planes de la invasión se hicieron “en gran secreto”, tanto, que los representantes diplomáticos de Inglaterra en Barbados —una isla que se halla a 150 millas al este de Granada, cuyos gobernantes son abiertamente derechistas, y que lo mismo que Granada es parte de la Mancomunidad Británica, lo que significa que su jefe de Estado es la Reyna de Inglaterra— no tuvieron noticia alguna de esos planes del Pentágono y de la CIA. Por su parte, el Canal 3 dijo que desde los meses del verano —julio, agosto y septiembre— la CIA se dedicó a elaborar planes para invadir Granada y recordó que los norteamericanos habían ensayado en una isla similar a la de Granada el desembarco que iba a hacerse ese día 25 de octubre. El Canal 3 no mencionó a Vieques, pero no puede haber la menor duda de que al referirse a los planes de la CIA estaba aludiendo a ese territorio puertorriqueño.

Maurice Bishop estaba en autos de que la CIA preparaba un golpe contra el gobierno que él presidía, y es difícil de aceptar la idea de que cuando el Comité Central de su partido lo condenó a arresto domiciliario —lo que significa mantener a una persona detenida pero no en una cárcel sino en su domicilio o la casa donde está viviendo— Bishop no relacionara esa decisión del Comité Central de la Nueva Joya con la CIA; y no nos cabe duda de que la CIA estaba actuando allí, en Granada, puesto que alguien que se encontraba en la isla, y seguramente en su capital, la pequeña ciudad de Saint George, mantenía al gobierno norteamericano informado de lo que estaba sucediendo, tarea nada difícil debido a que las comunicaciones a Washington podían enviarse a través de cualquiera de las islas inglesas vecinas de Granada, en la que había diplomáticos y cónsules de Estados Unidos.

Un testigo presencial, el periodista Alister Hughes, contó que el día 19 de octubre, en horas de la mañana: “se congregó en la ciudad una multitud encabezada por el ministro de Relaciones Exteriores, Unison Whiteman, quien instó a la gente —unas 2 mil personas— a ir a la residencia de Bishop, a rescatarlo... La multitud subió la colina, hacia el sector oriental de la ciudad... Desde mi casa, con binoculares, vi a la gente rodeando la residencia de Bishop. Pese a estar asustado fui hasta allí?; y al llegar a ese punto da un dato muy importante:

“Hubo disparos de fusiles”, dice, para explicar a seguidas: “Por sobre las cabezas de la gente, me dijeron”.

Hughes cuenta que a esa altura de los hechos la multitud era de unas 5 mil personas que gritaban: “¡Tenemos a nuestro líder!”. Hughes logró acercarse a Bishop y le pidió que le dijera algo, “cualquier cosa”, y cuando el líder la Nueva Joya y el jefe del gobierno de Granada empezó a decirle “Las masas...”, esas masas lo metieron en un camión y se lo llevaron.

La breve escena que relata el periodista Alister Hughes da una idea clara de que en vez de comandar a las masas granadinas, las masas granadinas disponían de Maurice Bishop en esa hora trágica de su vida y la de su pueblo, pero como las masas no actúan nunca por sí mismas, alguien las había congregado, alguien las dirigía, y Bishop no se detuvo a pensar quién o quiénes eran sus directores.

Cuarta

Si fue la CIA, a través de agentes suyos o valiéndose de granadinos, quien organizó la manifestación que sacó a Maurice Bishop de la Casa de Gobierno donde lo tenía encerrado el Comité Central de la Nueva Joya, Maurice Bishop debió haber impuesto su autoridad sobre la multitud que se integró en esa manifestación. Bishop sabía que la CIA había elaborado planes para eliminarlo y debió sospechar que detrás o en medio de la multitud de la cual se hallaba rodeado cuando salió de la Casa de Gobierno debía o podía estar esa poderosa organización, y que, por tanto, a él le tocaba jugar, en ese momento más que nunca, el papel de líder, el de quien dirige a las masas, y nunca el de quien se deja llevar de ellas, porque en la hora de sus máximos entusiasmos las masas actúan emocionalmente y puede haber alguien listo para aprovechar su emocionalismo, usándolas como instrumento ciego de planes ajenos, planes de éstos que se hacen y se ejecutan con tanto cuidado como el que se le dedica a la construcción de una máquina.

El periodista Alister Hughes dijo que cuando él llegó a la Casa de Gobierno oyó disparos de fusiles, disparos que fueron hechos “por encima de las cabezas de las gentes”, pero no especificó quién o quiénes fueron los autores de esos disparos. ¿Serían acaso los mismos que poco después, al llegar al fuerte Rupert, descargaron sus armas hacia adentro de ese establecimiento militar?

Es una lástima que no se haya explicado por qué llevaban armas algunas de las personas que rodeaban a Bishop en el momento en que la multitud llegó frente al fuerte Rupert, y sobre todo, por qué las usaron en ese momento para disparar hacia los soldados que ocupaban el fuerte. De acuerdo con Hughes, la multitud, que había sido de unas 3 mil personas cuando violentó las puertas de la Casa de Gobierno para liberar a Bishop, era de unas 5 mil cuando llegó al fuerte, y entre 5 mil personas es fácil que se deslicen unas cuantas, especialmente adiestradas para provocar acontecimientos incontrolables, y al parecer, Maurice Bishop no pensó en la posibilidad de que eso estuviera sucediendo en el momento en que frente al cuartel militar de Granada, el único que había en ese diminuto país, llegaba él rodeado de varios miles de granadinos exaltados por la pasión política.

Bishop se había dejado llevar por la multitud; se había dejado arrastrar por ella; ella lo condujo a las puertas del fuerte Rupert, el lugar donde residía de veras el poder de su país, que había pasado de Bishop al jefe militar, Hudson Austin, pero los hechos indican que Maurice Bishop no había llegado a darse cuenta de que quién controla el poder político es aquel que tiene el control de los fusiles.

Fue un error del líder de la Nueva Joya y jefe del gobierno granadino ir, en medio de la multitud, arrastrado por ella, desde la Casa de Gobierno hasta el cuartel militar, y ese error le costó a él la vida y a Granada y su pueblo el aplastamiento, la destrucción implacable de su proceso revolucionario; pero la responsabilidad de esos hechos no caerá sobre la cabeza de Maurice Bishop; con esa responsabilidad cargarán para siempre Bernard Coard, su mujer Phyllis Coard y Hudson Austin. Parece que, sobre todo, los dos primeros intrigaron en el seno del Comité Central de la Nueva Joya

con tanta intensidad que acabaron convirtiendo a la mayoría de sus 14 miembros en enemigos políticos del líder del partido, a quien acusaban de haberse derechizado, de solicitar negociaciones con el gobierno de los Estados Unidos y de mantener un estilo de dirección del partido y del gobierno propio de un caudillo y no de un dirigente revolucionario.

La campaña contra Bishop había llegado a tales extremos que en una reunión del Comité Central de la Nueva Joya, celebrada el 14 de septiembre, se propuso que aunque Bishop se mantendría al frente del gobierno, se ocuparía solo de los problemas de política exterior, y Bernard Coard (que no era miembro del Comité Central pero sí lo era su mujer) pasaría a dirigir el partido y la economía del país. En esa reunión participaron 13 de los miembros del Comité Central, 9 de los cuales votaron a favor de la propuesta, 1 en contra y 3 se abstuvieron.

El 27 de septiembre se reunió de nuevo el Comité Central de la Nueva Joya. Bishop saldría al día siguiente de viaje hacia Checoslovaquia y Cuba y quería discutir los resultados de la reunión anterior, con los cuales estaba de acuerdo, dijo, pero necesitaba de tiempo para ponerlos en ejecución. Esa reunión duró 15 horas y sería la última que se celebraría porque al volver de su viaje el 8 de octubre, Bishop fue acusado de haber lanzado el rumor de que Bernard y Phylis Coard habían organizado su asesinato, y el Comité Central ordenó su reclusión domiciliaria, orden que fue puesta en vigor el día 12 de octubre, y una semana después, el día 19, se desataron los acontecimientos que hicieron de Granada el punto focal de la atención, por lo menos de los países de América.

En Granada se tenía a Bernard Coard como un buen economista, pero los hechos que provocó su necesidad de igualarse con Bishop en la dirección de la vida pública granadina, indican que su capacidad política era inferior a su ambición pequeñoburguesa de ascenso social y político. Por de pronto, ni él ni sus partidarios del Comité Central de la Nueva Joya tomaron en cuenta el enorme papel que podía jugar en un momento dado la política exterior en un país tan pequeño como Granada que era vecino de varios, también pequeños Estados anómalos, todos ellos miembros de la Mancomunidad Británica

de Naciones, pero solo uno –Trinidad-Tobago– confiable para el gobierno de Granada, el único que había tomado el camino de la revolución socialista.

El gobierno de Barbados, por ejemplo, es totalmente reaccionario y proyanqui, y la noticia de que el jefe del gobierno de Granada estaba detenido alarmó de tal manera a los gobernantes de Barbados que sin perder tiempo se pusieron en comunicación con varios otros gobiernos de países diminutos, como Dominica, todos miembros de la Mancomunidad Británica, y a través de ellos, Washington estuvo informado de cuanto sucedía en Granada, de manera que cuando salió de Granada la noticia de que Maurice Bishop había sido asesinado, ya el presidente Reagan y sus consejeros y secretarios de Estado estaban al tanto no solo de esos hechos sino, además, en contacto con esos diminutos vecinos de Granada que le brindaron en bandeja de plata lo que el gobierno de Reagan le pareció una autorización para violar todos los principios del Derecho Internacional; y el brindis fue una solicitud para que se aliara a ellos en el propósito de invadir militarmente el territorio granadino.

Esos Estados anómalos alegaron que la toma del poder por los “radicales” de Granada era una amenaza real para todos ellos y que solo Estados Unidos podía garantizarles su existencia, y apoyado en esa invitación el gobierno de Ronald Reagan decidió la invasión de Granada y la presenta ahora al pueblo norteamericano como una hazaña de generosidad internacional en vez de lo que fue, un abuso de fuerza incalificable e indefendible.

Quinta

Además de la lección que podemos extraer de la conducta impropia que mantuvo Maurice Bishop, cuando se dejó dirigir por una masa exaltada que lo llevó hasta las puertas del Fuerte Rupert, en los sucesos de Granada hay otra lección muy importante; y es la que dio el radicalismo pequeño burgués de los líderes del Partido Nueva Joya, porque fue la irresponsabilidad de esos líderes lo que desató

los acontecimientos granadinos, y nos parece útil para la formación política de los peledéistas demostrarles que en Granada, como en cualquier otro país, los radicales pequeño-burgueses son buenos para ejecutar órdenes, pero malos para hacer planes; y vamos a demostrar lo que acabamos de decir valiéndonos del ejemplo de la Revolución Rusa.

Cuando esa Revolución tenía apenas seis meses en el poder, Lenin, escribió una serie de seis artículos con el título de “El Infantilismo Izquierdista” y el “Espíritu Pequeño-burgués”, en la cual denunciaba el radicalismo de los revolucionarios rusos que atacaban sin cesar la política leninista y basaban sus ataques en ilusiones como la de que “Durante la primavera y el verano próximos (querían decir en ese mismo año de 1918. Nota de J.B.) deben empezar el hundimiento del sistema imperialista”, pero en opinión de Lenin, “...mientras no estalle la revolución socialista internacional, que abarque a varios países y tenga fuerza suficiente que le permita ayudar a vencer al imperialismo internacional, mientras no ocurra eso, el deber ineludible de los socialistas triunfantes en un solo país (y especialmente en un país atrasado) consiste en no aceptar el combate con los gigantes del imperialismo, en tratar de rehuir el combate, de esperar a que la contienda entre los imperialistas debilite a éstos más aún, acerque más aún la revolución en otros países” (itálicas y paréntesis de Lenin).

Pero de nada valía lo que dijera Lenin. Esos izquierdistas pequeños burgueses alegaban que la Revolución Rusa abandonaba “el camino revolucionario internacional, eludiendo constantemente el combate y retrocediendo ante la embestida del capital internacional” y reclamaban que se pusiera en ejecución “una decidida política internacional de clase, que una la propaganda revolucionaria internacional con palabras y con hechos, y el fortalecimiento de la ligazón orgánica con el socialismo internacional”.

Para esos radicales, la Revolución Rusa ha caído en una “desviación de bolchevique de derecha”, tesis que era compartida por un grupo de bolcheviques encabezados por Bujarin y Pokrovski, y en cuanto a los mencheviques, éstos decían en su periódico Vperiod nada menos que esto:

“[La política del gobierno de Lenin], ajena desde el primer momento al carácter auténticamente proletario, emprende en los últimos tiempos y cada día de manera más abierta la senda del acuerdo con la burguesía y adquiere un carácter claramente antiobrero. Bajo la bandera de la nacionalización de la industria se aplica una política de implantación de los trust industriales, bajo la bandera del restablecimiento de las fuerzas productivas del país se hacen intentos de acabar con la jornada de ocho horas, de implantar el trabajo a destajo y el sistema de Taylor, las listas negras y las cédulas de identidad discriminatorias. Esta política amenaza con privar al proletariado de sus conquistas fundamentales en el terreno económico y convertirlo en una víctima de la ilimitada explotación por parte de la burguesía”.

Esa campaña creó un clima de exaltación del radicalismo pequeño burgués ruso tan peligroso que culminó en varios actos llamados a parar en seco la Revolución, y el más grave de ellos fue el atentado contra la vida de Lenin, llevado a cabo el 30 de agosto de 1918, cuando el jefe del gobierno revolucionario salía de un mitin de obreros que se había celebrado en una fábrica de las afueras de Moscú. La autora del ataque fue una mujer, típica pequeño-burguesa, miembro del Partido Socialista de Izquierda. Lenin recibió dos balazos, uno en el cuello y otro en un brazo, que lo retuvieron en cama más de mes y medio.

En el espejo brillante de la Revolución Rusa podemos ver cómo actúa la pequeña burguesía que se llama a sí misma revolucionaria; actúa sin freno porque juzga los métodos y no las metas que se persiguen. Parece que Maurice Bishop no se dio cuenta de que sus compañeros de Nueva Joya eran pequeños burgueses y que por esa razón muchos de ellos estaban llamados a juzgar los hechos de Bishop por sus apariencias, no por su sustancia.

En el discurso que pronunció el 14 de este mes en el acto en que despidió el cortejo fúnebre de los obreros cubanos de la construcción asesinados en Granada, Fidel Castro dijo que los enemigos granadinos de Bishop, miembros y dirigentes de su partido, usaron argumentos falsos e invocaron los más puros principios del marxismo-leninismo para acusar a Bishop de que practicaba el culto de la personalidad con

abandono de las normas leninistas de dirección, acusación que no tenía base porque a juicio de él –Fidel Castro–, Bishop no tenía nada de autoritario sino que más bien era lo opuesto, un hombre modesto, sencillo, noble; y se preguntaba si los que conspiraban contra Bishop no serían un grupo de extremista endrogados con teorías políticas o si se trataba de individuos ambiciosos, oportunistas o agentes del enemigo que quería destruir la revolución de Granada.

Fidel Castro explicó en ese discurso (que hemos tenido que leer en la versión inglesa publicada en *The New York Times* del 20 de este mes porque un periódico cubano, cualquiera que sea, tarda más de un mes en llegar a Santo Domingo, y eso, poniéndole sellos aéreos) que Granada se había convertido en un símbolo de independencia y progreso en el Caribe y por esa razón había que aniquilar la revolución granadina, ese mal ejemplo para las pequeñas islas que se hallan en su vecindad, y de pronto, “emergieron hienas en las filas revolucionarias”, y ahora no puede nadie saber si los que usaron el arma “del divisionismo y el enfrentamiento interno lo hicieron por sí solos o fueron inspirados y empollados por el imperialismo”.

El líder cubano vio de manera clara las lecciones que hay en el doloroso episodio de Granada y lo dijo de esta manera: “Vean la historia del movimiento revolucionario [mundial] y hallarán más de una conexión entre el imperialismo y aquellos que toman posiciones que parecen ser de extrema izquierda”.

Esa lección la vemos todos los días en la República Dominicana porque nos la dan los Isa Conde y sus compartes del PCD y de algunos de los grupos que se han asociado con ellos.

[Vanguardia del Pueblo, 2, 9, 16 y 30 de noviembre de 1983]

La Legión del Caribe, un fantasma de la historia

En *Política: Teoría y Acción* (número 44, página 27), dijimos que algunos periodistas norteamericanos convirtieron en Legión del Caribe el nombre de Legión Caribe, y explicamos que Horacio Julio Ornes le había puesto ese nombre al grupo de combatientes del levantamiento armado costarricense de 1948, con el cual había tomado Puerto Limón en lo que tal vez fue la primera operación militar llevada a cabo en América Latina por fuerzas aerotransportadas, y con esa denominación de Legión del Caribe ciertos periódicos de Estados Unidos hicieron mucha bulla, a la vez que contribuían a fortalecer dictaduras repugnantes de las que por esos años había varias en la región del Caribe, porque ese nombre de una fuerza armada fantasmal que nunca tuvo existencia despertaba en los sectores derechistas de la región sombras horripilantes que dormían en los recuerdos de aquellos que habían conocido en la historia de nuestros países, las hazañas feroces de la piratería en las cuales funcionaban con espantosa crueldad los filos de los sables, las espadas y los cuchillos usados en los degüellos masivos de hombres, mujeres y niños y el resplandor de los incendios que dejaban convertidas en cenizas ciudades enteras, cuyas mujeres habían sido violadas por hombres endemoniados, encarnaciones de la maldad sin freno y del terror desorbitado. En el caso de los dueños del poder económico, social y político de países como la Venezuela de Pérez Jiménez, la Nicaragua de Somoza o el Santo Domingo de Trujillo, decir Legión del Caribe era resucitar los tiempos tenebrosos de Henry Morgan y El Olonés, piratas para quienes el degüello de cualquier ser viviente era un ejercicio semejante al que era para una monja rezar el credo.

De los tiranos de esa época los más hábiles en el manejo de la propaganda internacional eran Trujillo y Somoza, si bien es posible que Trujillo supiera usar el dinero destinado a la propaganda mejor que Somoza. En los días en que cierta prensa norteamericana mantenía en alto la bandera de miedo que provocaba en Ciudad Trujillo y en Managua —sobre todo en esas dos capitales— la mención de la Legión del Caribe, que, como dije antes, nunca tuvo existencia,

nos preguntábamos con frecuencia quién pagaba esas menciones de una Legión que no daba señales de vida, pero la respuesta no aparecía; no apareció entonces y ahora es muy difícil obtenerla. Tal vez, algún día, se hallen metidos en sótanos sombríos los archivos de los dictadores caribeños, y ojalá eso sucediera porque solo así se sabría si la invención de ese fantasma fue o no fue un ardid para asustar a los núcleos de poder de los países de la región dominados por dictaduras y si en su creación y la difusión de su existencia jugaron o no jugaron un papel importantes empresas periodísticas de Estados Unidos, de éstas que influyen en los centros vitales de la política norteamericana, digamos, en el Departamento de Estado y el Congreso.

Orígenes de la Legión del Caribe

Si la Legión del Caribe fue una creación de algunos gobiernos tiránicos hecha con el propósito de asustar a la vez a grupos de poder de sus países respectivos y a sus socios yanquis, resultó ser también una respuesta hábil a un movimiento político internacional que había sido generado por el exilio dominicano.

¿Por qué precisamente el dominicano? Por varias razones. En primer lugar, con la caída de Gerardo Machado, ocurrida en septiembre de 1933, los exiliados cubanos retornaron a su país, pero, además, la mayoría de ellos no vivió en la región del Caribe sino en Estados Unidos y México, y con la muerte de Juan Vicente Gómez en diciembre de 1935, los exiliados venezolanos que se habían avocinado en Colombia, Costa Rica, Curazao, Cuba, Trinidad, retornaron a su país; lo mismo sucedió con los de Guatemala, que volvieron a su tierra desde México y otros lugares de Centroamérica tan pronto fue desmantelada la dictadura de Jorge Ubico a mediados de 1944, y otro tanto ocurrió en el caso de Honduras, donde Tiburcio Carías Andino mantuvo hasta el año 1949 una tiranía que duró diecisiete años. En cambio, el exilio dominicano iba siendo cada año más numeroso y se avocinó lo mismo en Puerto Rico que en el territorio continental de Estados Unidos, en México y en Venezuela, en Costa Rica, donde fueron pocos, pero muy activos, debido a su participación en el

movimiento armado de 1948; en Haití, en Curazao, en Aruba, en Guatemala y, sobre todo, en Cuba, país que a través de revistas como *Carteles* y *Bohemia* y de estaciones de radio como la CMQ y RHC Cadena Azul ejercía influencia en la opinión pública de los países del Caribe donde se hablaba el español.

Ese panorama que acabamos de exponer era un factor de los cuatro que explican por qué el exilio dominicano jugó un papel de primer orden en la creación, por parte de las tiranías de Somoza y Trujillo, de ese fantasma de la historia que se llamó la Legión del Caribe. Los tres restantes fueron la prolongación del poder trujillista, que sobrepasó con mucho a todas las tiranías personales de la región –y decimos personales porque la de la familia Somoza fue más larga–; su agresividad en las respuestas a los ataques que se le hacían desde el exterior, como podemos verlo en el intento de asesinato de Rómulo Betancourt, presidente que era de Venezuela cuando Trujillo ordenó el ataque que estuvo a punto de costarle la vida, y, por último, la militancia de los antitrujillistas exiliados, que mantuvieron una lucha constante contra la dictadura dominicana, una lucha tan intensa que amenguó las diferencias ideológicas de los exiliados al punto de impedir que ellas pudieran dividirlos en grupos irreconciliables.

Liderazgo y tiranías del Caribe

El papel de líder en la lucha contra las dictaduras del Caribe que hizo el exilio dominicano se ve con claridad en la expedición de Cayo Confites, en la cual tomaron parte hondureños, nicaragüenses y, sobre todo, cubanos; hubo españoles republicanos, por lo menos un venezolano, un puertorriqueño y un norteamericano, y el movimiento tuvo apoyo del gobierno de Cuba, del de Venezuela y del de Guatemala, datos que indican de manera elocuente que la lucha contra Trujillo unificó fuerzas del Caribe, algunas de las cuales eran partes de los pueblos y otras de los círculos gobernantes. Los episodios de esos años que alcanzaron dimensiones más amplias que las simples luchas de grupos antidictatoriales de cada país afectado por tiranías no han sido debidamente estudiados, pero sin duda

tuvieron aspectos progresistas que merecen ser destacados porque de no haber sido así, no se explicaría que en Cayo Confites tomaran parte, de manera directa o indirecta, Fidel Castro, Feliciano Maderne, Manolo Castro, cubanos los tres; el hondureño Jorge Rivas, llamado a morir en Managua seis años después a manos de los esbirros de Anastasio Somoza; el nicaragüense Abelardo Cuadra, oficial de la Guardia Nacional de su país que desertó de ese cuerpo a causa del asesinato de Sandino.

La existencia de tiranías, y, sobre todo, la de Trujillo, que fue la más larga y, además, la más cruel —lo que naturalmente generaba una propaganda activa y constante contra ella— provocó, como su respuesta dialéctica, la formación de una especie de coalición de fuerzas progresistas que se unieron sin previo acuerdo y, sobre todo, sin previo planteamiento teórico por parte de alguna de ellas, y esas fuerzas respondían, en el caso de los hombres a quienes les tocó representarlas, a razones propias y al mismo tiempo históricas; por ejemplo, José Figueres y Rómulo Betancourt no se conocían, pero Betancourt había vivido en Costa Rica y se había casado con una costarricense por lo menos quince años antes de que Figueres se convirtiera en una figura política internacional al encabezar, en 1948, un movimiento armado que lo llevó al poder ese mismo año, y otro tanto puede decirse del mismo Figueres y los dominicanos del exilio. Antes de 1948, Figueres no conocía a ninguno de nosotros, y sin embargo el levantamiento armado que él encabezó se hizo con los fusiles de la fracasada expedición de Cayo Confites, pero, además, dos de los hombres de Cayo Confites, Miguel Ángel Ramírez Alcántara y Horacio Julio Ornes fueron figuras de primera categoría en las acciones militares del movimiento de Figueres.

Esa especie de coalición en cuya formación jugó un papel decisivo el exilio dominicano no pasó desapercibida, por lo menos del todo, para un diplomático norteamericano, que se dio cuenta de su existencia al comenzar el año 1946, según podemos ver en el tomo I del libro *Los Estados Unidos y Trujillo*, año 1946, publicado por Bernardo Vega. En la página 99 de esa obra aparece un documento marcado con la designación de “Secreto”, fechado en Caracas el 8 de enero de 1946, que fue enviado nada menos que al Secretario de

Estado del gobierno de Truman, en el cual se daban informaciones sobre las “Actividades de Juan Bosch y Buenaventura Sánchez, líderes políticos dominicanos en el exilio”. El autor de ese informe secreto era Allan Dawson, Encargado de Negocios interino de Estados Unidos en Venezuela. Dawson había desempeñado un cargo diplomático, algo así como Agregado Político, ante el gobierno de Ramón Grau San Martín, de Cuba, y antes de eso había sido periodista al servicio de una agencia, no podemos recordar si de Associated Press o de la que entonces se llamaba United Press y luego pasaría a ser la Associated Press International.

Los informes de Allan Dawson

En ese informe, Allan Dawson decía que iba a ocuparse de “las actividades en Venezuela y otros países de Juan Bosch, dirigente político dominicano en el exilio, así como de su principal lugarteniente en el mencionado país (Venezuela), Buenaventura Sánchez”, y a seguidas pasaba a decir:

“Bosch reside normalmente en La Habana, Cuba, pero vino a Caracas durante los últimos días de octubre, un poco después de que triunfara la revolución del 18 del mismo mes y antes de que ningún país hubiera reconocido a la Junta Revolucionaria de Gobierno. . .” “Partiendo de mis conversaciones con Bosch y Betancourt, soy de opinión que las principales razones para el viaje del primero fueron conseguir la mayor ayuda posible de la Junta Revolucionaria para su lucha en contra del régimen de Trujillo de la República Dominicana y actuar de enlace en un intento por lograr algún tipo de entendimiento informal entre el Partido Acción Democrática de Venezuela, el Auténtico de Cuba y el régimen de Arévalo de Guatemala”.

Como sucede en todos los informes que los diplomáticos norteamericanos enviaban a sus superiores para dar cuenta de lo que hacíamos los exiliados, en el de Allan Dawson abundan los datos falsos, que por lo general eran rumores sin base aceptados por esos diplomáticos como verdades, lo que a menudo se debía al

desconocimiento que tenían de los actos de los gobiernos de la región y de los exiliados de las dictaduras, pero con frecuencia sucedía que los informadores de oficio —esto es, pagados— de esos diplomáticos inventaban mentiras para suplir verdades que no se producían porque las fuentes de información no funcionaban de manera regular.

Por ejemplo, no hay ni asomo de verdad en la historia que cuenta Dawson de que nosotros nos proponíamos comprar armas que se hallaban en manos de personas particulares de Caracas, pero habían sido robadas del cuartel San Carlos cuando la guarnición de ese lugar se rindió a las fuerzas militares que habían derrocado el gobierno del general Medina Angarita en octubre del año anterior (1945); pero hay menos verdad aún en la información de que nosotros pensábamos ir a Bogotá con el propósito de visitar al presidente Alberto Lleras Camargo, idea de la que, según Dawson, nos disuadió Betancourt. Lo importante, sin embargo, del informe de Dawson es que en él se advierte, por primera vez en los documentos del Departamento de Estado publicados por Bernardo Vega, que estaba poniéndose en marcha un plan para crear una coalición de fuerzas políticas del Caribe que tuvieran poder suficiente para ayudar al derrocamiento de la tiranía trujillista, si bien en ese informe Dawson decía: “Aún no está claro lo que Bosch se propone con su actual viaje a Venezuela. El habla de Betancourt como “el principal pilar del triunviro de las democracias caribeñas”, siendo los otros dos Arévalo (Juan José, el presidente, en esos años, de Guatemala, nota de j. b.) y Prío Socarrás (primer Ministro del gobierno cubano de Gran San Martín, nota de j. b.), y dice que quiere ayudar al primero en todo lo que esté a su alcance. Mi opinión es que su principal papel es el de servir de intermediario entre Betancourt, por un lado, y por el otro, Grau y Prío Socarrás... Cuando Bosch partió de Caracas en noviembre, intercedió personalmente ante Grau a nombre de Betancourt, al ocurrir la escasez de azúcar en Venezuela...” y efectivamente, conseguimos que el gobierno de Cuba dispusiera que se le vendiera a Venezuela el azúcar que ese país necesitaba para abastecer a su población antes de que comenzara la zafra venezolana, que debía empezar a fines de diciembre (de 1945). En otro párrafo decía Dawson: “Bosch dijo que había estado muy ocupado en La Habana y no había podido ir a Guatemala, lo que de todas formas era innecesario, ya que él había

estado allí sólo unos meses antes y mantenía una amistad estrecha y completa con Arévalo”.

Sin la ayuda del presidente Arévalo no habría sido posible organizar la expedición de Cayo Confites porque fue él quien gestionó la compra de las armas que sirvieron para ese movimiento. Esas armas procedían de una fábrica argentina, propiedad del Estado, que las hacía con patentes japonesas, y el presidente Arévalo le pidió a Juan Domingo Perón, que por ese tiempo era el jefe del gobierno de la Argentina, que se las vendiera para ser usadas en Guatemala. El dinero fue aportado por don Juan Rodríguez, pero el dinero por sí solo, ni aun multiplicado varias veces, no era suficiente para conseguir lo que se consiguió gracias a la mediación de Arévalo.

La trilogía Grau, Betancourt y Arévalo

La trilogía Grau, Betancourt, Arévalo, iba a ser ampliada desde mediados de 1948 con la intervención de José Figueres, y cuando Grau estaba a punto de entregar el poder a su sucesor, Carlos Prío Socarrás, y Rómulo Betancourt tuvo que entregarlo a Rómulo Gallegos, convencimos a Prío Socarrás de que debía hacer viajes de presidente electo a Caracas, a San José de Costa Rica y a Guatemala, y los viajes se hicieron. En ellos el futuro presidente de Cuba hizo conocimiento personal, pero a un alto nivel político —tan alto como si Prío Socarrás fuera ya el presidente en funciones de su país— con tres jefes de Estado, y antes había conocido a Rómulo Betancourt cuando éste viajó a Estados Unidos —y creemos recordar que en esa ocasión visitó también México— con escala en La Habana. En ese viaje de Betancourt nosotros acompañamos a Prío Socarrás al aeropuerto de la capital cubana cuando fue a saludar al presidente de la Junta de Gobierno venezolana, y lo acompañamos en los viajes que hizo luego, como acabamos de contar, a Caracas, San José de Costa Rica y Guatemala; pero no solo lo acompañamos sino que antes que él viajamos a esas capitales del Caribe para preparar el recibimiento que se le haría al presidente electo de Cuba en esas capitales y de manera especial a preparar las reuniones de carácter confidencial que se llevarían a cabo con cada uno de los presidentes que serían visitados.

En esas reuniones confidenciales estuvimos presentes con la misión de tratar el caso dominicano, y naturalmente lo tratamos pero sin resultado alguno porque de los cuatro países gobernados por los hombres que formaban eso que en este artículo hemos llamado coalición de fuerzas progresistas unidas sin previo acuerdo, el que tenía más poder económico y militar era Venezuela, y Venezuela no pudo contribuir con nada en la lucha antitrujillista planeada debido a que el gobierno de Rómulo Gallegos fue derrocado por un golpe militar en noviembre de ese mismo año 1948, cuando el nuevo presidente de Cuba apenas tenía algo más de un mes de haber tomado posesión de su cargo; y lo que era peor, el jefe militar que participó en la reunión confidencial de Caracas fue quien ocupó el cargo del cual había sido despojado el presidente Gallegos (ese jefe militar se llamaba Carlos Delgado Chalbaud, que sería asesinado menos de dos años después), y por su parte el gobierno de Figueres estaba manteniendo en las vecindades de la capital de su país un campamento de revolucionarios antisomocistas que dirigía Rosendo Arguello, en el cual se entrenaban cincuenta o sesenta nicaragüenses en el uso de las mismas armas que habían sido compradas para la expedición de Cayo Confites.

Era en ese momento, precisamente a fines de 1948, cuando más bulla hacían los periodistas norteamericanos que propagaban en periódicos de su país, pero también en los de lengua española a través de las agencias de prensa el nombre de Legión del Caribe, aplicado a cualquier movimiento progresista de los que luchaban contra las dictaduras de la región, a las cuales había que agregar la de Venezuela y la de Colombia. La de Colombia empezó en 1950 con el gobierno de Laureano Gómez y se radicalizaría a partir del golpe militar que dio el general Gustavo Rojas Pinilla en junio de 1953.

El caso de Acción Democrática

Si ese fantasma de la historia se construyó con esencia de mentiras para crear una muralla aislante de las fuerzas progresistas del Caribe, no hay duda de que en lo que se refiere a Trujillo y a Somoza, o mejor dicho, a las dictaduras que llevaban esos nombres, el

tal fantasma hizo su efecto, pero no pudo destruir la coalición de que hemos estado hablando, porque ésta funcionó a los niveles más altos en la lucha contra la dictadura que Marcos Pérez Jiménez y el grupo militar que le acompañaba habían establecido cuando derrocaron el gobierno de Rómulo Gallegos, porque la unión de fuerzas que se había creado para luchar contra Trujillo le sirvió sin cortapisas a Acción Democrática, el partido fundado por Rómulo Betancourt, que llevó al poder a Rómulo Gallegos en las primeras elecciones verdaderamente limpias que había conocido la historia del país.

A principios de 1949, empezaron a llegar a La Habana líderes sindicales y políticos de Acción Democrática que huían de Venezuela o salían de Colombia, Curazao, Trinidad. Por la capital cubana había pasado Andrés Eloy Blanco, a quien el golpe contra Gallegos sorprendió en Europa, donde estaba participando en una reunión de ministros de Relaciones Exteriores; nos tocó ir a esperarlo al aeropuerto habanero y también ir a despedirlo cuando algún tiempo después se fue a México, donde iba a morir en un accidente de automóvil; a La Habana fue a dar más tarde Rómulo Betancourt, cuya casa en el reparto Almendares se convirtió en el centro de la actividad propagandística en todo el Caribe contra la dictadura de Pérez Jiménez. A la casa de Betancourt llegaban los mensajes enviados por el movimiento clandestino de Acción Democrática, que estaba dirigido en Venezuela por Leonardo Ruiz Pineda, y de esa casa salían los mensajeros que llevaban órdenes y noticias lo mismo a los grupos de exiliados de Costa Rica o de Curazao que al propio Ruiz Pineda; de La Habana salió para Caracas, por la vía de Trinidad, Gonzalo Carnevali, que llevaba la misión de hacer contacto con militares no adictos a Pérez Jiménez y el pequeño grupo de sus favoritos.

A la casa de Rómulo Betancourt, esa de Almendares, que era una construcción modesta adecuada para una familia de tres personas —él, su esposa costarricense Carmen Valverde y su hija Virginia Betancourt Valverde— llegamos un día del año 1951, José Figueres y el autor de este artículo a llevarle al líder venezolano 250 mil pesos cubanos, equivalentes a 250 mil dólares. La entrega de ese dinero fue ordenada por el Presidente Prío Socarrás y fue puesto en manos nuestras en el Ministerio de Educación, donde, según dijo Figueres

la última vez que habló de ese episodio ante nosotros, “deben estar todavía los recibos que tú y yo firmamos”.

Cuando habló de esa manera, al lado de Figueres estaba José Ares Maldonado, que entonces era subsecretario de Interior y Policía de la República Dominicana. El episodio que contamos ocurrió en nuestro hogar, en los días del último viaje de José Figueres a la República Dominicana, que debió ser a fines de 1979 o tal vez en los primeros meses de 1980, cuando ya nadie recordaba que unos treinta años atrás se hacía mucha bulla con la existencia de un fantasma de la historia llamado la Legión del Caribe.

[Política: Teoría y Acción, Año 5, No. 54, septiembre de 1984]

Nicaragua y Estados Unidos: elecciones comparadas

El 12 de noviembre (1984), en una reunión de la OEA que se llevaba a cabo en Brasilia, la capital de Brasil, decía George Shultz, secretario de Estado norteamericano, que en el año 1979 ese cuerpo había pedido “formalmente la celebración de elecciones en Nicaragua tan pronto como fuera posible”, y añadía: “Todavía estamos esperando”, tres palabras con las cuales pretendía mantener, y refrescar, la posición de autoridad superior y juez supremo en materia de actuaciones políticas de los países del Caribe que ha asumido el gobierno de Ronald Reagan, según la cual lo que iba a celebrarse —y acabó celebrándose— en Nicaragua el día 4 de noviembre no serían elecciones sino una farsa.

En el mes de julio de ese año al que se refería el secretario Shultz, entraron vencedores en la capital de Nicaragua las fuerzas revolucionarias del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y lo hacían tras la fuga de Anastasio Somoza Debayle (Tachito), el último miembro de una familia que a través de tres de sus miembros —el padre y dos hijos— y de varios asociados suyos mantuvo una dictadura que duró en el mando del país cuarenta y dos años corridos, tiempo suficiente para que la OEA se preocupara por lo que estaba pasando en la patria de Rubén Darío y Augusto César Sandino, pero la OEA no dio señales de que le importara en lo más mínimo lo que pasaba en Nicaragua; es más, a la hora de formar las mal llamadas Fuerzas Interamericanas de Paz que debían ocupar militarmente el territorio de la República Dominicana, la OEA injertó en ellas una cantidad importante de militares nicaragüenses, señal de que consideraba muy democrática a la dictadura somocista, puesto que confiaba en ella para la tarea de preservar la paz en nuestro país.

Debemos aclarar, sin embargo, que no fue la OEA la que se refirió en la reunión de Brasilia a las elecciones nicaragüenses; fue el secretario de Estado, George Shultz, quien, al decir lo que dijo, estaba repitiendo un estribillo de su gobierno. En los casi cuatro años que han pasado desde que el señor Reagan asumió la presidencia de

Estados Unidos, él mismo y sus colaboradores en el manejo de la política exterior de su país han dicho muchas veces lo que dijo George Shultz en la capital brasileña, pero es curioso que nada parecido a eso fue dicho por ninguno de los ocho gobiernos estadounidenses que mantuvieron excelentes relaciones con la familia Somoza desde que el primer Anastasio (Tacho) estableció la dictadura en 1932, hasta que el último de sus miembros (Tachito) escapó de Nicaragua en julio de 1979. Para todos los que gobernaron en Estados Unidos a lo largo de esos cuarenta y dos años, lo que había en Nicaragua era un régimen democrático que celebraba elecciones legítimas, es decir, “libres”, como les gusta al presidente Reagan y a su secretario de Estado calificar a las que tienen lugar cada cuatro años en Uruguay, en Chile, en Paraguay y en Haití.

Las elecciones nicaragüenses

Las elecciones nicaragüenses fueron celebradas el 4 de noviembre de 1984 en medio de un estado de guerra impuesto por el gobierno de Estados Unidos, que ha montado en territorio de Honduras, país vecino de Nicaragua en su frontera norte, todo un aparato militar formado por miles de soldados de los que servían en la Guardia Nacional de los Somoza y, al mismo tiempo, de ayuda económica y en armas a las fuerzas que operan sobre Nicaragua desde bases costarricenses que se hallan en la frontera sur, mientras en el mar Caribe y en el océano Pacífico, lugares costeros son atacados por unidades navales norteamericanas que cañonean depósitos de petróleo y colocan minas submarinas en los puertos; y como si todo eso fuera poco, abundan los vuelos de aviones, alguno que otro de líneas aéreas propiedad de la CIA pero también unidades de la Aviación Militar norteamericana que cumplen misiones de espionaje y a la vez de aterrizamiento de la población como lo hacen las máquinas voladoras supersónicas que producen explosiones de sobrecogedora intensidad cuando rompen la barrera del sonido, algo así como el estallido espantoso de un volcán que surge inesperadamente del centro de la Tierra.

En esa situación de país atacado por tierra, mar y aire, seguramente ningún gobierno, ni siquiera el de Estados Unidos, hubiera celebrado elecciones; pero el de Nicaragua lo hizo; Nicaragua las llevó a cabo y en ellas tomaron parte en condición de electores 1 millón 170 mil 162 hombres y mujeres que representaban el 75.42 por ciento del total de ciudadanos que se habían inscrito para votar, una proporción que está muy por encima de la que se dan en países latinoamericanos calificados por el gobierno de Estados Unidos como democráticos, por ejemplo, el Salvador, Honduras, Guatemala.

Ese millón 170 mil 162 electores eligieron al Presidente y al Vicepresidente de la República y a 96 diputados a la Asamblea Nacional, que de acuerdo con la tradición de los países centroamericanos sustituye, en condición de Cámara única, a las de Diputados y Senadores que en otros lugares de América Latina (como sucede en la República Dominicana) imitan el modelo norteamericano de Congreso, formado en Estados Unidos por la Cámara de Representantes y el Senado.

El secretario de Estado George Shultz dijo en Brasilia que “Todavía estamos esperando” la celebración de elecciones en Nicaragua, palabras con las cuales afirmaba que las que tuvieron lugar ocho días antes no fueron elecciones sino una simulación; pero como el señor Shultz ignora la historia de Nicaragua no sabe que en ese país hubo un presidente llamado William Walker, aventurero yanqui de la peor ralea, que se convirtió en jefe del Estado nicaragüense mediante elecciones celebradas únicamente en las ciudades de Granada y Rivas, que estaban bajo el control de mercenarios norteamericanos llevados a Nicaragua por Walker. Ese pirata fue reconocido por el gobierno de Estados Unidos, que mantuvo relaciones diplomáticas con su gobierno, y para sacarlo de Nicaragua se unieron todos los países de Centroamérica en una guerra costosa en vidas de nicaragüenses, costarricenses, salvadoreños, hondureños y guatemaltecos.

En las elecciones del 4 de noviembre, el Frente Sandinista de Liberación Nacional ganó la Presidencia y la Vicepresidencia de la República y 61 asientos de la Asamblea Nacional, y los ganó con el 66.97 por ciento de los votos, y el resto quedó distribuido en 6

partidos, entre ellos el Conservador Demócrata, que conquistó 14 puestos de la Asamblea Nacional con más de 150 mil votos; el Liberal Independiente, que obtuvo 9 escaños con más de 106 mil votos, y el Popular Social Cristiano que ganó 6 asientos con más de 62 mil votos. Los demás fueron partidos pequeños que apenas sacaron cada uno un diputado pero tendrán mayor representación en la Asamblea Nacional porque la Ley Electoral nicaragüense le atribuye un cargo de miembro de la Asamblea a cada uno de los candidatos presidenciales que no son elegidos, de manera que cada uno de los partidos pequeños contará con dos asientos o escaños en el cuerpo legislador. Esos partidos son tres: El Comunista, el Movimiento de Acción Popular y el Socialista.

Y las de Estados Unidos

Todo lo que se refiere a las elecciones de Nicaragua se conoce en forma pormenorizada, pero hasta el momento en que se escribe este artículo —14 de noviembre, esto es, ocho días después de haberse celebrado las de Estados Unidos— lo único que se sabe de éstas es que las ganó Ronald Reagan, pero no precisamente su partido, el Republicano, que perdió el control de la Cámara de Representantes. Reagan obtuvo el 59 por ciento de los votos, una proporción más baja que el candidato presidencial de Nicaragua, el comandante Daniel Ortega, a quien escogió el 66.97 por ciento de los votantes de su país; pero en Nicaragua se sabe cuántos ciudadanos votaron, dato muy importante que se mantiene oculto en las elecciones estadounidenses.

¿Por qué no se ofrece ese dato? Sabemos que en 1960 solo votó el 62.8 por ciento de los norteamericanos que tenían derecho al voto; que en 1964 lo hizo el 61.9 por ciento; que en el 1968 fue el 60.6 por ciento; en 1972, el 55.5 por ciento; en 1976, el 54.3 por ciento; en 1980, el 53.9 por ciento; y si se mantienen las estadísticas electorales de este año que han sido publicadas hasta ahora, en 1984 ha votado el 53.2 por ciento. Ahora bien, lo realmente importante de esos datos es que elección tras elección, en las últimas siete el electorado norteamericano ha venido disminuyendo de manera persistente en su condición de votante, y en

consecuencia, en cada elección aumenta el tanto por ciento de los que no votan. En el 1960, esa proporción fue de 37.2 por ciento y en la de este año ha sido de 46.8 por ciento.

¿Qué quiere decir ese avance negativo del proceso electoral de Estados Unidos? Solo una cosa: que de manera gradual pero segura, el pueblo norteamericano está perdiendo la fe en el sistema político de su país, y si esa apreciación parece ligera debemos admitir que, por lo menos, elección tras elección aumenta el número de norteamericanos que no tienen interés en votar.

¿Por qué no lo tienen? La respuesta no es fácil. En primer lugar, debe tomarse en cuenta que en Estados Unidos hay una cantidad muy grande de delincuentes, entre los cuales están los drogadictos, a quienes seguramente no les dice nada la celebración de unas elecciones; en segundo lugar, en los últimos veinte años ha llegado al país una migración no autorizada de millones de hombres y mujeres entre los cuales debe haber una mayoría que no se siente atraída por la vida política de una sociedad a la cual ellos, en realidad, no reconocen como suya. Por otro lado, los partidos políticos, al menos los tradicionales, el Republicano y el Demócrata, son entidades muy vagas, cuyo poder de atracción solo lo sienten las personas que se proponen alcanzar posiciones públicas, sean locales o federales, y las personas que tienen una posición económica holgada y por esa razón conviven, a nivel de actividades sociales, con los personajes de la política, lo mismo si se trata del alcalde (síndico) de su ciudad que si se trata de un representante o un senador federal, de un gobernador de Estado o de altos funcionarios del gobierno.

De todos modos, para una gran parte de la población norteamericana, el partido político no tiene ningún atractivo porque no es una organización a la cual pueda recurrir alguien cuando se halla en apuros, y, además, en Estados Unidos el partido no tiene definición ideológica. Se es demócrata como se es republicano por razones que no tienen nada que ver con determinadas ideas políticas. Es más, en ese país no se vota ni por un partido ni por un programa; se vota por un hombre. Si entre dos candidatos, uno republicano y el otro demócrata, uno de ellos es más atractivo, tiene eso que ahora llaman carisma, se vota por él, no por razones partidistas.

Eso es lo que explica que en los últimos cien años los demócratas hayan ganado 12 elecciones, lo que equivale a 48 años de gobierno para ese partido, y los republicanos hayan ganado 14, lo que supone 56 años de gobierno porque entre los 14 ganadores están los próximos cuatro años de la segunda administración de Ronald Reagan, que empezará en enero de 1985 y durará hasta enero de 1989.

Una comparación de las elecciones de Nicaragua y de Estados Unidos, celebradas con una diferencia de dos días, nos enseña muchos aspectos de la sociedad norteamericana que se reflejan en la vida política, y francamente, no son mejores que los que pueden verse en las de Nicaragua. Al contrario, son peores.

[Política: Teoría y Acción, Año 5, No. 56, noviembre de 1984]

La doctrina Truman y la política exterior norteamericana

La intervención del gobierno de Ronald Reagan en la vida política de El Salvador y Nicaragua, así como la toma militar de Granada, no es nada nuevo en la historia de Estados Unidos. En los últimos treinta años, la intervención armada en los países del Caribe o la amenaza de llevarla a cabo ha sido una táctica seguida tanto por los gobiernos demócratas como por los republicanos. La base para esa política fue echada el 12 de marzo de 1947, cuando el sucesor de Franklin Delano Roosevelt, Harry S. Truman, hizo pública la doctrina que lleva su nombre, la cual iba a convertirse rápidamente en la sustituta de la Doctrina Monroe.

La Doctrina Truman, llamada también “La guerra fría”, fue, desde el primer momento, una arrogación, por parte del Estado norteamericano, del derecho a intervenir en los problemas internos de cualquier país, y en cualquier parte del mundo donde la lucha de clases estuviera poniendo en peligro el poder de una clase gobernante pro-yanqui, y quien juzga si ese peligro es real, es el gobierno de Estados Unidos, facultad con la cual la Doctrina Truman disminuyó la libertad de acción de las Naciones Unidas, cuya Carta Constitutiva había entrado en vigor el 24 de octubre de 1945, esto es, apenas un año y cuatro meses antes de la proclamación de esa doctrina.

La sustancia de la Doctrina Truman consistía –y sigue consistiendo– en declarar comunistas a todas las fuerzas que se oponen a que sus países sean sometidos al predominio económico, político y militar de Estados Unidos, lo mismo si esas fuerzas han conquistado el poder por medio de luchas armadas, como es el caso de Nicaragua, que si no lo han conquistado, pero tienen probabilidades de hacerlo, como sucede en El Salvador, que en aquellos lugares donde el poder se alcanzó por la vía electoral, de los cuales son ejemplos conocidos lo que sucedió en Chile en septiembre de 1973 y el asalto armado a Granada en octubre de 1983.

Si la Doctrina Truman se quedara en el punto de declarar comunista a un movimiento revolucionario o político o a un gobierno,

sus efectos serían meramente políticos por lo menos en aquellos países donde Estados Unidos no tuviera una influencia dominante sobre las fuerzas armadas, aunque serían demoledores en aquellos donde los militares locales obedezcan órdenes de las misiones militares norteamericanas; pero es el caso que la Doctrina Truman va más allá y proclama el derecho de Estados Unidos a respaldar con todos los medios a su alcance, lo mismo, los económicos que las armas, a aquellas fuerzas y gobiernos que, en opinión de los que aplican la Doctrina, representan los intereses del país de Richard M. Nixon.

La Doctrina Truman fue proclamada y puesta en vigor, como dijimos al comenzar este artículo, por el sucesor de Franklin Delano Roosevelt; sucesor debido a que era vicepresidente cuando murió Roosevelt, lo que significa que Truman era un personaje destacado del partido de Roosevelt, esto es, el Demócrata, y, sin embargo, su doctrina ha sido aplicada por gobernantes republicanos, como Dwight Eisenhower, Richard M. Nixon y Ronald Reagan, pero también por gobernantes demócratas como John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, y usada, en términos de amenazas, por Jimmy Carter. El único de los sucesores de Truman que ignoró esa doctrina fue Gerald R. Ford, lo que puede explicarse por las condiciones de provisionalidad en que pasó por la Casa Blanca y, sobre todo, porque al recibir el cargo de presidente recibió, también, las pesadas consecuencias de la guerra de Viet Nam que iba a terminar pronto con la derrota de Estados Unidos.

El papel de la CIA

Además de ser el autor de la doctrina que lleva su nombre, Harry S. Truman creó la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que iba a convertirse, en poco tiempo, en el aparato más eficiente a la hora de aplicar la doctrina de la guerra fría debido a que es ella la que tiene la facultad de calificar de comunista o procomunista a una fuerza revolucionaria o a un gobierno. Pero, además de esa facultad, la CIA tiene a su cargo la elaboración de los planes que son necesarios para aplicar la Doctrina Truman en cualquier país y la de usar sus medios

técnicos, humanos, económicos y, hasta cierto punto, los de armas en la realización de esos planes o en partes de ellos; y un análisis cuidadoso de los hechos que se han producido al ejecutar tales planes, indica que la metodología que se ha ido creando en su aplicación ha sido también obra de la CIA.

En esa metodología resalta, por el hecho de que se empleó desde el primer episodio de la aplicación de la Doctrina Truman en un país de América, el uso de gobiernos títeres o de fuerzas no gubernamentales, aquéllos y éstas aliados de Estados Unidos, con preferencia al de militares norteamericanos, pero cuando es imprescindible usar el poder militar yanqui, como sucedió en el caso de Granada, el aspecto político de la intervención armada se encubre con solicitudes formales de otros gobiernos o aprobación de organismos internacionales. Para llevar a cabo la ocupación militar de la República Dominicana en abril de 1965, el gobierno de Lyndon B. Johnson solicitó y obtuvo la aprobación de la Organización de Estados Americanos (OEA) y la colaboración militar del gobierno cuartelario del Brasil presidido por el general Castelo Branco, de la dictadura paraguaya de Alfredo Stroessner, de la somocista de Nicaragua, del gobierno hondureño encabezado por el jefe militar que había derrocado poco antes al presidente Ramón Villeda Morales. En esa ocasión, Costa Rica contribuyó con Estados Unidos enviando a la República Dominicana un grupo de policías porque la Constitución costarricense prohíbe la formación de ejércitos.

La CIA fue creada, tal como hemos dicho, por el gobierno de Truman, pero el que le dio el poder que necesitaba para convertirse en el calificador de gobiernos y fuerzas políticas que debían ser aniquiladas fue el de Dwight Eisenhower, en el cual ocuparon posiciones determinantes los hermanos Foster y Allan Dulles, el primero en condición de secretario de Estado y el segundo como jefe de la CIA. Esa circunstancia produjo efectos demoledores para los pueblos dependientes del poder norteamericano porque la función de la CIA era —y sigue siendo— identificar a los comunistas abiertos o encubiertos que operan fuera de los Estados Unidos y descubrir o inventar cuáles eran sus intenciones, y como el jefe de la política internacional del país era el hermano del jefe de la CIA,

ambos departamentos del gobierno acabaron trabajando en estrecha unión con el resultado de que la política exterior de Estados Unidos pasó a ser solo y nada más un ejercicio de cacería de comunistas a lo largo y lo ancho del globo terráqueo, y como quienes acopiaban los informes de origen extranjero eran los agentes de la CIA situados en los lugares de donde procedían esos informes, esa cacería mundial de comunistas acabó siendo hecha y dirigida a instancia y conveniencia de la CIA, y en el caso de América Latina los informadores de la CIA eran –y son– los partidarios de intervenciones estadounidenses en sus países, lo que equivale a decir los que por razones de conveniencia de tipo personal, como por ejemplo, ventajas comerciales o de índole parecida, calificaban de comunistas a todos aquellos que no compartían sus puntos de vista sociales o políticos.

De Monroe a Truman

Cuando Truman hizo pública la doctrina que llevaría su nombre, el Estado que él presidía encabezaba la porción del mundo habitada por países capitalistas, de los cuales unos cuantos, muy pocos, tenían el desarrollo propio de ese sistema económico, social y político, pero la gran mayoría estaba compuesta de pueblos que malvivían produciendo materias primas para esos pocos y de manera especial para Estados Unidos, que había salido de la Segunda Guerra Mundial como el más poderoso centro industrial de la Tierra, tan poderoso que había fabricado lo que ningún otro país soñaba, siquiera, producir: las bombas atómicas que le pusieron fin a la guerra cuando explotaron en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto de 1945.

La Doctrina Truman fue la versión moderna, 124 años después, de la Doctrina Monroe, mediante la cual el capitalismo en ascenso de Estados Unidos enfrentaba al de Inglaterra, el más desarrollado en 1823, cuando se proclamó la Doctrina Monroe. Así pues, esta última correspondía a una época en que los países capitalistas competían por el dominio de las fuentes de materias primas y los mercados consumidores en un mundo en que el capitalismo era la corriente

económica, social y política de avanzada, de manera que no importaba quien fuera el vencedor en esa competencia porque siempre sería un país capitalista y, en consecuencia, entre los que poblaban las partes del mundo que se disputaban, por ejemplo, Inglaterra y Estados Unidos, las personas de ideas más progresistas apoyarían siempre a un país capitalista y, por tanto, a un régimen político del sistema capitalista; o para decirlo de otra manera, en la lucha entre dos o más países que trataban de arrebatar zonas de influencia comercial, en los años en que fue proclamada la Doctrina de Monroe no había peligro político para ninguno de los que se declaraban competidores; pero, además, como todavía en esa época el capitalismo no disponía del poder que se requería para dominar sobre todos los pueblos del mundo, la Doctrina Monroe se limitó a advertirle al capitalismo inglés que no debía intervenir en los asuntos de las Américas, porción de la Tierra que estaba destinada a ser explotada solo por el capital estadounidense.

Naturalmente, el presidente Monroe no expuso la doctrina de su gobierno con palabras como las que estamos usando nosotros; él no salió del terreno político y lo que dijo, daba la impresión de que Estados Unidos no aceptaría que en el Nuevo Mundo se establecieran colonias de países europeos. Pero la Doctrina Truman fue concebida para ser aplicada a todo el globo terráqueo y contra un sistema político, social y económico que, desde su nacimiento, había declarado y demostrado que llegaba al mundo para establecerse en él en sustitución del capitalismo aunque hasta dos años antes de la proclamación de esa doctrina el país que se organizó sobre la base de ese sistema había sido aliado militar de grandes países capitalistas, como Estados Unidos, Inglaterra y Francia, y la participación al lado de esos aliados en la Segunda Guerra Mundial le había costado al Estado, en el cual se había establecido ese nuevo sistema, nada menos que la vida de 20 millones de sus ciudadanos.

Ese Estado era la Unión Soviética (Rusia) y el sistema en que vivía era el socialista, conocido entonces con el nombre de comunista.

La Operación Guatemala

La Doctrina Truman fue, pues, una declaración de guerra entre dos sistemas, el capitalista encarnado en Estados Unidos y el socialista personificado por la Unión Soviética, y se aplicó por primera vez en América Latina dos años y medio antes de que Fidel Castro iniciara la guerra de guerrillas en las montañas de la Sierra Maestra y, por tanto, siete años antes de que el mismo Fidel Castro proclamara que la Revolución Cubana había pasado a ser socialista, datos de tiempo que ofrecemos para que se advierta la naturaleza fantasmagórica que ha adquirido la política norteamericana impulsada por el miedo de los que la elaboran a perder la posición que ha disfrutado la clase gobernante de Estados Unidos, especialmente desde que su país pasó a encabezar el mundo capitalista a nivel mundial.

El fantasma del comunismo latinoamericano fue muerto a tiros el 27 de junio de 1954 en Guatemala, día del derrocamiento del gobierno que presidía el coronel Jacobo Arbenz, y para llevar a cabo esa hazaña el gobierno norteamericano que presidía el general Dwight Eisenhower plagó de mentiras su país y los nuestros para convencer a las dos Américas de que ese gobierno de Arbenz era comunista. Entre las mentiras recordamos bien una: la de que un buque ruso (soviético) había desembarcado en Puerto Barrios —el puerto más importante del país en la orilla del Mar Caribe— millares de bombas atómicas del tamaño de pelotas de tenis. (A la fecha en que se escriben estas líneas, treinta años después de haberse dicho eso, a nadie se le ocurre que puedan fabricarse bombas atómicas tan diminutas).

El presidente Arbenz había ganado las segundas elecciones celebradas en Guatemala después del derrocamiento del dictador Jorge Ubico ocurrido en 1944 y cometió el imperdonable delito de someter a la Ley de la Reforma Agraria las tierras de la United Fruit, una empresa norteamericana de la que era abogado el secretario de Estado del gobierno de Eisenhower, Foster Dulles. Para sacar del poder a Arbenz, ese gobierno de Eisenhower se alió con el gobernante de Honduras, Juan Manuel Gálvez, y ordenó a sus agregados militares

en Guatemala que introdujeran en la oficialidad de las fuerzas armadas guatemaltecas el veneno de la traición a su jefe constitucional, que era el presidente Arbenz, alegando que éste era un agente comunista, y, por último, puso en acción a la CIA, que hizo vuelos de bombardeos sobre la capital del país para aterrorizar a la población civil mientras el coronel Carlos Castillo Armas salía de Honduras, país fronterizo de Guatemala, para invadir el territorio guatemalteco con hombres y armas proporcionados por la CIA.

Desde el derrocamiento de Arbenz en Guatemala no ha habido paz; las dictaduras militares se han sucedido en cadena y los asesinatos políticos se cuentan por muchos millares, pero Estados Unidos no puede ser juzgado como autor responsable de esas dictaduras y esos asesinatos porque el gobierno de Eisenhower no envió nunca soldados de su país a Guatemala; otro tanto hizo el de John F. Kennedy en el caso de la invasión a Cuba conocida con el nombre de Bahía de Cochinos; los invasores se reunieron en Guatemala con la complicidad del presidente de ese país, Miguel Ydigoras, y salieron hacia Cuba, desde Puerto Cabezas, Nicaragua, protegidos por el gobierno de Luis Somoza Debayle, hermanito de sangre de Anastasio Somoza Debayle (Tachito) y heredero inmediato de la dictadura que había establecido, desde 1937, el padre de los dos, Anastasio Somoza García (Tacho).

Cooperación con España

El todopoderoso país llamado Estados Unidos tiene una Constitución que es el plano de la maquinaria del Estado. Desde el punto de vista formal, en ese plano está descrito cómo se mueve cada pieza de la máquina estatal y la obediencia a ese plano es automática al extremo de que en la historia del país nadie se ha atrevido nunca a pensar, siquiera, en que un presidente podría ser derrocado por un golpe militar. Pero en el orden político, esa Constitución no juega ningún papel. La política estadounidense está enteramente al servicio de los grandes capitalistas y se concibe y ejecuta para fortalecer, ampliar y beneficiar cada vez más sus empresas.

En el terreno de las concepciones políticas la Constitución de Estados Unidos es, desde el 12 de marzo de 1947, la Doctrina Truman. Truman la proclamó, pero la han obedecido al pie de la letra y del espíritu todos los gobernantes que ha tenido el país desde el día en que su autor salió de la Casa Blanca, salvo Gerald R. Ford, ya hemos explicado por qué.

En virtud de esa obediencia a la Doctrina Truman, los gobiernos norteamericanos de los últimos treinta años han dirigido el país con un solo criterio, el del anticomunismo; y lo han hecho así aunque en la apariencia alguno que otro haya mantenido buenas relaciones con un país comunista, como fue el caso de Richard Nixon y su posición con China Popular, porque esa política chinófila de Nixon era una táctica anticomunista que perseguía fortalecer el antisovietismo de los comunistas chinos, a quienes Nixon y sus consejeros consideraban menos peligrosos que los soviéticos.

La política anticomunista establecida por la Doctrina Truman llevó a cinco gobiernos norteamericanos a la vergonzosa derrota de Viet Nam, la primera que ha sufrido Estados Unidos en sus más de doscientos años de historia, pero sin duda su etapa más repudiable es la que ha seguido el del presidente Ronald Reagan. A tales extremos han llegado los ataques del gobierno de Reagan a la soberanía de Estados pequeños y, por tanto, débiles, que varios gobernantes de países europeos, que por mantenerse dentro del sistema capitalista son ideológicamente aliados de Estados Unidos, se han opuesto de manera pública a su política nicaragüense.

Por sí sola, esa oposición mella el prestigio de jefe mundial de la democracia representativa con que presentan a Estados Unidos sus líderes políticos, y no solo el presidente Reagan sino su secretario de Estado, el de la Defensa, los representantes norteamericanos en todo el mundo. La Doctrina Truman ha llegado a penetrar de manera tan honda en la conciencia de los funcionarios públicos norteamericanos que a ninguna persona sospechosa de tener ideas comunistas se le concede visa para viajar a Estados Unidos.

¿Qué lleva a los gobernantes del país que se considera a sí mismo el líder de tres cuartas partes del mundo a actuar de esa manera?

En ningún país europeo, algunos de los cuales tienen fronteras comunes con países socialistas, se le niega la entrada en su territorio a nadie por razones ideológicas. Vista desde ese ángulo, la comparación con España, que vivió casi cuarenta años bajo la dictadura de Francisco Franco, deja muy mal parada a la cacareada democracia norteamericana.

[Política: Teoría y Acción, Año 5, No. 57, diciembre de 1984]

Un mensaje para Reagan

Al mediar el mes de febrero de este año (1985) el presidente Ronald Reagan hizo en Santa Bárbara de California declaraciones que llenan de confusión a los que conocen la historia de los países latinoamericanos, y de manera especial la de aquellos en los que actuó Simón Bolívar. Según dijo el presidente Reagan, Estados Unidos ha “ayudado a quienes han luchado en el mundo por la libertad, la democracia, la independencia y la liberación de la tiranía”, y remachó esas palabras con las siguientes: “En el siglo XIX apoyamos a Simón Bolívar, el gran Libertador”, afirmación que no tiene la menor base en hechos, y, lo que es más, que está contradicha por el propio Simón Bolívar en una frase muy conocida, aquella de que “Los Estados Unidos parecen haber nacido para plagar a nuestros países de males en nombre de la libertad”.

No es cierto que Estados Unidos ayudara a Simón Bolívar, ese gigante de la historia que encabezó una larga lucha contra España por la liberación de territorios latinoamericanos en los que acabaron estableciéndose seis Estados que ocupan 4 millones 794 mil 357 mil kilómetros cuadrados: Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá.

De esos Estados, cinco fueron creados por la acción libertadora encabezada por Bolívar y uno de ellos –Colombia– fue desmembrado por Estados Unidos para arrebatarle la provincia de Panamá a fin de abrir en el istmo panameño el canal interoceánico de ese nombre y adueñarse del territorio que lo rodea, así como a mediados del siglo de Bolívar se adueñaron a cañonazos de más de 2 millones 200 mil kilómetros cuadrados de territorios mexicanos, esto es, más de la mitad de los 4 millones 177 mil 961 que ocupaba México antes de la guerra de conquista que le hizo Estados Unidos entre 1846 y 1847.

Pero la mención de Simón Bolívar hecha por el presidente Reagan no se limitó a decir algo que no fue cierto; fue más allá y llegó a extremos hirientes para la dignidad de los hombres y las mujeres de América Latina que, por razón de sus actividades, tienen voz pública en sus respectivos países; y fue la comparación que hizo

entre Bolívar, encarnación y resumen de las aspiraciones de libertad de toda la América nuestra, y los soldados somocistas que están asesinando en Nicaragua mujeres y niños con armas norteamericanas proporcionadas por el gobierno que encabeza el señor Reagan.

La dictadura de la familia Somoza duró cuarenta y dos años, al cabo de los cuales fue derrocada tras una guerra de liberación larga y muy costosa en vidas, sufrimientos y bienes, organizada y mantenida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, no, como pretende hacer creer la propaganda gubernamental norteamericana, por la Unión Soviética y Cuba. En esos cuarenta y dos años la familia Somoza se mantuvo en el poder apoyándose en la Guardia Nacional, formada y entrenada por los militares norteamericanos que ocupaban el país en la última etapa de la larga intervención armada de Estados Unidos en la patria de Rubén Darío y Benjamín Zeledón.

En la primera etapa de esa intervención los gobiernos norteamericanos actuaban sobre los de Nicaragua usando la fuerza militar, pero sin establecerla de manera permanente en territorio nicaragüense, según se explica en el capítulo XXV (“Los años de las balas y de los dólares”) de la historia del Caribe titulada *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe, frontera imperial*, obra del autor de este artículo.

El apoyo político y militar del gobierno de William H. Taft llevó a la presidencia de Nicaragua a Adolfo Díaz, empleado de una mina de oro propiedad de norteamericanos asociados con el secretario de Estado del gobierno encabezado por Taft, el abogado Philander C. Knox, y el 29 de julio de 1912 estalló un movimiento de armas dirigido por el general Luis Mena, cuya finalidad era derrocar el gobierno de Adolfo Díaz.

A ese movimiento respondió el gobierno estadounidense desembarcando infantes de Marina en el puerto de Corinto, situado en la costa del Pacífico. Los invasores bombardearon y tomaron las ciudades de Masaya y Managua, hicieron preso al general Mena y lo enviaron a Panamá, pero no aplastaron la rebelión porque su segundo jefe, Benjamín Zeledón, prosiguió la lucha y la mantuvo hasta el momento en que murió en combate en octubre de ese año de 1912.

Cuando se entra en el conocimiento de la vida de Zeledón es inevitable enjuiciarlo en relación con Sandino, de quien sin duda fue antecesor en la firmeza con que enfrentó el poder interventor norteamericano, pero, además, Zeledón tenía ideas muy claras del papel que debía jugar en el aspecto social un movimiento de liberación nacional. En una orden general dirigida a los jefes, oficiales y soldados de sus tropas, escrita el 10 de agosto, decía:

“Brisas de libertad refrescarán el bello país de Nicaragua. La madre anciana encorvada por la miseria, el niño pálido por la escasez, serán redimidos. El pobre humillado, explotado, escarnecido por una insolente oligarquía, tendrá pan para su boca hambrienta y lienzos para cubrir sus ateridos cuerpos desnudos... Queremos que haya verdadero bienestar para todos los humildes, para los del montón, para los anónimos, a quienes la oligarquía llama despectivamente ‘carne de cañón’”.

Esos eran conceptos avanzados para el año en que los exponía el jefe de un movimiento armado de un país atrasado como Nicaragua, aún si quien los escribía era un hombre culto como sucedía en el caso de Benjamín Zeledón. En un trabajo publicado dos años antes en el Diario de Nicaragua se refería a la República Dominicana con estas palabras:

“Lo que ha pasado en Santo Domingo, Cuba, Panamá y está pasando con nosotros, yo no lo extraño; lo que sí extraño es que toda la América Latina no se haya coaligado todavía contra el imperialismo del Norte, que, desde hace tiempo, tiene suspendida sobre estos débiles pueblos la espada de la dominación”.

La Guardia Nacional nicaragüense

Benjamín Zeledón fue más afortunado que Augusto C. Sandino en un aspecto: murió en combate contra el invasor, no asesinado por compatriotas suyos miembros de la Guardia Nacional como fue el caso del héroe de Bramador. La Guardia Nacional quedó creada en

Nicaragua sobre el modelo de la que había formado en la República Dominicana el gobierno militar norteamericano que padeció nuestro país desde mayo de 1916 hasta julio de 1924, y así como en el seno de esa organización se empolló en la República Dominicana lo que sería la dictadura de Trujillo, establecida seis años después de haber terminado la ocupación extranjera, la Guardia Nacional Nicaragüense, formada por Estados Unidos en la última etapa de su intervención militar en el país de Benjamín Zeledón, fue el nidal de la tiranía de la familia Somoza que empezó a ser establecida a partir del momento en que Anastasio Somoza García pasó a ser el jefe de esa guardia por decisión del comando interventor.

La presencia de tropas norteamericanas en Nicaragua, que había comenzado en 1912, se mantuvo hasta el mes de agosto de 1925, cuando dejaron el país porque el gobierno de Calvin Coolidge creía que los intereses norteamericanos estaban garantizados por el de Solórzano-Sacasa, el primero conservador y el segundo liberal, que había sido llevado al poder en octubre de 1924, pero ese gobierno conservador-liberal desapareció rápidamente y al comenzar el mes de mayo de 1926, se levantó en Bluefields un general liberal, José María Moncada, reclamando que se le entregara el poder a Juan Bautista Sacasa, y ocurrió que Plutarco Elías Calles, presidente de México, les dio armas a los sacasistas, pero lo hizo de tal manera que la noticia llegó rápidamente a Washington donde el presidente Coolidge, alegando que el levantamiento de Moncada había recibido armas de los bolcheviques de México, despachó hacia la costa nicaragüense del Caribe dos acorazados con órdenes de intervenir de nuevo el país de Rubén Darío y Benjamín Zeledón.

Al comenzar el mes de enero de 1927, en Nicaragua había 5 mil soldados y marinos norteamericanos y, además, 16 buques de guerra. Contra esa fuerza se levantaría Augusto C. Sandino cuyo nombre estaba llamado a colmar, desbordándola con su heroísmo, la historia de su país.

Esta no es la oportunidad apropiada para hacer la historia de las luchas de Sandino porque el tema que le preocupa el autor no es ese; es responder a las palabras con que el presidente Ronald Reagan

comparó a los soldados somocistas que están asesinando en Nicaragua mujeres y niños del pueblo nada menos que con ese gigante de América llamado Simón Bolívar, y para responder a lo que dijo el señor Reagan hay que explicar cómo y por qué se formó la Guardia Nacional de Nicaragua y por qué a poco de su creación quedó convertida en un conjunto de hombres odiados por la generalidad de los nicaragüenses y por todos los latinoamericanos de sentimientos patrióticos.

Un cable al señor Reagan

Por los años en que las fuerzas militares norteamericanas, y de manera especial las de la infantería de Marina, eran enviadas a los países del Caribe con órdenes de someter los pueblos de la región, por la fuerza de las armas, a las autoridades que imponían el gobierno de Estados Unidos, el país de Abraham Lincoln, pero también de Theodore Roosevelt, formaba sus ejércitos de ocupación con voluntarios contratados a tanto por mes, ropa, calzado y servicios médicos, que se reclutaban mediante avisos murales pegados en los edificios de las ciudades más importantes del país.

Hace muchos años se puso en circulación la reproducción de uno de esos anuncios en que se invitaba a los que lo leían a participar en el número de los que quisieran disfrutar de una vida de aventuras galantes en la República Dominicana; en el aviso se destacaba la imagen de una bella joven mujer semivestida que se insinuaba como una tentación placentera a los ojos de los transeúntes que se detenían a mirar el anuncio; y, naturalmente, con propaganda de ese tipo no se conquistaba a hombres responsables, maduros, serios, sino a jóvenes aventureros irresponsables, que podían ser convertidos rápidamente en soldados inconscientes dispuestos a hacer cuanto se les mandara sin importarles en lo más mínimo ni el atropello de la población del país intervenido ni el crimen más repugnante si se les ordenara ejecutarlo; y de las filas de esos ejércitos de ocupación salieron los que formaron e instruyeron a los soldados que integraron en Nicaragua la Guardia Nacional que combatió a Sandino y los oficiales que lo asesinaron por orden de su jefe, Anastasio Somoza García.

Somoza García era el jefe de la Guardia Nacional cuando ordenó el asesinato de Sandino y de sus acompañantes, los generales Umanzor y Estrada. Quien presidía el país en ese momento era Juan Bautista Sacasa, a quien Sandino había visitado la noche del crimen. Somoza pasó a ocupar la Presidencia en 1937, y apoyado en la Guardia, que le servía ciegamente, mantuvo al pueblo nicaragüense sometido a su dictadura y a una salvaje explotación de la economía que hizo de él y de sus hijos la familia más rica del país.

La Guardia Nacional concentró en sus filas a criminales, torturadores, ladrones, y los que fueron sus miembros no se resignan a perder los privilegios de que gozaron mientras le sirvieron a la familia Somoza, lo que se explica cuando su situación se analiza desde el ángulo correspondiente al tipo de sociedad en que se formaron, o tal vez sería más correcto decir en que se deformaron. Lo que no tiene explicación de ninguna manera es que el presidente Ronald Reagan compare a esa hez humana con Simón Bolívar, monumento de la dignidad latinoamericana que es un hermoso bien de todos nuestros pueblos, y no un bien cualquiera sino único, que no tiene par ni en los siglos que corrieron antes de que él naciera en la entonces modesta ciudad de Caracas ni en los que han transcurrido desde que rindió la vida en la quinta San Pedro Alejandrino de Santa Marta.

Que el señor Reagan les llame a unos desalmados “nuestros hermanos”, es un derecho suyo que nadie puede discutirle, pero los hombres y las mujeres conscientes de América Latina no podemos aceptar que ultraje la memoria de Bolívar comparándolo con torturadores, ladrones y asesinos, y como uno de esos hombres, el autor de este artículo protesta desde lo más hondo de su alma de ese ultraje y decide hacer llegar esa protesta a la Casa Blanca en un cable escrito en lengua española, que fue la lengua del Libertador.

He aquí el texto de ese mensaje que ojalá estimule el despacho de otros parecidos:

Presidente Reagan

Casa Blanca

Washington

Su opinión sobre similitud de Simón Bolívar con antiguos guardias de Somoza hierde profundamente sentimientos de pueblos latinoamericanos.

Bolívar, gigante de la historia, no puede ser comparado con torturadores, asesinos, violadores de mujeres. Atentamente,

Juan Bosch,

Expresidente de la República Dominicana

17 de febrero, 1985.

[Política: Teoría y Acción, Año 6, No. 59, febrero de 1985]

Nicaragua amenazada

El gobierno y el pueblo de Nicaragua celebran cada 19 de julio el aniversario de su revolución. Ya se habían celebrado cinco y cuando faltaban dos días para el sexto, el embajador de Estados Unidos hizo llegar al Ministerio de Relaciones Exteriores una nota procedente del Departamento de Estado norteamericano en la cual quedaron condensadas las amenazas contra la soberanía de Nicaragua y de otros países, que había estado lanzando el presidente Reagan desde hacía una semana, lo que indica, sin dejar la menor duda, que la nota entregada en Managua el 17 de julio obedecía a órdenes precisas del señor Reagan.

Traducida al español, esa insólita nota decía así: “Los ciudadanos de Estados Unidos y de países amigos y aliados han sido cada vez más objetivos de actividades terroristas internacionales. La paciencia del pueblo y del gobierno de Estados Unidos está agotándose.

Una repetición de cualquier incidente semejante al asesinato brutal de seis ciudadanos de Estados Unidos [ocurrido] en El Salvador el 19 de junio de 1985, tendría graves repercusiones.

Con respecto al acontecimiento de El Salvador, tanto el gobierno salvadoreño como nosotros hemos reaccionado fuertemente contra el PRTC.

Estamos enterados del apoyo del gobierno de Nicaragua y del Frente Sandinista de Liberación Nacional al PRTC [de El Salvador] y a otros elementos del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y de la influencia del gobierno [sandinista de Liberación Nacional] sobre esos grupos. El gobierno de Nicaragua debe usar su influencia para desalentar ataques contra personal de los Estados Unidos que, como se sabe, no están participando en acciones militares”.

Los cuatro párrafos de la nota que anteceden eran el preámbulo de los cuatro que el lector va a conocer a partir de este momento, cuatro párrafos que, de acuerdo con la significación de la palabra terrorismo, son la esencia misma de una política terrorista ejercida

contra un Estado pequeño y, por tanto, débil por el Estado más poderoso, en términos militares, del mundo capitalista.

He aquí esos párrafos: “Tenemos entendido que están haciéndose preparativos para iniciar ataques terroristas contra funcionarios norteamericanos [que se hallan] en Honduras.

Estamos enterados de que el gobierno de Nicaragua apoya a las personas que participan en esos preparativos y creemos que el gobierno de Nicaragua puede estar envuelto directamente [en ellos].

Consideramos de suma importancia que al gobierno de Nicaragua sepa, claramente y concretamente, que cualquier ataque terrorista contra funcionarios de Estados Unidos en Honduras [llevado a cabo] con apoyo de Nicaragua se considerará responsabilidad directa del gobierno de Nicaragua, y que [en ese caso] se puede contar con una respuesta proporcional de Estados Unidos.

Debe entenderse que aún cuando esta advertencia se aplica a posibles actos de terrorismo contra ciudadanos norteamericanos [que se hallen] en Honduras, basada en información específica, la respuesta de Estados Unidos a actos terroristas [que se produzcan] en otros países de América Central o de otra parte, se basaría en los mismos principios. Una repetición en cualquier parte de América Central de los asesinatos del 19 de junio de ciudadanos estadounidenses [ocurridos] en El Salvador provocará consecuencias serias para sus autores y para quienes los hayan ayudado”.

A petición de Reagan

Entre los seis muertos a tiros en El Salvador a que se refería la nota había dos empleados de una empresa norteamericana y cuatro soldados de la infantería de Marina de Estados Unidos. De la muerte de los últimos es responsable directo el gobierno del presidente Reagan que se inmiscuyó en la guerra revolucionaria salvadoreña cuando decidió participar en ella enviando asesores militares y, además, invitando al gobierno del pequeño país centroamericano

a mandar nada menos que dos batallones de su ejército a Estados Unidos para ser entrenados en prácticas de ese tipo de guerra, y por si eso fuera poco, viene pagando la mayor parte del costo de esa guerra con donaciones de muchos millones de dólares y de equipos militares como aviones, artillería, tanques, todo de último modelo.

El señor Reagan y sus consejeros han cometido un error impropio de hombres de gobierno, si no se dieron cuenta de que el envío de soldados norteamericanos a El Salvador conllevaba, de manera inevitable, una determinada proporción de bajas de esos soldados dado que no se puede participar en una guerra o vivir en el escenario donde se libra una guerra sin exponer la vida de los que se hallen en el medio donde se lleva a cabo, y mucho menos si antes de enviar a El Salvador esos soldados había habido pérdidas de vidas norteamericanas como sucedió en el caso de las cuatro mujeres, monjas o trabajadoras laicas, asesinadas por el sobrino de un alto jefe militar del país, y dos representantes de la *American Federation of Labor-CIO* que habían ido a El Salvador a cumplir tareas de asesores en reforma agraria.

¿Es posible que el presidente Reagan y sus consejeros creyeran que en un país donde habían sido asesinados seis ciudadanos norteamericanos y Monseñor Arnulfo Romero, que era el jefe en el país nada menos que de la Iglesia Católica, no podían correr peligro los cuatro soldados y los dos empleados privados de una empresa estadounidense que fueron muertos a tiros el 19 de junio de este año?

De la muerte de los representantes de la *American Federation of Labor-CIO* y de las monjas o trabajadoras laicas norteamericanas no se acordaron el presidente Reagan y sus consejeros porque a esos ciudadanos de Estados Unidos los mataron hombres de extrema derecha, así como Roberto D' Abuisson mató a Monseñor Arnulfo Romero. Para el presidente Reagan y sus asesores solo son asesinos los revolucionarios salvadoreños que descargan sus armas sobre ciudadanos de Norte América, sean militares o sean civiles que estén acompañando a los soldados, como era el caso de los que murieron el 19 de junio mientras se exhibían en un conocido café al aire libre que frecuentan en San Salvador, la capital del país, personas a quienes les atraen lugares de reputación picante.

Diecinueve días después de la muerte de los seis norteamericanos sorprendidos por una guerrilla urbana de El Salvador, el presidente Reagan acusó a Nicaragua de “patrocinar el terrorismo en El Salvador, Costa Rica y Honduras”, y de haberse convertido “en el foco de la red terrorista de la región” centroamericana. En esa ocasión el presidente del poderoso y rico país llamado Estados Unidos lanzó sobre los gobernantes de Cuba, Nicaragua, Irán, Libia y Corea del Norte —así, en ese orden— un ataque de tipo personal absolutamente impropio del cargo que desempeña cuando dijo de ellos que son “criminales escuálidos”, y cargó la mano sobre Nicaragua, lo que pone en evidencia que la nota entregada en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Managua por el embajador norteamericano nueve días después había sido redactada a petición del señor Reagan.

Terrorismo de Estado

En la lengua española, el primer significado de la palabra terrorismo es dominación por el terror, y la historia reciente de Nicaragua dice con claridad meridiana que desde que llegó al poder el Partido Republicano de Estados Unidos, lo que sucedió el 20 de enero de 1981, cuando tomó posesión de la presidencia de ese país Ronald W. Reagan, se inició una etapa de uso del terror internacional ejercido a través de fuerzas nicaragüenses contrarrevolucionarias formadas principalmente por ex guardias somocistas señalados por la comisión de crímenes de toda especie cometidos contra su pueblo mientras lo gobernaba la familia Somoza; y quien usaba y sigue usando esas fuerzas es el gobierno norteamericano que preside el señor Reagan que empezó a organizarlas en 1981, y para noviembre de ese año las dotaba de dinero, 19 millones 950 mil dólares autorizados por el Consejo de Seguridad para ejecutar operaciones de tipo secreto.

En diciembre de 1982, el Congreso aprobó una erogación de 30 millones para operaciones militares dentro de Nicaragua; un año después aprobó 24 millones para los mismos fines y en junio de este año aprobó de 27 a 32 millones para “ayuda humanitaria a la contrarrevolución”; todo lo cual se resume diciendo que de los

fondos públicos de Estados Unidos los guardias somocistas y sus aliados han administrado 126 millones de dólares para llevar el terror de la muerte a niños, mujeres, ancianos, campesinos, nicaragüenses en número de miles, no de seis norteamericanos, cuatro de ellos soldados muertos en la capital de El Salvador, no de Nicaragua, a manos de guerrilleros urbanos salvadoreños, no de militares ni de milicianos y ni siquiera de ciudadanos nicaragüenses.

Dedicados a adquirir harina de trigo, medicinas, materiales de construcción, esos 126 millones habrían dado satisfacción a muchas necesidades de un pueblo que durante más de cuarenta años padeció la dictadura de una familia sanguinaria que lo explotó salvajemente, pero el gobierno de Estados Unidos prefirió destinarlos a armas para que los antiguos servidores de esa familia prolonguen sus sufrimientos ejerciendo sobre él el terror masivo, ese tipo de terror que conduce a la dominación de los pueblos pequeños y débiles para provecho de los Estados poderosos.

Los restos militares del somocismo fueron reorganizados en Estados Unidos, entrenados en Florida y California y emplazados en Honduras, cuyo gobierno se prestó a servir de base de operaciones para los antiguos soldados de Somoza.

Antes de que abandonara Nicaragua el 17 de julio de 1979, Anastasio Somoza Debayle era el jefe de la Guardia, y a partir de 1980 el jefe de los antiguos miembros de la Guardia pasó a ser el Pentágono, un poder mucho más fuerte que el último de los Somoza, y con ese poderío cubriéndoles las espaldas los antiguos guardias iniciaron en 1981 una cadena de ataques a Nicaragua que a mediados de este año 1985 se resume así: población civil secuestrada y llevada a Honduras, 232 personas; asesinatos de civiles, 51; vehículos destruidos o robados, 345; centros económicos estatales y privados saboteados o destruidos, 640.

Los nicaragüenses muertos y secuestrados en esos ataques fueron víctimas del terror aplicado al gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional por el gobierno de Estados Unidos, o dicho de otra manera, por una política de terrorismo de Estado dispuesta por el gobierno que preside Ronald W. Reagan.

Patria libre o morir

Siete días después de la entrega de la nota del 17 de julio, el portavoz de la Casa Blanca, lo que equivale a decir el presidente Reagan, “amenazó con adoptar acciones apropiadas, incluyendo selectivos ataques militares contra Nicaragua u otras naciones que cometan o respalden actos de terrorismo contra norteamericanos”, dijo un cable de UPI, y en la misma fecha *The New York Times* afirmó que el gobierno de Estados Unidos había proyectado atacar una zona “donde presumiblemente son entrenados guerrilleros salvadoreños”; y dijo más, pues les atribuyó a asesores de los Departamentos de Estado y Defensa la declaración de que “uno o más de los guerrilleros salvadoreños involucrados en el ataque del mes pasado en el cual murieron cuatro infantes de Marina norteamericanos y otros dos civiles estadounidenses habían sido entrenados en una base situada en Nicaragua”.

Supongamos que efectivamente, uno o dos o tres de los guerrilleros salvadoreños que participaron en la muerte de esos infantes de Marina y de sus acompañantes, también norteamericanos, fueron entrenados en Nicaragua. ¿Pero lo fueron para hacer lo que hicieron o para hacer la guerra contra el ejército de su país? Porque si fueron entrenados para participar en la guerra revolucionaria de El Salvador, que tiene cinco años cumplidos, no necesitaban ir a Nicaragua dado que en El Salvador hay oportunidades de más para entrenarse y pasar inmediatamente a la acción guerrillera.

Parece muy arriesgado afirmar que los autores de las muertes del 19 de junio fueron entrenados en Nicaragua para llevar a cabo la acción de ese día, pero no es difícil afirmar categóricamente que los que pusieron en las aguas marinas nicaragüenses minas que averiaron seriamente siete buques de Nicaragua en cinco semanas a comienzos del año 1984 fueron entrenados por la Agencia Central de Inteligencia, una dependencia del gobierno norteamericano que les ordenó ejecutar esas acciones de guerra en perjuicio de un país que no se hallaba en guerra contra Estados Unidos. Pero, además, los guardias somocistas que a estas fechas han ejecutado más de

trecientos ataques armados a territorio nicaragüense, en los cuales han cometido actos criminales de todo tipo, como secuestros, asesinatos, destrucción de vehículos y sabotajes a centros de actividad económica, fueron entrenados, como se ha dicho en estas páginas, en Florida y California, y sus entrenadores no eran compatriotas suyos sino militares norteamericanos.

El presidente Reagan y sus asesores en política centroamericana andan en busca de un argumento válido que proporcione la base de legalidad internacional indispensable a estas alturas de la Historia para lanzar el poderío de su país contra Nicaragua porque no pueden admitir que el gobierno del Frente Sandinista se empeñe en mantenerse independiente; se empecine en no entregarse a la gran potencia contra la cual luchó ese gigante llamado Augusto César Sandino en cuyo nombre se hizo la revolución antisomocista; el que les legó a ellos y a su pueblo la bandera roja y negra que coronaba las montañas de Las Segovias en los días de las luchas contra los soldados norteamericanos; el que dijo a toda voz, y remachó infinidad de veces, las seis palabras que repiten hoy todos los nicaragüenses dignos: “¡Yo quiero patria libre o morir!”

[Política: Teoría y Acción, Año 6, No. 64, julio de 1985]

Haití a través de su Historia

A fines de septiembre de 1957, el doctor Francois Duvalier tomó posesión de la presidencia de Haití y se dedicó a gobernar su país con métodos dictatoriales tan extremados que acabó sometiendo al pueblo a su voluntad en todos los órdenes: en el social, en el económico, en el político. Ningún dictador latinoamericano llegó a ejercer el poder en la medida en que lo hizo Duvalier padre como lo demuestra el cambio de la bandera haitiana, que había sido diseñada siglo y medio antes nada menos que por el fundador del Estado, Jean Jacques Dessalines. Esa bandera era azul y roja y Duvalier la convirtió en roja y negra; pero también demostró la extensión y la intensidad de su poder con el hecho de que en 1964, cuando llevaba seis años y medio en la jefatura del gobierno, se hizo proclamar presidente vitalicio, y lo fue a tal punto que siete años después, en el acto de morir, le traspasó a su hijo Jean-Claude, en herencia, el título de presidente vitalicio y con él varios millones de dólares.

Ese traspaso ocurrió en abril de 1971, año en que se cumplirían 14 del establecimiento del régimen duvalierista. Jean Claude mantuvo la bandera roja y negra que había diseñado su padre en lugar de la roja y azul de Dessalines, mantuvo las medidas dictatoriales establecidas por su padre y con ellas gobernó hasta el día 7 de febrero de este año (1986), cuando un avión de la Fuerza Aérea Norteamericana lo sacó de Haití y lo condujo a Grenoble, una capital departamental del sur de Francia donde seguramente vivirá largos años en medio de las comodidades y los lujos que le proporcionarán los millones de dólares que acumuló en los quince años de su presidencia vitalicia y los que heredó de su padre.

¿Qué fuerza poderosa sacó del poder a Jean-Claude Duvalier? ¿Fue que se cansó de gobernar un país abrumado de males o fueron presiones internacionales?

Ni lo primero ni lo segundo. Lo que acabó con la larga dictadura de los Duvalier fue la crisis económica que desde hace años agobia a los países del Tercer Mundo, y en el caso concreto de Haití, a los del Caribe. Esa crisis generó en la patria de Dessalines un estado de

desesperación popular que se hizo de conocimiento mundial cuando empezó la fuga de Haití de millares y millares de hombres y mujeres que huían de la miseria de su país en botes de vela o de remos dirigidos hacia Estados Unidos, sobre todo a las costas de Florida. Algo similar sucedió con sus vecinos dominicanos, pero éstos penetraron en Estados Unidos en número que bordeaba el millón y los haitianos no podían acercarse siquiera a esa cantidad, de manera que los que se quedaban en Haití no sólo eran más en número sino que también eran los más desesperados, y la desesperación empezó a cuajar a fines de 1985, en la decisión de luchar contra el duvalierismo. Esa decisión de lucha se explica porque tal como decía Simón Bolívar, el primer deber de todo lo que existe es seguir existiendo, y para seguir existiendo, esto es, viviendo, los hombres tienen necesidad de un mínimo de comida, ropa, medicinas, que la mayoría de los haitianos no tenían ni tienen a la fecha en que se escriben estas líneas.

Desesperados por el deterioro de sus condiciones materiales de existencia, que cada día eran peores, las masas haitianas se lanzaron a las calles de las ciudades más importantes del país e hicieron saltar en pedazos la maquinaria duvalierista.

Una historia sorprendente

Setenta años antes —para ser preciso, el 28 de julio de 1915— la población de la capital de Haití, enfurecida porque el gobierno presidido por Vilbrun Guillaume Sam había ordenado la muerte de más de cien presos políticos, atacó en masa los cuarteles, apresó al jefe militar de la ciudad, lo mató a golpes, paseó su cadáver por las calles, le dio fuego y dejó sus restos abandonados como si fueran basura. Asustados por la noticia de lo que estaba sucediendo, el presidente Sam se refugió en la Legación (Embajada) de Francia, que fue invadida inmediatamente por una oleada de hombres y mujeres enfurecidos. Esa multitud apresó a Sam, lo golpeó hasta darle muerte, mutiló su cadáver y lo arrastró de calle en calle, pero además se dedicó a saquear comercios y viviendas porque padecía hambre, tal como la padecerían setenta años después sus hijos, nietos y biznietos. La padecía, debido

a que la guerra mundial llamada Primera, que se había iniciado en Europa un año antes, paralizó la economía haitiana al dejar congelada la compra de los principales productos de exportación de Haití, a la cabeza de los cuales estaba el café; y esa crisis económica llegó a tiempo para coronar una crisis política que se había iniciado tres años antes como resultado de las luchas que llevaban a cabo los círculos de la pequeña burguesía haitiana que se disputaban el poder político y al mismo tiempo luchaban contra la oligarquía terrateniente y comercial que tenía el control económico del país.

El presidente Sam fue muerto a golpes en las calles de Puerto Príncipe dos años y tres meses antes de que comenzara la Revolución Rusa, de manera que todavía no se conocía el comunismo, pero el mismo día de la muerte de Sam llegó a la capital de Haití el acorazado Washington, que llegaba de Guantánamo, donde se hallaba, y se halla todavía hoy, la base naval de Caimanera, y del Washington, desembarcaron infantes de Marina que iniciaron la ocupación militar de Haití llamada a durar hasta el 21 de agosto de 1934. Esa ocupación fue ordenada por el presidente norteamericano demócrata Woodrow Wilson, el mismo que había ordenado un año antes la ocupación militar de Veracruz y ordenaría en 1916 la de la República Dominicana.

La muerte de Sam y el derrocamiento de la dictadura duvalierista no son los únicos episodios revolucionarios en la historia de Haití. Esa historia es la más sorprendente de América porque de un país de esclavos africanos que era en 1789, año en que comenzó en Francia la Gran Revolución -y en ese año Haití era una colonia francesa- pasó a ser en enero de 1804, el primer país independiente de América Latina y la primera república negra del mundo.

(Los países latinoamericanos no son solo de lengua española; lo son también los de lengua francesa y portuguesa, como Haití, Martinica, Guadalupe y Brasil, porque sus metrópolis respectivas, Francia y Portugal, de las cuales se independizaron, crearon sus idiomas a partir del latín que recibieron de Roma cuando el Imperio Romano dominó esos países europeos tal como lo hizo en España. Por no llenar esos requisitos no son parte de América Latina los territorios del Caribe colonizados por Inglaterra, como Jamaica y

Trinidad-Tobago, para mencionar solo dos, o por Holanda como Curazao y San Martín. Aunque en la lengua inglesa hay influencia latina, la predominante es de origen sajón).

No podían someter al pueblo haitiano

Los países de la América Española, llamada también Latinoamérica por el origen latino de la lengua que se habla en ellos, que iniciaron las luchas por la independencia fueron Ecuador, en 1809; México y Venezuela, en 1810. Pero los esclavos de Haití la comenzaron en 1791, en la noche del 14 de agosto de ese año, cuando un esclavo de nombre inglés (Bouckman), jefe de ceremonias de vudú, atacó una propiedad de su amo, un francés dueño de dos ingenios azucareros, personaje de mucho prestigio, porque además de ser riquísimo había ocupado en Francia posiciones oficiales muy altas, como por ejemplo, la de secretario adjunto de Estado de la Marina.

Como antecedentes del levantamiento de Bouckman hubo mucha agitación y luchas entre esclavistas blancos y mulatos, así como entre grandes propietarios blancos y los llamados pequeños blancos, que eran funcionarios del gobierno francés y artesanos. Pero la Revolución haitiana comenzó, como se ha dicho, con la rebelión de los esclavos acaudillados por Bouckman. Esos esclavos eran en total unos 600 mil, de los cuales en los últimos tiempos entraban a razón de 30 mil al año.

La rebelión se extendió, puede decirse que en horas, a los ingenios azucareros de la zona donde empezó, y se llevó a cabo con tanta violencia que al día siguiente en esa región ardían los cañaverales, los cafetales, pero también las casas de vivienda de los amos, que eran todas lujosas, y los edificios destinados a las fábricas de azúcar y de ron así como las cuarterías donde los capataces encerraban de noche a los esclavos, y a la semana del estallido la ciudad de Cabo Francés, que era la más importante del país por la cantidad de riquezas que había en ella y en sus alrededores, estaba cercada por millares de esclavos enfurecidos, que había dado muerte a sus amos, a las mujeres y los hijos de los amo y les habían dado candela a sus mansiones.

Nunca antes se había presenciado en América un movimiento revolucionario tan poderoso, lo que se explica porque en Haití enfrentaron una oligarquía esclavista que usaba las técnicas más avanzadas del mundo en su época para producir azúcar y sus derivados, café, índigo, algodón, tabaco y madera, y una masa de esclavos que era explotada de manera inmisericorde porque se le obliga a funcionar con la precisión que funcionan hoy las máquinas, y al mismo tiempo, se lo daba el espectáculo diario del esplendor con que vivían sus amos.

Con ciertos paréntesis de paz la revolución haitiana se prolongó a lo largo de casi trece años y de su seno salieron grandes figuras, a la cabeza de las cuales estaría Toussaint Louverture, no porque pasara a dirigir la guerra revolucionaria a la muerte de Bouckman sino porque en él se revelaron condiciones políticas y militares que acabaron situándolo en el primer lugar de la lista de los grandes jefes revolucionarios de América. Toussaint Louverture se unió al levantamiento general de los esclavos y llevó consigo a la revolución a unos 400 esclavos con los cuales se presentó en el campamento de un jefe revolucionario llamado Biassou, y con Biassou entraría en la parte española de la isla de Santo Domingo, cuyas autoridades le dieron el rango de general español.

Haití se convirtió en el centro de un terremoto social y político de tal magnitud que las autoridades francesas se vieron constreñidas a declarar la libertad de los esclavos, un acontecimiento histórico sin precedentes porque se trataba de esclavos africanos de los cuales había varios millones en el Nuevo Mundo, lo mismo en Estados Unidos que en Cuba, en Venezuela o en las colonias inglesas y otras tan francesas como Haití. La declaración de libertad de los esclavos fue hecha el 29 de agosto de 1793, dos años después del levantamiento de Bouckman. Para entonces Bouckman había muerto, no se sabe cuándo ni cómo, pero las masas negras de Haití habían seguido su ejemplo.

La libertad de los esclavos no puso fin a la guerra revolucionaria, que seguiría hasta alcanzar la victoria sobre los ejércitos, los últimos de los cuales fueron enviados a Haití nada menos que por Napoleón

Bonaparte. Un cuñado de Napoleón, el general Víctor Emmanuel Leclerc, marido de Paulina Bonaparte, encabezó esos ejércitos con el rango de capitán general de la colonia. Pero el poderío militar del emperador de Francia no fue suficiente para someter a su dominio a los antiguos esclavos haitianos.

Fue una tontería de los dos Duvalier, padre e hijo, creer que ellos podían doblegar la capacidad de lucha del pueblo de Bouckman, de Toussaint y de Petión.

[Política: Teoría y Acción, Año 7, No. 72, marzo de 1986]

Capitalismo y democracia en América Latina

En los países del Nuevo Mundo calificados democráticos, incluyendo entre ellos Estados Unidos, la actividad política consiste en lanzar candidaturas a cargos electivos, desde los que han de regir los Ayuntamientos hasta las presidencias de las variadas repúblicas que hay en esos países, pero a ninguno de los que aspiran a esos cargos se les ocurre la idea de que la política no es ni puede ceñirse a ser eso. La política es a la vez la ciencia y el arte de resolver los problemas fundamentales de los pueblos, y en esa conjunción de ciencia y arte, la primera es el conjunto de conocimientos requeridos para conocer las causas que dan origen a esos problemas y el segundo, es la suma de los remedios que deberían aplicarse para resolverlos y los métodos y la oportunidad que se usarán para aplicarlos; o dicho de otra forma, la primera es la estrategia y el segundo es la táctica que deben perseguirse y ponerse en ejecución para eliminar los males presentes y evitar que su lugar sea ocupado por otros que podrían ser más graves, como lo sería, por ejemplo, que a la actual situación de inseguridad general y agobio económico de las grandes masas de la humanidad le sucediera el estallido de una guerra nuclear que acabaría con la vida humana, animal y vegetal que pulula en el planeta Tierra.

Ahora bien, no son solo los aspirantes a cargos públicos los que ignoran qué es la política; también lo ignoran los comentaristas de los sucesos políticos de nuestros países, entre los cuales, debo repetir, se halla Estados Unidos; lo ignoran los directores de los medios de comunicación social como periódicos, estaciones de radio y canales de televisión, que dan cabida a cualquiera noticia o comentario de carácter político sin tomar en cuenta que el bajo nivel de tratamiento de los asuntos políticos contribuye a mantener el criterio de que la política es una actividad carente de categoría científica, y la aplicación de los conocimientos políticos es todo un arte que no puede ser comentado por quienes ignoren los principios que lo rigen.

Lo dicho queda demostrado por la publicación, en un periódico matutino de nuestro país, de un material transmitido el día 10 de

julio de este año por la agencia de prensa ANSA. Ese material es un comentario publicado en Nueva York por el periódico *The New York Times*, considerado el más serio y prestigioso de Estados Unidos. Desde el punto de vista de los que ignoran que la política es una ciencia y, a la vez, un arte, el artículo de *The New York Times*, publicado en español con el título “Militares: Intocables en América Latina”, es un trabajo que debe ser calificado de positivo y progresista porque denuncia un mal del que adolecen o han adolecido la mayoría de los países del Nuevo Mundo, salvo Estados Unidos y Costa Rica: la intervención de los militares en la vida política.

El artículo de *The New York Times* empieza, en la información transmitida por ANSA, diciendo que “Las nuevas democracias no podrán echar raíces profundas mientras no haya una mayor madurez entre los militares y un mayor coraje entre los dirigentes políticos”, y se supone que esas “nuevas democracias” son Argentina, Uruguay y Brasil. ANSA dice que el periódico neoyorquino deplora “las amnistías que varios gobiernos constitucionales de América Latina han concedido legalmente o de hecho a miembros de sus fuerzas militares y de seguridad involucrados en violaciones de los derechos humanos”.

Nos falta madurez

En el párrafo que sigue, ANSA da la versión de lo que dijo *The New York Times* en la forma siguiente: “Argentina es el campo de batalla más significativo de ‘la lucha entre civiles demócratas y jefes militares que rehúsan dar cuenta de sus actos’, pero el problema ‘tiene dimensiones continentales’, puntualizó el diario, al observar que desde aquel país sudamericano hasta Guatemala, pasando por Uruguay, Perú y El Salvador, la situación de los nuevos gobiernos constitucionales se caracteriza por ‘el fastidio cada vez mayor con que los militares tratan a los dirigentes de gobiernos elegidos’ democráticamente”.

Todo el artículo del diario neoyorquino es una cálida defensa del derecho de los gobiernos recientemente elegidos en América

Latina a imponerles a las jefaturas militares de sus respectivos países el respeto a las leyes y a los resultados de las elecciones, y naturalmente esa actitud de *The New York Times* lo presenta como una institución militante en la defensa de la llamada democracia de nuestros países, pero una defensa formal, que se apoya nada más en las apariencias de la democracia, no en las bases que deben darle sustento. Por ejemplo, ANSA dice que según el diario norteamericano, después de tener que: “pedir a los generales (argentinos, nota de j. b.) que sofocasen un motín cuartelario”, [Alfonsín] “se sintió obligado a aceptar la concesión de una amnistía de la cual fueron eximidos sólo 50 oficiales, dejando sin efecto las acusaciones existentes a cargo de todos aquellos que simplemente habrían obedecido órdenes”.

El artículo de *The New York Times* sigue en ese tono y se refiere al caso de Guatemala y El Salvador, donde los presidentes Vinicio Cerezo y José Napoleón Duarte no han podido deshacerse de ninguno de los oficiales militares culpables de asesinatos en masa de civiles, y al final recuerda el de las cuatro monjas norteamericanas que antes de ser asesinadas fueron violadas por soldados salvadoreños; pero en ningún momento el prestigioso diario neoyorquino da señales, siquiera, de que alguien en su equipo de comentaristas de la política le haya dedicado tiempo a estudiar las causas de que la situación de la llamada democracia de los países latinoamericanos sea como lo dice en sus páginas.

De la política habla mucha gente, hablan millones de personas, y en Estados Unidos hablan con lenguaje de grandes maestros nada menos que el presidente Ronald Reagan y el teniente coronel Oliver North, pero a nadie se le ha ocurrido preguntarse a qué se debe que en la mayoría de los países latinoamericanos la democracia no puede funcionar; y no se lo preguntan porque todos los que en Norteamérica tratan ese tema creen que lo saben: se debe a que nuestros pueblos están formados por gente ignorante, que ignora qué cosa es la democracia, y nadie se toma el trabajo de enseñarles cómo debe funcionar el llamado sistema democrático; y cuando se dice nadie, se dice que ni siquiera un profesor norteamericano de la ciencia política. Para los profesores de esa materia y ese país, la democracia no funciona entre nosotros porque nos falta madurez, que es una manera de decir que nos mantenemos en la infancia del conocimiento de las ciencias sociales.

Capitalismo y democracia

Las ciencias sociales requieren que quienes las estudian penetren en el conocimiento, no meramente de los hechos sino de las causas que los provocan. Una de las razones por las que la historia de nuestros pueblos es mal conocida se halla en el hecho de que los acontecimientos históricos se relatan, como si fueran cuentos, pero no se estudian; sus causas y sus efectos no son debidamente analizados como deberían serlo si se tiene conciencia de que ningún hecho histórico se da en el vacío; que todos y cada uno han sido originados en otros hechos, pero también que todos y cada uno tienen consecuencias, a veces tempranas y a veces tardías, y hasta muy tardías. Por ejemplo, como no hay acontecimiento político que no haya sido antecedido por un hecho económico, en cada suceso de carácter político hay que buscar la causa económica, y en sentido contrario, cada vez que se presente un acontecimiento económico, como por ejemplo, una crisis lo suficientemente profunda y prolongada para afectar a una mayoría de hombres y mujeres, hay que estar alertas para enfrentar el suceso político que esa crisis provocará. En algún que otro caso, como fue, por ejemplo, el Gran Crack de 1929, sus efectos condujeron a la Segunda Guerra Mundial debido principalmente al hecho de que las consecuencias de la Primera Guerra Mundial habían provocado, en Rusia, el establecimiento del primer Estado socialista (llamado entonces comunista), en Italia y Alemania, la aparición del fascismo y el nazismo, que eran dos organizaciones de vocación guerrillera; y en Japón, la agresión contra China que fue llevada a cabo con el propósito de colonizar el enorme territorio de ese país. El fascismo y el nazismo fueron creados para enfrentarlos a la Revolución Rusa, y estaban listos para actuar en esa dirección cuando la economía mundial cayó en la crisis de 1929.

Ahora bien, cada régimen político es el fruto de un sistema económico; y entre ellos la democracia fue el fruto del capitalismo; por eso se explica que Estados Unidos naciera como un Estado organizado a la manera democrática por primera vez en la historia humana, porque antes de llegar a organizarse políticamente de esa manera los habitantes de las colonias inglesas de América del Norte

formaban la única sociedad capitalista conocida en cuyo seno no había el menor rastro de feudalismo, y, en consecuencia, allí no se conocían ni la nobleza ni sus privilegios sociales y económicos; pero ese no fue el caso de los países de América Latina, salvo Costa Rica.

Cuando descubrió y colonizó a la porción de América que habla su lengua, España no era un país feudal, pero tampoco era país capitalista, y en consecuencia, no trajo a América el feudalismo, pero tampoco trajo el capitalismo, de manera que desde todos los puntos de vista nuestros países fueron, desde el primer momento de su formación social, y por tanto histórica, asiento de pueblos que no podían organizarse políticamente como democracias porque les faltaba el apoyo que debía proporcionarle a la democracia el sistema capitalista; y eso, no razones de otra índole, como la inmadurez o el atraso racial, es lo que explica que no hayamos sido y no seamos hoy sociedades democráticas.

Pero otro tanto sucedió en España, que vino a ser un país democrático después que la dictadura de Francisco Franco lo convirtió en capitalista desarrollado, porque hasta entonces había sido una sociedad señorial, la tierra del Señorito, rica en duques, marqueses, condes, y nunca huérfana de un príncipe o una princesa, pero no una sociedad capitalista, y sin una sociedad de capitalismo desarrollado no hay base política para mantener funcionando un Estado democrático.

Salvador Allende en las memorias de Kissinger

En el primer tomo —el único publicado hasta ahora— de su libro *Mis Años en la Casa Blanca*, Henry Kissinger dedica 31 páginas a contar, a su manera, los acontecimientos de Chile que iban a culminar en el asesinato del presidente Salvador Allende.* Esas 31 páginas (653-683) cubren todo un capítulo que su autor tituló “El Otoño de las Crisis: Chile”, y empiezan refiriéndose a las elecciones del 4 de septiembre de 1970, diciendo que en ellas “Salvador Allende Gossens alcanzó una pluralidad en la elección presidencial... con un pobre 36.2 por ciento del voto popular”.

¿Qué lo llevó a comenzar el capítulo sobre Chile de esa manera? La intención de impresionar desde el primer momento a sus lectores con el argumento de que la victoria electoral de la Unidad Popular que llevó al poder a Allende no fue legítima porque no fue ganada por más de la mitad de los votos emitidos, lo que nos conduce de la mano a darnos cuenta, desde que leemos las primeras líneas de ese capítulo, de que en lo que se relaciona con Chile el exsecretario de Estado del presidente Nixon no escribió en realidad sus memorias sino su defensa, y lo que se propuso al relatar lo que hizo en el caso chileno fue deformar la verdad a fin de que sus lectores lo absolvieran de los años de sufrimiento y de humillación, de muerte y miseria que sus hechos, y los de su gobierno, provocaron en la patria de Pablo Neruda y Orlando Letelier.

Por si el absurdo argumento de la cantidad de votos de la Unidad Popular no bastara, ese abogado de sí mismo que es el señor Kissinger trató de justificar su conducta con Chile alegando que las elecciones chilenas tuvieron efecto: “justo cuando Moscú y El Cairo

* Aunque hay una edición en lengua española (*Mis Memorias*, Editorial Atlántida, S. A. Buenos Aires, 1979), el autor ha preferido usar la edición en inglés de Little, Brown and Company, Boston, para estar seguro de que la traducción de las ideas y las intenciones de Kissinger no será desviada.

rechazaban nuestras protestas por las violaciones del cese el fuego del Medio Oriente; Jordán temía un movimiento inminente de las tropas de Iraq contra el rey (Hussein); una fuerza naval soviética se dirigía a Cuba. El 8 de septiembre, día en que un comité de varios departamentos empezó a discutir los acontecimientos de Chile, varios aviones habían sido secuestrados en el Medio Oriente y una flotilla soviética se acercaba al puerto de Cienfuegos. Seis días, después, el 14 de septiembre, cuando iba a ser tratado (el caso de) Chile, la situación de Jordán se había deteriorado, y aviones Mig cubanos interceptaron un U-2 que trataba de fotografiar Cienfuegos y la misión (que llevaba) tuvo que ser abandonada. En los días que siguieron nuestro gobierno ponderó los sucesos de Chile no en forma aislada sino contra el fondo de la invasión de Jordán por Siria y nuestros esfuerzos para forzar a la Unión Soviética a dismantelar su instalación de servicio nuclear submarina en el Caribe. La reacción (contra Chile) debe ser vista en ese con texto”. (Itálicas mías, J. B.).

¿Tres candidatos? ¡No!

¿A quién está dirigida esa amplia e innecesaria explicación, y sobre todo sus últimas palabras? La respuesta a esa pregunta se percibe en las líneas que siguen en la misma página (654), que son éstas:

“En cualesquiera circunstancias, la elección de Allende es un desafío a nuestros intereses nacionales. Nosotros no podíamos reconciliarnos fácilmente con (la existencia de) un segundo Estado comunista en el Hemisferio Occidental. Estábamos persuadidos de que pronto (ese Estado) estaría estimulando líneas políticas antiamericanas, atacando la solidaridad hemisférica, haciendo causa común con Cuba, y más temprano o más tarde, estableciendo relaciones estrechas con la Unión Soviética. Lo más doloroso de todo eso era que Allende representaba una rotura de la larga historia democrática de Chile porque él había llegado a la presidencia no mediante una auténtica expresión de la voluntad mayoritaria (del pueblo) sino gracias a que lo favoreció una casualidad del sistema político chileno. Treinta y seis por ciento del voto popular difícilmente podía ser un mandato para (llevar a cabo) la transformación irreversible de las

instituciones políticas y económicas de Chile que Allende estaba determinado a efectuar”...

El jefe de la política exterior de los Estados Unidos, un país que se declaraba a sí mismo como el líder mundial de la democracia representativa, consideraba que ningún país en el mundo podía aceptar como principio democrático —y además, constitucional— que en el caso de que en unas elecciones se presentaran tres candidatos presidenciales las ganara el que obtuviera más del 33 por ciento de la votación. Eso no podía suceder. De acuerdo con las leyes de la verdadera, de la auténtica democracia que es nada más una, la que inventaron los autores de la Constitución de los Estados Unidos, solo son legítimas las elecciones en que dos partidos se disputan el Poder. Y sobre todo, era inconcebible e imperdonable que esa violación de los principios que gobiernan el funcionamiento de la democracia capitalista sirviera para llevar al poder a hombres que no fueran sirvientes sumisos de los intereses yanquis. Por tal razón esa parte del capítulo dedicado a Chile en *Mis Años en la Casa Blanca* terminaba con estas palabras:

El pretexto: la Seguridad Nacional

“Dos administraciones (gobiernos) norteamericanos habían llegado a la misma conclusión. Dos gobiernos habían juzgado que un gobierno de Allende en Chile iría contra los fundamentales intereses nacionales de los Estados Unidos. Nuestra conclusión en 1970 era sustancialmente la misma”. Y como esos dos gobiernos habían sido los de Kennedy y Johnson, y el último había cesado de ser presidente al comenzar el año 1969, tenemos que el gobierno de Allende, que iba a iniciar su mandato a fines de 1970, nació condenado a muerte con una anticipación de por lo menos dos años, y esa condena fue ratificada por Kissinger y Nixon a quienes la humanidad había designado por una mayoría abrumadora de votos para que juzgaran a los gobiernos vivos y muertos del mundo y les aplicaran las sentencias que les parecieran convenientes.

(Aclaremos, sin embargo, que si a pesar de esa condena anticipada, Salvador Allende se hubiera apresurado a enviarles a

Kissinger y Nixon un mensaje en el que les asegurara que la Unidad Popular mantendría una política favorable a los intereses nacionales y mundiales de los Estados Unidos, Allende habría sido mantenido en el poder contra viento y marea bajo el argumento de que de acuerdo con la Constitución chilena había obtenido una mayoría legítima de votos sobre sus adversarios; porque así es de arbitraria la posición de los altos funcionarios de un Estado como el norteamericano que justifican hasta el crimen basándose en que su deber es defender “los intereses nacionales de los Estados Unidos”, que son únicamente los intereses de una oligarquía de multibillonarios).

Leer después de cerca de siete años del asesinato de Allende lo que ha escrito Kissinger sobre los acontecimientos que iban a desembocar en el crimen del 11 de septiembre de 1973, es algo que deja el ánimo lleno de amargura y de cólera, porque a través de esa lectura se adquiere conciencia clara de que el destino de pueblos como los latinoamericanos depende de hombres asombrosamente ignorantes que manejan poderes enormes concentrados en aparatos demolidores cuyos mecanismos ponen en juego sin la menor conciencia de las fuerzas que desatan. Kissinger era un pobre diablo, aprendiz de brujo que ni siquiera se enteraba de por qué actuaba como lo hacía. Dice él (Pág. 656):

“Lo que nos preocupaba acerca de Allende era su proclamada hostilidad hacia los Estados Unidos y su patente intención de crear en efecto otra Cuba. Era su explícito programa y su claro propósito de largo alcance de establecer una dictadura irreversible y un permanente desafío a nuestra posición en el hemisferio occidental. Y en el mes de Cienfuegos no era absurdo tomar seriamente las implicaciones militares de otro aliado soviético en la América Latina. Nuestra preocupación con Allende estaba basada en la seguridad nacional, no en (asuntos) económicos”. (Itálicas mías, J. B.)

Se tragó su propia cola

¿Cómo debemos entender ese párrafo? Si lo que Kissinger llama preocupación autorizaba al gobierno de Nixon a deshacerse de Allende a cualquier costo, incluyendo su eliminación física, que

fue lo que se hizo, entonces, ¿con qué derecho los Estados Unidos se proclaman a sí mismos los campeones mundiales de la democracia? ¿Es que la democracia puede recurrir al crimen cuando considera que está en peligro eso que se llama la seguridad nacional, antes aun de que los hechos hayan demostrado la existencia de tal peligro?

Kissinger afirma que entre 1962 y 1964 los gobiernos de Kennedy y Johnson habían contribuido con más de 3 millones de dólares a la campaña política de Eduardo Frei que en esos años era el oponente de Allende en la lucha por alcanzar la presidencia de Chile, y después dice que en 1968, Johnson había puesto a disposición de los adversarios de Allende varios cientos de miles de dólares para que los partidos opuestos a la Unidad Popular ganaran las elecciones de legisladores que se celebraron en marzo de 1969, y además agrega, que la ayuda norteamericana a Chile en los años del gobierno de Frei “totalizó por encima de 1 billón de dólares, el programa con el más alto per cápita, por mucho, en la América Latina”, y expresa que eso se hizo “para fortalecer las fuerzas democráticas opuestas a Allende”.

El colmo de ese iluminante capítulo de las memorias de Kissinger aparece en la página 683, en un párrafo que dice así:

“El mito de que Allende era un demócrata ha sido asiduamente prohijado y no es verdad. El hecho es que varias medidas del gobierno de Allende fueron declaradas inconstitucionales y fuera de la ley por la Suprema Corte de Justicia chilena el 26 de mayo de 1973, por la Contraloría General el 2 de julio de 1973 y por la Cámara de Diputados el 22 de agosto de 1973”.

Naturalmente, al terminar de leer ese párrafo el lector común tiene que preguntarse cómo podría el señor Kissinger explicar que no fue democrático un gobierno en el cual la Suprema Corte de Justicia, la Contraloría General y la Cámara de Diputados, que eran partes muy importantes del aparato estatal chileno, actuaban con toda libertad frente al poder Ejecutivo del Estado.

Lo que se saca en claro de la lectura del capítulo que el autor de Mis años en la Casa Blanca dedicó a Chile, es que los asesinos de Salvador Allende se atrevieron a liquidarlo físicamente porque

tenían tras sí el abrumador poderío norteamericano, y que en su afán de ocultar la verdad, esa serpiente llamada Henry Kissinger acabó tragándose su propia cola.

[Política: Teoría y Acción, Año VII, No. 78, septiembre de 1986. Publicado antes en la revista Casa de las Américas (La Habana), Año XXII, No. 129, septiembre-octubre de 1981; y luego en Vanguardia del Pueblo del 16 de marzo de 1983]

Vidas paralelas en América Latina

La historia de los pueblos de Nuestra América es rica en hombres y mujeres que se distinguieron en las luchas por la independencia de sus patrias y algunos por la de otros países como fue el caso de Bolívar, San Martín, Sucre, para mencionar sólo tres, y a nadie se le ha ocurrido escribir una versión de Vidas Paralelas, a pesar de que era –y es– más fácil trazar un paralelo en el tiempo y el espacio entre los libertadores de América Latina que entre las figuras históricas de la antigua Grecia.

En realidad, son pocos los personajes de la historia de nuestros países que no pueden ser presentados ante la posteridad de manera paralela; quizá sean solo dos, José Martí y Máximo Gómez; el primero porque no se limitó a ser un agitador anticolonialista sino que hizo algo desconocido en las luchas por la independencia de nuestros pueblos, que fue crear, organizar y dirigir un partido al cual le tocaría, a su vez, organizar y dirigir la guerra contra España, a lo que hay que agregar su condición de intelectual y artista extraordinario de la palabra hablada y escrita, actividad en la que no lo ha superado nadie en los países de lengua española, sin excluir a España; y en cuanto a Máximo Gómez, encabezó militarmente la etapa final de la guerra que llevaron a cabo los cubanos para conquistar su independencia y para alcanzar la victoria puso en juego tácticas desconocidas en las intensas y, a la vez, prolongadas guerras que se dieron en toda la América Latina, desde el Río Bravo en el norte hasta el Canal de Magallanes en el sur del continente. Esas tácticas fueron, fundamentalmente, una acción guerrillera continuamente renovada de acuerdo con las condiciones del terreno donde se llevaban a cabo los ataques de las fuerzas españolas y la llamada Campaña de la Tea, que consistió en recorrer la isla de Cuba desde la región oriental hasta la occidental dándole fuego a todo lo que representara riqueza para beneficio de España, porque tal como lo explicó el autor de esa novedad, si Cuba era empobrecida España no seguiría combatiendo para mantener en su poder un país que no le proporcionara beneficios económicos.

Martí, Gómez, Maceo

El hecho de que José Martí por su parte y Máximo Gómez por la suya, fueron dos personalidades extraordinarias pero distintas, que pueden ser catalogadas de paralelas nada más porque actuaron juntas, y, por tanto, al mismo tiempo, se debe a la circunstancia de que el teatro de sus actuaciones, que fue Cuba, se hizo independiente a fines del siglo pasado, cuando el desarrollo de la sociedad cubana había llegado a niveles que no conocieron los territorios españoles continentales. Por ejemplo, un José Martí no podía haberse dado un siglo antes en ninguno de los países que hicieron la guerra de liberación contra España en el primer tercio del siglo XIX, porque la formación intelectual de Martí requería el tipo de ambiente económico, social y cultural que había en Cuba cuando iba creciendo el futuro Apóstol, como le llamó y le llama su pueblo, y ese ambiente, el de la década de 1851 a 1860, no se hallaba en ningún país de Hispanoamérica en los tiempos en que Bolívar, San Martín o Hidalgo eran niños. Cuba tuvo ferrocarriles antes que España y que cualquiera de las que habían sido colonias americanas de España, y el símbolo de la modernización que era el ferrocarril conllevaba muchos otros valores que iban a contribuir en la formación intelectual y emocional de José Martí y de varias otras personalidades cubanas.

Si se sigue el modelo que dejó Plutarco, podrían presentarse como vidas paralelas en el caso cubano la de Máximo Gómez y la de Antonio Maceo; los dos fueron jefes militares en las guerras que hizo el pueblo de Cuba, la de los Diez Años (1868-1878) y la llamada de Independencia (1895-1 898), pero Antonio Maceo no vio el final de la última porque fue muerto en combate al comenzar el mes de diciembre de 1896; y digo que podrían presentarse como vidas paralelas la suya y la de Máximo Gómez a sabiendas de que el general Maceo hizo su carrera militar bajo el mando de Gómez a tal punto que cuando murió era Lugarteniente, esto es, segundo en mando de Gómez, a quien José Martí en persona había llevado a la jefatura superior del Ejército Libertador Cubano.

Muertes paralelas, y vidas paralelas después de la muerte, se conocen en la América de nuestros días dos: la de Augusto César

Sandino y la de Agustín Farabundo Martí, centroamericanos los dos; el primero, nicaragüense; el segundo, salvadoreño; los dos combatientes por la misma causa y en el mismo terreno, y los dos asesinados por compatriotas suyos servidores de los peores intereses de sus respectivas patrias.

Sandino, Farabundo Martí y Hernández Martínez

El 27 de junio de 1928, desde el Chipotón, lugar de la zona montañosa de Las Segovias (Nicaragua) donde tenía su cuartel general, Sandino despachó una carta dirigida a la Asociación General de Estudiantes Renovación Social, de San Salvador, capital de El Salvador, en la cual, decía:

“Arribaron a nuestros campamentos precedidos de amplia credencial de esa importante asociación estudiantil los señores don Adán González y don Agustín F. [Farabundo] Martí, quienes fueron recibidos con todo entusiasmo tanto de mi parte como de los demás compañeros de armas. Despierta nuestra profunda admiración y reconocimiento la vista de estos bravos latinoamericanos, que sin reparar en dificultades y obstáculos, al ver a un pueblo hermano a punto de ser destrozado por la desenfrenada ambición del gobierno de Washington llegan hasta nosotros a cumplir con el deber que les imponen el honor y el patriotismo”.

A esos párrafos en los que se hacía mención de lo que significa en las luchas de liberación de nuestros pueblos la solidaridad de nuestros hermanos de América Latina, seguía otro en el que el héroe nicaragüense decía: “En no lejana época en que el éxito corone nuestros esfuerzos estos jóvenes que desde que abandonan sus hogares comienzan a sentir los rigores de la campaña estarán a nuestro lado en el lugar que les corresponde”.

Cuando despachaba esa carta Augusto César Sandino estaba lejos de pensar que a él y a uno de los dos jóvenes salvadoreños a

quienes se refería en ella –a Agustín Farabundo Martí– les quedaba poco tiempo de vida; apenas tres años y medio a Martí y a él un año más.

La violenta sacudida que provocó en todo el mundo, pero de manera inmediata en los países latinoamericanos, la gran crisis desatada a fines de 1929, en la economía estadounidense, llevó al poder político a los representantes militares de los grandes terratenientes de nuestra América y a El Salvador le tocó ser gobernado por el general Maximiliano Hernández Martínez, un teósofo, palabra que describe a ciertos tipos de enajenados en materia religiosa, y Hernández Martínez lo era a tal punto que de él se conservan frases como las siguientes:

“Es bueno que los niños anden descalzos. Así reciben mejor los efluvios benéficos del Planeta, las vibraciones de la tierra. Las plantas y los animales no usan zapatos” ... “Es un crimen más grande matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre al morir se reencarna, mientras que la hormiga muere definitivamente”.

Héroes paralelos en la vida y en la muerte

Al terminar el año 1931 la situación del campesinado y los obreros salvadoreños era intolerable y sucedía que en esos días Maximiliano Hernández Martínez había asaltado con un golpe de Estado la presidencia de la República y Agustín Farabundo Martí, que había retornado a El Salvador, era ya secretario general del Partido Comunista Salvadoreño, organización de la que pasó a formar parte después de su salida de Nicaragua. Los efectos de la crisis económica de 1929, se hacían sentir cada día con más gravedad y el Partido Comunista de El Salvador decidió ordenar un levantamiento de obreros y campesinos que debía llevarse a cabo el 22 de enero de 1932; de alguna manera la noticia de esa decisión llegó al gobierno y Agustín Farabundo Martí fue apresado el día 19 junto con Mario Zapata y Alfonso Luna, que le acompañaban en el lugar que la dirección del partido les había señalado para que se mantuvieran en clandestinidad. A las doce de la noche del día 22 comenzó la insurrección que sería ahogada en sangre con la muerte de miles de

personas entre las cuales estuvieron Martí, Zapata y Luna, que fueron fusilados el primero de febrero ante la pared del cementerio de San Salvador. Un año después, el 21 de febrero de 1933, Augusto César Sandino y dos oficiales sandinistas que le habían acompañado en su viaje de Las Segovias a Managua, los generales Estrada y Umanzor, eran fusilados por orden de Anastasio Somoza en un lugar de las afueras de Managua llamado el Campo de Larreynaga.

Cuando enfrentó el pelotón de fusileros que le arrebató la vida, ya Agustín Farabundo Martí había dejado de llamarse así para quedarse en Farabundo Martí, y ese nombre de dos palabras estaba destinado a ser el que se le daría a un frente de partidos salvadoreños de izquierda, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, bajo cuyas banderas combaten hombres y mujeres de todas las edades contra los enemigos nacionales y extranjeros del pueblo que había iniciado la lucha por la independencia en enero de 1814 y sigue combatiendo por su liberación en 1987; pero otro tanto ha sucedido con Augusto César Sandino a quien Nicaragua y toda Nuestra América conoce con el nombre de Sandino a secas, y con ese corto nombre representa para los latinoamericanos la voluntad y la decisión de luchar con todos los medios de que se pueda disponer y hacerlo sin descanso mientras no se alcance lo que él persiguió: la liberación de su país expresada por él en seis palabras: “Yo quiero patria libre o morir”.

Antes aun de que en El Salvador se creara el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional se había creado en Nicaragua el Frente Sandinista de Liberación Nacional, de manera que Sandino y Martí, que se conocieron a mediados de 1928 en el cuartel general de El Chipotón, mantienen casi sesenta años después su presencia de patriotas ante la conciencia de los pueblos de América.

A ellos dos la historia los saluda como ejemplares de héroes paralelos en la vida y en la muerte.

El feudalismo en Europa; en América la esclavitud africana

El artículo sobre la esclavitud africana en América que seguirá a la explicación de su origen no se conoce en la República Dominicana a pesar de que fue escrito en junio de 1978 —el día once, para ser más preciso— con una finalidad muy concreta: sería parte de un libro formado con trabajos de varios escritores, principalmente europeos, todos amigos de Lelio Basso, italiano, el último presidente del Tribunal Russell y una de las más notables figuras políticas de la Europa de la post-guerra, que iba a cumplir 75 años el 16 de diciembre de 1978. Ese día sus amigos, entre los cuales estaba yo, le harían entrega del libro en un acto organizado para festejar su onomástico. Los artículos que compondrían ese volumen no debían ser ni sobre la vida ni sobre la obra de Lelio Basso, pues dada su naturaleza generosa y modesta a la vez, un libro dedicado a exaltarlo no habría sido de su gusto. Por esa razón, a los que fuimos invitados a escribir para el libro planeado se nos pidió que lo hiciéramos escogiendo cada uno un tema que se relacionara con alguna de las actividades a que se dedicó Lelio Basso. Puesto a escoger el tema de mi trabajo me pareció que el de este artículo podía llamar la atención del consecuente luchador. Lelio Basso no pudo leer el libro para el cual había escrito yo el artículo sobre la esclavitud africana que se extendió por varios países de América, entre ellos los de muchos del Caribe, porque murió en su amada Roma el día de su cumpleaños, y en vista de que en el número anterior de *Política: Teoría y Acción* se publicó un artículo mío destinado a demostrar que en América no se conoció el feudalismo, he resuelto publicar el que había escrito para que formara parte del libro-homenaje a Lelio Basso debido a que lo que digo en él se refiere a la esclavitud africana, un modo de producción y, por tanto, un tipo de organización social que ocupó, en los países donde fue establecido, el lugar que ocupó en Europa el feudalismo.

Paso enseguida a reproducir el artículo que había escrito para que figurara en el libro-homenaje a Lelio Basso, el cual empezaba así: ¿Cómo debemos llamar a la etapa de la esclavitud africana en América,

que tuvo en conjunto una duración de más de tres siglos y medio? El que aspire a conocer a un pueblo debe analizarlo en profundidad, esto es, yendo a buscar sus particularidades en todo su trayecto histórico; y si se trata de un pueblo del Caribe, como son Cuba, Haití, la República Dominicana, para mencionar solo tres, lo que nos llama la atención es que ninguno de ellos conoció el feudalismo, como no lo conoció ningún otro de la región, y en cambio todos conocieron una forma particular de explotación, que fue la esclavitud africana. En su origen histórico los países de las Antillas no tuvieron capitalistas a la manera de los que describe Carlos Marx en *El Capital*, y naturalmente, si no hubo capitalistas tampoco hubo proletarios; lo que conocieron los pueblos antillanos fueron oligarquías esclavistas y esclavos negros. Los oligarcas eran capitalistas, pero en forma anómala, y los esclavos no eran obreros; eran medios de producción según los calificó Marx en el párrafo 6, parte 1 del capítulo XXIV de *El Capital* (La llamada acumulación originaria).

El modo de producción capitalista, tal como acabó conformándose en Europa, llevaba en su seno la semilla de una formación social que a medida que el capitalismo se desarrollaba iba definiéndose alrededor de dos clases, una de ellas compuesta por “los propietarios de dinero, medios de producción y artículos de consumo”, y la otra compuesta por “los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo”, y a seguidas Marx explica que esos obreros “no figuran, directamente entre los medios de producción, como los esclavos”. Y, sin embargo, si eso era cierto, y, por tanto, era científicamente correcto, también lo era que en la formación social que emergió del modo de producción capitalista había que incluir dos polos adicionales propios del Nuevo Mundo que estaban formados de un lado por la esclavitud africana y, del otro, por una oligarquía esclavista.

Origen de la esclavitud

Marx relacionó, en más de una ocasión, a la esclavitud africana de América con el proletariado europeo, por ejemplo, en el capítulo XXIV, parte 6, al final del párrafo 20, que se lee así: “En general,

la esclavitud encubierta de los obreros asalariados en Europa exigía, como pedestal, la esclavitud sans phrase (sin disimulo) en el Nuevo Mundo”; y en el Capítulo XXIV (La moderna teoría de la colonización), párrafo 8, explica que “Los primeros colonizadores españoles de Santo Domingo (la isla donde se hallan hoy la República Dominicana y Haití) no disponían de obreros llevados de España. Sin obreros (es decir, sin esclavitud paréntesis y subrayados de Marx) el capital habría perecido o habría quedado reducido, por lo menos, a las pequeñas proporciones en que cada cual puede emplearlo por sí mismo”. Pero, además, Marx había dicho también (capítulo XXIV, parte 6, párrafo 8) que “El botín conquistado era de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza, refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital”; y sucedía que ese mismo era el caso del algodón, el índigo, el azúcar, el tabaco, el cacao, y, en general, de los productos de las islas antillanas que se vendían en Europa; que se convertían en capital para los comerciantes europeos que comerciaban con ellos, para los armadores de los buques que los llevaban al Viejo Mundo, y también para los oligarcas esclavistas debido a que la venta en Europa le añadía al dinero que costaba producir esas mercancías la plusvalía absoluta que les agregaba el trabajo de los esclavos. (Debe tenerse presente que en Cuba los esclavos trabajaban en tiempos de la zafra azucarera de 16 a 20 horas diarias, y no hay razones para que no sucediera lo mismo en otros lugares del Caribe).

La esclavitud africana, que fue establecida con métodos de increíble violencia en los países americanos, y su contraparte la oligarquía esclavista que se enriqueció fabulosamente con el trabajo de los esclavos, vinieron a sustituir en el Nuevo Mundo a los obreros y a los capitalistas de Europa, lo que se explica porque el descubrimiento de América se convirtió en el impulso histórico que echaría a andar el sistema capitalista. Marx dice (capítulo XXIV, parte 1, párrafo 7) que la estructura económica del capitalismo brotó de la estructura económica de la sociedad feudal, pero los “hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista” son “El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la

conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros” (capítulo XXIV, parte 6, párrafo 8). Dicho de otra manera, los esclavos africanos fueron traídos a América para que, aterrorizados por los capataces de la oligarquía que los compraba, produjeran riquezas que las burguesías europeas necesitaban porque las convertían en capitales en un momento en que el capitalismo reclamaba que se le diera el impulso que debía hacer de él el señor de la Tierra.

Para hacernos cargo de la razón de ser de la oligarquía esclavista que floreció en América, pero muy especialmente en las islas del Caribe, debemos partir de este razonamiento: esa oligarquía no se inventó a sí misma, no fue el producto de las ideas de un hombre o de diez hombres sino que fue creada por el capitalismo que en su etapa de desarrollo inicial tenía necesidad de un agente que fuera, al mismo tiempo, ambicioso e implacable y que pudiera dedicarse a explotar, para el provecho del sistema, la fabulosa fertilidad de los territorios de América; y ese agente estaba forzado a explotar esos territorios usando trabajo esclavo, no obreros asalariados. He aquí una explicación: no solo no se disponía en las islas del Caribe de obreros traídos de España, como dijo Marx, y sin ellos no habría habido capital, sino que por muchas razones esos obreros no podían llegar ni de España ni de ningún otro lugar de Europa, por lo menos en el siglo XVI. La distancia que había entre Europa y América se hacía en esos tiempos mayor a la hora de transportar a Europa productos americanos que el capitalismo naciente necesitaba para alcanzar su desarrollo. La distancia era grande en términos de millas, y lo era más si se medía en tiempo, y más todavía si tomamos en cuenta que algunos de los productos que se llevaban del Caribe a Inglaterra o a Francia se echaban a perder si había demoras en el transporte, cosa que sucedía a menudo dado el escaso desarrollo de la técnica de la navegación; pero a esos problemas había que agregar los que se derivaban del tamaño de los buques de la época, que era precisamente la de la iniciación de la esclavitud africana en América. Un navío de esos años cargaba 100 ó 110 toneladas de 20 quintales de 100 libras cada uno, o sea, de 45 kilos 200 gramos, y tan escasa carga para viajes tan largos encarecía sobremanera los productos americanos que se vendían en Europa. Si encima del alto costo del transporte hubiera habido que pagar salarios a los trabajadores, y,

además, el traslado de esos trabajadores al Nuevo Mundo, las riquezas de América se habrían perdido para los fines del desarrollo capitalista de Europa, que no hubiera podido llevarse a cabo sin la aportación de esas riquezas.

Etapa de la esclavitud capitalista

Eso explica que el esclavo africano fuera incorporado a la producción americana como parte de los bienes de producción, no como miembro de la clase que les vendía a los capitalistas su fuerza de trabajo; y eso es lo que explica que Marx calificara a los oligarcas esclavistas norteamericanos de capitalistas “que existen como anomalías en el seno de un mercado fundado en el trabajo libre” (Pág. 224 de la edición francesa de Grundrisse, publicada por el *Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes* en el libro titulado *Sur les Sociétés Precapitalistes, Editions Sociales, París, 1970*), lo que equivale a calificar de capitalismo anómalo el que se basó en la existencia de una oligarquía explotadora y de esclavos africanos explotados.

Ahora bien, el hecho de que los oligarcas esclavistas del Nuevo Mundo fueran capitalistas de manera anómala, no impidió que acumularan fortunas enormes, especialmente los de las islas del Caribe; al contrario, ellos figuraron entre los ricos más poderosos de su época, incluyendo los grandes burgueses europeos, y contribuyeron en gran medida a la acumulación de capitales que convirtió a Inglaterra en la sede y, al mismo tiempo, en la mayor beneficiaria de la Revolución Industrial, así como ayudaron a hacer de la burguesía francesa del siglo XVIII una clase riquísima y políticamente influyente.

La base material para acumular capitales que tenían las burguesías de Inglaterra y de Francia en las islas del Caribe era en verdad notable. A través de la oligarquía esclavista británica y de sus millares y millares de esclavos, los burgueses de la Gran Bretaña explotaban las tierras fértiles de varias islas: Jamaica, Antigua, Saint Kitts, Nevis, Anguila, Monserrate, Dominica, Santa Lucía, San Vicente, Barbados, Tobago, Trinidad; los de Francia sacaban capitales

fabulosos de Saint-Domingue (la actual Haití), Guadalupe y Martinica; pero, además, y a través de los negociantes de esclavos, unos y otros hacían su acumulación originaria traficando con seres humanos que eran cazados como animales en África y explotados en los ingenios de azúcar, los algodones y las indigoterías de las Antillas, en forma tan despiadada, que la vida útil de los esclavos, para los fines de la producción, llegó a ser estimada, en promedio, en siete años. Aun siendo anómalo, el capitalismo que se nutría del trabajo esclavo respondía a la ley capitalista de la reproducción porque lo que ese trabajo sacaba de las tierras antillanas tenía su mercado en Europa, donde se convertía en capital; y la reproducción se mantenía año tras año; se mantuvo todo el siglo XVI, todo el siglo XVII, todo el siglo XVIII y parte del siglo XIX. En el caso de Martinica y Guadalupe duró hasta 1848, que fue cuando quedó abolida la esclavitud en los territorios franceses del Caribe.

Por todo lo dicho, y para el uso de los historiadores americanos de los países donde hubo esclavitud africana, proponemos que esa etapa sea llamada “de la esclavitud capitalista” para distinguirla del régimen esclavista que conocieron otros pueblos del mundo.

[Política: Teoría y Acción, Año 10, No. 110, mayo de 1989]

Panamá: nacimiento de una República

Lo que viene ahora es una historia muy conocida y, sin embargo, es también increíble. Hay que crearla, desde luego, porque sus frutos están a la vista de todo el mundo: Colombia desmembrada su provincia de Panamá convertida en república, una faja de república puesta bajo la soberanía de los Estados Unidos, y en medio de esa faja, el canal de Panamá, propiedad de la Compañía Americana del Canal de Panamá, y ésta, a su vez, propiedad del gobierno de los Estados Unidos, que acabó comprándola por 40.000.000 de dólares. Esos 40.000.000 de dólares fueron entregados por el Gobierno norteamericano a la Casa Morgan, del banquero John Pierpont Morgan, y cuando la Casa Morgan pagó a los accionistas de la compañía, los socios habían cobrado 130 dólares por cada acción de 100 que ellos habían obtenido por 20. Hoy puede parecerse ridícula la cantidad pagada por las acciones de la compañía, pero en 1908, cuarenta millones de dólares eran una fortuna fabulosa.

Conocida como es esa historia, hay que hacerla brevemente, pues se trata de uno de los episodios importantes en la historia del Caribe. Ese episodio podría llamarse “Nacimiento de una república por arte de prestidigitación”, y el título sería apropiado. Pero podría llamarse también “La desmembración de Colombia”, y sería igualmente apropiado. Algún día, cuando el mundo llegue a estar realmente civilizado y el poder no sea considerado como una fuerza esencialmente inmoral, figurará en la galería de la picaresca política y corresponderá a la época en que se hurtaban países con la misma desaprensión con que los romanos primitivos raptaban mujeres sabinas o un guerrero piel roja iba a enlazar caballos en medio de una manada de bestias salvajes.

Aunque el mismo presidente Roosevelt se atribuyó la gloria de haberle sustraído Panamá a Colombia, la verdad es que quienes dirigieron la acción fueron el abogado Cromwell y Buneau-Varilla, y parece que el primero la planeó, aunque el segundo le agregó salsa y picante. El papel de Roosevelt fue prestar a los conspiradores su autoridad de presidente de los Estados Unidos y el apoyo militar,

económico y diplomático que iba implícito en su alta posición. De todos modos, es evidente que sin la participación de Roosevelt no hubiera podido hacerse lo que se hizo y, por eso, la responsabilidad histórica de los hechos cae sobre él.

Parece hoy fuera de duda que Roosevelt confiaba totalmente en Cromwell y en Buneau-Varilla y que Cromwell era el consejero del Presidente en todo lo que se refería al canal de Panamá, y que incluso el redactaba los cables que en relación con el asunto figuran firmados por el secretario de Estado. Con todo ese poder, Cromwell maniobró a fondo y astutamente. Fue él quien obtuvo que el Gobierno de Colombia accediera a traspasar a los norteamericanos el contrato que había hecho con la compañía francesa para que ésta construyera el canal de Panamá, y se manejó en esa etapa de las negociaciones con tanta habilidad, que Colombia apareció proponiendo la cesión, cuando lo cierto fue que la proposición partió de Cromwell y fue hecha y repetida al ministro colombiano en Washington. Cromwell había ofrecido a cambio del traspaso del contrato 10.000.000 de dólares, que Colombia recibiría de la compañía francesa como compensación, y ya se sabe que la compañía francesa había vendido a la norteamericana. La negociación iba envuelta en un tratado para la construcción del canal que los Estados Unidos habían propuesto a Colombia.

Todo marchaba viento en popa, solo que el tratado tenía que ser aprobado por el Congreso de Colombia y los congresistas colombianos se preguntaban por qué los franceses no negociaban directamente con Colombia, que era la que les había dado la concesión para el canal, en vez de que lo hicieran los norteamericanos; pero, además, alegaban que la constitución de su país prohibía de manera tajante que se hiciera abandono de la soberanía colombiana sobre cualquier parte del territorio nacional, y los Estados Unidos pedían que en el tratado del canal se les reconociera soberanía sobre el canal y sobre una zona aledaña a cada lado del canal.

Al comenzar el mes de junio de 1903, se había formado en Colombia una oposición tan fuerte a la idea de que los Estados Unidos hicieran el canal por Panamá, que todo el mundo estaba

seguro de que el Congreso colombiano rechazaría el proyecto de tratado que le había sido sometido. El Congreso debía ver ese proyecto el día 20; pues bien, el día 9, el secretario de Estado, Hay, le envió al ministro norteamericano en Colombia, el señor AM. Beaupre, un cable que había redactado Cromwell, verdadero modelo en su género, una pequeña joya para el estudio del papel imperial de los Estados Unidos en el Caribe. El cable decía así: “Aparentemente, el gobierno colombiano no aprecia la gravedad de la situación. Las negociaciones del canal fueron iniciadas por Colombia y fueron enérgicamente presionadas sobre este gobierno durante varios años. Las proposiciones presentadas por Colombia, con ligeras modificaciones, fueron finalmente aceptadas por nosotros. En virtud de este acuerdo nuestro Congreso cambió su previo juicio (de que el canal debía hacerse por Nicaragua) y se decidió por la ruta del Canal (de Panamá). Si Colombia ahora rehúsa el tratado o dilata indebidamente su ratificación, el amistoso entendimiento entre los dos países podría ser seriamente comprometido al grado de que el Congreso (de los Estados Unidos) en el próximo invierno podría tomar medidas que todo amigo de Colombia tendría que lamentar. Confidencial. Comuníquese la substancia de esto verbalmente al Ministro de Relaciones Exteriores. Si él desea, dele una copia en forma de memorándum”. (Paréntesis de J. B.)

La amenaza sobre las medidas que podrían tomar el Congreso norteamericano “el próximo invierno” estaba dirigida a desviar la atención del gobierno de Colombia hacia el campo político, esto es, hacia un terreno en el cual no sería golpeado. Para Colombia, en relación con el problema del canal de Panamá, no habría un próximo invierno. Panamá le sería arrebatada antes del invierno de 1903, que como todos los inviernos del hemisferio norte iba a comenzar el 21 de diciembre.

Cuando ese cable de Cromwell-Hay llegó a conocimiento de los legisladores colombianos provocó tal estado de indignación que el proyecto de tratado fue rechazado. Los legisladores ignoraban que siete días antes se había anunciado en la capital norteamericana la fecha del golpe que desmembraría a Colombia. El rechazo del tratado tuvo lugar el 20 de junio, y el día 13, el agente de prensa de Cromwell

había dicho, en la oficina del diario *The World*, de Washington, que en Panamá habría una revolución el 3 de noviembre; al preguntársele por qué precisamente sería en esa fecha, explicó que como ese día serían las elecciones presidenciales de los Estados Unidos los periódicos norteamericanos tendrían tantas noticias que apenas se le daría importancia a una revolución en Panamá. Por su parte, Buneau-Varilla diría lo mismo en un artículo que escribió para *Le Matin*, de París, aparecido a principios de septiembre.

La conspiración, que quedó organizada rápidamente, se basó en el control del ferrocarril de Panamá, en la acción de la Marina de Guerra de los Estados Unidos y en la actuación política de unos pocos panameños. El ferrocarril había sido una empresa norteamericana, pero fue vendida después a la compañía francesa que comenzó a abrir el canal; ahora bien, cuando esa compañía fue vendida a la norteamericana, el ferrocarril volvió a manos fácilmente controlables. Su superintendente era el capitán James R. Sheler, un hombre clave en el plan de acción. En cuanto al grupo de panameños que tomó parte en la conspiración, estaba encabezado por un funcionario del ferrocarril, Manuel Amador Guerrero, un cuñado suyo que trabajaba también en el ferrocarril, un ganadero apellido Arias, otro Arias – Tomás – que representaba a una empresa comercial norteamericana, y un capitalista llamado Federico Boyd, cuyo hermano era corresponsal en Panamá del diario *Herald* de New York.

Buneau-Varilla, que se hallaba en París en el mes de septiembre, se trasladó a los Estados Unidos para hablar con el presidente Roosevelt. Amador Guerrero se encontraba entonces en New York, y con él fue a hablar Buneau-Varilla tan pronto salió de Washington. En esa conversación, tenida a principios de octubre, Buneau-Varilla le aseguró al conspirador panameño que él y sus compañeros podían contar con la protección militar norteamericana “cuarenta y ocho horas después que ustedes hayan proclamado la nueva república del Istmo”. Pues de eso se trataba; de crear una república que pudiera negociar con los Estados Unidos y concederles lo que éstos pedían. Buneau-Varilla le dijo, además, que él tenía preparado “el programa de las operaciones militares, la declaración de independencia, una base para la constitución de la nueva república y finalmente un código para

comunicarse conmigo (esto es, con Amador Guerrero, que fue quien contó esa entrevista)”.

Es natural que uno se pregunte de dónde sacó Buneau-Varilla tan rápidamente todo lo que estaba ofreciéndole a su amigo panameño. ¿Del sombrero de copa donde los prestidigitadores tienen escondidas palomas y conejos?

Faltaban algunas cosas, sin embargo, una de ellas era que, según Buneau-Varilla, el debía ser nombrado representante diplomático de la nueva república en Washington, a pesar de su nacionalidad francesa; otra era la bandera del país que iba a nacer menos de un mes después. La bandera le fue entregada a Amador Guerrero por la señora de Buneau-Varilla, y seguramente la buena mujer la sacó del mismo sombrero de copa de donde su marido había sacado tantas cosas en tan poco tiempo.

Ya iba corriendo el mes de octubre. El día 14 de ese mes, Roosevelt llamó al senador Shelby M. Cullom, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado que se encontraba en Oyster Bay, para pedirle que fuera verlo a Washington inmediatamente. Al salir de la entrevista con el Presidente, el senador Cullom declaró al Herald, de New York: “Debemos hacer otro tratado, no con Colombia sino con Panamá”. Al leer el Herald, Amador Guerrero se dio cuenta de quién era el que hablaba por boca de Buneau-Varilla. Unos días después embarcó para Panamá, a donde llegó el 27. No necesitaba más tiempo para “dirigir” la revolución que iba a estallar, tal como se había anunciado en Washington y en París, el día 3 de noviembre.

El ministro de Colombia en Washington, Tomás Herrán, tuvo a tiempo informes de la conspiración y comunicó a su gobierno que el levantamiento tenía “poderoso apoyo” en los Estados Unidos y que “la Compañía del Canal y el Ferrocarril de Panamá están profundamente complicados” en el golpe. Fue entonces cuando los gobernantes colombianos se dieron cuenta de la verdad, y ya era tarde. Pues aunque movilizaron fuerzas para evitar la desmembración de su país, la acción norteamericana estaba desatada y la débil Colombia no podría pararla.

Los conspiradores panameños, que tenían en Bogotá buenos informadores, supieron que Colombia estaba despachando tropas hacia Panamá y cablegrafiaron a Buneau-Varilla, para lo que usaron el código que éste le había dado a Amador Guerrero en New York. Buneau-Varilla, que no era ni ciudadano ni funcionario norteamericano, podía recibir cables, visitar a quien quisiera, y sus actividades no comprometían al gobierno de los Estados Unidos. Pero lo cierto es que ese gobierno estaba a su servicio, es decir, al servicio de los intereses que él representaba. Así, cuando recibió el cable de Panamá, Buneau-Varilla corrió a Washington, habló con el subsecretario de Estado, señor Loomes, y desde Baltimore –para no dejar huellas en Washington– contestó a Amador Guerrero: “Treinta y seis horas Atlántico, cuarenta y ocho horas Pacífico”. Era el 30 de octubre.

Efectivamente, el buque de guerra Nashville llevó a Colón, en el Caribe –Atlántico, según dicen en América Central– a las 5:30 de la tarde del día 2 de noviembre, es decir, dentro de las treinta y seis horas fijadas por Buneau-Varilla, y, además, el mismo día salió para Colón el Dixie, que se hallaba en Kingston, Jamaica. El propio presidente Roosevelt había dado las órdenes para la salida del Dixie, cuyo capitán recibió desde Washington instrucciones muy precisas de impedir a cualquier costo que llegaran al istmo panameño refuerzos colombianos. Del lado del Pacífico, los comandantes de buques norteamericanos estacionados en Acapulco –México– y San Juan del Sur –Nicaragua– recibieron órdenes de trasladarse a toda máquina a Panamá y de usar “fuertemente” la artillería, si hacía falta, para evitar que fuerzas de Colombia fueran desembarcadas en Panamá.

Y, sin embargo, todo el plan Roosevelt-Cromwell-Buneau-Varilla Morgan-Amador Guerrero y compañía estaba a punto de fracasar, pues ese día 2 de noviembre, a las 11:30 de la mañana, habían llegado a Colón 500 soldados colombianos que habían sido transportados por el cañonero Cartagena.

Fue en ese momento crítico donde entró a funcionar el capitán James R. Shaler, el superintendente del ferrocarril Colón-Panamá. Shaler se presentó en Colón y con una sangre fría admirable, como

quien ejecuta un acto noble, invitó a los generales Tovar y Amaya, jefes de las fuerzas colombianas que acababan de llegar, a ir a Panamá en un coche especial. Los jefes colombianos dijeron que ellos irían a Panamá, pero con sus tropas, y Shaler los convenció, a costa de muchas amabilidades, de que los soldados irían también, pero en otro tren. Al llegar a Panamá, los generales Tovar y Amaya cayeron presos en manos del general Esteban Huertas, que estaba esperándolos con soldados en la estación. El general Huertas se hallaba complicado en la conspiración.

Ese día era el 3 de noviembre (1903) y estaban celebrándose en los Estados Unidos unas elecciones en las que Theodore Roosevelt sería reelecto presidente. A las seis de la tarde, en Panamá se formaba una Junta de Gobierno, presidida, desde luego, por Amador Guerrero, que horas después se haría cargo de las obligaciones que hasta ese día había tenido Colombia con el ferrocarril. La República de Panamá acababa de nacer, y tal como había previsto el agente de prensa de Cromwell, los diarios norteamericanos, abrumados de noticias el día 4, apenas se dieron cuenta de lo que había pasado en el Caribe.

Algo muy importante debió ocurrirle al gobierno de la nueva nación los días 4 y 5, porque no fue sino el 6 cuando nombró su ministro en Washington, a quien confirió categoría de enviado extraordinario “con plenos poderes para llevar a cabo negociaciones diplomáticas y financieras”. El día 7, el secretario de Estado Hay recibió al representante de la flamante república; el día 13 lo hizo el presidente Roosevelt. ¿Qué hablarían en esa histórica entrevista el Presidente de los Estados Unidos y su viejo amigo Buneau-Varilla? ¿Y en qué lengua lo harían; en la francesa del enviado extraordinario de Panamá o en la inglesa del coronel de los “rudos jinetes”?

Es difícil saberlo. Lo que se sabe es que el día 18 quedó firmado el tratado Buneau-Varilla-Hay, en virtud del cual Panamá cedió una zona del istmo para que se hiciera el canal y renunciaba a la soberanía sobre esa zona. Ese tratado, para honra eterna del Senado norteamericano, fue aprobado sin ninguna demora por 65 votos contra 15. Unos meses después, cuando los patricios panameños redactaron la Constitución de la nueva república, tomaron la célebre

Enmienda Platt y la repitieron al pie de la letra en el artículo 136, de manera que la primera Constitución de Panamá autorizaba los Estados Unidos a intervenir militarmente en el país para restablecer la paz pública y el orden constitucional cuando éste fuera violado.

[Política: Teoría y Acción, Año 11, No. 118, enero de 1990. Fragmento de la obra De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial (1970), de Juan Bosch]

Problemas de la democracia en nuestra América

Cuando el investigador se dedica a aislar las causas de los males de la democracia en la América Latina, halla que son numerosas y que todas influyen mutuamente, unas en otras, al grado de que crean subcausas de verdadera importancia. Nosotros queremos señalar solo una: la ausencia de una clase dominante que hubiera impuesto desde los primeros tiempos de la independencia su autoridad sobre los diversos sectores sociales y los hubiera conducido, con el rigor de la ley, hacia la organización y hacia la creación de las instituciones políticas indispensables en la vida democrática.

Tiene mucha difusión la tesis de que la democracia política liberal es producto de la burguesía industrial, pero se olvida con frecuencia que los Estados Unidos de Norte América, el país donde se han dado, a la vez, la democracia política y la social en la forma más sana que recuerda la historia, no estaban regidos por una burguesía industrial cuando iniciaron su vida independiente en el siglo XVIII. Ahora bien, como tampoco había allí una clase dominante propiamente dicha al cesar la dominación inglesa, puede parecer caprichosa la afirmación de que la falta de una clase dominante es una causa de mucho bulto entre las que explican la ausencia de democracia política en la mayoría de los países de América Latina.

Al llegar a este punto, en los inicios mismos de nuestro trabajo, nos hallamos con un ejemplo de lo difícil que es aislar los orígenes de los males de nuestra democracia. Pues parece, en efecto, que si el desarrollo de la democracia no fue perjudicado en la América del Norte por la carencia de una clase social dominante, no puede ni debe haberlo sido en la América Latina. Sucede, sin embargo, que en las colonias inglesas había un factor cultural que no actuaba en las colonias españolas. Allí se contaba con la tradición del respeto a los derechos individuales; entre nosotros la tradición consistía en el ejercicio de la autoridad gubernamental.

La monarquía tenía en Inglaterra origen divino, pero los colonos acostumbraban elegir sus representantes de entre ellos mismos, cosa

que no ocurría en las dependencias españolas. Para nosotros solo había una autoridad, la real, y su fuente era divina —“Por la Gracia de Dios. Rey de España”—; de manera que cuando se desconoció el derecho del rey sobre las colonias, y fue, por tanto, abolido el origen divino del poder público, nos hallamos, con que no había, en todo el Continente, fuente legal o tradicional de la autoridad, y ésta tuvo que ser ejercida por el hombre más fuerte, por el que dispusiera de más armas a su orden. Allí donde no existía la “fuerza, del Derecho” se creó, por exigencias de la vida misma de la sociedad, “el derecho de la Fuerza”; y en vez de la buena tradición del respeto a los derechos individuales se estableció infecunda tradición del derecho del más fuerte.

Esta especie de subversión, que no puede ser calificada como tal porque ella fue una imposición del medio, tuvo su razón de ser: la falta de una clase dirigente. Pues la que estaba llamada a serlo o no se hallaba madura para echar sobre sus hombros tarea tan descomunal, o se había lanzado a la guerra de independencia —como sucedió en Venezuela— y había sido físicamente destruida en la contienda, o no cumplió sus deberes, como en el Perú.

Una clase social estable es el producto del desarrollo económico, cultural y político normal, y la manera en que España organizó la vida americana no permitía ese desarrollo. Habiéndose hallado frente a ese hecho, los libertadores se vieron en el caso de actuar como lo aconsejaron o lo permitieron las circunstancias; y como, por otra parte, al ser destruida la autoridad monárquica la América de lengua española quedó situada en lo que podríamos llamar un amplio vacío de poder, los hombres que hicieron la guerra tuvieron que llenar ese vacío ejerciendo ellos el poder o se exponían a que su obra fuera destruida por el caos. Ese es uno de los dramas históricos más impresionantes entre los muchos que han enfrentado los héroes: qué hacer, cuando se ve el final de la acción, para que la obra creada no se pierda en el caos. Podemos imaginarnos a Simón Bolívar formulándose la tremenda pregunta sin que apareciera una respuesta adecuada a su angustiada interrogación. La solución no era sino una: que los que habían combatido hasta destruir el poder del rey ejercieran la autoridad allí donde la del monarca no existía. No

podía ser de otra manera, no había ni tiempo, siquiera, para organizar, la sociedad sobre bases seguras. La solución que al parecer hubiera escogido San Martín —la de establecer una gran monarquía americana con personas de sangre real europea— era impracticable debido a la oposición interna-nacional, que habría surgido inmediatamente de parte de países europeos y de parte de los Estados Unidos, y debido también a la oposición de las grandes masas, que habían identificado la independencia con la república. En cuanto a la angustiada hora de duda sobre cómo debía ser organizado el poder, se produciría en los primeros tiempos y en los libertadores de alma fina, y culta; después el ejercicio personal de la autoridad se hizo tradición y conquistar el poder público para usarlo como un bien privado no podía suscitar ninguna preocupación en el alma montaraz del indio Rafael Carrera, por ejemplo.

Razas diversas

De México a la Argentina, del Caribe al Pacífico, la América Latina era un continente poblado por razas diversas a las que solo unían la religión católica y la lengua española. Aun de este último vínculo escapaban el Brasil y Haití. La idea de una unidad global y profunda es falsa; no sólo no la había en el escenario continental, pero ni siquiera era cierta en lo regional y, en muchos casos, ni en lo nacional. Pues no había ni a lo largo del Continente ni en una zona ni en cada país, una coordinación de grupos sociales organizados para la explotación económica o para el desarrollo cultural. No había en toda la América Latina un grupo humano con la fuerza y la preparación necesaria para imponer su voluntad a los demás, lanzarse a la conquista del poder público y establecer desde él un concepto de vida ciudadana. Solo hubo la excepción de Haití, donde los negros se propusieron conquistar el poder para ellos y lo lograron, pero sin una idea más allá de esa: el poder para los negros. Casi inmediatamente después de haber sido fundada la república, los negros de Haití se dividieron en los monárquicos del Norte y los republicanos del Sur; en el Imperio de Cristóbal y la República de Petión.

Esta falta de ordenación tuvo sus frutos buenos: la democracia social y, en gran número de países, la democracia racial. Pues en la América Latina sucede que sin haber alcanzado la democracia política llegamos pronto a la social y a la racial. Bastaba que alguien se destacara, especialmente en la acción de las armas durante las guerras libertadoras o en las convulsiones que les siguieron, para que pudiera alcanzar posiciones predominantes, se tratara de un indio como Benito Juárez, de un blanco como Santander, de un mestizo como Páez o de un negro como Luperón; podía ser de cuna ilustre como Simón Bolívar o de origen humilde como Francisco Morazán; ser hijo legítimo como Sucre o natural como O'Higgins; haber nacido en el lugar de sus hazañas, como José Martí, o en otro país de América, como Máximo Gómez; ser sacerdote como Hidalgo y Morelos o masón como José de San Martín.

La presencia del indio americano, desposeído y esclavizado en su propio lar pero aferrado a su modo de vida, la del conquistador español con sus diferencias de castas y la del negro africano como esclavo, las tres razas mezclándose sin que se hubieran integrado culturalmente todavía cuando comenzaron las guerras de independencia, era ya un problema serio de por sí. La política colonial española no tomaba en cuenta la gravedad del caso.

España poseyó pero no gobernó, pues no previó, y, por tanto, no organizó, aunque creyera que lo hacía porque no cesaba de producir pragmáticas.

La legislación por sí sola no ordena. La ordenación tenía que ser el producto de una clase dominante, y no la hubo en América porque el Estado metropolitano asumía el papel de rector supremo. La falta de esa clase dominante se tradujo en falta de organización, y el resultado fue un verdadero caos social, económico y político cuando el poder español fue destruido. Obsérvese que allí donde una clase dominante tomó en sus manos el poder a raíz de la expulsión de España —lo cual, desgraciadamente, solo sucedió en Chile—, el Estado nació fuerte y tuvo desde el primer momento capacidad para mantener un régimen democrático, tal como lo pedían las grandes masas que se habían lanzado a la lucha. Es digno de tomarse en cuenta que de los

tres países de la América Latina donde con más salud se ha dado la flor de la democracia –Chile, Uruguay y Costa Rica– ha sido en Chile donde con más lozanía y durante más largo tiempo se ha mantenido. Ahora bien, sucede que en Chile ha habido siempre una clase dominante: o los mineros, o los dueños de tierras, o los banqueros o una asociación de banqueros e industriales. Conviene tomar nota de que las épocas de conflicto político han coincidido en Chile con el traspaso del poder de un grupo social a otro que ha insurgido con fuerza bastante para desplazar al que lo ocupaba.

Desde luego, sería absurdo tratar de explicar todos los males de nuestra democracia con la fórmula única de la falta de una clase dominante. Los procesos históricos no son estables. Entre nosotros el caos se hizo tradición, y luego, cuando el imperialismo comenzó a jugar un papel importante en nuestros países, halló grupos sociales dispuestos a servirle con provecho para ellos y sin consideración alguna por la voluntad de las masas.

A menudo se ha confundido en la América Latina la falta de integración cultural con la confusión racial, argumento que todavía se oye en algún que otro lugar del Continente. El autor de estas líneas ha oído por lo menos dos veces decir que la democracia costarricense es fruto del predominio de la raza blanca en el pequeño país centroamericano. Las dos veces el autor recordó que por muy blanca que fuera la raza de Costa Rica no lo era más que la de Alemania, y Alemania produjo el nazismo. El país más homogéneamente blanco de la América Latina es Argentina, y Argentina tuvo a Juan Domingo Perón y a sus descamisados. ¿Por qué? ¿Cuál fue el origen del movimiento peronista? ¿No sucedió en la Argentina algo parecido a lo que en tres ocasiones ha sucedido en Chile, esto es que una clase social de nueva aparición luchó por arrebatar el poder a la que lo tenía? ¿No fue que en la contienda por el poder librada por la naciente burguesía industrial argentina contra los grandes terratenientes se abrió una brecha por la que asomaron las masas proletarias de las ciudades, y especialmente de Buenos Aires, encabezadas por Perón y Eva Duarte? ¿No fue esa una crisis parecida a la que padecieron los Estados Unidos cuando el sector terrateniente y esclavista del Sur se rebeló contra el Norte, de economía industrial, dando así origen a una guerra devastadora?

El costo de las guerras

Los Estados Unidos fueron afortunados por cuanto su desarrollo estuvo delimitado geográficamente: al Norte la sociedad industrial, al Sur la sociedad agrícola de base esclavista. Cuando el conflicto entre las dos clases se produjo, tuvo una localización geográfica; fue una guerra entre el Norte y el Sur, no el tipo de guerra civil que conocemos en la América de lengua española. Nuestras luchas no se definieron por regiones, aunque haya bastante de ello en el fenómeno llamado, “andinismo” en Venezuela. Por otra parte, nuestras guerras de independencia fueron costosas en vidas, en bienes y en orden social. Perdimos cientos de millares de vidas; perdimos riquezas muebles e inmuebles en cantidad desproporcionada con nuestras posibilidades; perdimos ciudades, haciendas, establecimientos de producción; y, por último, perdimos el orden social de la colonia sin que pudiéramos reponerlo con el orden político republicano. El excesivo costo de las guerras fue un factor de importancia, entre varios, en esa incapacidad para imponer una nueva ordenación de nuestras sociedades.

Al terminar las guerras de independencia la América Latina quedó físicamente exhausta. Los Estados eran pobres, la producción estaba desorganizada y había descendido a niveles casi inexistentes; habíamos perdido nuestros mercados compradores, el comercio interior estaba deshecho. Nunca habíamos tenido escuelas, maestros, caminos —con la excepción de los de mula—, puertos buenos —con la excepción de los naturales—; no se conocía en esos tiempos la explotación racional de las riquezas del suelo. Grandes núcleos de la población reclamaban posiciones; no tenían aptitudes para desempeñarlas pero tenían derecho a ellas porque se habían jugado la vida en la creación de las nacionalidades. Si nos hacemos cargo de cómo quedó el continente al terminar las guerras libertadoras, no puede causarnos asombro que el caos social y económico se manifestara en revueltas incesantes. Todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX fueron de reacomodación para la América Latina. Lo que debe asombrarnos es que a pesar de la debilidad intrínseca con que nacimos a la vida de la libertad tengamos hoy un Continente próspero, con grandes centros civilizados, y que la democracia política

haya seguido siendo, como lo es, una aspiración unánime de nuestros pueblos.

Aún en las más empedernidas dictaduras de la América Latina se advierten signos de respeto a ciertas conquistas de la democracia. Por ejemplo, los peores tiranos se proclaman a sí mismos adalides de la democracia y ninguno de ellos se atrevería a defender doctrinas racistas, como la nazista, o a erigirse en campeón de la desunión interamericana. En esta actitud no hay solo temor a una opinión adversa en los Estados Unidos; hay sobre todo una gran dosis de respeto a lo que son sentimientos muy vivos en las masas de nuestros pueblos.

Los males del continente se manifestaron con mayor fuerza en la zona del Caribe debido a muchas causas: el Caribe fue el campo de lucha, preferido por las naciones europeas en los siglos de la colonización; el Caribe fue la zona más maltratada por la explotación colonial porque era la que mejor se prestaba al desarrollo agrícola sobre base esclavista. Las luchas de las metrópolis europeas se hicieron más dramáticas en el Caribe que en otras zonas del Continente. Fue en el Caribe donde más costosa, en todos los órdenes, resultó la guerra por la independencia. Solo en Haití, Venezuela y Cuba murieron cerca de un millón de personas a causa de las rebeliones contra Francia y España. En esos días no había Plan Marshall ni ayuda técnica para ayudar a la reconstrucción de lo destruido; el pueblo empobrecido por la guerra quedaba a merced de sus propias fuerzas, o —lo que era peor— librado a la codicia extraña. Fue tanta la pobreza en algunas regiones del Caribe durante el siglo XIX, que en el oriente de Costa Rica llegó a usarse como moneda el grano de cacao.

La participación del Caribe en las grandes guerras americanas por la independencia fue decisiva y de tanta importancia que cambió el curso de la Historia en todo el Continente. Resulta aleccionador observar que el punto del Caribe más oprimido, y, por tanto, el que parecía más alejado de las posibilidades de la rebelión —que tenía, además, escasa categoría por su tamaño y por su posición geográfica—, fue el eje sobre el cual giró en sus inicios la gran tormenta libertadora. Se trata de Haití, la minúscula colonia que Francia había establecido en la porción occidental de la isla de Santo Domingo.

Esa isla de Santo Domingo fue bautizada La Española por el almirante Don Cristóbal Colón, y en ella estableció él mismo la primera base militar y política de España en el Nuevo Mundo. Situada entre Puerto Rico, al Este, y Cuba al Oeste. La Española era rica en montañas que le daban diversidad de clima dentro del tropical, rica en aguas y en tierras feraces; su tamaño –unos setenticinco mil kilómetros cuadrados– resultaba adecuado para el desarrollo de una población agrícola numerosa. Su situación era tan conveniente que los piratas y corsarios que comenzaron a infectar el Caribe en el siglo XV, tomaron sus costas noroccidentales, como las mejores bases para atacar la navegación española. Sin embargo, España no comprendió su importancia.

En el siglo XVII, corsarios y piratas franceses acabaron fundando establecimientos en la costa oeste de la isla; y llegó el día en que España reconoció esos establecimientos como colonias de Francia, cometiendo así el desatino de permitir que en un punto de gran valor estratégico se introdujera una cuña militar y política enemiga. La isla de Santo Domingo pasó a ser, pues, colonia francesa en el Oeste y colonia española en el Este; la continuidad insular se había roto. Ya antes Jamaica había pasado a manos inglesas. Las cuatro grandes islas del Caribe –Cuba, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico– hubieran podido formar una rica provincia ultramarina del imperio español. España no lo comprendió, porque España poseía pero no gobernaba.

Repercusiones fatales

En el juego político mundial, igual que en el ajedrez, el pequeño error de hoy puede tener consecuencias incalculables mañana. La presencia de una colonia francesa en la isla de Santo Domingo tuvo repercusiones fatales para la metrópoli española en la tierra continental de Sur América. Pues Haití no fue solo el país latinoamericano que primero se independizó dando así el ejemplo a las colonias de España, sino que, además, fue él el que acogió a Bolívar cuando éste se vio forzado a abandonar la tierra continental, y

le dio protección y ayuda en dos ocasiones decisivas para el porvenir de la guerra de independencia en Venezuela y en Colombia. Haití libre fue una puntilla en la testuz del imperio.

Ningún país de la América Latina fue más inmisericordemente explotado que Haití, ni aun Bolivia, la martirizada por la codicia. Al acercarse el final del siglo XVIII, Haití era la colonia más próspera de Francia y se le consideraba la más rica del mundo. Esa valiosísima colonia tenía menos de treinta mil kilómetros cuadrados, gran parte de los cuales eran de montañas; no había allí minas de ninguna especie; su riqueza era solo agrícola y provenía del trabajo esclavo. La parte más feraz y la más grande de la isla estaba en manos españolas, pero su población era menos de la cuarta parte de la de Haití y su producción no podía acercarse ni al diez por ciento de la haitiana. El concepto de colonia-factoría cristalizó en Haití antes que en ninguna otra parte del mundo.

Hay tierras con destino, por lo visto; pues esa isla de Santo Domingo, cuando se llamó La Española en los días iniciales de la Conquista, dio origen a la Legislación de Indias, que es el primer intento de establecimiento de un orden legal como vínculo entre metrópoli y colonia en los tiempos modernos; de allí procedían los indios que llevó Colón a España en su segundo viaje para venderlos como esclavos, y a esos indios les tocó inaugurar una nueva era en el derecho de gentes cuando los Reyes Católicos se opusieron a su venta porque no habían sido tomados como botín en acción de armas; de allí saldrían las primeras opiniones opuestas al derecho de conquista, los alegatos de Montesinos, Las Casas y otros monjes dominicos, ese importante movimiento que el investigador cubano José María Chacón y Calvo llamó “criticismo”.

En la porción occidental de esa isla, la más cercana a las montañas del Bahoruco, por cuyos bosques anduvo sublevado durante quince años el cacique Enriquillo en los albores del siglo XVI, establecieron piratas y corsarios franceses, entre mediados del XVI y principios del XVII, la colonia-factoría más próspera del mundo, la fabulosa Haití o Saint-Domingue, ejemplo de explotación organizada. En el 1780, Haití tenía más de medio millón de esclavos trabajando en la

producción de azúcar, de café, cacao, añil, ganado. En la época más productiva de su historia colonial, que fue a mediados del siglo XIX, Cuba no llegó a tener un millón de esclavos; para alcanzar la proporción de Haití debió haber tenido dos millones y medio. Esto quiere decir que la explotación de Haití fue por lo menos cinco veces más intensa que la de Cuba. La conclusión a que se llega es simple: si España se hubiera dedicado a organizar sus colonias con el criterio de Francia, la riqueza del imperio español habría alcanzado límites insospechados.

Aclaremos, de paso, que no era ese el tipo de organización colonial a que nos referimos, echándola de menos, al comenzar este estudio. La organización colonial francesa en Haití tenía como objetivo único la explotación del suelo y de los esclavos para que les produjeran riqueza a sus amos. El criterio de organización colonial con vistas al desarrollo político de los pueblos dependientes es otra cosa; consiste en reconocer con anticipación, como alcanzó a verlo en el siglo XVIII, el conde de Florida-blanca, el porvenir de las colonias en el orden político, y en consecuencia, darse a la tarea de preparar a las poblaciones dependientes para que en su día puedan administrar sus propios territorios; consiste en considerarlas como parte integrante del Estado metropolitano, no como una propiedad privada, y, por lo mismo, dar a sus naturales categoría de ciudadanos. Puede alegarse que este es un concepto demasiado avanzado para la época de la Conquista y de la Colonia en América. Pero no lo consideraron así los españoles que reclamaron para los indios de América el tratamiento de vasallos de Su Majestad, que debían ser protegidos por los Reyes como ciudadanos. Además, ¿no hubo en la Historia antigua el ejemplo de las colonias griegas?

La Revolución Francesa tuvo repercusiones inmediatas en Haití, y, por tanto, en la colonia española que compartía con Haití la isla de Santo Domingo, pues convencionales de París declararon que todos los hombres eran iguales ante la ley; no dijeron todos los hombres blancos o todos los que fueran propietarios sino todos los hombres, sin distinción de raza o condición social. Como es lógico, los esclavos negros de Haití estaban comprendidos en esa igualdad universal, puesto que Haití era territorio francés y se hallaba gobernado por el régimen revolucionario de París.

La reacción de los amos de tierras y de esclavos de Haití fue inmediata: no acatarían lo ordenado por la Convención. Las autoridades de la colonia se pusieron de parte de los propietarios. El poder político y el poder económico de la colonia se colocaron, pues, en abierta rebelión contra su metrópoli.

La sublevación de los esclavos

En la maraña de una serie de acontecimientos dignos de estudio por su valor de lección histórica, hallamos que el gobierno francés hizo frente a la rebelión de los colonos apoyándose en las masas esclavas, quienes sirviendo al régimen metropolitano aprendieron el arte de combatir y se dieron cuenta de cuántas eran sus propias fuerzas. La sublevación de los esclavos tomó los más inesperados caminos, pero al final se convirtió en guerra a muerte contra los amos que los habían explotado y contra la metrópoli de la cual procedían esos amos. Entre los años finales del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX, los negros de Haití hicieron la revolución más completa que recuerda la historia humana, pues fue a un mismo tiempo revolución social, de esclavos contra amos; revolución política, de colonos contra metrópoli, y racial, de negros contra blancos.

De la gran convulsión haitiana salió la primera república libre de la América Latina, establecida en 1804; esa república se convirtió, a la muerte de Dessalines, en el imperio del Norte, encabezado por Cristóbal, y la república del Sur, encabezada por Alejandro Petión. Fue este Alejandro Petión quien ayudó dos veces a Simón Bolívar para que reemprendiera la guerra libertadora contra España en la tierra continental; a cambio de esa ayuda, que haría posible la creación de cinco repúblicas desde las orillas del Caribe, hasta los Andes del Sur, el presidente haitiano sólo pidió al general caraqueño la libertad de los esclavos en los países que fuera haciendo libres.

La colonia española que ocupaba la porción este de la isla de Santo Domingo no podía escapar a la tempestad social y política desatada en el Oeste. Los esclavos sublevados en Haití consideraron

peligrosa la existencia de una colonia esclavista en la misma isla, e invadieron la parte oriental. Toussaint Louverture, el extraordinario negro haitiano que había sido hasta los cuarenta años cochero de sus amos franceses y que probó ser uno de los más hábiles y juiciosos políticos de su tiempo, proclamó la “unidad e individualidad” de la isla, y diciendo que actuaba a nombre de Francia, ocupó con tropas haitianas la porción española. Más tarde la ocupación sería encabezada por Dessalines, el creador de la República de Haití; después, por Cristóbal, el emperador del Norte; más tarde aún –en 1822–, por el presidente Boyer.

La parte española fue cedida a Francia cuando España resultó invadida por las tropas napoleónicas, y utilizada por Napoleón como base de operaciones contra Haití. Los dominicanos, que se consideraban todavía españoles, batieron a los soldados de Bonaparte en la rápida y afortunada campaña llamada de la Reconquista. La isla de Santo Domingo figuró en los propósitos de Napoleón como el punto clave en sus planes para lanzarse a la creación de un vasto imperio colonial francés basado en la Luisiana, esto es, en el corazón de la América del Norte. Esos planes resultaron fallidos debido a la sublevación haitiana contra las fuerzas de Leclerc, cuñado del Emperador, que fue derrotado por Cristóbal, y a la campaña dominicana de la Reconquista.

La rebelión haitiana, y sus reflejos inmediatos en la parte española de la isla, llenaron unos treinta años –la última década del siglo XVIII y las dos primeras del siglo XIX– de la vida dominicana. En esos años, la colonia española de Santo Domingo perdió a sus mejores hombres; emigraron hacia Cuba, hacia Puerto Rico y hacia Venezuela las más cultas y ricas de las familias. La colonia empobreció tanto que a mediados del siglo XIX, tendría unos ciento veinticinco mil habitantes, es decir, una densidad que no llegaba ni a 2.5 por quilómetro cuadrado. En las montañas solitarias, en los valles abandonados a una vegetación selvática, en los raquíuticos centros poblados, ¿qué podían producir esos escasos habitantes? Los males del abandono en que dejó España a la que fue su primera colonia en el Nuevo Mundo se veían allí agravados, porque fue precisamente ahí donde hicieron crisis más violenta los errores de la metrópoli.

Cuando de esa colonia dejada a su suerte, maltratada por los desaciertos metropolitanos, surgió en 1844, la República Dominicana, ¿podía esperarse una sociedad democrática saludable? De ninguna manera; y son en verdad dignos del respeto de la historia los abnegados soñadores que la fundaron con la esperanza de que amparara a un pueblo libre. La fe con que los creadores de la patria americana miraron hacia el porvenir es conmovedora; esa fe explica el milagro de nuestra supervivencia, y como no hay duda de que el paso de los siglos confirma las esperanzas de aquellos grandes hombres, cada día nos parecen más dignos de nuestra veneración porque no trabajaron para ellos sino para las generaciones que habían de sucederles. Tres patriotas encabezaron la larga tarea de fundar la República Dominicana, Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella. El primero murió desterrado en Venezuela; el segundo, fusilado en su país; el tercero, prácticamente olvidado en la tierra que ayudó a hacer libre.

Desde el momento mismo en que nace, la República Dominicana comienza su vida de cuartel y durante once años combate en la frontera haitiana. Un pueblo pobre, escasamente poblado, no halla escuela de democracia en los campamentos militares; los medios de que dispone no pueden ser usados en libros sino en fusiles; los mejores de sus hombres no pueden dedicarse a organizar al pueblo para la vida superior sino que tienen que correr a mandarlo en las batallas; los caudillos que alcanzan el favor público en épocas de guerra no son los que predicán ideas sino los que abaten al enemigo entre toques de cometas y estampidos de cañón. No fue Benjamín Franklin el elegido para gobernar a Estados Unidos cuando éstos dieron fin a su lucha contra Inglaterra, sino George Washington, el general victorioso. Ahora bien, George Washington era un militar inglés educado en el respeto al derecho, pero Pedro Santana, el vencedor de los haitianos en la porción española de la isla de Santo Domingo, era un campesino adusto e inculto, criado en la concepción colonial de España, la de mandar y no la de gobernar, la de encarcelar en vez de educar, la de fusilar en vez de convencer. Pedro Santana, fue quien ordenó destierro de uno de los padres de la patria y el fusilamiento de otro; hizo fusilar hasta a la autora de la primera bandera dominicana, hermana de Francisco Rosario Sánchez. En 1861, cuando sintió que

su final se acercaba, Pedro Santana, dictador militar, usó su autoridad de caudillo de armas en devolver la república a su antigua condición de colonia: en 1861, la República Dominicana pasó a ser otra vez posesión española, y el presidente Santana, Capitán General a las órdenes de Su Majestad Isabel Segunda. No hay igual en la historia de América.

Consecuencias remotas

Veamos ahora las consecuencias remotas del zarandeo internacional a que estuvo sujeta la tierra dominicana: con las invasiones haitianas de 1822, había llegado al país y se había establecido en una villa cercana a la capital –Santo Domingo de Guzmán– la familia Chevalier; tenía apellido francés, pero era haitiana y, por tanto, de origen africano. Miembro de esa familia era la joven Diyeta Chevalier. Con las tropas españolas que entraron en la República Dominicana en 1861 llegó José Trujillo Monagas, natural de las Islas Canarias, veterinario del cuerpo de Sanidad Militar del ejército de Isabel Segunda. Diyeta Chevalier estaba llamada a ser la bisabuela materna del dictador Rafael Leonidas Trujillo; José Trujillo Monagas iba a ser el abuelo paterno. Una invasión dio la rama femenina, una ocupación militar dio la rama masculina; y al cabo de los años, otra ocupación militar, la norteamericana de 1916, formaría la atmósfera necesaria a la aparición de Trujillo como dictador. Así va trabajando la historia, por estratos; y en países como los de América nada ocurre sin que deje una simiente llamada a dar frutos más tarde. Los frutos pueden ser espléndidos, como José Martí, hijo de valenciano y de canaria; pueden ser útiles, como José Figueres, hijo de catalanes; pueden ser venenosos, como Boves, el asturiano, o Rafael Leonidas Trujillo. Pero espléndidos, útiles o venenosos, son los de la tierra americana; se dan como un resultado de lo que hay en ella, y unos y otros, van formando el cañamazo de la historia en nuestro fecundo Continente.

La colonia española de Santo Domingo se había desligado de la Metrópoli en 1821, y en esa ocasión se declaró protectorado de la Gran Colombia. Fue el único territorio de América no ocupado

por soldados de Bolívar que izó la bandera del Libertador. Pocos meses después, a principios de 1822, los haitianos invadieron y se mantuvieron en el país hasta febrero de 1844, cuando se estableció la República Dominicana, y, comenzó la guerra de once años contra Haití. La anexión a España se produjo en 1861 y en 1863, comenzó la sublevación contra los ocupantes españoles y sus aliados, los partidarios de Pedro Santana, el anexionador. La guerra, llamada de la Restauración, terminó en 1865. En 1869, el gobierno dominicano inició negociaciones para anexar el país a Estados Unidos, lo que nuestros pueblos ha probado dio origen a una nueva guerra, la llamada “de los seis años”. Al terminar ésta, en Santo Domingo no había grupo social con fuerza dominante: estaban arruinados los ganaderos, los madereros, los comerciantes, los agricultores, y, desde luego, el Estado. La población de todo el país era menor que la de la ciudad de La Habana; a duras penas se mantenían algunas escuelas de primeras letras, y la situación, en general, era tan mala como lo había sido ochenta años atrás.

Sin embargo, poco después de haber salido de esa guerra “de los seis años” el pueblo dominicano comenzó su primer esfuerzo notable de organización; fue el establecimiento de la Escuela Normal para formar maestros, obra creada por Eugenio María de Hostos con el auxilio de varios jóvenes. Hostos fue uno de esos grandes forjadores de conciencia en América, varón ejemplar, de los que tenían vocación de crear naciones con restos de andrajos coloniales. Veinte hombres como Hostos que hubiera tenido América un siglo antes, y la faz del Continente habría cambiado.

Pues el material humano de nuestros pueblos ha probado tener una calidad ejemplar; hemos tenido en todas las épocas hombres enamorados de la grandeza; hemos tenido inteligencias brillantes y caracteres fieros en la defensa de la justicia, la bondad, y la verdad. Nos faltaron maestros, ¿y cómo habíamos de tenerlos si la propia España carecía de ellos? Cuando aparecieron los caudillos de las ideas, los que les siguieron formaron legión. Hostos fue uno de esos caudillos, y en la República Dominicana halló discípulos fervorosos.

El entusiasmo por la cultura que acertó a crear Hostos en la República Dominicana dio resultados admirables. Además de

la Escuela Normal para hombres se fundó, bajo el cuidado de la poetisa Salomé Ureña de Henríquez, la Escuela Normal de mujeres; surgieron sociedades de cultura, escuelas, centros cívicos, periódicos; se organizaron torneos literarios y científicos, se formaron escritores y poetas. Puede estimarse como un fruto de esa noble agitación el Enriquillo, de Manuel de Jesús Galván, uno de los libros más extraordinarios de las letras castellanas: novela, historia y tragedia a un tiempo.

Hubiera sido saludable el cuerpo social dominicano, y con el impulso creador de Hostos y de sus seguidores habría tenido bastante para desarrollarse sin estorbos. No lo era, sin embargo, y diez años de trabajo, por torrencial que sea la fe con que se labora, no bastan para llegar hasta las raíces de un árbol sembrado siglos antes. En lo primario de las raíces el árbol dominicano estaba enfermo. Daba flores, perfumaba el aire tropical, pero la obra regeneradora debía ser mucho más larga para curarlo del todo. Entre el 1880 y el 1890, aquellos que habían hecho la guerra de la Restauración y la de “los seis años”, formados en el fragor de los combates, unos por acción y otros por omisión, fueron creando la atmósfera necesaria a la aparición de un dictador. La dictadura, encabezada desde luego por el general más afortunado de entre ellos –Ulises Heureaux– acabó hallando en Hostos y en sus discípulos el obstáculo más obstinado a su afán de poder. Hostos tuvo que abandonar el país; se fue a Chile, y sus seguidores resultaron, tras enconada lucha, dispersados por la fuerza.

Pero en América Latina hay una profunda corriente creadora a la que ni aun el más empedernido de los tiranos puede oponerse. La necesidad de progreso es tan viva en nuestros pueblos como la necesidad de libertad; de manera que cuando la última les es negada el dictador tiene que suplantarla con un progreso de orden físico más acelerado que lo normal. Estamos por creer que podría hallarse la fórmula de relación constante que hay entre la pérdida de libertad y el aumento de bienes materiales públicos en cada uno de nuestros países. Los tiranos de la América Latina aspiran a justificar sus tiranías levantando obras públicas, y más obras públicas inauguran cuanto menos libertad admiten. Vista con un criterio benévolo, esa actitud

de los tiranos indica que ellos mismos reconocen el mal que hacen y tratan de compensarlo con edificaciones que llenen el ojo del pueblo. Venden su conciencia al diablo, puesto que ninguno de ellos ignora que “no solo de pan vive el hombre”, pero tratan de engañarse a sí mismos engañando a los demás con el disfraz de constructores.

La dictadura de Lilís

La dictadura que encabezó Ulises Heureaux en la República Dominicana entre 1886 y 1899, tuvo esas características comunes a la mayoría de las tiranías americanas: levantó edificios, tendió ferrocarriles, llevó el telégrafo al país; y como Santo Domingo era pobre, para realizar esas obras comprometió la hacienda nacional con empréstitos extranjeros. El dictador fue muerto en 1899 por un grupo de jóvenes de la clase media. A partir de la muerte de Heureaux comenzó una era de convulsiones políticas que no cesarían sino en 1916, año en el cual, alegando que los intereses de sus nacionales se hallaban en peligro, el gobierno de los Estados Unidos ordenó a la Infantería de Marina que ocupara el territorio dominicano. Desde 1915, esa misma fuerza había ocupado Haití; de manera que al mediar el 1916, segundo año de la guerra europea de 1914-1918, la antigua Española de Colón se halló gobernada militarmente por Norteamérica.

Este no es el momento de exponer las causas profundas de la ocupación norteamericana en Santo Domingo. La expansión imperialista de los Estados Unidos se hallaba en su apogeo y el Caribe era la zona natural de esa expansión. La escuadra iba tras el dólar, pero a menudo la escuadra la abría camino al dólar, y esto último fue lo que sucedió en Santo Domingo. Lo que nos importa a nosotros advertir ahora, como lo hemos hecho antes numerosas veces, es que el imperialismo fue una consecuencia natural del desarrollo del capitalismo en Norteamérica dentro de la concepción de la época, y que en la misma medida en que ellos son culpables de haberse aprovechado de sus fuerzas olvidando toda regla moral, nosotros somos culpables de no haber hallado en nuestras reservas

morales algún contén que oponer a esas fuerzas desatadas. Si los países del Caribe hubieran tenido organización, progreso, cultura, paz, dignidad nacional en una palabra, no habría habido ocupación militar norteamericana ni en Cuba ni en Panamá ni en Nicaragua ni en Haití ni en Santo Domingo. Un gran cubano lo dijo: “Opongamos a la expansión extraña la virtud doméstica”. Nos faltó la virtud, y si no perecimos fue debido a que el mundo rechazaba, ya en el siglo XX, la acción de la fuerza como origen del derecho de posesión.

Ahora vamos a entrar en la descripción de ciertos males del pueblo dominicano que habían perdurado desde los días de la Colonia. Uno de ellos fue la división de la familia nacional en castas. Santo Domingo no se libró nunca de esa absurda tradición colonial. La división era superficial y a la vez profunda, paradoja que requeriría una larga explicación. Era superficial porque no impedía que gentes de extracción humilde alcanzaran las posiciones dominantes del país si tenían condiciones para imponerse al medio; y era profunda porque impedía que las posiciones medias fueran ocupadas por aquellos que no procedían de los círculos considerados aristocráticos, llamados por la generalidad “de primera”. Era superficial porque no tomaba en cuenta la raza o la cultura o los medios económicos como fundamento para la división: se podía ser “de primera” siendo negro o mestizo, inculdo o pobre, si se procedía de familias que hubieran tenido participación destacada en la vida pública; era profunda porque el primero que diera lustre a su casa con hechos notables hallaba cerradas las puertas de los círculos “de primera” cuando intentaba entrar en ellos por vez primera.

La población que no era “de primera” se dividía en los “de segunda” y los “de tercera”. Los más afectados por la división eran los “de segunda”, por lo general gentes de recursos limitados, propietarios de pequeños negocios, más cercanos a los “de primera” pobres, con los cuales no podían compartir en ciertas ocasiones. Los “de primera” se reunían en centros de diversión llamados “clubs”, casi siempre la mejor construcción de cada poblado. En las poblaciones pequeñas la división se acentuaba sobremanera a la hora de celebrar un sarao, y era frecuente que de dos jóvenes amigos que estudiaban juntos y juntos recorrían las calles en las horas de descanso, uno no

podiera asistir a las fiestas del “club” a donde iba el otro, porque este era “de primera” y aquel “de segunda”.

En muchos de esos jóvenes “de segunda” la humillación era una fuente de terribles sufrimientos. Rafael Leonidas Trujillo, hijo mayor de una familia “de segunda” de una villa cercana a la capital del país, jamás le perdonó al pueblo dominicano esa división en falsas castas, y, sobre todo, jamás le perdonó que él no naciera “de primera”. En su complicada alma llena de abismos, en esa humillación de sus días juveniles creció el hambre de honores, el afán de posiciones cada vez más altas, y de los títulos más pomposos, de que daría muestras tan pronto se convirtiera en dueño del poder político. Tan fuerte fue en él la necesidad de vengarse de aquellas afrentas que cuando llegó a la preeminencia que le confirió la dictadura hizo desbandar todos los “clubs” del país y los forzó a reorganizarse con su nombre. Actualmente, en cada ciudad dominicana el “club” principal se llama “Presidente Trujillo”. La falsa división de los dominicanos en las tres categorías –“de primera”, “de segunda” y “de tercera”– no ha sido eliminada aún.

Otro de los males coloniales fue la vergüenza de la pobreza y el “tabú” del trabajo manual para las gentes que se consideraban “importantes”. Estas no podían trabajar si no era en funciones públicas o en profesiones liberales, pero en caso de hallarse sin trabajo se consideraban deshonoradas si daban muestras de pobreza. Trujillo, miembro de una familia modesta, identificó la posesión de dinero con la importancia social a edad tan temprana, que a su primer animal de silla, una potranca que le regalaran siendo niño, la llamó “Papeleta”, nombre con el que se designa en el país los billetes de banco; su primera hija, nacida cuando él había cumplido apenas los veinte años, la bautizó Flor de Oro.

La necesidad de honores y la riqueza acabaron confundándose en el alma atormentada del joven Trujillo. Había llegado al mundo con una psicología propicia a ser deformada por los complejos; y crecía en un medio social en que esos complejos se producían como fruto natural del ambiente. El resultado lógico tenía que ser, como lo fue, la formación de un psicópata que podía resultar peligroso para

la comunidad si se le ofrecían circunstancias favorables. Para mal de los dominicanos, las circunstancias favorables se produjeron cuando el país fue militarmente ocupado por la Infantería de Marina de los Estados Unidos en 1916.

La Guardia Nacional

Entre las primeras medidas de los ocupantes extranjeros la más importante fue el licenciamiento de todas las fuerzas armadas y su sustitución por una fuerza constabularia llamada Guardia Nacional. Uniformada como la Infantería de Marina, con oficiales procedentes de ese cuerpo, la Guardia Nacional sirvió a la vez como policía rural y como ejército naciente. En la Guardia Nacional, con grado de cadete, entró Rafael Leonidas Trujillo en el año 1919.

El hombre deformado por el medio, había hallado el cauce justo para su desenvolvimiento, pues era ambicioso, trabajador, metódico, y tenía don de mando. No le había sido posible poner en acción esas condiciones en el ambiente dominicano anterior a la ocupación militar porque entonces solo podían distinguirse aquellos que actuaban en las guerras civiles como caudillos, y Trujillo no tenía dotes de guerrero; los hombres públicos con personalidad brillante, sobre todo los políticos que eran o grandes oradores o buenos escritores, y Trujillo no tenía facultades para ninguna de las dos cosas; o los que ejercían con fortuna profesiones liberales, como la abogacía y la medicina, y Trujillo no había mostrado inclinación a los estudios.

La Guardia Nacional fue el ambiente propicio para él, entre otras razones porque Trujillo había traído al mundo el don de la intriga. A lo largo de su vida puede apreciarse que si carecía de dotes políticas tenía en cambio las de gran intrigante, y ningún campo es más adecuado para desarrollar el genio de la intriga que un instituto armado en tiempos de paz. Usando hábilmente de sus condiciones nada comunes para el trabajo, la organización y el mando, con su capacidad de intriga al servicio de una ambición excepcional, Rafael Leonidas Trujillo fue ganándose la confianza de los oficiales

norteamericanos que formaban el mando de la Guardia Nacional, y fue ascendiendo hasta alcanzar, en menos de cinco años, la segunda posición en la jefatura del cuerpo. Ahí se hallaba cuando en 1924, las fuerzas de Infantería de Marina abandonaron el país, que había elegido poco antes un gobierno encabezado por uno de los caudillos de las guerras civiles que habían conducido al país al caos y a la ocupación militar de 1916.

Tal como lo hemos padecido en la América Latina, el caudillaje ha sido una de las peores enfermedades de nuestro cuerpo social. El caudillo, que felizmente va desapareciendo en nuestras tierras, no actúa con vistas al interés general sino al suyo; con frecuencia sobrepone sus pasiones al bien del común. A la hora de escoger un funcionario no elige el que más convenga al país, sino al que más simpático le sea. Por otra parte, el caudillo es la encarnación de la división de nuestras masas, el reflejo y el producto de su escasa evolución política. El caudillaje mantuvo a la República Dominicana dividida en dos partidos personalistas que se formaron a raíz de a muerte del tirano Heureaux. El jefe de una de esas facciones fue elegido presidente de la República en 1924; y la debilidad congénita en el caudillaje fue usada por Rafael Leonidas Trujillo para ganarse la confianza presidencial y ascender hasta la jefatura del cuerpo armado nacional, desde donde le fue fácil producir en 1930 un golpe de Estado, apoderarse del gobierno del país e instaurar lo que en pocos años sería la extravagante dictadura que toda América conoce.

Personalmente, Trujillo fue el producto de las deformaciones del medio social en que nació y creció; políticamente, el hijo legítimo de una larga crisis nacional que tuvo su punto culminante en la ocupación militar norteamericana. Quiere decir, pues, que la debilidad del pueblo dominicano, originada en un mal desarrollo desde los días coloniales, coincidió con un nudo de problemas extraños —la gran guerra europea de 1914-1918 y la expansión del imperialismo de Norteamérica— justamente en el momento apropiado para que Rafael Leonidas Trujillo hallara el camino que convenía a sus dotes; puesto en ese camino, el final sería la dictadura.

Al abandonar el territorio dominicano, las fuerzas de Infantería de Marina de los Estados Unidos dejaron como única institución

de fuerza pública a la Guardia Nacional. No había partidos de principios, si se exceptúa el pequeño Partido Nacionalista; no había organizaciones obreras; la población estaba en condiciones de cultura política muy parecidas a las de 1916, cuando el país fue ocupado; no se habían transformado a fondo las bases económicas del pueblo. En ese panorama cargado de tintes débiles solo la Guardia Nacional, depositaria de las armas, tenía estabilidad. Su jefe, naturalmente, pasó a ocupar el poder político. Y su jefe era Trujillo.

No es del caso entrar ahora a describir la situación de la República Dominicana ni los métodos que usa la tiranía para mantener al pueblo sumido en el terror. Toda América está al tanto de ambas cosas. Vista en detalle, la dictadura de Santo Domingo, es repugnante; sus crímenes, su persecución de los adversarios a muerte y deshonor, el régimen de miedo que mantiene, la indignidad a que rebaja a sus servidores y su sombrío mal gusto, la destacan entre todas las que ha sufrido el continente como la más abyecta. Ahora bien, vista en conjunto y a distancia, como si no nos afectara y ¿a qué fuerzas debemos atribuirla?

Al arrastre de males coloniales, la personalidad psicopática de Trujillo, la escasa evolución política de las masas, la conjunción de fuerzas extrañas en un momento dado son factores de la situación. Pero esos factores, ¿cómo se unieron; qué poderosa fuerza los puso en acción?

Nuestra opinión es que la tiranía de Rafael Leonidas Trujillo tiene un impulso interior de poder avasallador; es el que ha impuesto la aparición y el desarrollo de la economía capitalista en un país que se había quedado retrasado, en ese sentido. Situada en el Caribe, donde la explotación capitalista venía dándose desde el siglo XVIII —primero en Haití, luego en Cuba, más tarde en Puerto Rico— la República Dominicana había quedado aislada, y en la segunda década del siglo XX apenas se había asomado, en algunos ingenios de azúcar, a la etapa capitalista de la producción. La Historia no perdona esos absurdos. Un país colocado en una zona de gran interés para el capitalismo, de abundantes recursos naturales, no podía seguir fuera de esa gran corriente moderna.

La entrada de Santo Domingo en esa gran corriente ha sido violenta, brutal y sin consideraciones de ninguna índole. Esto se ha debido a varias causas; una de ellas, que el capitalismo ha sido personalizado en el dictador y éste carece de escrúpulos y de sentido del límite porque es un psicópata. El poder político ha sido usado por él en hacerse un emporio industrial, agrícola y financiero de su exclusiva propiedad. En Trujillo se han conjugado el gran empresario sin conciencia y el dictador implacable, y los resultados de esa conjunción han sido desastrosos para la evolución política del pueblo dominicano. Además de víctimas de su tiranía política, Trujillo ha hecho de los dominicanos obreros y empleados de sus empresas; y al mismo tiempo los oprime como dictador y los explota como empresario. En el escenario americano no se había dado hasta ahora un caso parecido, y eso explica las formas monstruosas que ha tomado en lo externo el régimen de Trujillo a la vez que la inmoralidad devastadora que corroe las entrañas de la sociedad dominicana; pues en Santo Domingo toda persona depende de Trujillo política o económicamente a un mismo tiempo.

Un Estado moderno —y decimos moderno ateniéndonos al equipo de información y represión que tiene hoy a su disposición el Estado en cualquier país, no importan su tamaño y grado de civilización— puesto al servicio del capitalismo, en tal forma que el jefe del Estado y el jefe de las principales empresas son una sola persona, es un fenómeno que no se ve fácilmente en la Historia. Si ese jefe de Estado y empresario tiene una configuración psicológica que lo lleva a considerarse la única persona digna de honores y de acumular fortuna, los resultados tienen que ser incomprensibles para quienes juzguen las apariencias políticas con criterio común. Quien no conozca la formación de Trujillo, el medio en que se desarrolló, las crisis que hicieron posible su actuación en el escenario público, e ignore esa dualidad de dictador y empresario que lo caracteriza; ése no podrá explicarse qué ha sucedido en la República Dominicana a partir de 1920; debido a qué razones hombres, familias y grupos sociales se ven forzados a rendirse a la voluntad del tirano.

Los defensores de Trujillo, y especialmente los extranjeros que reciben sueldos del dictador para formarle opinión pública favorable,

alegan que bajo su gobierno la República Dominicana ha progresado en todos los órdenes. Olvidan que todos los países de la América Latina han progresado en el largo lapso de veintisiete años que lleva Trujillo en el poder. Ahora bien, Santo Domingo ha progresado como propiedad privada, no como país; como una hacienda del dictador, no como un pueblo. Un régimen de terror que no ha reconocido límite alguno sostenido durante casi un tercio de siglo ha hecho de los dominicanos autómatas, no ciudadanos; esclavos, no hombres. Las pasiones y los complejos que acumula en el alma humana una humillación tan prolongada y tan intensa producirán necesariamente el caos político a la desaparición del dictador. Y como el dictador tiene que desaparecer un día, aunque solo sea en obediencia a la ley natural de la especie, la conclusión lógica es que está haciendo un daño irreparable al pueblo dominicano. Ahora bien, no serán él ni sus defensores a sueldo los que tendrán que hacer frente a las consecuencias de su régimen de explotación. El miedo a esa responsabilidad tiene mucho que ver con la prolongada duración de sistemas de gobierno como el de Rafael Leonidas Trujillo.

El empresario Trujillo y el dictador Trujillo no entran en contradicción; tienen los mismos intereses; son una misma y sola persona. El único grupo de empresarios independiente de Santo Domingo es el de los azucareros norteamericanos que explotan, en acuerdo con el dictador, una parte de la industria del dulce; y éstos hallan muy provechosa la situación de esclavitud política y económica del pueblo. No hay posibilidad, pues, de que en la República Dominicana se produzca una división entre los poseedores de la riqueza y el poseedor del poder político, lo cual podría dar origen a un movimiento social que diera en tierra con la tiranía.

Los problemas que tiene frente a sí el sector dominicano que lucha por el establecimiento de la democracia en Santo Domingo son muchos y de difícil solución. El grupo que mejor los ha estudiado es el Partido Revolucionario Dominicano. Sin duda, el obstáculo mayor que tienen por delante esos luchadores está en la personalidad psicopática del dictador, que no es capaz de admitir la más ligera insinuación sobre la necesidad de hallar una salida a la situación del país ni de tolerar la señal más débil de oposición a su régimen. Todos

los dominicanos, los que son sus adversarios, saben que el propósito de Trujillo es establecer una dinastía; mantener en el poder a su hermano, el mayor de sus hijos después y más tarde al menor. Esa pretensión denuncia a distancia su estado mental, pues a nadie en sus cabales se le ocurre idea parecida en la segunda mitad del siglo XX y en el corazón de la América democrática.

¿Por qué ese empeño tan anacrónico? Tal vez porque Rafael Leonidas Trujillo cree que el tiempo puede dar a una obra mala categoría de obra buena. Y él sabe mejor que nadie que su obra es mala. Tiene tanta conciencia de ello que no se atreve a someterla al juicio de los hombres libres.

[Política: Teoría y Acción, Año 11, No. 122, mayo de 1990. Escrito en Madrid, España, en enero de 1957]

Análisis de las sociedades de la América Latina

El artículo del compañero Juan Bosch que Política: Teoría y Acción pública en esta edición fue escrito en 1970 especialmente para el número 474 de la revista Política Internacional de Belgrado, Yugoslavia. El lector notará que tanto el tema como el tratamiento de ese trabajo, pese a ser escrito con una distancia de trece años, coinciden con otro artículo suyo aparecido en el número 122 de nuestra revista. Problemas de la Democracia en Nuestra América, escrito en Madrid, España, en enero de 1957.

Llama la atención el hecho de que en los años siguientes el autor de Composición Social Dominicana haya ampliado la tesis esbozada en los trabajos mencionados de que las sociedades latinoamericanas no han podido organizarse al nivel de los Estados capitalistas modernos porque el escaso desarrollo económico de nuestros países ha impedido que se formen las clases gobernantes o dominantes llamadas a conducir el desarrollo social de sus pueblos.

Lo primero que nota cualquier observador de los fenómenos sociales es que la América Latina se halla organizada según las leyes del sistema capitalista y, sin embargo, no ha podido desarrollarse ni siquiera lo indispensable para mantener el grado de estabilidad política que ese sistema necesita.

¿Cómo se explica eso? ¿Dónde están las causas del atraso y de la consecuente inestabilidad política de la América Latina? En el sistema capitalista el desarrollo es dirigido y realizado por la burguesía, y en países donde la burguesía no tiene el mando político, social y económico total no puede haber desarrollo capitalista. El espectáculo de la falta de desarrollo en la América Latina debió llevar a los entendidos en la materia a la conclusión de que faltaba la clase que dirige el desarrollo capitalista o si esa clase existía no se hallaba al frente de la sociedad; y esa conclusión debió haber conducido también a los expertos a preguntarse tres cosas: primera, por qué esa clase faltaba o por qué no se hallaba al frente de la sociedad; segunda,

quién ocupaba su lugar; y tercera, cómo estaban organizadas nuestras sociedades, en vista de que siendo capitalistas no lo estaban según el modelo europeo o norteamericano.

Responder a esas preguntas requiere hacer un poco de historia, aunque sea de manera rápida. En la mayoría de los países de la América Latina las fuerzas sociales determinantes a principios de este siglo eran las oligarquías terratenientes, comerciales y bancarias; en los más retrasados eran el comercio exportador e importador, que se hallaba en muchos casos en manos extranjeras, y a él se aliaban la alta y la mediana pequeña burguesía y los grupos latifundistas. Desde las guerras de la independencia, iniciadas hacia el 1810, las luchas de los sectores oligárquicos entre sí, o las de las pequeñas burguesías en los países más retrasados, mantuvieron a América Latina en constante desorden; fue la época de las llamadas “revoluciones” y de los generales-presidentes y dictadores, y solo había paz cuando un sector oligárquico se le imponía a otro mediante una dictadura —por ejemplo, el sector comercial al latifundista, o viceversa— o cuando de la baja o la mediana pequeña burguesía surgía un hombre fuerte que se proponía establecer en su país las reglas de las sociedades burguesas. En el último caso, la dictadura se veía obligada a asociarse a un sector oligárquico, o bien al comercial o bien al latifundista, y acababa siendo destruida para dar paso a un gobierno de la oligarquía o a situaciones de luchas armadas que hacían retroceder el país a sus niveles anteriores. Ejemplos de este caso fueron las dictaduras de Ulises Heureaux en la República Dominicana y la de Santos Zelaya en Nicaragua.

A principios de este siglo, las burguesías no habían podido desarrollarse más allá de la etapa del comercio exportador e importador, y éste no tenía capacidad para salirse del frente oligárquico porque se hallaba estrechamente unido por un lado a los grandes propietarios, pues vendía en el extranjero lo que ellos producían —café, cacao, algodón—, y por el otro lado al capital industrial extranjero, puesto que también vivía de importar los artículos industriales extranjeros. Esa doble alianza convertía a la llamada burguesía comercial en un dependiente de latifundistas y productores extranjeros, y un dependiente no dirige nunca; a él lo dirigen.

Cuando comenzó la penetración de los capitales imperialistas norteamericanos en la América Latina —movimiento que en algunas partes del Caribe y de México se inició antes de 1890—, el imperialismo halló que no tenía en nuestros países burguesías competidoras y que le era fácil y beneficioso aliarse a los frentes oligárquicos, puesto que éstos dominaban generalmente los gobiernos, de manera que a través de ellos el imperialismo podía obtener las concesiones gubernamentales que necesitaba. Esa alianza resultaba lógica porque al penetrar en la América Latina el imperialismo lo hizo también como latifundista, en el sentido de que necesitaba grandes extensiones de tierra para producir bananos en América Central, azúcar en Cuba y Santo Domingo, o para explotar minas en México. Los grandes propietarios de nuestros países tenían necesariamente que entenderse con los grandes propietarios norteamericanos, y como éstos llegaban a establecer explotaciones capitalistas en sus latifundios, mientras nuestros latifundistas seguían explotando sus tierras con mentalidad pre-capitalista, los últimos caerían rápidamente, como cayeron, al nivel de servidores políticos, sociales y económicos de los primeros, y tras ellos cayeron también sus aliados, los comerciantes exportadores-importadores. Desde el primer momento, pues, se inició un proceso casi natural de colonización, mediante el cual los sectores dominantes de las sociedades latinoamericanas reconocieron como su jefe al imperialismo norteamericano. Esto llegó a tales extremos que en algunos países —Cuba en 1908, Nicaragua en 1909— los componentes nacionales de las oligarquías llamaron a los norteamericanos a intervenir militarmente en sus países.

El proceso no se desarrolló al mismo tiempo en toda la América Latina. En algunos lugares se dieron condiciones especiales que permitieron cierto grado de capitalización y con él la ampliación comercial y la aparición de algunos débiles grupos burgueses e incluso hasta la formación de bancos. Por ejemplo, Chile fue en el siglo pasado un fuerte exportador de nitratos para Europa; Argentina y Uruguay vendían también desde el siglo pasado carnes y lanas a Europa. En otros países, la capitalización que más influyó en la composición social fue la que produjo la primera guerra mundial.

La acumulación de capitales provocada por la primera guerra mundial dio lugar a la formación de grupos burgueses, pero casi siempre

asociados al sector comercial exportador-importador, y como éste se encontraba ya dentro del frente oligárquico y el imperialismo era quien tenía el mando de ese frente, esos grupos burgueses nacieron sometidos al imperialismo. En ciertas regiones de América Latina los capitales imperialistas eran europeos, y especialmente ingleses; en otras eran norteamericanos, pero en líneas generales actuaban en forma igual o parecida. En algunos países, sin embargo, se había formado la burguesía en el siglo XIX, y ésta se alió a las oligarquías antes de la penetración imperialista, y así se vio el caso de Chile, por ejemplo, donde esa alianza produjo un régimen de democracia formal, con gobiernos estables, o el de Uruguay, con una democracia urbana bastante avanzada. En otros, la lucha entre la burguesía y la oligarquía se planteó en forma sangrienta, como sucedió en México en 1910. En otros, los débiles sectores burgueses fueron representados en el terreno político por partidos cuyos líderes procedían de la pequeña burguesía.

La época de los golpes de Estado militares, que vino a sustituir la de las revoluciones, fue una etapa de luchas entre las oligarquías, que no aceptaban su derrota política, y los débiles grupos burgueses, que pretendían conquistar el poder político. Esta etapa de luchas se inició hacia el 1930 y no había terminado todavía en 1968, año en que se dieron golpes de Estado en el Perú, Panamá y Brasil; en este último país, el golpe de 1968, fue dado dentro de las fuerzas que habían dado el de 1964, de manera que fue un golpe militar dentro de otro golpe militar. En lo que podríamos llamar su forma más clara, el mecanismo de los golpes ha sido el siguiente: La burguesía ha conquistado el poder mediante elecciones a través de un partido dirigido por pequeños burgueses y la oligarquía la ha derrocado mediante un golpe de Estado militar. A partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando ya el imperialismo se había convertido en el integrante más poderoso de las oligarquías latinoamericanas, o por lo menos de la mayoría de ellas, los golpes de Estado militares contra los regímenes que pretendían desarrollar burguesías fueron decididos por los agentes imperialistas en favor de las oligarquías.

¿Qué llevaba al imperialismo a actuar así? Su decisión de impedir que en la América Latina se formaran grupos, sectores o

clases que pudieran competir con él; que pudieran arrebatarle un territorio donde las empresas imperialistas ganan dinero con más seguridad, más facilidad, más rapidez y menos limitaciones que en su propio país. Para impedir la formación de esos grupos, sectores o clases, el imperialismo necesitaba aliados en la América Latina, gente que actuara bajo sus órdenes, y esos aliados eran los frentes oligárquicos. Un estudio de las gentes que han organizado los golpes de Estado en la América Latina arrojaría mucha luz en el terreno social y económico. Los golpes de Estado han sido organizados por las oligarquías, con muy pocas excepciones; en cambio las revoluciones fueron organizadas o por burgueses –Francisco Madero, en México; José Figueres, en Costa Rica– o por pequeños burgueses –Acción Democrática de Venezuela en 1945; Fidel Castro en Cuba–, y el proceso electoral era encabezado en todos los casos por partidos pequeño burgueses de ideología democrática.

Los Bancos Centrales, instituciones típicamente burguesas, comenzaron a organizarse después que empezaron a formarse burguesías. Por eso no había ninguno antes de 1923. Ese año se fundó el de Colombia; los de Chile y México se fundaron en 1925; el de Ecuador en 1927, el de Bolivia en 1929, el de Perú en 1931, el de El Salvador en 1934, el de Argentina en 1935, el de Venezuela en 1939. En la mayoría de esos bancos centrales tenían representantes los bancos privados de las oligarquías, que se habían desarrollado financiando el comercio exportador-importador. Los restantes Bancos Centrales se fundaron a partir de 1945, cuando terminaba la segunda guerra mundial, y ese solo hecho da idea de que nuestros países no eran sociedades en cuya cúspide estaban las burguesías nacionales, como se ha venido asegurando durante años. El Banco Central de Guatemala se fundó en 1945, el de la República Dominicana en 1947, el de Cuba en 1949, el de Costa Rica en 1950, el de Honduras en 1951, el de Paraguay en 1952, el de Nicaragua en 1960, el de Brasil en 1965, el de Uruguay en 1967. Costa Rica había nacionalizado la banca, que era toda costarricense, a raíz de la revolución de 1948.

Un análisis de las sociedades latinoamericanas demuestra que nuestros países han estado dominados por frentes oligárquicos, no por burguesías, y que en esos frentes oligárquicos figura el imperialismo

ahora sustituido por el gran capital pentagonista, y, por tanto, las luchas de los pueblos debieron ser llevadas a cabo contra los frentes oligárquicos, no contra burguesías que por su estado de debilidad frente a las oligarquías no eran fuerzas enemigas determinantes.

[Política: Teoría y Acción, Año 11, No. 124, julio de 1990. Publicado antes en la revista Política Internacional (Belgrado, Yugoslavia), Año X, No. 474, 1970]

Panorama político en 1961

A mediados del año 1961, la situación política de la América Latina es tan grave como lo era en 1809, y por razones semejantes. Los sucesos que se produjeron desde 1810 en las colonias de España y Portugal y terminaron, hacia 1824, con esas colonias transformadas en repúblicas. ¿Están llamados los que se produzcan a partir de ahora a terminar, digamos en 1975, con un nuevo orden político y social en la mitad meridional del Nuevo Mundo?

Muchas personas piensan que sí, y las lecciones de la historia confieren un valor especial a esa tajante afirmación.

Paralelo de los antecedentes

En 1809, la escasa conciencia política de América Latina se hallaba sacudida por un cambio tan serio en el Hemisferio Occidental, que de él habían surgido dos repúblicas —Estados Unidos y Haití—, símbolos de los tiempos antimonárquicos que se avecinaban. Además, en todo el Continente se sentía el impacto de las fuerzas que desde hacía veinte años lanzaba sobre el mundo la Revolución Francesa.

En 1961, la amplia conciencia política de América Latina se encuentra conmovida por una serie de sacudimientos sociales que se inició en México hacia 1910, renació con la revolución cubana en 1933, apareció de nuevo hacia 1944-1948, y culminó al fin en la profunda revolución fidelista de 1959.

En 1809, las ideas revolucionarias tenían como vehículo principal las logias masónicas, cortas en número y cortas en afiliados; en 1961, abundan los partidos revolucionarios y por todo el Continente se extiende uno de organización férrea y dedicado profesionalmente a organizar la revolución. Obviamente, nos referimos al Partido Comunista.

En 1809, la lentitud en las comunicaciones entre continentes y países y la pequeñez de los círculos latinoamericanos que tenían interés en las noticias políticas, hacían que la influencia de acontecimientos

tan importantes como las revoluciones de América del Norte, de Haití y Francia, se redujera mucho en nuestros pueblos.

En 1961, la velocidad y la agresividad de los medios modernos de difusión han acortado el tiempo hasta reducirlo a su mínima expresión. Al acortar el tiempo han contraído el espacio, de manera que en todos los países latinoamericanos se viven simultáneamente las experiencias de cualquiera de ellos. Un discurso de Fidel Castro, por ejemplo, se oye en Guatemala o en Venezuela en el momento en que está siendo dicho en La Habana; se oye, y se siente a la multitud que aplaude al orador. La técnica publicitaria ha aumentado a grados insospechados el poder agitador de los medios modernos de difusión, y, a la vez, el aumento de la sensibilidad política de las masas multiplica la fuerza comunicativa de los acontecimientos.

A principios del siglo XIX, a pesar del alto porcentaje de la población sometida a la esclavitud, y a pesar del movimiento de Túpac Amaru en 1780 y de la rebelión haitiana que acabó con el establecimiento de una república en enero de 1804, las masas no tenían verdadera inquietud política.

En 1961, las grandes mayorías de nuestros pueblos están afiliadas a movimientos izquierdistas y millones de hombres y mujeres tienen no solo inquietud, sino también actividad política.

Paralelo de los grupos directores

No puede haber cambio revolucionario de las formas o de las estructuras políticas y económicas si no hay, por lo menos, un grupo o una clase social que necesita y desea ese cambio.

En 1809, los grandes terratenientes y algunos sectores mercantiles de América Latina necesitaban y deseaban un cambio. Los hombres que encabezaban esos sectores fueron quienes dirigieron las guerras de independencia, o los que lograron la independencia sin necesidad de guerras costosas, como sucedió en el Brasil. Y la historia de Venezuela nos enseña que tales jefes batallaron y alcanzaron sus

propósitos aún contra la voluntad de la masa popular, allí donde la masa prefirió pelear bajo la bandera del Rey.

En 1961, la mediana y la pequeña clase media de América Latina, necesitan, y desean, una transformación de la sociedad. De estos dos grupos sociales han salido los líderes revolucionarios de nuestros países, por lo menos los que han iniciado en este siglo la marcha hacia un cambio en el estado político y económico; y puede asegurarse que sin una sola excepción, de ahí han salido también los fundadores y las principales figuras de los partidos comunistas de América Latina.

En 1809, los terratenientes y sectores de comerciantes de las colonias necesitaban y deseaban asegurar con el poder público las riquezas que habían acumulado. La formación de los primeros era antigua, pero su ascenso al más alto nivel del poderío económico había tenido lugar sobre todo en los últimos cincuenta o sesenta años, a favor de la política liberal de los Borbones españoles. Con los cambios que estaban operándose en el mundo, los grandes terratenientes veían en peligro ese poderío económico si no controlaban por sí mismos el poder político; y se lanzaron a conquistarlo.

En 1961, la mediana y la pequeña clase media latinoamericanas necesitan y desean apoderarse de los mandos de la sociedad, pues a pesar de que sus hombres más conscientes se hallan técnicamente preparados para ascender, la alta clase media y la burguesía no les abren paso y su destino inmediato es caer en la categoría de proletarios intelectuales. Estas mediana y pequeña clase media han venido formándose en los últimos cuarenta o cincuenta años, y han alcanzado un alto nivel técnico en tiempos recientes gracias al mejoramiento de los centros de estudios que han estimulado precisamente los gobiernos revolucionarios posteriores a 1910. En la actualidad, hay en cada país de América Latina decenas de millares de jóvenes bien preparados que se quedan sin destinos, y sus perspectivas inmediatas son emigrar a países más prósperos —que en nuestro caso quiere decir, casi siempre, Estados Unidos— o lanzarse a la conquista del poder total.

El vacío de poder en 1809

En la sociedad organizada no puede haber vacíos de poder prolongados. Si los hay, la sociedad se descompone: y la sociedad tiene que sobrevivir; se resiste a ser disuelta. El camino adecuado para la supervivencia es que siga a los que le ofrecen un tipo nuevo de organización, o que se someta a ellos aunque no desee esa nueva organización.

Es natural que al producirse un vacío de poder, acudan a llenarlo los que necesitan o desean el poder, y es también natural que al desplazarse de su lugar social hacia el mando político, el grupo que corre a ocuparlo se comporte con violencia y desate en torno suyo una tormenta de hierro y sangre. Pues si procediera con cautela, otros podrían llegar al poder antes que él, y siempre hay posibilidad de que suceda esto último en un ambiente de conmoción y de miedo.

En 1809, nuestros pueblos se hallaron lanzados en un vacío de poder; en 1961, hay un semivacío que puede transformarse cualquier día en vacío total, como sucedió ya en Cuba el 1 de enero de 1959.

El de 1809, se produjo cuando la prisión de Fernando VII y de sus padres, llevada a cabo por Napoleón en 1808, dejó al imperio español sin su jefe tradicional. El imperio pasó a ser un cuerpo sin cabeza, que se movía en el campo de la historia con la incertidumbre de un tronco perdido en medio del océano. Los terratenientes y ciertos sectores mercantiles de las colonias españolas acudieron a llenar el vacío, y cosa parecida sucedió en Brasil cuando el rey portugués volvió a Lisboa, pasado el huracán napoleónico. Hubo países americanos donde las grandes masas siguieron a sus nuevos jefes, como en el Brasil, por ejemplo; y allí la lucha no fue costosa. Pero los hubo donde combatieron contra ellos, y al cabo de largos años de guerras, acabaron sometiéndose.

A ningún estudioso de la historia de América Latina puede caberle duda de que la gran crisis que terminó con el establecimiento de repúblicas en nuestro Continente fue precipitada por la conjunción de dos hechos históricos: la existencia de grupos sociales que

necesitaban y deseaban el poder político, y la aparición de un vacío político en el imperio español, determinado por la prisión de Fernando VII y de sus padres.

El semivacío de poder en 1961

Ahora bien, en 1961, hay un semivacío de poder en América Latina; y hay también un grupo social —el compuesto por la mediana y pequeña clase media— que necesita y desea el poder público. Allí donde el semivacío quede convertido, aunque sea momentáneamente, en vacío total —como sucedió en Cuba hace dos años y medio—, la revolución brotará con fuerza irresistible, y tomará el poder.

Desde principio de este siglo XX, América Latina ha sido un satélite político y económico de Estados Unidos. La alianza de los sectores imperialistas de Estados Unidos con los gobernantes oportunistas y antinacionales de nuestros países ha formado durante más de media centuria el núcleo de poder en las tierras latinoamericanas. Esa alianza ha fijado el centro gobernante en un eje que une a Washington con la capital de cada uno de nuestros países; y así como antes de 1810 el poder estaba en Madrid y en la persona del rey; desde hace más de medio siglo está repartido entre los gobiernos criollos y el presidente de Estados Unidos.

Y sucede que a partir de 1953, hay en Washington un intermitente vacío de poder, por lo menos en relación con América Latina. Durante algunos años de la Administración Eisenhower, el poder estuvo en manos de Foster Dulles, y el señor Dulles reforzó la alianza de los grupos imperialistas de su país con los sectores más inescrupulosos de América Latina; de manera que su ejercicio de la parte de poder norteamericano en lo que toca a la América Latina fue decididamente anti histórico. A la muerte del señor Dulles se reprodujo el vacío de poder norteamericano en relación con nuestro países; y donde ese semivacío se complete con el abandono del poder por los asociados criollos —como sucedió en Cuba a la fuga de Batista—, se hizo presente la revolución, esto es, el paso de un grupo social necesitado del poder hacia el comando de la vida pública.

Desde la muerte de Foster Dulles, el semivicio en la porción de poder sobre América Latina que ejercía Estados Unidos se ha hecho patente. La Administración Kennedy ha tratado de llenarlo con palabras, pero no ha alcanzado todavía el terreno firme de los hechos. Más aún, la Administración Kennedy ha dado muestra de que es intrínsecamente débil; de que oscila entre el llamamiento de los sectores antiimperialistas de su propio país; que desearían ver al gobierno norteamericano libre de la influencia de los negociantes colonialistas, y la presión casi irresistible de estos últimos.

La reacción juega su carta

Al promediar el año 1961, América Latina es el campo de la batalla política más enconada del mundo. La reacción —no sólo continental, sino hemisférica— se ha lanzado con todas sus armas a una lucha sin cuartel. So pretexto de que la revolución de Cuba es comunista, todos los medios de expresión, que están en manos de las oligarquías terratenientes, financieras y comerciales, golpean día y noche a las masas con el terror psicológico. Su plan es lograr que se desate en América la persecución contra los comunistas; y después, como es claro, perseguirán a los revolucionarios no comunistas.

¿Por qué actúan así esos grupos? ¿Por pureza ideológica? ¿Es que su amor a la democracia resulta tan sincero que no pueden aceptar la menor amenaza contra los regímenes democráticos?

Pues sucede que no. Los mismos que hoy agitan sin descanso el espantajo comunista fueron los que iniciaron la campaña de descrédito contra líderes democráticos como Haya de la Torre, José Figueres y Rómulo Betancourt; ellos sembraron la semilla de insultos y calumnias que los comunistas cultivan ahora con tanto esmero. Estos ardientes defensores del mundo libre eran, hasta hace poco, panegiristas de Trujillo, de Pérez Jiménez y de Somoza.

La reacción juega su carta anticomunista, no por amor a la democracia, sino para defender sus privilegios. Si logra asociar todo

cuanto se ha hecho en Cuba con el color rojo de la bandera soviética, pondrá sus fortunas a salvo de la revolución social latinoamericana. Para esos sectores el anticomunismo es negocio que rinde beneficios.

¿Puede decirse lo mismo de las grandes masas de nuestros países?

La incógnita por millones

Seguramente no. Nadie sabe a ciencia cierta qué piensan esas grandes masas. De hecho, ellas son una incógnita. Lo que puede afirmarse es que más de ochenta millones de latinoamericanos —entre los cuales hay cerca de cuarenta millones de adultos— no saben leer, y, por tanto, ignoran lo que dicen los diarios.

Los que leen, y convierten sus lecturas en hechos, son esos grupos de la mediana y la pequeña clase media que necesitan y desean el poder político. Leen también importantes núcleos de obreros, pero la revolución cubana demostró que los obreros con buenos jornales, organizados en sindicatos y asegurados socialmente, reducen su actividad política a conservar su posición. Leen también la alta clase media y la alta burguesía; leen, sobre todo, sus propias campañas anticomunistas y las noticias que se refieren a precios, mercados y leyes favorables a las nuevas inversiones.

Demasiado ocupados en adquirir Cadillacs, en llevar a sus mujeres a cabarets y casas de modas, en hacer viajes de negocios a Nueva York y a Europa, los hombres de la alta clase media y de la burguesía latinoamericanas, considerarán que van a detener la revolución social con propaganda anticomunista. Sus antepasados de hace ciento cincuenta años creyeron también que podían evitar la liquidación de la esclavitud hablando de los horrores que desató la rebelión de los esclavos de Haití.

La propaganda reaccionaria está creando la atmósfera de la batalla continental. En esa batalla, ¿qué partido va a tomar la gran masa latinoamericana?

Necesariamente, el de la revolución; aunque es muy probable que no le importe que esa revolución sea comunista o democrática. Para la gran masa será lo mismo con tal de que le proporcione bienestar. La diferencia entre la primera y la segunda es que la última ofrece libertad, pero hasta ahora, ¿qué libertad ha conocido la gran masa?

La parte más consciente de la masa distingue solo entre una revolución sangrienta y una que no lo sea; sucede que la revolución sin sangre solo puede ser realizada si se acude hoy, no mañana, a resolver los problemas agudos que tenemos ante nosotros; los económicos, los sociales y los políticos; los de hambre, los de desigualdad en todos los órdenes y los que nos plantea la supervivencia de tiranías espantosas, como la dominicana, la de Nicaragua y la de Paraguay.

Ahora bien, entre una revolución sin sangre, pero demorada, y una con sangre, pero inmediata, ¿qué han de preferir nuestros pueblos?

Sería osado hacer vaticinios. Las conmociones sociales se dan cuando las condiciones apropiadas hacen acto de presencia en la historia. No son materia de selección ni pueden prefabricarse.

Lo único que nos es dado ver es que al promediar el año 1961, nos hallamos en una situación muy parecida a la que teníamos en 1809, un año antes de que se iniciaran nuestras guerras de independencia. Las diferencias no aplacan, sino que acentúan la inclinación a pensar que hoy, como en 1809, estamos en vísperas de grandes cambios en la estructura profunda y en las formas visibles de nuestra vida social.

[Política: Teoría y Acción, Año 12, No. 130, enero-marzo de 1991. Escrito en Costa Rica el 15 de julio de 1961 y publicado en Cuadernos (París), No. 53, octubre de 1961]

